



4

185624

IBS

BIBLIOTECA CLÁSICA

TOMO CCLV

DRAMAS

DE

ENRIQUE IBSEN

TRADUCCIÓN DE

D. J. PÉREZ BANCES

—
TOMO IV

Rosmersholm. — El pato silvestre. — Casa de muñecas.

—

MADRID

LIBRERÍA Y CASA EDITORIAL HERNÁNDO (S. A.)

Calle del Arenal, núm. 11.

BIBLIOTECA CLÁSICA

OBRAS PUBLICADAS

CLÁSICOS GRIEGOS

TOMOS

ARISTÓFANES: <i>Teatro completo</i>	3
ARRIANO: <i>Las expediciones de Alejandro</i>	1
DIÓGENES LAERCIO: <i>Vidas de los filósofos más ilustres</i>	2
ESQUILO: <i>Teatro completo</i>	1
EURÍPIDES: <i>Tragedias</i>	3
HERÓDOTO: <i>Los nueve libros de la Historia</i>	2
HOMERO: <i>La Iliada</i>	3
— <i>La Odisea</i>	2
ISÓCRATES: <i>Oraciones políticas y forenses</i>	2
JOSEFO: <i>Guerras de los judíos</i>	2
LAS OBRAS COMPLETAS DEL EMPERADOR CLAUDIO FLAVIO JULIANO..	2
LUCIANO: <i>Obras completas</i>	4
MORALISTAS GRIEGOS: <i>Marco Aurelio, Teofrasto, Epicteto, Cebes</i> ...	1
PÍNDARO: <i>Odas</i>	1
PLATÓN: <i>La República</i>	2
— <i>Diálogos (en publicación)</i>	3
PLUTARCO: <i>Las vidas paralelas</i>	5
POETAS BUCÓLICOS GRIEGOS: <i>Demócrito, Bión y Mosco</i>	1
POETAS LÍRICOS GRIEGOS: <i>Anacreonte, Safo, Tirteo, etc.</i>	1
POLIBIO: <i>Historia romana</i>	3
TUCÍDIDES: <i>Historia de la guerra del Peloponeso</i>	2
XENOFONTE: <i>Historia de la entrada de Cyro en Asia</i>	1
— <i>La Cyropedia</i>	1
— <i>Las Helénicas</i>	1

CLÁSICOS LATINOS

AMMIANO: <i>Historia del Imperio romano</i>	2
APULEYO: <i>El asno de oro</i>	1
AULO GELIO: <i>Noches áticas</i>	2
CÉSAR: <i>Los Comentarios a la guerra de las Galias</i>	2
CICERÓN: <i>Obras didácticas</i>	2
— <i>Obras filosóficas</i>	4
— <i>Epístolas familiares</i>	2
— <i>Cartas políticas</i>	2
— <i>Vida y discursos</i>	7
ESTACIO: <i>La Tebaida</i>	2
FLORO: <i>Compendio de la Historia romana</i>	1
HORACIO: <i>Obras completas</i>	2
JUVENAL y PERSIO: <i>Sátiras</i>	1
LÍRICOS Y ELEGÍACOS LATINOS.....	2

DRAMAS DE ENRIQUE IBSEN

BIBLIOTECA CLÁSICA

TOMO CCLV

DRAMAS

DE

ENRIQUE IBSEN

TRADUCCIÓN DE

D. J. PÉREZ BANCES

TOMO IV

Rosmersholm. — El pato silvestre. — Casa de muñecas.

MADRID

LIBRERÍA Y CASA EDITORIAL HERNANDO (S. A.)

Calle del Arenal, núm. 11.

1926

ES PROPIEDAD

R. 1059143

ROSMERSHOLM

DRAMA EN CUATRO ACTOS

PERSONAJES

JUAN ROSMER, *propietario de Rosmersholm, antiguo sacerdote.*

REBECA WEST.

KROLL, *cuñado de Rosmer.*

ULRIK BRENDEL.

PETER MORTENSGÄRD.

SEÑORA HELSETH, *ama de llaves en Rosmersholm.*

La acción se desarrolla en Rosmersholm, una antigua residencia señorial cerca de una pequeña ciudad de la costa, en la Noruega occidental.

ACTO PRIMERO

Sala en Rosmersholm, espaciosa, amueblada a la antigua y puesta cómodamente. Al primer término derecha, en la pared, una chimenea, adornada con ramas de abedul y flores silvestres. Hacia atrás, una puerta. En la pared del fondo, una puerta que da a la antesala. En el muro izquierda, otra ventana, ante la cual hay una mesa con flores y plantas. En las paredes cuelgan retratos antiguos de clérigos, oficiales y empleados en uniforme. La ventana está abierta. La puerta de la antesala y la de afuera, de la calle, también. Se ven los grandes árboles añosos de una avenida que conduce a la casa. Tardo de verano, después de ponerse el Sol. Rebeca West está sentada a la ventana en una butaca, y está haciendo gancho en un chal de lana blanco, que está casi terminado. De tiempo en tiempo mira por la ventana hacia afuera. En seguida entra por la derecha la señora Helseth.

SEÑORA HELSETH

Señorita, ¿no sería mejor que empezase poco a poco a poner la mesa para la cena?

REBECA

Sí, hágalo usted. El señor pastor vendrá en seguida.

SEÑORA HELSETH

¿No hay corriente ahí donde está usted sentada?

REBECA

Sí, un poco. Haga usted el favor de cerrar la puerta y la ventana.

(La señora Helseth cierra la puerta de la antecámara, y luego se va a la ventana.)

SEÑORA HELSETH

(Mirando hacia afuera al tiempo que se dispone a cerrar.) ¿No es el señor pastor el que viene por allí?

REBECA

(Rápidamente.) ¿Por dónde? *(Poniéndose en pie.)* Sí, él es. *(Detrás de la cortina de la ventana.)* Póngase usted a un lado, que no nos vea.

SEÑORA HELSETH

(En medio de la habitación.) Figúrese usted, señorita, ahora vuelve a ir por el camino del molino.

REBECA

También anteayer fué por él. *(Levantando la cortina y mirando hacia afuera.)* Ahora vamos a ver...

SEÑORA HELSETH

¿Se atreverá a pasar el puente?...

REBECA

Eso es precisamente lo que yo quiero ver. *(Tras una pausa corta.)* No, da la vuelta. También hoy va por arriba. *(Separándose de la ventana.)* ¡Qué rodeo más grande!

SEÑORA HELSETH

¡Oh Dios mío!, es difícil que el pastor se atre-

va a pasar el puente, después de lo que ocurrió allí...

REBECA

(*Recogiendo la labor.*) Aquí, en Rosmersholm, se piensa mucho en los muertos.

SEÑORA HELSETH

Yo creo, señorita, que son los muertos los que pesan tanto tiempo sobre Rosmersholm.

REBECA

(*Mirándola.*) ¿Los muertos?

SEÑORA HELSETH

Sí, es casi como si no pudiesen separarse por completo de los que abandonaron.

REBECA

¿Cómo se le ocurre a usted semejante idea?

SEÑORA HELSETH

Si no, no comprendo cómo iba a venir el caballo blanco.

REBECA

Diga usted, querida señora Helseth, ¿qué es realmente eso del caballo blanco?

SEÑORA HELSETH

No vale la pena de hablar de ello. Usted no cree en esas cosas.

REBECA

¿Es que usted cree?

SEÑORA HELSETH

(*Cerrando la ventana.*) ¡Oh, señorita, no quiero ponerme en ridículo delante de usted! (*Mirando por la ventana.*) Pero, mire usted, ¿no es el señor pastor otra vez por el camino del molino?

REBECA

(*Mirando por la ventana.*) ¿El que viene por allí? Pero ése es el rector.

SEÑORA HELSETH

¡Es verdad, es el rector!

REBECA

¡Eso es magnífico! ¡Verá usted cómo viene aquí!

SEÑORA HELSETH

¡Pues sí que es verdad: pasa realmente por el puente! Y, sin embargo, era su hermana... Bueno, voy allá adentro a poner la mesa, señorita. (*Se va por la derecha.*)

(*Rebeca está un momento a la ventana; luego saluda con la cabeza, sonriendo, hacia afuera. Comienza a obscurecer.*)

REBECA

(*Hablando por la puerta de la derecha.*) Querida señora Helseth, cuide usted de que tengamos algo bueno a la mesa; ya sabe usted lo que le gusta al rector.

SEÑORA HELSETH

(*Desde adentro.*) No tenga cuidado, señorita; así lo haré.

REBECA

(*Abriendo la puerta de la antesala.*) ¡Por fin ha

venido usted! Bien venido de todo corazón, querido amigo.

KROLL

(*Dejando el bastón en la antesala.*) Gracias. ¿De modo que no vengo a destiempo?

REBECA

¿Usted?... ¿Cómo puede decir eso?

KROLL

(*Entrando en la habitación.*) Siempre amable. (*Mirando a su alrededor.*) ¿Rosmer estará en su cuarto?

REBECA

No, salió a dar un paseo; tarda algo más que de ordinario. Ya debe venir pronto. (*Indicando el sofá.*) Siéntese usted entretanto.

KROLL

(*Posando el sombrero.*) Muchas gracias. (*Se sienta y mira por la habitación.*) ¡Qué bien y qué cómodamente ha arreglado usted la vieja sala! Flores por todas partes...

REBECA

A Rosmer le gusta tener flores a su alrededor.

KROLL

Y a usted también.

REBECA

Sí, tienen un aroma agradable. Antes teníamos que privarnos de ese placer.

KROLL

(Inclinándose tristemente.) ¡La pobre Beata no podía resistir el olor de las flores!

REBECA

Los colores tampoco; la producían vértigos.

KROLL

Me acuerdo muy bien de eso. *(En tono más ligero.)* ¿Y qué hay por aquí?

REBECA

Aquí todo marcha al mismo paso tranquilo y ordinario. Todos los días son iguales. ¿Y cómo están ustedes en la ciudad? ¿Qué tal su señora?

KROLL

Señorita, vale más que no hablemos de eso. En las familias hay siempre algo que no anda como debiera. Especialmente en una época como la actual.

REBECA

(Tras una pausa corta. Se sienta en la butaca de al lado del sofá.) ¿Por qué no ha venido usted aquí ni una sola vez durante las vacaciones?

KROLL

No podía venir así, por sorpresa...

REBECA

¡Si supiese usted cómo le hemos echado de menos!...

KROLL

Y además estuve fuera.

REBECA

Pero sólo algunas semanas. Porque asistió usted a mítines.

KROLL

Sí. ¿Qué le parece a usted de eso? ¿Hubiese usted creído posible que yo, a mis años, iba a convertirme en un agitador político?

REBECA

(Sonriendo.) ¡Un poco ha agitado usted siempre, Kroll!...

KROLL

Sí, pero privadamente. Y ahora voy a tomarlo en serio... ¿Lee usted a veces periódicos radicales?

REBECA

Sí, no puedo negarlo.

KROLL

Querida amiga, no tengo tampoco nada contra eso... Nada por lo que a usted se refiere.

REBECA

A mi me parece que tengo derecho a seguir los acontecimientos, enterarme de las cosas.

KROLL

Además, de ninguna manera iba a pedir de usted, una mujer, que tome partido abiertamente en esta lucha ciudadana, casi quisiera decir guerra civil, que hay aquí. En todo caso, habrá usted leído cómo los señores radicales me atacan. ¡Qué infamias dicen!

REBECA

A mí me parece que usted también les ha enseñado los dientes.

KROLL

Sí, tengo que confesarlo, pues ahora le he encontrado gusto a la brega. Yo no soy hombre para soportar tranquilamente esas cosas. (*Interrumpiéndose.*) Pero no hablemos hoy de este tema triste e indignante.

REBECA

Dejémoslo, pues, querido Kroll.

KROLL

Dígame usted cómo le va en Rosmersholm desde que se ha quedado usted sola, desde que nuestra pobre Beata...

REBECA

¡Ah!, me va muy bien. Es verdad que en algunos sentidos siento un gran vacío, y nostalgia, y tristeza... Pero eso es natural... Por lo demás...

KROLL

¿Tiene usted intención de quedarse aquí, para siempre, quiero decir?

REBECA

Querido Kroll, crea usted que no tengo intención ninguna. Me siento aquí tan a mi gusto, que casi me parece como si estuviera en mi casa.

KROLL

Eso no me extraña.

REBECA

Y seguiré aquí con gusto si el señor Rosmer encuentra que puedo servirle de algo.

KROLL

(*Mirándola conmovido.*) Realmente... es algo grande una mujer que sacrifica por otro su juventud.

REBECA

¿Y para qué iba a vivir yo si no?

KROLL

Primero tuvo usted la calamidad de su padre adoptivo, paralítico e insoportable...

REBECA

No crea usted que el doctor West fuera tan insoportable cuando estábamos allá arriba, en Finmarca. Los viajes marítimos fueron los que acabaron con él. Es verdad que después, cuando vinimos aquí, pasaron dos años penosos, hasta que dejó de sufrir.

KROLL

Y los años que vinieron después, ¿no fueron también penosos para usted?

REBECA

No. ¿Cómo puede usted creer eso? He querido tanto a Beata... La pobre necesitaba tanto de que la cuidasen y la rodeasen de cariño.

KROLL

Le agradezco a usted mucho que hable de ella tan bondadosamente.

REBECA

(Acercándosele.) Querido Kroll, lo dice usted con tanto calor, que creo que no hay ninguna animosidad en el fondo de su alma.

KROLL

¿Animosidad?... ¿Qué quiere usted decir?

REBECA

No sería tan extraño el que le pareciese desagradable el ver una extraña en Rosmersholm.

KROLL

¡Pero cómo es posible!...

REBECA

¿De modo que no es así? (Alargándole la mano.) Gracias de todo corazón, querido Kroll.

KROLL

Pero ¿cómo pudo habersele ocurrido a usted semejante pensamiento?

REBECA

Comencé a temerlo porque usted venía muy poco a vernos...

KROLL

Pues estaba usted equivocada. Y, además, en la casa misma no ha variado nada. Usted era quien lo disponía todo en esta casa durante los últimos años de la pobre Beata.

REBECA

Aquella no era más que una especie de regencia en nombre de la mujer.

KROLL

Sea como quiera..., sabe usted que no tendría nada en contra de sí...; pero no está bien que se hable de esas cosas.

REBECA

¿Qué quiere usted decir?

KROLL

Si fuese posible, que usted ocupase el puesto vacío.

REBECA

Tengo el puesto que deseo.

KROLL

La actividad, sí..., pero la...

REBECA

(Interrumpiéndole.) Avergüéncese usted, Kroll. ¿Cómo puede usted bromear sobre cosas tan serias?

KROLL

Sí, sí; nuestro buen Juan Rosmer puede que piense que ya ha tenido bastante matrimonio; pero, sin embargo...

REBECA

Casi estoy por reírme de usted.

KROLL

Sin embargo..., dígame usted, señorita West..., si se me permite la pregunta..., ¿cuántos años tiene usted realmente?

REBECA

Me avergüenzo de decirlo... Veintinueve; voy para treinta.

KROLL

Y Rosmer, ¿qué edad tendrá? Deje usted ver... Tiene cinco años menos que yo. De modo que, al menos, cuarenta y tres. Creo que estaría bien.

REBECA

(Levantándose.) Claro que sí. Estaría muy bien... ¿No quiere usted tomar una taza de te con nosotros esta noche?

KROLL

La acepto con gusto. Tengo intención de permanecer aquí un rato, pues deseo hablar de una cosa importante con nuestro buen amigo. Y para que no se les vuelvan a ocurrir tales ideas absurdas, les visitaré a menudo, como antes.

REBECA

Sí, hágalo usted. *(Estrechándole las manos.)* Muchas gracias. Es usted una buena persona.

KROLL

(Murmurando.) ¿De veras que sí? No oigo en mi casa cosas semejantes.

(Juan Rosmer entra por la derecha.)

REBECA

¿Ve usted quién está aquí, señor Rosmér?

ROSMER

Ya me lo ha dicho la señora Helseth. *(Kroll se pone en pie. Rosmer le estrecha las manos, y le dice dulcemente y a media voz.)* Sé bien venido a mi

casa, querido Kroll. (*Poniéndole una mano sobre el hombro y mirándole a los ojos.*) Querido viejo amigo, ya sabía que volveríamos a ser lo que en tiempos antiguos.

KROLL

¿Pero también tú has tenido la idea desatinada de que había algo entre nosotros?

REBECA

(*A Rosmer.*) ¿Verdad? ¡Qué alegría que no hayan sido más que figuraciones!

ROSMER

¿Conque no? Entonces, ¿por qué dejaste así de visitarnos?

KROLL

(*En voz baja y con seriedad.*) Porque no quería venir como el recuerdo viviente de tus años infelices, como la evocación de la que acabó en la presa del molino.

ROSMER

Eso es muy delicado de tu parte. Siempre has sido tan considerado... Pero no era necesario que te alejases por esa razón. Ven, sentémonos en el sofá. (*Se sientan.*) No, no representa para mí tormento alguno el pensar en Beata. Hablamos de ella todos los días. Para nosotros es como si todavía estuviese en la casa.

KROLL

¿De veras?

REBECA

(*Encendiendo el quinqué.*) Así es.

ROSMER

Es natural. La queríamos entrañablemente. Y

así Rebec..., la señorita West, como yo, tenemos la seguridad de que hemos hecho cuanto nos fué posible por la pobre muerta. No tenemos nada que echarnos en cara. Por eso me produce un efecto dulce y suave el pensar en Beata.

KROLL

¡Oh! Vosotros sois dos excelentes amigos. De hoy en adelante vendré todos los días a veros.

REBECA

(*Sentándose en una butaca.*) Veremos si cumple usted su palabra.

ROSMER

(*Un poco vacilante.*) Kroll, yo hubiera deseado de todo corazón que no se interrumpiera el trato entre nosotros. Desde que nos conocemos has sido siempre mi consejero. Ya desde los tiempos de estudiante.

KROLL

Sí, y eso ha tenido siempre para mí un valor extraordinario. ¿Es que se trata de algo importante?

ROSMER

Quisiera hablar contigo francamente de varias cosas, abrirte mi corazón.

REBECA

¿Verdad, señor Rosmer? Me parece que eso, entre antiguos amigos, debe hacer mucho bien.

KROLL

Y tú puedes creer que yo tengo que hablarte de más cosas todavía. Pues, como sabes, me he lanzado a la política activa.

ROSMER

Es verdad. ¿Cómo fué que te metiste en eso?

KROLL

Tuve que hacerlo; tuve que hacerlo, a pesar de mi repugnancia. No se puede seguir como mero espectador de la lucha. Ahora que los radicales han alcanzado, por desgracia, el Poder, urge el tiempo. Por eso he instigado a nuestro pequeño círculo de amigos de la ciudad a unirse más estrechamente. El tiempo urge, digo.

REBECA

(*Sonriendo.*) ¿No será ya un poco tarde?

KROLL

Sí, no puedo negar que hubiera sido mejor haberse opuesto antes a la corriente. Pero ¿quién podía adivinar lo que iba a venir? Yo, al menos, no. (*Se levanta y pasea por la escena.*) Pero ahora se me han abierto los ojos. Pues el espíritu de revuelta ha penetrado hasta en la escuela.

ROSMER

¿En la escuela? Pero no en tu colegio, espero.

KROLL

Sí que ha penetrado en mi propio colegio. ¿Qué dices a eso? He descubierto que los muchachos del último año, es decir, una parte de los muchachos, hace ya más de medio año que tienen una sociedad secreta y que están suscritos al periódico de Mortensgård.

REBECA

¡Ah! *El Faro.*

KROLL

Sí. ¿No le parece a usted que esa es una alimentación sana, a propósito para futuros empleados? Pero lo más triste del caso es que son los muchachos más inteligentes los que se han reunido en esa conjuración contra mí. Sólo los tontos se han abstenido.

REBECA

¿Le duele eso tanto, Kroll?

KROLL

¡Ya lo creo! ¡Verme así molestado en mi trabajo!... (*Más bajo.*) Sin embargo, casi estoy por decir que vayan las cosas como quieran. Pero ahora viene lo peor. (*Mirando alrededor.*) ¿No escuchará nadie detrás de las puertas?

REBECA

Esté usted sin cuidado.

KROLL

Entonces tengo que decirles que la revuelta y la discordia han entrado hasta en mi propia casa, en mi hogar tranquilo. Han destrozado la paz de mi vida de familia.

ROSMER

(*Levantándose.*) ¿Qué dices? ¿En tu casa?

REBECA

(*A Kroll.*) Pero, querido amigo, ¿qué es lo que ha ocurrido?

KROLL

¿Quiere usted creer que mis propios hijos, en una palabra..., Laurits es el jefe del complot en

el colegio, e Hilde ha bordado una carpeta roja para guardar en ella *El Faro*?

ROSMER

Eso no lo hubiera creído nunca..., que a ti..., en tu casa...

KROLL

¡Claro! ¿Quién podía pensar semejante cosa? En mi casa, donde siempre han reinado obediencias y orden, donde hasta ahora no ha habido más que una única voluntad...

REBECA

¿Cómo toma su mujer todo eso?

KROLL

¡Eso es lo más inaudito de todo! Ella, que toda su vida, en lo grande y en lo pequeño, ha compartido mis opiniones y ha aprobado mis ideas, ahora, en algunas cosas, se inclina del lado de los chicos. Y luego dice que la culpa de lo que ha ocurrido es mía. Dice que yo oprimo demasiado a la juventud. Como si eso no fuera necesario. De manera que la paz se ha ido de mi casa. Pero, naturalmente, hablo de esto lo menos posible; es la mejor manera de sofocar el movimiento. (*Paseando.*) Sí, sí. (*Se pone a la ventana, con las manos a la espalda, y mira afuera.*)

REBECA

(*Se ha aproximado a Rosmer, y dice en voz baja y sin que Kroll lo note.*) ¡Pronto! ¡Hazlo!

ROSMER

(*En el mismo tono.*) Esta noche, no.

REBECA

Precisamente ahora. (*Arreglando el quinqué.*)

KROLL

(*Volviéndose.*) Sí, querido Rosmer; ahora sabes cómo el espíritu de la época ha arrojado sus sombras así sobre mi vida doméstica como sobre mi actividad profesional. ¡Y no iba a combatir con todas las armas de que puedo echar mano ese espíritu destructor, disolvente!... Sí, estoy re-suelto a hacerlo lo mismo con el escrito que con la palabra.

ROSMER

¿Tienes esperanza de conseguir algo de ese modo?

KROLL

En todo caso, quiero cumplir mi deber de ciudadano, y creo que todo hombre con sentimientos patrióticos, y a quien interese la buena causa, tiene la obligación de hacer lo mismo. Por eso principalmente es por lo que he venido a verte esta noche.

ROSMER

Pero, amigo mío, ¿qué crees tú que puedo yo?...

KROLL

Tienes que ayudar a tus antiguos amigos. Hacer lo que hacemos los demás. Prestar tu auxilio en lo que puedas.

REBECA

Pero ya sabe usted el disgusto que le inspiran esas cosas al señor Rosmer.

KROLL

Ahora tiene que tratar de dominarlo. No sigues bastante de cerca los acontecimientos, Rosmer. Vives aquí tranquilo y te entretienes con tus colecciones históricas. Yo respeto todo lo posible árboles genealógicos y todas esas cosas; pero los tiempos no son a propósito, desgraciadamente, para tales ocupaciones. No puedes darte idea de la situación en que está todo el país. Casi estoy por decir que todas las ideas vacilan. Va a ser una obra gigantesca el deshacer todos esos errores.

ROSMER

Tendrás razón; pero trabajos de esa clase no están hechos para mí.

REBECA

Y además, creo que el señor Rosmer ha llegado a ver las cosas de la vida con mirada más amplia que antes.

KROLL

(Sorprendido.) ¿Mirada más amplia?

REBECA

Sí; o más libre, más imparcial.

KROLL

¿Qué quiere decir eso, Rosmer? Tú no puedes ser tan débil que te dejes engañar por una casualidad, como la de que los agitadores de las masas hayan obtenido una victoria provisional.

ROSMER

Querido amigo, ya sabes que poco entiendo de política; pero sí me parece que en los últimos

años, hasta cierto punto, hay mayor independencia en las ideas de los individuos.

KROLL

¿Y eso lo consideras, sin más, como algo bueno? Además te equivocas, amigo mío. Mira qué opiniones son las que corren entre los radicales, así aquí afuera como en la ciudad. No se diferencian en nada de la sabiduría que predica *El Faro*.

REBECA

Mortensgård tiene gran poder sobre mucha gente en la comarca.

KROLL

Bien. ¡Y tener que ver eso!... Un hombre con un pasado tan sucio como el suyo; un hombre que, a causa de una relación inmoral, fué desposeído de su puesto de profesor... ¡Y que un hombre así se las dé de conductor del pueblo! ¡Y lo es, lo es realmente! He oído decir que va a aumentar el tamaño de su periódico. Sé de buena tinta que anda buscando un colaborador de talento.

REBECA

Lo que me parece extraño es que usted y sus amigos no le pongan nada enfrente.

KROLL

Eso es precisamente lo que queremos hacer. Hoy hemos comprado el *Diario de Avisos*. La cuestión pecuniaria no ofreció dificultades; pero... (A Rosmer.) Ahora he llegado a lo que en realidad quería de ti. La dirección, la dirección periodística es la que ofrece dificultades. Dime, Rosmer, ¿no estarías dispuesto a encargarte de ella por respetos a la causa?

ROSMER

(*Espantado.*) ¿Yo?

REBECA

No. ¿Cómo puede usted tener esas ideas?

KROLL

El que tengas reparo en acudir a los mítines y no quieras exponerte a oír las lindezas que pudieran decirte en ellos..., eso es razonable. Pero la actividad retirada de un periodista o, mejor dicho...

ROSMER

No, no, amigo mío. No me pidas eso.

KROLL

Yo quisiera de todo corazón probar en ese sentido; pero el empeño excedería a mis fuerzas. Estoy recargado ya con un sin fin de ocupaciones. En cambio, tú no tienes ninguna tarea profesional que te coarte. Naturalmente, los demás te ayudaríamos en todo lo posible.

ROSMER

No puedo, Kroll. No sirvo para eso.

KROLL

¿No sirves para eso? Lo mismo decías cuando tu padre te hizo pastor.

ROSMER

Y tenía razón entonces; por eso me fuí, para seguir mi camino.

KROLL

¡Oh!, ya nos contentaremos con que como periodista lo hagas tan bien como de pastor.

ROSMER

Querido Kroll, de una vez para siempre te digo que no lo haré.

KROLL

Bien, entonces préstanos, al menos, tu nombre.

ROSMER

¿Mi nombre?

KROLL

Ya sólo el nombre de Juan Rosmer será un triunfo para el periódico. Los demás pasamos por gentes de partido. Parece que a mí mismo se me considera como un fanático terrible. Por eso no podemos contar con lograr que el periódico, bajo nuestro nombre, tenga acceso en la masa equivocada. En cambio, tú te has mantenido siempre alejado de la lucha. Tu ánimo dulce y honesto, la finura de tu pensamiento, tu honradez intachable, todo eso es bien reconocido y estimado. Y luego, la estimación y el respeto que debes a tu puesto sacerdotal anterior. Y, por último, tu apellido.

ROSMER

¡Oh, mi apellido!...

KROLL

(Señalando a los retratos.) Los Rosmer de Rosmersholm, sacerdotes y militares, altos funcionarios, caballerosos y correctos, todo reunido... Una familia que lleva ya casi dos siglos siendo la primera del distrito. (Poniéndole la mano sobre el hombro.) Rosmer, por ti mismo y por las tradiciones de tu familia estás obligado a cooperar en nuestra empresa, para proteger aquello que hasta ahora se reconoció como bueno en nuestra sociedad. (Volviéndose.) ¿Qué le parece a usted, señorita?

REBECA

(Riendo ligeramente.) Querido Kroll, para mí es tan indeciblemente extraño oír esto...

KROLL

¿Cómo extraño?

REBECA

Sí, porque ahora voy a decirle abiertamente...

ROSMER

No, no; déjalo. Ahora, no.

KROLL

(Mirándoles alternativamente.) Pero, queridos amigos, ¿qué diablos...? *(Interrumpiéndose.)* Hum...
(La señora Helseth viene por la derecha.)

SEÑORA HELSETH

Ahí afuera hay un hombre. Dice que quiere saludar al señor pastor.

ROSMER

(Aliviado.) Dígale usted que pase.

SEÑORA HELSETH

¿Aquí?

ROSMER

Sí.

SEÑORA HELSETH

Pero no tiene aspecto de que pueda dejársele pasar aquí.

REBECA

¿Qué aspecto tiene, señora Helseth?

SEÑORA HELSETH

¡Oh!, no es nada de particular, señorita.

ROSMER

¿No dijo su nombre?

SEÑORA HELSETH

Sí; me parece que dijo que se llamaba Hetmann o algo así.

ROSMER

No conozco a nadie que se llame así.

SEÑORA HELSETH

Y luego dijo también que se llamaba Ulrik.

ROSMER

(*Sorprendido.*) ¿Ulrik... Hetmann? ¿No sería eso?

SEÑORA HELSETH

Sí, Hetmann..., con dos enes.

KROLL

Ese nombre me suena.

REBECA

Era el nombre con que solía firmar... él..., aquel hombre extraño...

ROSMER

(*A Kroll.*) Es el seudónimo de Ulrik Brendel.

KROLL

¿El perdido Ulrik Brendel?

REBECA

¿De modo que vive todavía?

ROSMER

Creía que andaba con una compañía de teatro.

KROLL

Lo último que he oído de él es que estaba en un Asilo.

ROSMER

Dígale usted que pase, señora Helseth.

SEÑORA HELSETH

Está bien. *(Sale.)*

KROLL

¿De veras quieres dejar pasar a ese hombre?

ROSMER

Ya sabes que fué mi maestro durante algún tiempo.

KROLL

Ya sé que te llenó la cabeza de ideas revolucionarias, y que tu padre lo echó de casa a latigazos.

ROSMER

(Con alguna amargura.) Papá era comandante también en su casa.

KROLL

Debes estarle agradecido por eso, querido Rosmer. Bueno...

(La señora Helseth abre la puerta de la derecha a Ulrik Brendel y se va, cerrando tras sí. Brendel

es alto, un poco decaído, vivo e ingenioso, con el cabello y la barba grises. Está vestido como un vagabundo: la chaqueta muy gastada, y las botas deterioradas. No se le ve la camisa. Unos guantes negros, muy viejos; un sombrero sucio, debajo del brazo, y en la mano un bastón.)

BRENDEL

(Al principio vacilante, en seguida se va hacia Kroll y le tiende la mano.) Buenas noches, Rosmer.

KROLL

Dispense usted...

BRENDEL

¿Esperabas volver a verme otra vez y dentro de estos muros odiados?

KROLL

Dispense usted. (Señalando a Rosmer.) Allí...

BRENDEL

(Volviéndose.) Es verdad. ¡Allí está! ¡Juan..., hijo mío!... ¡Tú, el más querido de mis discípulos!...

ROSMER

(Tendiéndole la mano.) ¡Mi viejo maestro!...

BRENDEL

A pesar de ciertos recuerdos, no quise pasar por Rosmersholm sin hacer una visita rápida.

ROSMER

Aquí es usted bien venido de todo corazón. Puede usted estar seguro de ello.

BRENDL

¿Esta señora tan atractiva... (*Inclinándose*), naturalmente, tu mujer?

ROSMER

La señorita West.

BRENDL

¿Probablemente una parienta próxima? ¿Y aquel desconocido?... Ya veo que es un colega.

ROSMER

El señor Kroll.

BRENDL

¡Kroll..., Kroll!... Aguarda un momento... ¿Ha estudiado usted Filología en su juventud?

KROLL

Sí, claro está.

BRENDL

Pero, *parbleu!*, entonces te he conocido.

KROLL

Dispense usted...

BRENDL

¿No eras tú...

KROLL

Dispense usted...

BRENDL

... uno de aquellos beatos que me expulsaron de la Sociedad de Discusiones?

KROLL

Eso es posible; pero protesto de que se atribuya usted un conocimiento íntimo conmigo.

BRENDL

Bien, bien; como usted quiera. Es lo mismo. Ulrik Brendel sigue siendo siempre el hombre que es.

REBEKA

Piensa usted ir a la ciudad, ¿no es verdad, señor Brendel?

BRENDL

La señora Rosmer ha acertado. Con ciertos intervalos me veo forzado a librar una batalla por la existencia. No lo hago con gusto; pero..., *en fin*, la necesidad obliga.

ROSMER

Pero, querido Brendel, ¿no me permite usted ayudarle en algo? De algún modo, quiero decir...

BRENDL

¡Parece mentira que me hagas unas proposición semejante, Juan! ¿Quisieras profanar el lazo que nos une? ¡Jamás, Juan, jamás!

ROSMER

¿Y qué piensa usted hacer en la ciudad? Puede usted figurarse que no le será tan fácil...

BRENDL

Eso déjalo de mi cuenta, hijo mío. Han caído los dados. Tal como me ves aquí estoy en camino de un largo viaje, más largo que todas mis peregrinaciones anteriores juntas. (*A Kroll.*) ¿Puede preguntarle a usted, señor profesor..., *entre nous*..., si en su digna ciudad hay algún local respetable para celebrar reuniones públicas?

KROLL

El más espacioso es la sala de la Sociedad obrera.

BRENDL

¿Tiene el señor profesor alguna influencia cualificada en esa Sociedad, sin duda muy útil?

KROLL

No tengo nada que ver con ella.

REBECA

(A Brandel.) Debía usted dirigirse a Peter Mortensgård.

BRENDL

Perdone usted, *madame*, ¿qué especie de idiota es ése?

ROSMER

¿Por qué cree usted que es un idiota?

BRENDL

¿No se nota en seguida en el nombre que es un idiota el que lo lleva?

KROLL

Esa contestación no la hubiera esperado.

BRENDL

Pero quiero dominarme. No hay otro camino. Cuando se está, como yo, en un momento crítico de su vida... Decididamente me pondré en relaciones con ese hombre. Entablaré negociaciones directas.

ROSMER

¿Está usted realmente, en serio, en un momento crítico?

BREDEL

¿No sabes, hijo mío, que Ulrik Brendel siempre está en serio donde está? Sí, ahora verás en mí un hombre nuevo. Saldré de la reserva desdénosa que he guardado hasta aquí.

ROSMER

¿Cómo?

BREDEL

Quiero ir a la vida con mano fuerte. Presentarme, destacarme. Vivimos en una época tempestuosa y luce el nuevo sol. Quiero poner mi grano de arena en la obra de la liberación.

KROLL

¿También *usted* quiere...?

BREDEL

(*A todos.*) ¿Conoce el público por aquí mis escritos publicados?

KROLL

No, he de confesar que...

REBECA

Yo he leído algunos; mi padre adoptivo los tenía.

BREDEL

¡Hermosa señora..., ha perdido usted el tiempo... Le digo a usted que no eran más que tonterías.

REBECA

¿Tonterías?

BRENDL

Lo que ha leído usted, sí. Mis obras importantes no las conoce nadie. Nadie... más que yo mismo.

REBECA

¿Cómo es eso?

BRENDL

Porque no están escritas.

ROSMER

¡Pero querido señor Brendl!...

BRENDL

Tú sabes, Juan, que yo soy un sibarita, un *gourmand*. Me gusta paladear en la soledad, porque así saben doble mejor las cosas, ¿sabes? Cuando los sueños dorados descendían a mí y me rodeaban; cuando nacían en mí nuevas ideas y me envolvían con robustas alas, entonces los transformaba en poesía, en visiones, en fantasías..., a grandes rasgos, ¿comprendes?

ROSMER

Sí, sí.

BRENDL

¡Oh, cuánto he gozado y paladeado la felicidad misteriosa de la Creación!... Así, a grandes rasgos, como digo. El aplauso, la gratitud, el laurel, la celebridad, todo eso lo he recibido con manos temblorosas de gozo. ¡Me he saciado con tal alegría en mis fantasías secretas..., de una grandeza que daba vértigos!...

KROLL

Hum...

ROSMER

¿Y no ha escrito usted nunca nada de eso?

BRENDL

Ni una letra. Ese prosaico oficio de escribir me ha producido siempre repugnancia. ¿Y para qué iba a profanar mis ideales puros, si podía gozarlos en toda su pureza y para mí solo? Pero ahora los sacrificaré. Siento lo que puede sentir una madre al poner a su hijo en el brazo de su marido. Pero, a pesar de eso, los sacrifico, los sacrifico en el altar de la liberación. Daré una serie de conferencias por todo el país.

REBECA

¡Eso es obrar con grandeza, señor Brendel! Da usted lo más caro que posee.

ROSMER

Lo único.

REBECA

(*Mirando á Rosmer.*) ¿Cuántos hay que lo hagan, que osen hacerlo?

ROSMER

(*Contesta a la mirada.*) ¡Quién sabe!

BRENDL

Las reuniones públicas son movidas; eso refresca mi corazón y fortalece mi voluntad. Y así entro en la acción. Una cosa todavía. (*A Kroll.*) ¿Puede usted decirme, señor preceptor, si hay

en la ciudad alguna Sociedad de templanza, una Sociedad de templanza total?

KROLL

Sí. Yo soy su presidente.

BRENDEL

¡Se lo había conocido! Bien; pues no será imposible que vaya a inscribirme por una semana.

KROLL

Dispense usted..., no admitimos socios por semanas.

BRENDEL

¡*A la bonheur*, señor pedagogo! Ulrik Brendel no ha sido nunca huésped molesto en Sociedades de esa naturaleza. (*Volviéndose.*) Pero no puedo prolongar mi estancia en esta casa, que tantos recuerdos guarda. Tengo que irme a la ciudad a buscarme un alojamiento conveniente. Espero que habrá allí un hotel decente.

REBECA

¿No quiere usted beber algo caliente antes de irse?

BRENDEL

¿De qué clase, señora mía?

REBECA

Una taza de te o...

BRENDEL

- Doy gracias a la espléndida dueña de esta casa, pero no gusto de acudir a la hospitalidad privada. (*Saludando con la mano.*) ¡Pasarlo bien, señores! (*Se dirige hacia la puerta, pero al llegar a ella*

se vuelve.) ¡Ah!, es verdad..., Juan..., pastor Rosmer..., ¿quieres prestarle un servicio, en nombre de nuestra amistad, a tu antiguo maestro?

ROSMER

De todo corazón.

BRENDEL

Bien; en ese caso, préstame... por uno o dos días... una camisa planchada.

ROSMER

¿Eso es todo?

BRENDEL

Porque, ¿sabes?, yo viajo a pie... esta vez. El baúl vendrá después.

ROSMER

Muy bien. ¿Necesita usted otra cosa?

BRENDEL

Sí, ¿sabes?, puede ser que tuvieras un abrigo de verano usado...

ROSMER

Sí, sí. Naturalmente que lo tengo.

BRENDEL

Y como eso exigiría un par de botas decentes...

ROSMER

También eso se arreglará. Tan pronto como tengamos sus señas le mandaremos esas cosas.

BRENDEL

¡De ningún modo! No quiero que os molestéis por mi causa. Me llevaré yo mismo esas bagatelas.

ROSMER

Bien, bien. ¿Quiere usted subir conmigo?

REBECA

Mejor lo deja usted de mi cuenta. Yo y la señora Helseth lo arreglaremos.

BRENDL

No consentiré nunca que esta señora tan distinguida...

REBECA

¡Oh, deje usted! Venga conmigo, señor Brendel. (*Sale por la derecha.*)

ROSMER

(*Reteniendo a Brendel.*) Diga usted, ¿puedo servirle en algo más?

BRENDL

No sé, en verdad, con qué... Pero... ¡por todos los diablos!... ¡Ahora que lo pienso!... Juan..., ¿tienes ahí por casualidad ocho coronas?

ROSMER

Vamos a ver. (*Abre el portamonedas.*) Aquí hay dos billetes de diez coronas.

BRENDL

Bueno, es lo mismo; los tomaré. En la ciudad los cambiaré. Entretanto, gracias. No olvides que me has dado dos billetes de a diez. Buenas noches, hijo mío querido. Buenas noches, señor mío. (*Se va hacia la derecha, donde Rosmer le despide, cerrando la puerta tras él.*)

KROLL

¡Señor misericordioso! ¡De modo que ése era el Ulrik Brendel del que un día creyeron las gentes que había de ser algo grande en este mundo!

ROSMER

(En voz baja.) En todo caso, ha tenido el valor de vivir su vida según su propio criterio. Y me parece que eso no es poco.

KROLL

¿Cómo? ¡Una vida como la suya!... Casi creo que ese hombre sería capaz de volver a trastornar tus ideas.

ROSMER

¡Oh, no! Ahora lo veo todo claro.

KROLL

Quisiera que fuese así, querido Rosmer. Porque tú eres extraordinariamente sensible a las impresiones exteriores.

ROSMER

Sentémonos, que quiero hablar contigo.

KROLL

Sí, sentémonos. *(Se sientan en el sofá.)*

ROSMER

(Tras un silencio corto.) ¿No te parece que esto es hermoso y agradable?

KROLL

Sí, ahora es hermoso y agradable..., y es tam-

bién tranquilo. Tienes un hogar, Rosmer, y yo he perdido el mío.

ROSMER

¡No hables así, amigo mío! Lo que ahora está escindido ya se arreglará.

KROLL

¡Nunca! Porque ninguno cederá. Nunca volverá a ser como era.

ROSMER

Escúchame, Kroll. Nosotros dos somos amigos desde hace muchos años. ¿Crees posible que pudiera romperse nuestra amistad?

KROLL

No sé que haya nada en el mundo que pudiera separarnos. ¿Cómo se te ocurre eso?

ROSMER

Porque tú das una importancia tan grande a la coincidencia en ideas y opiniones...

KROLL

Pero nosotros dos estamos conformes en casi todo. Por lo menos en las grandes cuestiones.

ROSMER

(En voz baja.) No, ya no.

KROLL

(Queriendo dar un salto.) ¿Qué dices?...

ROSMER

(Conteniéndole.) Continúa sentado; te lo ruego, Kroll.

KROLL

¿Qué significa eso? No te entiendo. Habla claramente.

ROSMER

Una nueva primavera ha descendido sobre mi alma. Nuevas opiniones jóvenes. Y por eso estoy ahora *allí*...

KROLL

¿Dónde? ¿Dónde estás?

ROSMER

Donde están tus hijos.

KROLL

¿Tú? ¿Tú también? ¡Pero eso es imposible!
¿Dónde dices que estás?

ROSMER

Del mismo lado que Laurits e Hilde.

KROLL

(*Bajando la cabeza.*) ¡Renegado! ¡Juan Rosmer renegado!

ROSMER

¡Me siento tan gozoso, siento una dicha tal en eso que tú llamas renegar!... Pero, sin embargo, he sufrido terriblemente, pues sabía que iba a causarte un gran disgusto.

KROLL

¡Rosmer, Rosmer! Esto no lo olvidaré nunca. (*Le mira tristemente.*) ¡Oh, que tú también cooperes a ello y que ofrezcas tu mano a la obra de pervertir a esta tierra infeliz!

ROSMER

La obra en que yo colaboro es la obra de la liberación.

KROLL

Ya lo sé; así la llaman lo mismo los agitadores que los engañados. ¿Pero crees que puede esperarse una liberación del espíritu que está a punto de emponzoñar nuestra vida social entera?

ROSMER

Yo no me uno al espíritu que reina aquí. A ninguno de los partidos en lucha. Quiero tratar de reunir hombres de todos los lados; tantos como pueda. Quiero vivir y consagrar todas las fuerzas de mi vida para la misión de capacitar al pueblo para tener un juicio verdadero.

KROLL

¿De manera que no crees que tenemos ya bastante intervención del pueblo? Por mi parte, yo creo que estamos todos a punto de descender al fango, en que sólo los hombres bajos se sienten a gusto.

ROSMER

Por eso le pongo al juicio del pueblo la tarea verdadera.

KROLL

¿Qué tarea?

ROSMER

La de ennoblecer a todos los hombres.

KROLL

¿A todos los hombres?

ROSMER

Por lo menos a todos los hombres posibles.

KROLL

¿Por qué medios?

ROSMER

Libertando su espíritu y purificando su voluntad.

KROLL

Eres un soñador. ¿Quieres libertarlos, quieres purificarlos?

ROSMER

No, amigo mío; sólo quiero despertar en ellos el deseo de lograrlo. Hacerlo, tienen que hacerlo por sí mismos.

KROLL

¿Y crees que podrán?

ROSMER

Sí.

KROLL

¿Por sus propias fuerzas, dices?

ROSMER

Sí, precisamente por sus propias fuerzas. No hay otras.

KROLL

(*Poniéndose en pie.*) ¿Es eso hablar como conviene a un sacerdote?

ROSMER

Yo no soy sacerdote.

KROLL

Pero ¿y tus creencias de niño?

ROSMER

Las he perdido.

KROLL

¿Las has perdido?...

ROSMER

(Levantándose.) He renunciado a ellas; he tenido que renunciar.

KROLL

(Espantado, y luego dominándose.) ¿De manera...? ¡Sí, sí! ¡Lo uno sigue a lo otro! ¿Por eso te separaste del servicio de la Iglesia?

ROSMER

Sí; cuando alcancé claridad sobre mí mismo, cuando adquirí la convicción de que no era una infección pasajera, sino algo de lo que no podría ni querría deshacerme nunca, me fui.

KROLL

¿Tanto tiempo lleva ya en ti? ¡Y nosotros, tus amigos, no hemos sabido nada de ello!... ¡Rosmer, Rosmer!, ¿cómo podías callarnos la triste verdad?

ROSMER

Porque me parecía que era una cosa que sólo a mí importaba. Y luego no quería ocasionar ninguna pena inútil a ti y a los demás amigos. Creía que podría seguir viviendo aquí como hasta ahora: tranquilo, contento y feliz. Quería leer y ahondarme en las obras que hasta enton-

ces habían sido libros cerrados para mí, sumergirme en el gran mundo de verdad y libertad que se me había revelado.

KROLL

¡Renegado! ¡Cada palabra lo prueba! Pero ¿por qué entonces confiesas tu caída secreta? ¿Y por qué ahora precisamente?

ROSMER

Tú mismo me has forzado a hacerlo, Kroll.

KROLL

¿Yo? ¿Que yo te he forzado?

ROSMER

Cuando me enteré de tus violencias en los mítines; cuando leí los discursos de odio que pronunciabas, tus ataques emponzoñados contra los que están al otro lado, tus sarcásticas condenaciones de tus contrarios... ¡Oh Kroll, que pudieras llegar a eso!... Entonces se presentó ante mí un deber implacable. Los hombres se hacen malos en la lucha en que ahora combaten. Es preciso que la paz, la alegría y la reconciliación vuelvan a las almas. Por eso me destaco ahora y proclamo abiertamente lo que soy. ¿No podrías tú... ayudarme, Kroll?

KROLL

Nunca en la vida me reconciliaré con las fuerzas disolventes de la sociedad.

ROSMER

Entonces luchemos al menos con armas nobles, si es preciso que luchemos.

KROLL

Al que no está conmigo en las cuestiones decisivas de la vida, no le conozco. A ése no le debo consideración ninguna.

ROSMER

¿Reza eso también conmigo?

KROLL

Tú mismo has roto nuestras relaciones.

ROSMER

¿De modo que esto es un rompimiento?

KROLL

Es un rompimiento conmigo y con todos tus amigos. Tienes que arrostrar las consecuencias. *(Rebeca West viene por la derecha y deja abierta la puerta.)*

REBECA

Ya está en camino para su fiesta de sacrificio. Y ahora podemos ir a la mesa. Tenga usted la bondad, Kroll.

KROLL

(Cogiendo su sombrero.) Buenas noches, señorita West. Ya no tengo nada que hacer aquí.

REBECA

(Con ansiedad.) ¿Qué significa eso? *(Cierra la puerta y se acerca.)* ¿Ha hablado usted?

ROSMER

Ya lo sabe.

KROLL

No te dejaremos, Rosmer. Volveremos a atraerte a nosotros.

ROSMER

No, no volveré.

KROLL

¡Ya lo veremos! Tú no eres hombre para soportar el estar solo.

ROSMER

No estaré tan solo... Somos dos para conllevar la soledad.

KROLL

¡Ah!... *(Se le presenta una sospecha.)* ¡Estó también!... ¡Las palabras de Beata...!

ROSMER

¿Beata?...

KROLL

(Rechazando de sí un pensamiento.) ¡No, no!... ¡Es demasiado bajo!... ¡Perdóname!

ROSMER

¿El qué?

KROLL

¡Basta ya!... ¡Uf!... ¡Perdóname! ¡Adiós! *(Yendo hacia la puerta de la antesala.)*

ROSMER

(Siguiéndole.) ¡Kroll, no podemos terminar así! Mañana iré a verte.

KROLL

(En la antesala, volviéndose.) ¡No vuelvas a poner los pies en mi casa! *(Coge el bastón y se va.)*

ROSMER

(Se queda un momento en la puerta abierta, cierra y va hacia la mesa.) Eso no importa nada, Rebeca. Ya lo soportaremos nosotros, dos amigos. Tú y yo.

REBECA

¿A qué se referiría cuando dijo ¡uff!?

ROSMER

No te preocupes de eso, querida. Él mismo no creía en su sospecha. Mañana iré a verle. Buenas noches.

REBECA

¿Te retiras esta noche también tan temprano, después de todo esto?

ROSMER

Hoy como los demás días. Me siento aliviado después de que ha pasado. Ya ves que estoy completamente tranquilo, querida Rebeca. Tómalo tú también con calma. Buenas noches.

REBECA

Buenas noches, amigo mío. Que descanses. *(Rosmer sale por la puerta de la antesala; luego se le oye subir la escalera. Rebeca tira del cordón de la campanilla, que está cerca de la chimenea. En seguida viene por la derecha la señora Helseth.)* Puede usted quitar la mesa, porque el pastor no quiere nada y Kroll se ha marchado.

SEÑORA HELSETH

¿El señor Kroll se ha marchado? ¿Qué le pasa?

REBECA

(*Cogiendo su labor.*) Predecía que iba a venir una tempestad.

SEÑORA HELSETH

Es muy extraño. Porque esta noche no se ve ni una nube en el cielo.

REBECA

¡A ver si va a encontrarse con el caballo blanco! Porque me temo que vamos a oír hablar pronto de él.

SEÑORA HELSETH

¡Dios la perdone, señorita! ¡No diga usted esas cosas!

REBECA

¡Vaya, vaya!...

SEÑORA HELSETH

(*Bajo.*) ¿Cree usted de veras que hay alguien aquí que tenga que irse pronto?

[REBECA

No, eso no lo creo. Pero hay tantas clases de caballos blancos en el mundo, señora Helseth... Bien; buenas noches. Me voy a mi cuarto.

SEÑORA HELSETH

Buenas noches, señorita. (*Rebeca, con la labor en la mano, se va por la derecha. Helseth apaga el quinqué, mueve la cabeza y murmura.*) ¡Jesús, Jesús! ¡Esta señorita...! ¡Qué cosas dice a veces!

ACTO SEGUNDO

En el despacho de Juan Rosmer. En el muro izquierda está la puerta de entrada. Al fondo, una puerta, que da a la alcoba, con los cortinones abiertos. A la derecha, una ventana, y delante de ella, una mesa llena de libros y papeles. En los muros, estantes y armarios de libros; distintos muebles; en primer término izquierda, un canapé antiguo, ante el cual está una mesa. Juan Rosmer está sentado a la mesa de escribir, en una silla de respaldo alto. Corta las hojas de un folleto, lo hojea y lee acá y allá en él. Lllaman a la puerta de la derecha.

ROSMER

(Sin volverse.) Pasa.

REBECA

(En traje de mañana, entra.) Buenos días.

ROSMER

(Hojeando el folleto.) Buenos días, querida. ¿De-seas algo?

REBECA

No quería más que saber si has dormido bien.

ROSMER

He dormido muy bien y muy tranquilo, sin sueños. *(Volviéndose.)* ¿Y tú?

REBECA

Hacia la mañana logré dormirme.

ROSMER

No recuerdo tiempo alguno en que me sintiese tan bien como ahora. Ha estado bien haberlo dicho.

REBECA

Sí, no debías haber callado tanto tiempo, Rosmer.

ROSMER

Yo mismo no comprendo cómo he podido ser tan cobarde.

REBECA

En realidad no era por cobardía.

ROSMER

¡Oh, sí! Si examinas a fondo la cosa, había también algo de cobardía en ello.

REBECA

Tanto más valor se necesitaba para cortar el nudo. (*Sentándose en una silla junto a la mesa.*) Pero ahora quiero contarte una cosa que he hecho, y por la que no debes incomodarte.

ROSMER

¿Incomodarme? ¿Cómo puedes creer eso, querida?

REBECA

Sí; porque es posible que fuera algo arbitrario de mi parte. Sin embargo...

ROSMER

Bien; di lo que es.

REBECA

Ayer tarde, cuando aquel Ulrik Brendel iba a marcharse, le di dos o tres líneas para Mortensgård.

ROSMER

(Un poco preocupado.) ¡Pero, querida Rebeca...!
¿Y qué le decías?

REBECA

Le escribí que te haría un gran servicio si quisiese atender al pobre hombre y ayudarle en lo que pudiera.

ROSMER

Eso no debías haberlo hecho. Con ello no has hecho más que perjudicar a Brendel; y a Mortensgård desearía tenerlo alejado de mí. Ya sabes lo que he tenido con él.

REBECA

Pero ¿no crees que estaría bien que te pusieses en mejores relaciones con él?

ROSMER

¿Yo con Mortensgård? ¿Por qué dices eso?

REBECA

Porque, en realidad, no puedes estar completamente seguro desde lo que te ha ocurrido con tus amigos.

ROSMER

(La mira y mueve la cabeza.) ¿Has podido creer que Kroll o alguno de los otros se vengarían? ¿Qué serían capaces de...?

REBECA

En el primer pronto no puede saberse. A juzgar por la manera como Kroll tomó la cosa...

ROSMER

Debías de conocerle mejor. Kroll es absolutamente un caballero. Esta tarde iré a la ciudad a hablar con él. Quiero hablar con todos ellos, y ya verás qué bien se arregla.

(La señora Helseth entra por la puerta de la izquierda.)

REBECA

(Levantándose.) ¿Qué quiere usted, señora Helseth?

SEÑORA HELSETH

El señor Kroll está abajo, en la antesala.

ROSMER

(Levantándose rápidamente.) ¿Kroll?

REBECA

¿Él? Pero figúrate...

SEÑORA HELSETH

Dice que si puede subir para hablar con el señor pastor.

ROSMER

(A Rebeca.) ¿Qué te había dicho?... Claro que puede. *(Yendo a la puerta y gritando hacia abajo.)* ¡Sube, sube, amigo mío! ¡Que seas bien venido! *(Rosmer se queda en la puerta abierta. La señora Helseth se va. Rebeca echa los cortinones de la alcoba y arregla aquí y allí. Kroll entra con el*

sombrero en la mano. Rosmer, conmovido.) Ya sabía que no sería la última vez.

KROLL

Hoy veo la cosa a una luz completamente diferente de la de ayer.

ROSMER

¿Verdad que sí, Kroll? ¿Verdad que sí, ahora que has reflexionado sobre ello?

KROLL

No me entiendes. Desearía hablarte a solas.

ROSMER

¿Por qué no puede la señorita West...?

REBECA

No, no, señor Rosmer; yo me voy.

KROLL

(*Midiéndola con la mirada.*) Y luego tengo que pedir a esta señorita que me dispense el haber venido tan temprano. El que la haya sorprendido antes de haber tenido tiempo...

REBECA

¿Cómo? ¿No le parece a usted decente que esté en la casa en bata?

KROLL

¡Dios me libre! Yo no sé cuáles son las costumbres de esta casa.

ROSMER

Pero, Kroll, estás completamente cambiado hoy.

REBECA

Usted lo pase bien. (*Se va.*)

KROLL

Con tu permiso. (*Sentándose en el canapé.*)

ROSMER

Sí, amigo mío. Sentémonos tranquilamente y hablemos. (*Se sienta en una silla frente a Kroll.*)

KROLL

Desde ayer no he pegado un ojo. Toda la noche la he pasado reflexionando.

ROSMER

¿Y qué dices hoy?

KROLL

Es muy largo, Rosmer. Déjame empezar con un prólogo. Puedo contarte algunas cosas de Ulrik Brendel.

ROSMER

¿Ha estado en tu casa?

KROLL

No, se alojó en un local infecto, en compañía de la gente más ordinaria, naturalmente. Bebió y convidó hasta que se le acabó el dinero; después empezó a llamar canalla y populacho a toda la compañía, en lo que tenía, por lo demás, razón; pero entonces le dieron de palos y lo echaron a la calle.

ROSMER

¡De modo que es incorregible!

KROLL

Parece que ha empeñado el gabán, pero que después se lo han desempeñado. ¿Puedes adivinar quién lo hizo?

ROSMER

¿Tú mismo acaso?

KROLL

No, el noble señor de Mortensgård.

ROSMER

¡Ah!

KROLL

He oído contar que la primera visita fué para el plebeyo y el idiota.

ROSMER

Ha tenido suerte en eso.

KROLL

Claro que sí. Pero ahora hemos llegado a una cosa que tengo el deber de advertirte, en nombre de nuestra antigua amistad.

ROSMER

¿Qué es ello, amigo mío?

KROLL

Hay alguien en esta casa que juega contigo a escondidas.

ROSMER

¿Cómo puedes creer eso? ¿Te refieres a Rebe..., a la señorita West?

KROLL

Sí, de su parte puedo comprenderlo. Ha mandado aquí tanto tiempo... Pero, a pesar de eso...

ROSMER

Querido Kroll, te equivocas completamente. Ella y yo no nos ocultamos nada.

KROLL

¿Te ha confesado que ha entrado en correspondencia con el director de *El Faro*?

ROSMER

Vamos, te refieres a las líneas que le dió a Ulrik Brendel.

KROLL

¿De modo que lo sabes? ¿Y apruebas que se ponga en relación con ese paladín del escándalo, que constantemente me ataca, así en mi actuación profesional como en mi vida pública?

ROSMER

De seguro que no ha pensado en ese aspecto de la cuestión. Y además, ella tiene, naturalmente, lo mismo que yo, plena libertad de acción.

KROLL

¡Ajál! ¿Eso será cosa del nuevo camino que has escogido? Porque seguramente ella está donde tú.

ROSMER

Sí que lo está. Nos hemos liberado juntos.

KROLL

(*Le mira y mueve lentamente la cabeza.*) ¡Oh, qué ciego y qué confiado eres!

ROSMER

¿Yo? ¿Por qué dices eso?

KROLL

Porque no me atrevo a pensar lo peor, no quiero pensarlo. No, no; déjame terminar. Concedes algún valor a mi amistad, ¿no es verdad? ¿Y a mi estimación también?

ROSMER

No necesito contestarte a esa pregunta.

KROLL

Pero hay otras cosas que exigen una respuesta. Una explicación completa de tu parte. ¿Permites que te someta a una especie de interrogatorio?

ROSMER

¿Interrogatorio?

KROLL

Sí; que te pregunte sobre algunas cosas cuyo recuerdo tiene que serte penoso. Tu traición, o tu liberación, como tú la llamas, está en relación con muchas cosas de las que tienes que darme cuenta por tu bien mismo.

ROSMER

Amigo mío, pregunta cuanto quieras; no tengo nada que ocultar.

KROLL

Entonces, dime: ¿cuál crees que sea la causa principal de que Beata se quitase la vida?

ROSMER

¿Puedes dudarlo, o, mejor dicho, puedes pedir causas para lo que una pobre enferma que ha perdido la razón hace?

KROLL

¿Estás seguro de que Beata había perdido por completo la razón? Por lo menos los médicos creían que no estaba tan claro.

ROSMER

Si los médicos la hubiesen visto, como yo, a todas las horas del día y de la noche, no lo hubieran dudado.

KROLL

Yo tampoco lo había dudado nunca.

ROSMER

No. Desgraciadamente era imposible dudarlo. Ya te he hablado de la pasión loca, desaforada, que quería que yo compartiese. ¡Oh, el terror que me produjo!... Y luego, durante los últimos años, aquel continuo acusarse a sí misma...

KROLL

Sí, cuando supo que no podría tener hijos.

ROSMER

Bien, pues figúrate ese remordimiento terrible por algo de que no era culpable... ¡Y dices que conservaba su razón!...

KROLL

¿Te acuerdas de si tenías en casa libros que hablasen de la finalidad del matrimonio según las ideas progresivas de nuestro tiempo?

ROSMER

Me acuerdo de que la señorita West me prestó una obra de esas. Porque, como sabes, heredó la biblioteca del doctor. Pero, querido Kroll, ¿tú crees que íbamos a tener la imprudencia de dar esas cosas a la pobre enferma. Puedo asegurarte de todas veras que no hemos tenido la menor culpa. Fueron sus propios nervios, desconcertados, los que la empujaron al precipicio.

KROLL

Una cosa puedo decirte, y es que la pobre Beata puso fin a su vida para que tú pudieses vivir feliz, libre, a tu antojo.

ROSMER

(*Medio saltando de la silla.*) ¿Por qué dices eso?

KROLL

Tienes que oírme con calma, Rosmer; porque ahora puedo hablar de ello. El último año de su vida estuvo dos veces a verme para contarme sus miedos y su desesperación.

ROSMER

¿Sobre este mismo asunto?

KROLL

La primera vez me dijo que estabas a punto de renegar de tus creencias. Que querías romper con la fe de tus padres.

ROSMER

Lo que dices es imposible, Kroll; absolutamente imposible. Tienes que estar equivocado.

¿Por qué?

KROLL

ROSMER

Porque mientras vivió Beata estaba todavía en dudas y luchas. Y luchaba solo, en el mayor silencio, conmigo mismo. No creo que ni siquiera Rebeca...

KROLL

¿Rebeca?

ROSMER

Sí, la señorita West. La llamo Rebeca porque es más corto.

KROLL

Ya lo había notado.

ROSMER

Por eso no comprendo cómo a Beata pudo ocurrírsele esa idea. Y ¿por qué no habló conmigo de ello? No lo hizo nunca; ni una sola palabra me dijo.

KROLL

¡Pobre! Me rogó que hablase contigo.

ROSMER

¿Y por qué no lo hiciste?

KROLL

¿Podía yo dudar entonces de que estaba perturbada? ¡Dirigir tal acusación contra un hombre como tú!... Y luego volvió otra vez, un mes más tarde, aproximadamente. Exteriormente estaba más tranquila; pero al marcharse me dijo: «Ahora aparecerá pronto en Rosmersholm el caballo blanco.»

ROSMER

Caballo blanco... Hablaba a menudo de él, sí.

KROLL

Y cuando intenté quitarle sus tristes pensamientos, me dijo: «Ya no me queda mucho tiempo, porque Juan tiene que casarse en seguida con Rebeca.»

ROSMER

(*Casi sin habla.*) ¿Qué es lo que dices? ¿Yo casarme con...?

KROLL

Esto fué el jueves al mediodía; y el sábado por la tarde se tiró del puente a la presa del molino.

ROSMER

¿Y cómo no nos advertiste?

KROLL

Ya sabes con cuánta frecuencia hablaba de que iba a morir pronto.

ROSMER

Sí que lo sé; pero, a pesar de eso, debías habernos advertido.

KROLL

Pensé en hacerlo, pero era ya demasiado tarde.

ROSMER

Pero ¿por qué más tarde no dijiste...? ¿Por qué callaste todo eso?

KROLL

¿Para qué iba a venir a atormentarte, a abrir

la antigua herida? Además, creía que eran fantasías locas y sin sentido... hasta ayer tarde.

ROSMER

¿De modo que ahora ya no?

KROLL

¿No tenía razón Beata cuando decía que abandonarías tus creencias de niño?

ROSMER

(*Para sí mismo.*) Sí, eso no lo entiendo. Es incomprendible.

KROLL

Incomprendible o no, el hecho es que es así. Y ahora te pregunto, Rosmer: ¿qué hay de verdad en la segunda inculpación, en la última quiero decir?

ROSMER

¿Inculpación? ¿Era una inculpación?

KROLL

Puede ser que no te hayas fijado bien en ello. Quería desaparecer, decía... ¿Por qué?

ROSMER

Sí; para que yo pudiera casarme con Rebeca.

KROLL

No era así exactamente. Las palabras de Beata fueron otras. Dijo: «Ya no me queda mucho tiempo, porque Juan *tiene* que casarse *en seguida* con Rebeca.»

ROSMER

(*Le mira un momento con atención; luego se pone en pie.*) Ahora te entiendo, Kroll.

KROLL

Y bien, ¿qué respondes?

ROSMER

(*Con calma y dominándose.*) ¿A una cosa tan inaudita?... La única respuesta sería mostrarte la puerta.

KROLL

(*Levantándose.*) Está bien.

ROSMER

(*Poniéndose ante él.*) Escúchame. Desde que Beata murió hemos vivido aquí solos Rebeca West y yo. En todo ese tiempo has conocido la acusación de Beata contra nosotros, y nunca he podido notar que tuvieras algo contra nuestra convivencia.

KROLL

Hasta ayer no supe que eran un renegado y una... mujer libre los que vivían juntos.

ROSMER

¡Ah!... ¿De modo que no crees que entre renegados y hombres libres pueda haber sentido de pureza? ¿No crees que tienen en sí, como un instinto natural, el sentimiento moral?

KROLL

No confío mucho en una moralidad que no tiene sus raíces en la fe de la Iglesia.

ROSMER

¿Y eso lo aplicas también a Rebeca y a mí?
¿A la relación entre Rebeca y yo?

KROLL

No puedo renunciar en favor vuestro a mi opinión de que no hay mucha distancia entre pensamiento libre...

ROSMER

¿Y qué?

KROLL

Y amor libre, ya que te empeñas en que te lo diga.

ROSMER

(*Bajo.*) ¿Y no te avergüenzas de decirme eso, tú, que me conoces desde mi infancia?

KROLL

Precisamente por eso; sé que fácilmente te dejas influir por las personas con quienes estás en relaciones. Y en cuanto a esa Rebeca tuya, esa señorita West, en realidad no la conocemos. Bien, Rosmer, no te dejes, y tú mismo debes procurar salvarte a tiempo.

ROSMER

¿Salvarme? ¿De qué? (*La señora Helseth se asoma a la puerta de la izquierda.*) ¿Qué quiere usted?

SEÑORA HELSETH

Quería decir a la señorita que hiciese el favor de bajar.

ROSMER

La señorita no está aquí.

SEÑORA HELSETH

¿De veras? (*Mirando alrededor.*) Es extraño.
(*Se va.*)

ROSMER

¿Decías?...

KROLL

Escúchame. Lo que pasó aquí mientras vivía Beata, y lo que ahora pasa, no quiero examinarlo al detalle. Tú fuiste muy desgraciado en tu matrimonio; eso debe decirse en disculpa tuya.

ROSMER

¡Oh, qué poco me conoces en el fondo!

KROLL

No me interrumpas. Lo que quería decirte es que si quieres continuar viviendo con la señorita West, es absolutamente necesario que ocultes tu cambio de ideas, la triste conversión a que ella te ha llevado.... ¡Déjame hablar, déjame hablar! Digo que si tiene que ser así, puedes pensar y creer lo que quieras en todos sentidos. Pero al menos guárdate para ti tus opiniones; esa es cosa puramente tuya, y no para que se grite por todo el país.

ROSMER

Es necesario para mí salir de una situación falsa.

KROLL

¡Pero tú tienes un deber para con las tradiciones de tu casta, Rosmer! No lo olvides: Rosmersholm es, desde hace un tiempo infinito, una fuente de orden y disciplina..., de respeto por todo aquello que reconocen y estiman los mejores en nuestra sociedad. Rosmersholm ha infun-

dido su sello a toda la comarca. Y produciría una confusión desdichada, que no podría remediarse, el que se supiera que tú mismo habías roto con lo que podría llamarse los pensamientos de familia de los Rosmer.

ROSMER

Querido Kroll, yo no puedo ver así la cosa. A mí me parece que es mi deber esparcir un poco de luz y de alegría aquí, donde la casta de los Rosmer, en tan largo tiempo, no ha producido más que obscuridad y opresión.

KROLL

(*Mirándole severamente.*) ¡Sí, esa sería una hazaña digna del hombre con quien termina la casta! Deja eso. No es labor propia para ti. Tú has nacido para la vida tranquila de un sabio.

ROSMER

Es posible. Pero estoy decidido a intervenir en la lucha por la vida.

KROLL

¡La lucha por la vida!... ¿Sabes lo que será eso para ti? Una lucha a sangre y fuego con todos tus amigos.

ROSMER

(*En voz baja.*) No todos serán tan fanáticos como tú.

KROLL

Eres un alma cándida, Rosmer. Un alma inexperta. No adivinas la tempestad que va a descargar sobre ti.

(*La señora Helseth se asoma por la puerta de la izquierda.*)

SEÑORA HELSETH

De parte de la señorita...

ROSMER

¿Qué pasa?

SEÑORA HELSETH

Abajo hay un señor que quisiera hablar al señor pastor.

ROSMER

¿Es acaso el mismo que estuvo anoche aquí?

SEÑORA HELSETH

No, es Mortensgård.

ROSMER

¡Mortensgård!...

KROLL

¡Ah! ¡De modo que ya estamos tan lejos!...

ROSMER

¿Qué quiere de mí? ¿Porque no le dejaría usted que se fuera?

SEÑORA HELSETH

La señorita me mandó que preguntase si podría subir.

ROSMER

Dígale usted que hay alguien aquí...

KROLL

(A la señora Helseth.) Dígale usted que suba.
(La señora Helseth se va.) Abandono el campo...
por ahora. Pero la batalla principal no la hemos
librado todavía.

ROSMER

Te aseguro, Kroll..., no tengo nada que ver con Mortensgård.

KROLL

Ya no te creo más, en ningún punto. De hoy en adelante no te volveré a creer nada. Será una lucha a muerte. Vamos a ver si podemos hacerte inofensivo.

ROSMER

¡Oh, Kroll, qué bajo, qué bajo estás ahora!

KROLL

¿Yo? ¡Y eso me lo dice quien como tú...! ¡Piensa en Beata!

ROSMER

¿Vuelves a eso?

KROLL

No, el enigma de la presa del molino tienes que resolverlo en tu conciencia..., si es que todavía la tienes. (*Peter Mortensgård entra calladamente por el centro izquierda. Es un hombre pequeño y flaco, con la barba y el cabello delgados y rojos.*)— (*Con una mirada de odio.*) ¿De modo que *El Faro...* está encendido en Rosmersholm? Ahora no queda duda de lo que tengo que hacer.

MORTENSGÅRD

(*Conciliante.*) *El Faro* alumbrará siempre que usted necesite luz, señor Kroll.

KROLL

Sí, usted ha mostrado su buena voluntad durante muchos años. Es verdad que hay un man-

damiento que dice que no debemos jurar en falso contra nuestro prójimo...

MORTENSGÄRD

No necesita usted enseñarme los mandamientos.

KROLL

¿Ni siquiera el sexto?

ROSMER

¡Kroll!...

MORTENSGÄRD

Si fuese necesario, sería el señor pastor el más indicado para hacerlo.

KROLL

(Con ironía contenida.) ¿El pastor?... Sí, sin duda que el pastor Rosmer es el más indicado en este caso... Pasarle bien, señores. (Se va, cerrando la puerta tras sí.)

ROSMER

(Mira a la puerta, y dice para sí.) ¡Bien, que sea lo que quiera! (Volviéndose.) ¿Quiere usted decirme, señor Mortensgård, qué es lo que le ha traído aquí?

MORTENSGÄRD

En realidad, buscaba a la señorita West. Creí que debía darle las gracias por la amable carta que me envió ayer.

ROSMER

Ya sé que le ha escrito. ¿Ha hablado usted con ella?

MORTENSGÄRD

Sí, un poco. (Con una ligera sonrisa.) Parece

que aquí, en Rosmersholm, han cambiado las opiniones en algunos puntos.

ROSMER

Mis opiniones han cambiado en muchas cosas. Casi puedo decir que en todo.

MORTENSGÄRD

Eso decía la señorita West. Y por eso me dijo que estaría bien que subiese para hablar un poco con usted.

ROSMER

¿Hablar de qué?

MORTENSGÄRD

¿Puedo decir en *El Faro* que ha cambiado usted de ideas y que se une usted a los partidarios de la libertad y del progreso?

ROSMER

Puede usted hacerlo, y hasta le ruego que lo haga.

MORTENSGÄRD

Entonces aparecerá mañana. Será una noticia de la mayor importancia la de que el pastor Rosmer de Rosmersholm cree que puede luchar por la libertad.

ROSMER

No le entiendo a usted.

MORTENSGÄRD

Quiero decir que nuestro partido adquiere una gran fuerza moral cada vez que ganamos un partidario de ideas cristianas.

ROSMER

(*Un poco asombrado.*) ¿De modo que no sabe usted...? ¿No le ha dicho eso la señorita West?

MORTENSGÄRD

¿El qué, señor pastor? La señorita tenía mucha prisa. Me dijo que subiese y que el resto lo sabría de labios de usted.

ROSMER

Entonces le diré a usted que me he libertado completamente, en todos sentidos. No tengo ya relación ninguna con las enseñanzas de la Iglesia. Desde ahora en adelante no me importan lo más mínimo esas cosas.

MORTENSGÄRD

(*Mirándole friamente.*) ¡Si la Luna cayese al suelo, no me asombraría más!... ¡El pastor se separa de la Iglesia!...

ROSMER

Sí, ahora estoy allí donde usted mismo está desde hace tanto tiempo. Puede usted decirlo mañana en *El Faro*.

MORTENSGÄRD

No, señor pastor. Perdone usted, pero no vale la pena de tocar ese aspecto de la cuestión.

ROSMER

¿No tocarlo?

MORTENSGÄRD

Todavía no, quiero decir.

ROSMER

Peró no comprendo...

MORTENSGÄRD

Sabe usted, señor pastor... Creo que no conoce usted cómo están las cosas tan bien como yo. Pero si se ha pasado usted a las ideas progresivas, y si, como dice la señorita, quiere usted tomar parte en el movimiento, lo hará usted seguramente con el deseo de ser todo lo útil posible, así a las ideas como al movimiento.

ROSMER

Sí, de todo corazón lo quisiera.

MORTENSGÄRD

Entonces sepa usted, señor pastor, que si anuncia usted públicamente su separación de la Iglesia, se ata las manos desde el principio.

ROSMER

¿Lo cree usted así?

MORTENSGÄRD

Sí, puede usted estar seguro de que en ese caso no podría usted hacer mucho. Y además, señor pastor, librepensadores tenemos ya bastantes. Casi estoy por decir que tenemos demasiados. Lo que el partido necesita son elementos cristianos, gentes a quien todo el mundo tenga que respetar. Eso es lo que nos hace falta. Por eso es lo mejor que usted se calle, sobre todo lo que no le importa al público. Esa es mi opinión.

ROSMER

¿De modo que no tiene usted valor para ir conmigo si confieso públicamente mi separación de la Iglesia?

MORTENSGÄRD

(*Mueve la cabeza*) No lo haría con gusto, señor pastor. Desde hace algún tiempo me he impuesto la norma de no apoyar nada ni a nadie que vaya contra la Iglesia.

ROSMER

¿Es que ha vuelto usted a la Iglesia en el último tiempo?

MORTENSGÄRD

Dejemos eso a un lado.

ROSMER

¿Esas tenemos? Entonces le comprendo a usted.

MORTENSGÄRD

Señor pastor, debe usted pensar que yo, especialmente yo, no tengo plena libertad de acción.

ROSMER

¿Qué es lo que le ata a usted?

MORTENSGÄRD

Soy un hombre señalado. Eso es lo que me ata.

ROSMER

¡Ah, sí!

MORTENSGÄRD

Un hombre señalado, señor pastor. Usted no debía olvidarlo, señor pastor, porque usted fué quien primero me señaló.

ROSMER

Si entonces hubiera estado donde ahora estoy, hubiera sido más tolerante con su conducta.

MORTENSGÄRD

También yo lo creo. Pero ya es demaiados tarde. Me ha marcado para toda la vida, para toda mi vida. No comprenderá usted todas las consecuencias que eso trae consigo. Pero pronto sentirá usted mismo el dolor.

ROSMER

¿Yo?

MORTENSGÄRD

Sí; porque no creerá que Kroll y los suyos vayan a perdonar un pecado como el de usted. Y dicen que *El Diario de Avisos* se va a hacer muy violento. No tendrá nada de particular que hagan también de usted un hombre señalado.

ROSMER

En mi vida privada me siento inviolable, señor Mortensgård. Mi conducta es intachable.

MORTENSGÄRD

(*Sonriendo tranquilamente.*) Eso es hablar un poco fuerte, señor pastor.

ROSMER

Puede ser. Però tengo derecho para hablar así.

MORTENSGÄRD

¿También si examina usted su conducta con el mismo detalle con que examinó un día la mía?

ROSMER

Lo dice usted de un modo tan extraño... ¿A qué se refiere usted? ¿A algo determinado?

MORTENSGÄRD

Sí, es una cosa determinada. Una sola. Pero podía ser de graves consecuencias si llegase a oídos de enemigos maliciosos.

ROSNER

¿Tiene usted la bondad de decirme lo que es?

MORTENSGÄRD

¿No lo podría usted adivinar, señor pastor?

ROSNER

No; en absoluto, no. De ningún modo.

MORTENSGÄRD

Entonces tendré que decirlo... Tengo en mi poder una carta muy extraña, que ha sido escrita en Rosmersholm.

ROSNER

¿Se refiere usted a la carta de la señorita West?
¿Le parece a usted tan extraña?

MORTENSGÄRD

No, esa carta no es extraña. Pero en otra ocasión recibí otra carta de esta casa.

ROSNER

¿De la señorita West también?

MORTENSGÄRD

No, señor pastor.

ROSNER

Entonces, ¿de quién? ¿De quién?

MORTENSGÄRD

De su difunta esposa.

ROSMER

¿De mi mujer? ¿Que ha recibido usted una carta de mi mujer?

MORTENSGÄRD

Sí, señor.

ROSMER

¿Cuándo?

MORTENSGÄRD

Fué en sus últimos tiempos. Hará cosa de año y medio. Y esa carta sí que es extraña.

ROSMER

Ya sabrá usted que en ese tiempo mi mujer tenía perturbadas las facultades mentales.

MORTENSGÄRD

Sí, sé que muchos lo han creído. Pero en la carta no se notaba nada de eso. Al decir que la carta es extraña, lo digo en otro sentido.

ROSMER

Pero ¿qué es lo que pudo escribirle a usted mi mujer?

MORTENSGÄRD

En casa tengo la carta. Comienza diciendo que vive en un temor y espanto grandes, pues hay en la comarca muchas gentes malintencionadas. Y esas gentes sólo piensan en proporcionarle a usted disgustos y preocupaciones.

¿A mí?

ROSMER

MORTENSGÄRD

Así está escrito. Y ahora viene lo más extraño. ¿Quiere usted que se lo diga, señor pastor?

ROSMER

Sí; claro que sí. Todo. Sin reservas.

MORTENSGÄRD

Su esposa me pide y me ruega que sea generoso. Dice que sabe que el señor pastor fué quien me quitó mi puesto de profesor, y luego me ruega que no me vengue.

ROSMER

¿Cómo creía que podía usted vengarse?

MORTENSGÄRD

En la carta se dice que si yo oyese rumores de que en Rosmersholm se hacía una vida de pecado, no debía creerlos, pues eran hombres de mala voluntad los que los propagaban para hacerle a usted desgraciado.

ROSMER

¿Dice eso la carta?

MORTENSGÄRD

Puede usted leerla por sí mismo en otra ocasión.

ROSMER

Pero no comprendo... ¿En qué consistían, según ella, esos rumores?

MORTENSGÄRD

Primero, que el señor pastor había abandonado sus creencias de niño; eso lo negaba decididamente... entonces. Y luego..., ¡hum!...

ROSMER

¿Luego...?

MORTENSGÄRD

Y luego dice..., y eso está bastante confuso, que no sabe que haya en Rosmersholm ninguna relación pecaminosa; que nunca se la había hecho daño alguno; y si se esparciesen rumores de esa naturaleza, me rogaba que no los acogiese en *El Faro*.

ROSMER

¿No cita nombres?

MORTENSGÄRD

No.

ROSMER

¿Quién le llevó a usted la carta?

MORTENSGÄRD

He prometido no decirlo. Me la trajeron una tarde al obscurecer.

ROSMER

Si se hubiese usted informado, hubiera usted sabido que mi pobre mujer no tenía completo discernimiento.

MORTENSGÄRD

Me informé, señor pastor; pero debo decir que la carta no me dió esa impresión.

ROSMER

¿No? Pero ¿por qué me habla usted ahora, en realidad, de esa antigua carta tan confusa?

MORTENSGÄRD

Para aconsejarle que sea extremadamente prudente.

ROSMER

¿En mi conducta, quiere usted decir?

MORTENSGÄRD

Sí, tiene usted que tener en cuenta que desde ahora en adelante ha dejado usted de ser un hombre consagrado.

ROSMER

¿De manera que usted sigue creyendo que aquí hay algo que ocultar?

MORTENSGÄRD

No sé por qué un hombre libre iba a dejar de gozar de la vida todo lo posible. Pero sea usted prudente de hoy en adelante. Si se esparciese algún rumor que fuera contra los prejuicios aceptados, puede usted estar seguro de que toda la dirección progresiva tendrá que oír cosas desagradables. Usted lo pase bien, señor pastor Rosmer.

ROSMER

Usted lo pase bien.

MORTENSGÄRD

Y ahora me voy derechamente a la imprenta, y mañana aparece en *El Faro* la gran novedad.

ROSMER

Digalo usted todo.

MORTENSGÅRD

Diré todo lo que necesitan saber las buenas gentes. *(Saluda y se va.)*

(Rosmer se queda a la puerta mientras baja la escalera. Se oye cerrar la puerta de la calle.)

ROSMER

(A la puerta, y con voz contenida.) ¡Rebeca!... Re..., ¡hum!... *(Alto.)* Señora Helseth, ¿está por ahí la señorita?

SEÑORA HELSETH

(Habla desde la antesala.) No, señor pastor; aquí no está.

(Se abren los cortinones del fondo, y Rebeca aparece en la abertura de la puerta.)

REBECA

Rosmer...

ROSMER

¡ *(Volviéndose.)* ¡Cómo! ¿Estabas en mi alcoba? ¿Qué hacías ahí, querida?

REBECA

(Yendo hacia él.) He estado escuchando.

ROSMER

Pero, Rebeca, ¿Cómo puedes hacer eso?

REBECA

Sí que puedo. Dijo tan feamente aquello de mi bata...

ROSMER

¡Ah! ¿De modo que estabas también ahí cuando Kroll...?

REBECA

Sí, quería saber lo que había detrás de sus palabras.

ROSMER

Te lo hubiera contado yo.

REBECA

No creo que me lo hubieras contado todo, y, sobre todo, no lo hubieras hecho con sus mismas palabras.

ROSMER

¿Es que lo has oído todo?

REBECA

La mayor parte. Tuve que ir abajo un momento cuando vino Mortensgård.

ROSMER

Y luego volviste a subir...

REBECA

No te enfades por eso conmigo, querido amigo.

ROSMER

Haz todo lo que creas conveniente. Tienes libertad completa, ya lo sabes. Pero ¿qué dices de esto, Rebeca? ¡Oh, siento que nunca he tenido tanta necesidad de ti como ahora!

REBEÇA

Pero ya estábamos preparados para todo lo que pudiera venir.

ROSMER

No, no; para esto, no.

REBECA

¿Para esto no?

ROSMER

Sí, pensaba que nuestra hermosa y pura relación de amistad podría alguna vez ser objeto de sospechas sucias, pero no de parte de Kroll. De él nunca lo hubiera creído. Sí lo creería de la gran masa con el pensamiento rudo y la mirada innoble. Mis razones tenía al cubrir tan celosamente con un velo nuestra relación. Era un secreto peligroso.

REBECA

¡Oh! ¿Por qué preocuparse del juicio de los demás? Nosotros mismos sabemos que no hemos cometido culpa...

ROSMER

¿Yo? ¿Sin culpa? Sí, hasta hoy también yo lo creía..., hasta hoy. Pero ahora, Rebeca...

REBECA

¿Ahora...?

ROSMER

¿Cómo puede explicarse la terrible acusación de Beata?

REBECA

(Con violencia.) ¡Oh, no hables de Beata! ¡No pienses más en Beata! ¡Ahora que habías logrado al fin libertarte del pensamiento de su muerte!...

ROSMER

Desde que he sabido esto ha vuelto a revivir.

REBECA

Desecha esos pensamientos, Rosmer.

ROSMER

Tenemos que ver de llegar al fondo de la cosa. ¿Cómo pudo llegar a esa mala inteligencia, desdichada?

REBECA

¿Empiezas a dudar de que estaba casi loca?

ROSMER

Sí, de eso es de lo que ya no estoy seguro. Y, además..., aunque así fuera...

REBECA

¿Qué, si así fuera?...

ROSMER

Falta por saber cuál es la última causa de la locura que se apoderó de su ánimo.

REBECA

Pero ¿de qué va a servir el que te pierdas en semejantes cavilaciones?

ROSMER

No puedo dejar de hacerlo, Rebeca. No puedo prescindir de esas dudas roedoras, aunque quisiera.

REBECA

Cavilar alrededor de un punto tan grave constantemente puede ser peligroso para ti.

ROSMER

(Pasea tranquilo y preocupado.) Debo de haberme hecho traición de algún modo. Debe haber notado la dicha que vino sobre mí desde el día en que tú entraste en casa.

REBECA

Pero, amigo mío, aunque así fuera...

ROSMER

Ha notado, sin duda, que leíamos los mismos libros, que nos buscábamos el uno al otro y que hablábamos de todas las nuevas cosas. Pero no lo comprendo..., pues yo me esforzaba en cuidarla. Si pienso en aquellos tiempos, me parece que me preocupaba, como por mi vida, de tenerla alejada de todas nuestras cosas. ¿O no era así, Rebeca?

REBECA

Sí que lo era.

ROSMER

Y tú también. Y, sin embargo... ¡Oh, es terrible pensarlo!... Y ahora resulta que, en su amor enfermo, ha callado, callado; nos ha observado, lo ha notado todo y lo ha interpretado todo mal.

REBECA

(Retorciéndose las manos.) ¡Oh, no debía haber venido nunca a Rosmersholm!

ROSMER

¡Ah, el pensar lo que ha sufrido en silencio!... ¡Poder combinar en su cerebro enfermo todo lo espantoso que creía!... ¿No habló nunca contigo sobre alguna cosa que pudiera haberte puesto sobre la pista?

REBECA

(Como acosada.) ¿Conmigo?... ¿Crees tú que en ese caso hubiera seguido aquí un día más?

ROSMER

¡Claro que no, naturalmente! ¡Oh, qué lucha ha debido sostener!... ¡Y completamente sola, Rebeca! ¡Desesperada y sola! ¡Y luego, por fin, la última victoria acusadora en la presa del molino! (Se arroja en la silla de la mesa, se apoya de codos sobre ésta y se tapa la cara con las manos.)

REBECA

(Acercándosele con precaución por detrás.) Escúchame, Rosmer: si estuviera en tu mano... volver a traer a ti..., a Rosmersholm..., a Beata, ¿lo harías?

ROSMER

¡Qué sé yo lo que haría o lo que no haría! No tengo pensamientos más que para una cosa que es irremediable.

REBECA

Ahora debías haber empezado a vivir, Rosmer. Ya habías empezado. Te habías hecho libre en todos sentidos. Te sentías tan gozoso y tan ligero...

ROSMER

Sí que es verdad. Y ahora viene ese peso opresor.

REBECA

(Poniendo los brazos sobre el respaldo de la silla.) ¡Qué hermoso era cuando, al anochecer, estábamos sentados abajo, en la sala, y nos ayudábamos a pensar los nuevos planes de vida! Que-

rías intervenir en la vida, en la vida del día; querías ir como un libertador de un ejército al otro, conquistar su espíritu y su voluntad; crear hombres ennoblecidos a tu alrededor, en círculo cada vez más extenso.

ROSMER

Hombres ennoblecidos y gozosos.

REBECA

Sí, gozosos.

ROSMER

Porque la alegría es la que ennoblece el alma, Rebeca.

REBECA

¿No crees que también el dolor, el gran dolor, ennoblece?

ROSMER

Sí, si uno pudiese libertarse de él.

REBECA

Eso es lo que *tienes* que hacer.

ROSMER

(*Moviendo melancólicamente la cabeza.*) Nunca llegaré a libertarme de eso... por entero. Siempre quedará una duda, una interrogación. No volveré a poder mecarme en aquello que hace la vida tan preciosa.

REBECA

(*En voz baja.*) ¿Qué quiere decir eso, Rosmer?

ROSMER

(*Levantando hacia ella la vista.*) El goce tranquilo de la inocencia.

REBECA

(Retrocediendo un paso.) ¡Oh, la inocencia...
(Silencio corto.)

ROSMER

(Con los codos sobre la mesa y mirando a lo lejos.)
¡Y cómo ha sabido combinarlo! ¡Qué ordenadamente lo ha compuesto todo! Primero empieza a sospechar de mi fe. ¿Cómo pudo ocurrírsele eso en aquel tiempo? Pero se le ocurrió. Y luego esas sospechas se convirtieron en certeza. Y después..., claro, después era fácil sospechar de lo demás. *(Poniéndose en pie y pasándose las manos por el cabello.)* ¡Oh, todas esas fantasías locas vuelven constantemente! Lo siento, lo sé. A cada momento pasan por mí y me recuerdan a la muerta.

REBECA

Como el caballo blanco de Rosmersholm.

ROSMER

Sí, exactamente; vienen en la obscuridad, calladamente.

REBECA

¿Y por esas pesadillas desdichadas dejas la vida viva, que ya habías asido?

ROSMER

Tienes razón: es duro, Rebeca. Pero no soy libre de elegir. ¿Cómo podría libertarme de ello?

REBECA

(Detrás de la silla.) Creándote una nueva posición.

ROSMER

(Mirándola sorprendido.) ¿Una nueva posición?

REBECA

Sí, una nueva posición frente al mundo. Vive, obra, trabaja. No estés aquí sentado, cavilando sobre enigmas indescifrables.

ROSMER

(*Levantándose.*) ¿Una nueva posición? (*Pasea arriba y abajo, se para en la puerta y vuelve.*) Se me ocurre una pregunta: ¿no te has puesto tú también la cuestión, Rebeca?

REBECA

(*Respirando con dificultad.*) Dime qué cuestión es.

ROSMER

¿Cómo crees que de hoy en adelante deben ser nuestras *relaciones*?

REBECA

Creo que nuestra amistad podrá resistir, venga lo que venga.

ROSMER

No es eso precisamente lo que yo pensaba. Pero lo que desde el principio nos ha aproximado, lo que tan fuertemente nos liga, nuestra creencia común en la posibilidad de una convivencia en pureza entre hombre y mujer...

REBECA

Sí, sí. ¿Y qué?

ROSMER

Yo creo que una relación como la nuestra es la más apropiada para una vida de paz tranquila y dichosa.

REBECA

¿Y qué más?

ROSMER

Pero ahora tengo ante mí una vida llena de lucha e intranquilidad y fuerte agitación. Porque quiero vivir mi vida, Rebeca. No quiero dejarme vencer de posibilidades fatales. No dejo que el curso de mi vida me lo prescriba nadie, ni vivos ni... otros.

REBECA

No, no; no lo hagas. Sé por entero un hombre libre, Rosmer.

ROSMER

Pero ¿sabes en lo que pienso entonces? ¿No lo sabes? ¿No ves cómo podría libertarme mejor de todos esos recuerdos que me atormentan..., de todo ese pasado triste?

REBECA

¿Cómo?

ROSMER

Poniendo frente a todo ello una nueva realidad viva.

REBECA

(*Agarrándose al respaldo de la silla.*) ¿Una realidad viva? ¿Qué es eso?

ROSMER

(*Acercándose.*) Rebeca, ¿qué dirías si te preguntase si querías ser mi segunda mujer?

REBECA

(*Un momento sin habla; luego con un grito de gozo.*) ¡Tu mujer! ¡Tu...! ¿Yo?

ROSMER

Sí, intentémoslo. Tenemos que ser uno nos-

otros dos. Es preciso que el puesto vacío de la muerta se llene.

REBECA

¿Yo... en el puesto de Beata?

ROSMER

Entonces quedará borrada del libro de mi vida completamente, para siempre.

REBECA

(En voz baja y estremecida.) ¿Lo crees así, Rosmer?

ROSMER

Tiene que ser, es preciso. No puedo, no quiero andar por la vida con un cadáver sobre las espaldas. Ayúdame a deshacerme de él. Y luego ahoguemos todos los recuerdos en libertad, contento, pasión. Serás para mí la única esposa.

REBECA

(Dominándose.) No vuelvas a hablar de eso. Yo no seré nunca tu esposa.

ROSMER

¿Cómo nunca? ¿No crees que podrías amarme? ¿Es que no habría una gota de amor en nuestra amistad?

REBECA

(Tapándose, espantada, los oídos.) ¡No hables así, Rosmer! ¡No lo repitas!

ROSMER

(Cogiendo su brazo.) Sí, sí; en nuestra relación florece una posibilidad. ¡Oh, veo que tú sientes lo mismo que yo! ¿No es verdad que sí, Rebeca?

REBECA

(*Otra vez firme y resuelta.*) Escúchame : si continúas hablando así, me marchó.

ROSMER

¿Marcharte? ¿Tú? ¡No puedes! Eso es imposible.

REBECA

Pues más imposible es que yo llegue a ser tu mujer. No puedo serlo nunca.

ROSMER

(*La mira espantado.*) ¿Dices que no puedes? ¡Y lo dices de un modo tan extraño!... ¿Por qué no puedes?

REBECA

(*Cogiéndole ambas manos.*) Querido amigo, tanto por tu bien como por el mío, no me preguntes por qué. (*Soltándole.*) Y nada más de esto, Rosmer. (*Se va a la puerta de la izquierda.*)

ROSMER

Desde ahora en adelante no tendré más que una preocupación : ¿por qué?

REBECA

(*Se vuelve y le mira.*) Entonces, se acabó todo.

ROSMER

¿Entre nosotros?

REBECA

Sí.

ROSMER

Entre nosotros no se acabará nunca. Nunca abandonarás Rosmersholm.

REBECA

(Con la mano en el picaporte de la puerta.) No; eso no lo haré. Pero si continúas preguntando..., se acabará todo, a pesar de eso.

ROSMER

¿A pesar de eso? ¿Cómo?

REBECA

Sí, porque entonces me iré por el camino por donde Beata se fué. Ahora ya lo sabes, Rosmer.

ROSMER

¡Rebeca!...

REBECA

(En la puerta, moviendo lentamente la cabeza.) Ahora ya lo sabes. *(Se va.)*

ROSMER

(Mirando pensativo a la puerta cerrada. Para sí mismo.) ¿Qué es eso?

ACTO TERCERO

Sala en Rosmersholm. La ventana y la puerta de la antesala están abiertas. El sol de la mañana brilla afuera. Rebeca West, vestida como en el acto primero, está a la ventana y riega las flores. Su labor está sobre la butaca. La señora Helseth limpia los muebles con el plumero.

REBECA

(Tras una pausa corta.) Es extraño que el pastor esté tanto tiempo arriba.

SEÑORA HELSETH

¡Oh, eso lo hace a menudo! Pero ya pronto bajará, supongo.

REBECA

¿Le ha visto usted?

SEÑORA HELSETH

Cuando le entré el café, se iba a la alcoba a vestirse.

REBECA

Lo pregunto porque ayer no se sentía bien.

SEÑORA HELSETH

No tenía buena cara. Y luego debe haber pasado algo entre él y su cuñado.

REBECA

¿Qué cree usted que podría ser?

SEÑORA HELSETH

¿Cómo voy a saberlo? Puede ser que sea ese Mortensgård el que los ha enemistado.

REBECA

Es posible. ¿Conoce usted a ese Peter Mortensgård?

SEÑORA HELSETH

No, señorita. ¿Qué cree usted? Un hombre como él...

REBECA

¿Lo dice usted por el periódico?

SEÑORA HELSETH

No por eso sólo. La señorita habrá oído decir que ha tenido un hijo con una mujer casada, cuyo marido se había marchado.

REBECA

He oído hablar de ello. Pero habrá sido mucho tiempo antes de venir yo aquí.

SEÑORA HELSETH

Sí, él era muy joven todavía. Y ella debía haber tenido más prudencia que él. Él estaba dispuesto a casarse con ella, pero no pudo obtener el permiso. Y luego tuvo que sufrir las consecuencias. Pero desde entonces Mortensgård ha subido mucho. Hay bastante gente que lo busca.

REBECA

La mayoría de la gente del pueblo acuden a él cuando necesitan un consejo.

SEÑORA HELSETH

¡Oh, no sólo la gente del pueblo!...

REBECA

(*Mirándola de soslayo.*) ¿De veras?

SEÑORA HELSETH

(*Quitándole el polvo al sofá.*) Sí, señorita, y gentes de las que menos se creería.

REBECA

(*Ocupada con las flores.*) Eso no serán más que presunciones de usted, señora Helseth; porque con certeza no puede usted saberlo.

SEÑORA HELSETH

¿Que no podía saberlo, dice usted, señorita? Ya lo creo que puedo. Pues si he de decirlo, yo misma llevé la carta a Mortensgård.

REBECA

(*Volviéndose.*) ¿Usted? ¿De veras?

SEÑORA HELSETH

Sí, sí que estuve allí, y la carta se escribió aquí, en Rosmersholm.

REBECA

¿Es verdad, señora Helseth?

SEÑORA HELSETH

Sí que lo es. Y estaba escrita en un papel muy fino. Y en el sobre había un sello rojo muy bonito.

REBECA

¿Y le dieron a usted el encargo de llevarla? Entonces no es difícil averiguar de quién era.

SEÑORA HELSETH

¿Sí?

REBECA

Naturalmente que sería algo que la pobre señora Rosmer...

SEÑORA HELSETH

La señorita lo ha dicho, y no yo.

REBECA

¿Y qué es lo que decía la carta? Pero, es verdad, eso no puede usted saberlo.

SEÑORA HELSETH

Hum!... ¿No podría ser que, a pesar de todo, lo supiese?

REBECA

¿Se lo dijo a usted ella lo que había escrito?

SEÑORA HELSETH

No, ella no me dijo nada; pero después que Mortensgård la leyó, empezó a preguntarme de tal manera sobre esto y lo otro, que pude comprender muy bien lo que decía.

REBECA

¿Y qué cree usted que decía la carta? ¡Oh, dígamele usted, querida señora Helseth!

SEÑORA HELSETH

No, señorita; no lo diría aunque me ofreciesen todos los tesoros del mundo.

REBECA

¡Oh, a mí puede usted decírmelo! Nosotras dos somos buenas amigas.

SEÑORA HELSETH

¡Dios me libre de decírselo a usted, señorita! No puedo decir sino que era una cosa repugnante que le habían hecho creer a la pobre señora enferma.

REBECA

¿Quién se lo había hecho creer?

SEÑORA HELSETH

Gentes de mala intención, señorita; gentes malas.

REBECA

¿Malas?

SEÑORA HELSETH

Sí, dos veces lo dijo: gentes muy malas tuvieron que ser.

REBECA

¿Y quién cree usted que pudiera haber sido?

SEÑORA HELSETH

Yo sé lo que sé. ¡Pero que Dios libre a mi lengua!... Por la ciudad anda una cierta señora...

REBECA

Le conozco en la cara que piensa usted en la señora Kroll.

SEÑORA HELSETH

Frente a mí está siempre tan orgullosa, y a usted tampoco la quería.

REBECA

¿Cree usted que la señora Rosmer tenía cabal su razón cuando le escribió la carta a Mortensgård?

SEÑORA HELSETH

Con la razón ocurren cosas muy raras, señorita. Completamente sana no debía tenerla.

REBECA

Pero se perturbó completamente cuando supo que no podría tener hijos. Entonces estalló la locura.

SEÑORA HELSETH

Sí, eso le hizo mucho efecto a la pobre señora.

REBECA

(Coge la labor y se sienta en una silla a la ventana.) Por lo demás, señora Helseth, ¿no cree usted también que fué una suerte para el pastor?

SEÑORA HELSETH

¿El qué, señorita?

REBECA

El que no tuvieran hijos. ¿No lo cree usted?

SEÑORA HELSETH

¡Psch!... No sé lo que debo pensar de eso.

REBECA

Puede usted creerme. Para él fué lo mejor. El

pastor Rosmer no está hecho para oír griterío de niños.

SEÑORA HELSETH

Señorita, en Rosmersholm nunca gritan los niños pequeños.

REBECA

(*Mirándola.*) ¿No gritan nunca?

SEÑORA HELSETH

No; desde que se recuerda, nunca han gritado los niños aquí.

REBECA

Es muy extraño.

SEÑORA HELSETH

¿Verdad que sí? Pero es cosa de familia, y lo que es más raro es que cuando se hacen mayores, nunca ríen. No ríen en toda su vida.

REBECA

Eso es increíble.

SEÑORA HELSETH

¿Ha visto usted reír al señor pastor ni una sola vez?

REBECA

Es verdad. Si lo pienso, casi creo que tiene usted razón. Pero me parece que, en general, las gentes de esta comarca no ríen mucho.

SEÑORA HELSETH

No, es verdad. La gente dice que ha empezado en Rosmersholm. Y luego se ha propagado como una enfermedad.

REBECA

Señora Helseth, es usted una mujer inteligente.

SEÑORA HELSETH

No se burle usted de mí, señorita. (*Escuchando.*) ¡Silencio! El señor pastor viene. No le gusta ver que se limpie aquí, en la sala. (*Se va por la puerta de la derecha. Juan Rosmer, con sombrero y bastón en la mano, entra por la puerta de la antesala.*)

ROSMER

Buenos días, Rebeca.

REBECA

Buenos días, querido. (*Haciendo gancho. Tras una pausa corta.*) ¿Vas a salir?

ROSMER

Sí.

REBECA

Hace un tiempo muy hermoso.

ROSMER

Esta mañana no has venido a darme los buenos días.

REBECA

No, hoy no.

ROSMER

¿Y no lo harás tampoco en adelante?

REBECA

No lo sé todavía.

ROSMER

¿Ha venido algo para mí?

REBECA

Sí, *El Diario de Avisos*.

ROSMER

¿*El Diario de Avisos*?

REBECA

Está sobre la mesa.

ROSMER

(Dejando el sombrero y el bastón.) ¿Dice algo ya?

REBECA

Sí.

ROSMER

¿Y no me lo has enviado?

REBECA

Es todavía tiempo.

ROSMER

¿Sí? *(Coge el periódico y lee de pie, al lado de la mesa.)* ¡Cómo!... «Nunca se tendrá bastante miedo de renegados sin carácter...» *(Mirándola.)* Rebeca, me llaman renegado.

REBECA

No dicen nombres.

ROSMER

No es necesario. *(Leyendo.)* «Traidores secretos a la buena causa; naturalezas de Judas, que confiesan cínicamente su desertión tan pronto creen que ha llegado el tiempo a propósito... Atentado infame al recuerdo glorioso de antepa-

sados respetables, en la esperanza de que los que en el momento tienen el poder no dejarán de recompensar tal acción.» (*Poniendo el periódico sobre la mesa.*) ¡Y escriben eso de mí esos hombres, que me conocen tan bien y desde tanto tiempo!... Estas cosas que ellos mismos no creen, sabiendo que no hay en todo ello una sola palabra de verdad...; y, sin embargo, lo escriben.

REBECA

Hay más todavía.

ROSMER

(*Volviendo a coger el periódico.*) «... la única disculpa es la inexperiencia de juicio..., influencias fatales, que posiblemente se extienden incluso a esferas de vida de que por ahora no puede tratarse aquí públicamente.» (*Mirándola.*) ¿Qué significa eso?

REBECA

Como ves, eso va conmigo.

ROSMER

(*Dejando el periódico.*) Rebeca, así no obran personas honradas.

REBECA

Sí, me parece que no tienen por qué creerse por encima de Mortensgård.

ROSMER

(*Paseando por la escena.*) Es preciso remediar esto. Todo lo bueno que hay en el hombre se destruirá si esto sigue así. Pero no seguirá. ¡Oh, qué gozo sentiría si pudiese llevar un poco de luz a esa oscuridad terrible!

REBECA

(*Poniéndose en pie.*) ¿Verdad que sí? Aquí tienes una misión grande y magnífica para la que puedes vivir.

ROSMER

Pienso si pudiera lograr que reconociesen su error; si pudiera llevarlos a sentir vergüenza y remordimiento de sí mismos; si pudiera hacer que se acercasen unos a otros en conciliación y amor.

REBECA

Sí, emplea en ello todas tus fuerzas, y verás cómo vences.

ROSMER

Me parece que habría de lograrlo. ¡Oh, qué alegre sería entonces esta vida! Nada de luchas enconadas; sólo la lucha noble. Todos los ojos puestos en el mismo fin; todo impulso, todo esfuerzo hacia adelante, hacia arriba. Cada cual en su camino propio, natural. Dicha para todos creada por todos. (*Mira hacia afuera, se estremece y dice melancólicamente.*) ¡Oh, no será por mí!

REBECA

¿No? ¿No será por ti?

ROSMER

Ni tampoco para mí.

REBECA

Rosmer, no dejes que te asalten esas dudas.

ROSMER

La felicidad, querida Rebeca, la felicidad es,

ante todo, la conciencia segura, tranquila, gozosa de su inocencia.

REBECA

¡Oh, la culpa...!

ROSMER

Tú no puedes juzgarlo; pero yo...

REBECA

Tú menos que nadie.

ROSMER

(Mirando por la ventana.) ¡La presa del molino!...

REBECA

¡Rosmer!...

(La señora Helseth, asomándose por la puerta de la derecha.)

SEÑORA HELSETH

¡Señorita!

REBECA

En seguida, en seguida. Ahora no.

SEÑORA HELSETH

Una palabra nada más, señorita.

(Rebeca va a la puerta, y la señora Helseth le dice algo. Hablan un momento en voz baja. La señora Helseth inclina la cabeza y se va.)

ROSMER

(Intranquilo.) ¿Alguna cosa para mí?

REBECA

No, son cosas de la casa. Pero vete a tomar el aire, querido Rosmer. Vete lejos.

ROSMER

(Cogiendo el sombrero.) Sí, ven conmigo, vamos juntos.

REBECA

No, amigo mío. No puedo, ahora no puedo. Tienes que ir solo. Pero prométeme que sacudirás de ti todos esos malos pensamientos.

ROSMER

Me temo que no podré librarme nunca de ellos.

REBECA

¡Que sea posible que una cosa tan sin fundamento se apodere de ti con tal poder!...

ROSMER

Desgraciadamente, no es tan sin fundamento. Toda la noche he reflexionado sobre ello. Es posible que Beata haya visto claro.

REBECA

¿En qué?

ROSMER

Ha visto claro cuando creía que te amaba.

REBECA

¿Ha visto claro en eso?

ROSMER

(Dejando el sombrero sobre la mesa.) Constantemente me atormenta la cuestión de si nosotros dos no nos habremos engañado al llamar amistad a nuestra relación.

REBECA

¿Quieres decir que lo mismo podíamos haberla...?

ROSMER

Llamado amor. Sí, cuando todavía vivía Beata, eran para ti todos mis pensamientos; sólo hacia ti ansiaba, sólo a tu lado sentía una dicha quieta, gozosa, sin deseos. Cuando vuelvo la vista atrás, veo que nuestra convivencia comenzó como un amor infantil, dulce y secreto, sin deseos y sin ensueños. ¿No sentías tú también lo mismo? Dímelo.

REBECA

(*Luchando consigo misma.*) No sé cómo debo responderte.

ROSMER

Y este vivir en íntima unión el uno para el otro hemos creído que era amistad. No, nuestra relación ha sido desde el principio un matrimonio espiritual. Por eso la culpa es mía. No tenía derecho a ello por Beata.

REBECA

¿No tenías derecho a vivir tu felicidad? ¿Lo crees así, Rosmer?

ROSMER

Vea nuestra relación con los ojos de su amor y la juzgaba según él. Naturalmente, Beata no podía juzgar de otro modo.

REBECA

Pero ¿cómo puedes acusarte a ti mismo de que Beata se hubiese engañado?

ROSMER

En su amor por mí, a su manera, fué hacia la presa. Este hecho es cierto, Rebeca. No puedo librarme de ello.

REBECA

¡Oh, no pienses más que en la misión grande y hermosa a que vas a consagrar tu vida!

ROSMER

(*Moviendo la cabeza.*) ¡No se realizará nunca! ¡Yo, al menos, no la realizaré! Después de lo que ahora sé, no.

REBECA

¿Y por qué no tú?

ROSMER

Porque nunca se puede alcanzar la victoria en una empresa en cuyo origen hay una falta.

REBECA

(*Atribulada.*) ¡Ah, esas son dudas hereditarias..., miedo hereditario..., escrúpulos hereditarios!... Aquí se cuenta que los muertos vuelven en figura de caballos blancos. En esto hay algo semejante.

ROSMER

Que sea lo que quiera. ¿Qué importa si no puedo librarme de ello? Y puedes creérmelo, Rebeca, es lo que yo digo: la causa que ha de alcanzar victoria duradera tiene que estar defendida por un hombre inocente y alegre.

REBECA

¿Es la alegría tan indispensable para ti?

ROSMER

¿La alegría? Sí.

REBECA

¿Para ti, que no ríes nunca?

ROSMER

A pesar de eso, puedes creerme que tengo grandes disposiciones para estar gozoso.

REBECA

Ahora vete, querido..., lejos..., bien lejos, ¿lo oyes? Aquí está tu sombrero y allí tu bastón.

ROSMER

(Cogiéndolos.) Gracias. ¿De veras no vienes conmigo?

REBECA

No, no; ahora no puedo.

ROSMER

Bien; de todos modos, estás conmigo. *(Se va por la antesala. Rebeca mira por la puerta hacia afuera. En seguida se va a la puerta de la derecha.)*

REBECA

(La abre y dice a media voz.) Bien, señora Helseth; puede usted dejarlo pasar. *(Se va a la ventana. Kroll entra por la derecha, saluda fríamente y en silencio y conserva el sombrero.)*

KROLL

¿De modo que ha salido?

REBECA

Sí.

KROLL

¿Acostumbra a estar mucho tiempo fuera?

REBECA

Sí. Pero hoy no puede calcularse. Y si no quiere usted encontrarse con él...

KROLL

No, no; es con usted con quien deseo hablar, y a solas.

ROSMER

En ese caso, lo mejor será que aproveche usted el tiempo. Siéntese. (*Se sienta en la butaca de al lado de la ventana, y Kroll en una silla, junto a ella.*)

KROLL

Señorita West, apenas si puede usted darse idea del efecto que me ha hecho ese cambio de Juan Rosmer.

REBECA

Contábamos con que sería así..., al principio al menos.

KROLL

¿Nada más que al principio?

REBECA

Rosmer tenía la esperanza segura de que, a pesar de todo, más tarde o más temprano, iría usted con él.

KROLL

¡Yo!

REBECA

Usted y todos sus amigos.

KROLL

Pues ya lo ve usted. Tan mal juzga a los hombres en las cosas de la vida...

REBECA

Además..., puesto que sentía la necesidad de libertarse en todos sentidos...

KROLL

Pero, vea usted, eso es lo que precisamente no creo.

REBECA

Entonces, ¿qué es lo que cree usted?

KROLL

Creo que usted es la causante de todo.

REBECA

Eso es cosa de su mujer, señor Kroll.

KROLL

Es indiferente de donde venga. Lo que es cierto es que se levantan en mí grandes dudas, dudas poderosas, cuando pienso en la conducta de usted desde que entró en esta casa.

REBECA

Tengo la idea de que hubo un momento en que creía usted fuertemente en mí, querido Kroll. Casi estoy por decir que era una fe íntima.

KROLL

(*Con voz contenida.*) ¿A quién no embrujará usted si se lo propone?

REBECA

¿Es que me lo he propuesto?

KROLL

Sí. Ahora ya no soy tan tonto que me figure que había algún sentimiento en juego. No quería usted más que conseguir entrada en Rosmersholm. Asegurarse aquí, y en eso era en lo que yo tenía que ayudarla. Ahora lo veo claro.

REBECA

¿De manera que ha olvidado usted que fué Beata quien me suplicó para que viniese aquí, y no me dejó en paz hasta lograrlo?

KROLL

Sí, después que la había usted embrujado también. ¿O es que se puede llamar amistad a lo que sentía por usted? Era ya idolatría y adoración. Degeneró en una especie de enamoramiento desesperado, si puedo expresarme así. Sí, esa es la palabra exacta.

REBECA

¿Quiere usted tener la bondad de recordar el estado de su hermana? Por lo que se refiere a mí, creo que no puede decirse que yo sea en ningún sentido una exaltada.

KROLL

Y no lo es usted. Pero tanto más peligrosa es usted para las personas sobre las que usted quiere conseguir poder. Porque tiene usted corazón frío, es fácil para usted obrar con reflexión y cálculo exacto.

REBECA

¿Un corazón frío? ¿Está usted seguro de ello?

KROLL

Ahora estoy seguro de ello. Si no, ¿cómo hubiera podido resistir año tras año teniendo siempre ante la vista el mismo fin? ¡Oh, sí, ha conseguido usted lo que quería: le tiene usted a él y a todos en su poder! Pero para conseguir todo eso, no ha tenido usted escrúpulos en hacerlo desgraciado.

REBECA

Eso no es verdad. No he sido yo. Usted es quien le ha hecho desgraciado.

KROLL

¡Yo!

REBECA

Sí, al hacerle creer que tenía culpa en el fin terrible de Beata.

KROLL

¿De modo que eso le ha hecho efecto?

REBECA

Ya puede usted figurárselo... Un alma tan delicada como la suya...

KROLL

Yo creía que un hombre libre como él podría ponerse por encima de todo escrúpulo. ¿De modo que es así? En el fondo lo sabía. Un descendiente de los hombres que nos miran desde estos muros... puede ser que todavía no tenga que desligarse de todo lo que de generación a generación se ha transmitido hasta él.

REBECA

(Pensativa.) Juan Rosmer está demasiado en su casta; eso es verdad.

KROLL

Sí, eso debía usted haberlo considerado si le quería usted bien. Pero consideraciones de esa clase no podrá usted tenerlas. Los principios de usted son completamente distintos de los suyos.

REBECA

¿A qué principios se refiere usted?

KROLL

Me refiero a los principios de la descendencia.

REBECA

Eso es verdad...; yo vengo de gentes humildes... Pero a pesar de eso...

KROLL

No hablo aquí de clase y posición. Pienso en los principios morales que son base...

REBECA

¿Base? ¿ De qué?

KROLL

De su desarrollo en general.

REBECA

¿Qué quiere usted decir?

KROLL

Lo digo tan sólo porque ello explica toda su conducta.

REBECA

No lo entiendo; quiero saberlo todo.

KROLL

Creía que lo sabía usted todo. Si no, hubiera sido muy extraño que dejase usted que la adoptase el doctor West...

REBECA

(Poniéndose en pie.) ¡Ajá! Ahora entiendo.

KROLL

Que hubiese usted tomado su apellido. El apellido de su madre era Ganvik.

REBECA

(Paseando arriba y abajo.) Ganvik era el apellido de mi padre.

KROLL

La profesión de su madre de usted debía ponerla en contacto continuo con el médico de distrito.

REBECA

Eso es verdad.

KROLL

Y tan pronto como murió su madre, se la llevó a usted consigo. La trataba a usted duramente, y, sin embargo, siguió usted viviendo con él. Sabía usted que no la iba a dejar un céntimo. No heredó usted más que un cajón de libros, y, sin embargo, se aguanta usted en su casa, le tra-

ta usted con consideración, le cuida usted hasta que exhala el último suspiro.

REBECA

(De pie junto a la mesa, mirándole con ironía.)
¿Y con todo eso explica usted que en mi nacimiento había algo inmoral, algo criminal?

KROLL

Lo que hizo usted por él me lo explico como resultado de un instinto infantil natural. El resto de su conducta lo explico como una consecuencia de su origen.

REBECA

(Con fuego.) Pero en todo lo que usted dice no hay una sola palabra de verdad. Y puedo probarlo. El doctor West no había venido todavía a Finmarca cuando yo nací.

KROLL

Perdone usted. Llegó un año antes a Fort. Eso lo he averiguado.

REBECA

Se equivoca usted le digo; se equivoca usted en absoluto.

KROLL

Anteayer me dijo usted que tenía veintinueve años y que iba para los treinta.

REBECA

¿He dicho eso?

KROLL

Sí, eso dijo usted. Y, según eso, calculo...

REBECA

¡Alto! Ese cálculo no sirve. Porque le diré a usted que dije un año menos de los que tengo.

KROLL

(*Sonriendo incrédulo.*) ¿De veras? Eso es nuevo. ¿Cómo es eso?

REBECA

Cuando cumplí los veinticinco años, me pareció que para no estar casada eran muchos años. Y entonces empecé a quitarme un año.

KROLL

¿Conque sí? ¿Una mujer libre?... ¿Tiene usted ese prejuicio respecto de la edad de matrimonio?

REBECA

Sí, era una tontería ridícula. Pero siempre queda algo de lo que no puede una libertarse. Somos así, no hay remedio.

KROLL

Sea como quiera. Pero, a pesar de todo, mi cálculo puede ser exacto, pues un año antes de ocupar el puesto hizo una visita corta en Finmarca.

REBECA

(*Con emoción.*) Eso no es verdad.

KROLL

¿Que no es verdad?

REBECA

No, mi madre no me habló nunca de eso.

KROLL

¿No habló nunca de eso?

REBECA

No, nunca. Y el doctor West, tampoco; ni una sola palabra.

KROLL

¿No sería porque ambos tenían sus razones para comerse un año? Lo mismo que usted, señorita. Puede ser que sea una cualidad de familia.

REBECA

(Pasea retorciéndose las manos.) Eso es imposible. Quiere usted hacérmelo creer. No es verdad. No puede ser verdad. Nunca.

KROLL

(Levantándose.) Pero, amiga mía, ¿por qué lo toma usted con tanto calor? Me asusta usted. ¿Qué voy a pensar y creer?...

REBECA

Nada. No debe usted pensar ni creer nada. *(Dominándose.)* Está bien claro. No tengo ganas de pasar por una hija ilegítima.

KROLL

Bien, sea así. Contentémonos por el momento con esa explicación. Pero entonces, ¿también en ese punto ha conservado usted un cierto prejuicio?

REBECA

Sí.

KROLL

Me figuro que así será con la mayor parte, a

pesar de que usted dice que es una mujer libre. Ha sacado usted de los libros una porción de ideas y pensamientos nuevos. Sabe usted un poco de investigaciones en distintos cuerpos, investigaciones que parecen destruir muchas de las cosas que hasta ahora han pasado como evidentes e inatacables. Pero todo esto no es más que saber en usted, señorita; no ha pasado a su sangre.

REBECA

(*Pensativa.*) Es posible que tenga usted razón en ello.

KROLL

Si se examina usted, encontrará que así es. Y si eso pasa con usted, figúrese lo que pasará con Juan Rosmer. Es una locura completa... Sería correr con los ojos cerrados a su perdición el que reconociese públicamente su conversión. ¡Él, con su timidez de alma!... ¡Figúreselo usted expulsado, perseguido por el círculo de gentes a que hasta ahora ha pertenecido! No es hombre para soportarlo.

REBECA

Tiene que soportarlo. Es demasiado tarde; ya no puede retroceder.

KROLL

De ningún modo es demasiado tarde. Lo que ha ocurrido puede callarse o puede explicarse como un error pasajero, aunque lamentable. Pero... hay una medida de conducta necesaria.

REBECA

¿Qué medida?

KROLL

Tiene usted que hacer que legalice la situación.

REBECA

¿Nuestra situación?

KROLL

Sí, tiene usted que procurar convencerle.

REBECA

¿De modo que no puede usted librarse de la creencia de que nuestra relación necesita legalizarse, como usted dice?

KROLL

No quiero examinar detenidamente la cuestión. Pero creo haber hecho la observación de que se rompe tanto más fácilmente con los llamados prejuicios cuando...

REBECA

Cuando se trata de la relación entre hombre y mujer, quiere usted decir.

KROLL

Sí; hablando con franqueza, eso creo.

REBECA

(Va lentamente a la ventana y mira hacia afuera.) Casi estaba por decir... que quisiera que tuviese usted razón.

KROLL

¿Qué quiere usted decir con eso? Lo dice usted de un modo tan extraño...

REBECA

Bueno, no hablemos más de esas cosas... ¡Oh, allí viene!

KROLL

¿Ya? Entonces tengo que irme.

REBECA

(Yendo hacia él.) No, quédese usted aquí. Tiene usted que oír algo que voy a decir.

KROLL

Ahora no. Creo que no podré soportar su vista.

REBECA

Le suplico a usted que se quede. Hágalo usted, o se arrepentirá más tarde. Es la última vez que le pido algo.

KROLL

(Mirándola con asombro mientras vuelve a dejar el sombrero.) Bien, señorita... Me quedaré.
(Pausa corta. Juan Rosmer entra de la antesala.)

ROSMER

(Al ver a Kroll, se queda parado en la puerta.)
¿Cómo? ¿Tú aquí?

REBECA

No quería encontrarse contigo, Rosmer.

KROLL

(Involuntariamente.) ¿Contigo?

REBECA

Sí, señor Kroll; Rosmer y yo nos tuteamos. Nuestra vida en común lo ha traído consigo.

KROLL

¿Era eso lo que me prometió usted hacerme saber?

REBECA

Eso... y otra cosa.

ROSMER

(Yendo hacia él.) ¿Qué intención te trae aquí?

KROLL

Quería intentar una vez más conseguir una tregua y volver a atraerte a nosotros.

ROSMER

(Señalando al periódico.) ¿Después de lo que hay escrito ahí?

KROLL

No lo he escrito yo.

ROSMER

¿Hiciste algo para que no se publicase?

KROLL

Eso hubiera sido una traición a la causa que sirvo. Y, además, no estaba en mi poder.

REBECA

(Rasgando el periódico y tirándolo detrás de la chimenea.) Bien, ahora ha desaparecido de nuestra vista. Déjalo que desaparezca también de tu pensamiento. Pues ya no aparecerán más cosas de esas.

KROLL

¡Oh, si pudiese usted conseguirlo!...

REBECA

Sentémonos los tres. Voy a decirlo todo.

ROSMER

(*Sentándose involuntariamente.*) Rebeca, ¿qué es lo que te ocurre? Esa calma... ¿Qué significa eso?

REBECA

Es la calma de la resolución. (*Sentándose.*) Siéntese usted también, señor Kroll.
(*Kroll se sienta en el sofá.*)

ROSMER

¿De la resolución, dices? ¿De qué resolución?

REBECA

Quiero devolvarte lo que necesitas para vivir tu vida. Quiero que recobres tu inocencia gozosa.

ROSMER

Pero ¿qué quiere decir esto, todo esto?

REBECA

No voy a hacer más que contar. Con eso bastará.

ROSMER

Bien.

REBECA

Cuando llegué aquí, junto con el doctor West, me pareció como si se abriese ante mis ojos un mundo nuevo y grande. El doctor me había enseñado algunas cosas. Todo el saber incoherente que yo entonces poseía sobre las cosas de la

vida venía de él. (*En voz baja y luchando consigo misma.*) Y luego...

KROLL

¿Y luego?

ROSMER

Pero, Rebeca, todo eso ya lo sé.

REBECA

(*Dominándose.*) Sí, sí; tienes razón. De esto sabes bastante.

KROLL

(*Mirándola con fijeza.*) Quizás sería mejor que yo me fuese.

REBECA

No, no se vaya, querido Kroll. (*A Rosmer.*) Bien; eso era, ¿sabes?... y yo quería intervenir en la lucha de la nueva época que llegaba. Quería participar de todas las nuevas ideas... Kroll me había contado que Ulrik Brendel había ejercido un gran influjo sobre ti cuando eras un chico todavía, y me pareció que yo también podría conseguirlo.

ROSMER

¡Viniste aquí con esa intención secreta!

REBECA

Quería que nosotros dos marchásemos adelante, hacia la libertad. Siempre más lejos, hasta el fin... Pero entre ti y la liberación estaba aquel muro negro e inasequible.

ROSMER

¿Qué muro es ése?

REBECA

Quiero decir, Rosmer, que tú sólo podías ascender a la libertad en la luz clara del Sol. Pero a la sombra perniciososa de tu matrimonio enfermabas y te infeccionabas.

ROSMER

Por primera vez hablas hoy en ese tono de mi matrimonio.

REBECA

Porque no me atrevía. Porque te hubiera asustado.

KROLL

(Haciéndole una seña a Rosmer.) Ya lo oyes.

REBECA

(Continuando.) Pero comprendí dónde podría encontrarse la salvación para ti, la única salvación, y obré en consecuencia.

ROSMER

¿A qué te refieres?

KROLL

¿Quiere usted decir con eso que...?

REBECA

Sí, Rosmer... *(Poniéndose en pie.)* Sigue sentado, y usted también, señor Kroll. Ahora tengo que decirlo. No fuiste tú, Rosmer; tú no eres culpable. Yo fui, yo, quien atrajo a Beata al camino de la locura.

ROSMER

(Dando un salto.) ¡Rebeca!...

KROLL

(Levantándose del sofá.) ¡Por el camino de la locura!...

REBECA

Por el camino... que llevaba a la presa del molino. Ahora ya lo sabéis.

ROSMER

(Como atolondrado.) Pero no entiendo... ¿Qué es lo que dices? No entiendo una palabra.

KROLL

¡Oh, sí; yo empiezo a comprender!...

ROSMER

Pero ¿qué has hecho? ¿Qué has podido decir-la? ¡Nada, no es posible!

REBECA

La dije que tratabas de librarte de todos los prejuicios.

ROSMER

¡Pero si entonces no hacía eso todavía!

REBECA

Pero yo sabía que pronto llegarías a ello.

KROLL

(Con un gesto a Rosmer.) ¿Lo ves?

ROSMER

¿Y luego?... ¿Qué más? Ahora quiero saber también lo demás.

REBECA

Algún tiempo después la supliqué que me dejara marcharme de aquí.

ROSMER

¿Por qué querías marcharte?

REBECA

No quería marcharme. Quería quedarme aquí. Pero le dije que sería lo mejor para todos el que yo me marchase a tiempo. La dejé entrever que si yo seguía aquí... podría ocurrir algo.

ROSMER

¡Has hecho y dicho eso!...

REBECA

Sí, Rosmer.

ROSMER

¿A eso es a lo que llamabas obrar?

REBECA

(*Con voz temblorosa.*) Sí...; así lo llamaba.

ROSMER

(*Después de un silencio corto.*) ¿Lo has confesado todo, Rebeca?

KROLL

No todo.

REBECA

(*Mirándole con espanto.*) ¿Qué puede faltar todavía?

KROLL

¿No hizo usted creer a Beata que era *necesario*, no sólo que era lo mejor, sino que era necesario que desapareciese lo más pronto posible en consideración a usted y a Rosmer? ¿No es verdad?

REBECA

(*Bajo y confuso.*) Puede ser que también haya dicho algo de eso.

ROSMER

(*Dejándose caer en la butaca de junto a la ventana.*) ¿Y la pobre enferma ha creído ese tejido de embustes y engaños? ¡Ha creído firmemente, irremisiblemente! (*Levantando la vista hacia Rebeca.*) Y nunca se ha dirigido a mí. Nunca con una palabra. ¡Oh, Rebeca..., lo veo! ¡Tú la aconsejaste que no lo hiciera!

REBECA

Se le había puesto en la cabeza que ella, la esposa estéril, no tenía derecho a estar aquí. Y se figuraba que era su deber para contigo dejar libre el puesto.

ROSMER

¿Y tú no hiciste nada para quitarle de la cabeza esas ideas?

REBECA

No.

KROLL

Puede ser que la fortaleciese usted todavía en ellas. Contesté usted. ¿No ha sido así?

REBECA

Ella lo creía así al menos.

ROSMER

Sí, sí...; se sometía en todo a tu voluntad. Y, por fin, te dejó el puesto. *(Con un salto.)* ¿Cómo pudiste..., cómo pudiste sostener esa intriga terrible?

REBECA

Yo pensaba que había que elegir entre dos vidas.

KROLL

(Con severidad y amargura.) No tenía usted el menor derecho a una tal elección.

REBECA

(Con fuego.) Pero ¿creéis que todo eso lo hice con un cálculo frío y reflexivo? Entonces no era todavía lo que soy ahora, tal como estoy aquí contándoos esto. Y luego hay dos voluntades en el hombre, creo yo. Quería que Beata se fuese de un modo o de otro. Pero, sin embargo, no creía que ocurriría jamás. A cada paso que daba hacia adelante parecía como si algo dentro de mí gritase: «¡Ya no más! ¡Ni un paso más!» Y, sin embargo, no *podía* dejar de hacerlo. Tenía que ir un poquitín más allá, nada más que un poco. Y luego, otro poco más..., y luego, otro poco...; siempre algo más. Y así fué. De esa manera ocurren siempre esas cosas. *(Pausa corta.)*

ROSMER

(A Rebeca.) ¿Y qué crees que será de ti, después de esto?

REBECA

Que sea de mí lo que quiera. Eso no tiene gran importancia.

KROLL

¡Ni una palabra que indique remordimiento!
¿Es que no lo siente usted?

REBECA

(Friamente.) Perdone usted, señor Kroll. Eso no le importa a nadie. Eso lo resolveré conmigo misma.

KROLL

(A Rosmer.) ¡Y has vivido bajo el mismo techo con esta mujer! ¡En una relación íntima! *(Mirando a los retratos.)* ¡Oh, si los muertos lo viesen!...

ROSMER

¿Te vas a la ciudad?

KROLL

(Cogiendo su sombrero.) Sí, cuanto antes mejor.

ROSMER

(Cogiendo también su sombrero.) Entonces voy contigo.

KROLL

¿Quieres venir conmigo? Ya me parecía a mí que no te habíamos perdido del todo.

ROSMER

Vámonos, pues, Kroll, vámonos. *(Salen ambos por la antesala sin mirar a Rebeca. Poco después Rebeca va a la ventana y mira hacia afuera por entre las flores.)*

REBECA

(Hablando consigo a media voz.) ¡Tampoco hoy pasa el puente! ¡Nunca se librará de la pesadilla

de la presa del molino! ¡Nunca! ¡Nunca! (*Yéndose de la ventana.*) ¡Bien, bien! (*Tira del cordón de la campanilla. Poco tiempo después entra la señora Helseth por la derecha.*)

SEÑORA HELSETH

¿Qué pasa, señorita?

REBECA

Señora Helseth, ¿quiere usted tener la bondad de decir que bajen mi baúl del desván?

SEÑORA HELSETH

¿Su baúl?

REBECA

Sí, el baúl de piel de foca obscuro.

SEÑORA HELSETH

Sí, sí. Pero, ¡Dios mío!, ¿quiere usted marcharse, señorita?

REBECA

Sí, señora Helseth...; voy a marcharme.

SEÑORA HELSETH

¿Y así, inmediatamente?

REBECA

Tan pronto como haya empaquetado.

SEÑORA HELSETH

Una cosa semejante no la he oído nunca. Pero vendrá usted pronto, ¿no es verdad, señorita?

REBECA

No volveré nunca.

SEÑORA HELSETH

¡Nunca! Pero ¿qué va a ser de Rosmersholm si falta de aquí la señorita West? ¡Ahora que, al fin, el pobre señor pastor vivía agradablemente!...

REBECA

Sí; pero hoy he tenido miedo, señora Helseth.

SEÑORA HELSETH

¿Miedo? ¡Jesús! ¿Por qué?

REBECA

Me pareció como si viese al caballo blanco.

SEÑORA HELSETH

¿Al caballo blanco? ¿Al mediodía?

REBECA

¡Oh, los caballos blancos de Rosmersholm andan a todas las horas del día! (*Transición.*) De modo que el baúl, señora Helseth.

SEÑORA HELSETH

Sí, el baúl. (*Salen las dos por la derecha.*)

ACTO CUARTO

Sala en Rosmersholm. Es de noche. Rebeca West está de pie junto a la mesa y empaqueta algunas pequeñeces en el saco de viaje. Su abrigo, su sombrero y su chal blanco están sobre el sofá. La señora Helseth entra por la derecha.

SEÑORA HELSETH

(Habla en tono contenido y reservado.) Señorita, ya han sacado todas las cosas; están en el pasillo de la cocina.

REBECA

Bien. ¿Ha avisado usted al cochero?

SEÑORA HELSETH

Sí. Pregunta que a qué hora tiene que estar aquí el coche.

REBECA

A eso de las once. El vapor sale a media noche.

SEÑORA HELSETH

(Vacilando un poco.) Pero el señor pastor... ¿Si no ha vuelto a casa a esa hora?...

REBECA

Me voy de todos modos. Si no le volviera a ver, dígame usted que le escribiré una carta larga. No lo olvide.

SEÑORA HELSETH

Mire, lo de la carta estará bien; pero... me parece, pobrecita, que debía usted intentar hablar con él.

REBECA

Es posible. Pero también es posible que sea mejor si lo dejo.

SEÑORA HELSETH

No... ¡Que haya tenido que ver esto!... Nunca lo hubiera pensado.

REBECA

¿Qué es lo que había pensado usted, señora Helseth?

SEÑORA HELSETH

Había creído que el pastor tenía mejores intenciones que eso.

REBECA

¿Mejores intenciones?

SEÑORA HELSETH

Sí, lo digo y lo repito.

REBECA

Pero, querida señora Helseth, ¿qué quiere usted decir con eso?

SEÑORA HELSETH

No digo más que lo que es justo y debido. No debía querer librarse de *esa* manera, no.

REBECA

(*Mirándola.*) Oiga usted, señora Helseth: diga-

me usted con toda franqueza por qué cree usted que me voy.

SEÑORA HELSETH

¡Sí, sí; Dios mío, al fin y al cabo es necesario, señorita! Pero no está bien del señor pastor... Mortensgård, ése al menos tenía disculpa, porque el marido vivía todavía. Pero el pastor... Cree usted que él..., ¡hum!...

REBECA

(*Con una sonrisa débil.*) ¿De modo que eso creía usted de mí y del pastor Rosmer?

SEÑORA HELSETH

¡No, Dios me libre! Nunca. Vamos, quería decir que hasta hoy no.

REBECA

¿Pero desde hoy?...

SEÑORA HELSETH

Bueno, después de todo, lo que dice la gente que traen los periódicos del pastor...

REBECA

¡Ah!...

SEÑORA HELSETH

A mí me parece que del hombre que puede pasarse a la religión del Mortensgård, Dios sabe lo que puede esperarse.

REBECA

Eso puede ser. Pero ¿y yo? ¿Qué dice usted de mí?

SEÑORA HELSETH

¡Dios me libre, señorita! Creo que contra usted no hay mucho que decir. Claro es que es difícil para una mujer soltera sostenerse... Somos todos débiles, señorita.

REBECA

Eso es verdad, señora Helseth: todos somos débiles. ¿Qué escucha usted?

SEÑORA HELSETH

(Bajo.) ¡Jesús! Creo que llega justamente a tiempo.

REBECA

(Espantada.) ¿De modo que todavía...? *(Decidida.)* Sea lo que sea...

(Juan Rosmer entra de la antesala.)

ROSMER

(Ve los preparativos de viaje, se vuelve a Rebeca y pregunta.) ¿Qué significa eso?

REBECA

Me marcho.

ROSMER

¿En seguida?

REBECA

Sí. *(A la señora Helseth.)* De modo que a las once.

SEÑORA HELSETH

Está bien, señorita. *(Se va por la derecha.)*

ROSMER

(Tras un silencio corto.) ¿Adónde vas, Rebeca?

REBECA

Al Norte con el vapor.

ROSMER

¿Al Norte? ¿Qué vas a hacer allí?

REBECA

De allí vine.

ROSMER

Pero allá arriba ya no tienes nada que hacer.

REBECA

Aquí abajo tampoco.

ROSMER

¿Qué quieres hacer entonces?

REBECA

No lo sé. Quiero acabar con todo esto.

ROSMER

¿Acabar?

REBECA

Rosmersholm me ha roto la voluntad.

ROSMER

(Con atención.) ¿Eso dices?

REBECA

Me ha destrozado por completo. Cuando vine aquí tenía una voluntad fresca y brava. Ahora, una ley extraña me ha sujetado. No creo que llegue a atreverme a nada en adelante.

ROSMER

¿Por qué no? ¿Qué ley es esa que tú dices que te ha...?

REBECA

¡Ah, querido, no hablemos de eso ahora! ¿Qué ocurrió entre ti y Kroll?

ROSMER

Hemos hecho la paz.

REBECA

¿Sí? ¿De modo que ya está?...

ROSMER

Reuní en su casa a todo nuestro antiguo círculo de amigos, y sus razones me han convencido de que no es una misión para *mi* querer ennoblecer almas. Y, además, la tarea es en sí imposible. Renuncio a ello.

REBECA

Sí, sí... Puede ser que sea lo mejor.

ROSMER

¿Hablas *así* ahora? ¿Es esa tu opinión ahora?

REBECA

Se ha hecho mi opinión estos últimos días.

ROSMER

¡Mientes, Rebeca!

REBECA

¿Yo miento?

ROSMER

Sí, mientes. Nunca has creído en mí. Nunca has creído que yo fuera el hombre capaz de alcanzar una victoria para la causa.

REBECA

He creído que nosotros dos juntos podríamos hacerlo.

ROSMER

No es verdad. Has creído que tú harías algo grande. Creías que podías utilizarme para aquello a que aspirabas. Eso es lo que has creído. Debía servirte para tus fines.

REBECA

Escúchame, Rosmer.

ROSMER

(*Sentándose en el sofá.*) ¡Oh, déjame! Ahora veo hasta el fondo. He sido como un muñeco en tus manos.

REBECA

Rosmer, escúchame. Hablemos de ello por última vez. (*Sentándose en una silla y al lado del sofá.*) Quería escribirte sobre todo esto cuando hubiera llegado al Norte. Pero será mejor que lo oigas ahora ya.

ROSMER

¿Tienes todavía más que confesar?

REBECA

Lo más importante falta aún.

ROSMER

¿Lo más importante?

REBECA

Lo que tú ni siquiera has adivinado. Lo que presta a todo lo demás luz y sombra.

ROSMER

(*Moviendo la cabeza.*) No entiendo nada.

REBECA

Es verdad que me valí de maquinaciones para conseguir entrar en Rosmersholm, pues creía que podía hacer aquí mi felicidad, de uno o de otro modo. ¿Entiendes?

ROSMER

Y has conseguido lo que querías.

REBECA

Entonces creo que lo hubiera conseguido todo, fuese lo que fuese, pues entonces disponía de mi brava voluntad liberada. No sabía lo que era tener consideraciones. No había nada que me hubiese hecho cejar. Pero luego vino el comienzo de lo que me avasalló la voluntad, de lo que tan miserablemente me ha atemorizado para toda la vida.

ROSMER

¿Qué fué lo que vino? Habla de manera que pueda entenderte.

REBECA

Vino sobre mí... ese deseo loco, indomable... ¡Oh, Rosmer!...

ROSMER

¿Deseo? ¿Tú...? ¿De qué?

REBECA

De ti.

ROSMER

(A punto de saltar.) ¿Qué es eso?

REBECA

(Conteniéndole.) Sigue sentado, querido. Ahora vas a oírlo todo.

ROSMER

¿Y dices... que me has amado... de esa manera?

REBECA

Creía... entonces... que eso era amor. Creía que te amaba. Pero no era amor. Era lo que te digo. Era un deseo loco, indomable.

ROSMER

(Hablando con trabajo.) Rebeca, ¿eres realmente tú misma..., tú..., tú misma..., quien cuentas todo eso?

REBECA

Sí. ¿Qué dices de eso?

ROSMER

¿Y de ahí, de ese deseo, salió lo que tú llamas obrar?

REBECA

Vino sobre mí como una tempestad en el mar, como una de las tempestades que tenemos a veces allá arriba, en el Norte, en el invierno. La coge a una y la lleva adonde quiere, sin que se pueda pensar en resistir.

ROSMER

Y así se llevó a la infeliz Beata a la presa del molino.

REBECA

Sí, en aquel tiempo era entre Beata y yo una lucha a muerte.

ROSMER

Tú eras la más fuerte en Rosmersholm; más fuerte que Beata y yo juntos.

REBECA

Te conocía lo bastante para saber que no había camino ninguno que condujese a ti mientras no fueses libre, así en tus relaciones como en tu espíritu.

ROSMER

Pero no te entiendo, Rebeca. Tú, tú misma y toda tu conducta es para mí un enigma indescifrable. Ahora estoy libre en mi espíritu como en mis relaciones. Tú estás ahora muy cerca del fin que te habías propuesto desde el principio. Y a pesar de eso...

REBECA

Nunca he estado tan lejos del fin como en este momento.

ROSMER

Y a pesar de eso, cuando ayer te pregunté si querías ser mi mujer, gritaste espantada y me dijiste que no podría ser nunca.

REBECA

Grité por desesperación.

¿Por qué?

ROSMER

REBECA

Porque Rosmersholm me ha quitado las fuerzas. Aquí se ha debilitado y roto mi voluntad. Para mí ha pasado el tiempo en que lo hubiera osado todo. He perdido la capacidad de obrar, Rosmer.

ROSMER

Dime cómo ha ocurrido eso.

REBECA

Ha ocurrido en la convivencia contigo.

ROSMER

Pero ¿cómo, cómo?

REBECA

Cuando me quedé sola contigo, y tú llegaste a ser tú mismo...

ROSMER

¿Qué?

REBECA

Porque mientras Beata vivió no fuiste nunca por completo tú mismo.

ROSMER

Desgraciadamente, en eso tienes razón.

REBECA

Pero cuando comencé a vivir aquí contigo, retirados los dos..., en la soledad... Cuando me comunicabas todos tus pensamientos, todo tu sentir, tan delicado y tan suave, entonces se produjo

el gran cambio. Poco a poco, ¿comprendes?, casi imperceptible; pero al final avasallador, hasta el fondo de mi corazón.

ROSMER

¡Oh, Rebeca!, ¿qué es lo que te pasa?

REBECA

Todo lo otro..., el deseo feo, sensual... quedó lejos, muy lejos... Todas esas potencias agitadoras se sumergieron en calma y silencio. Y vino sobre mi espíritu un sosiego..., un sosiego como en la cima de una montaña, allá arriba, en el Norte, al sol de media noche.

ROSMER

Dime más de eso; dime todo lo que sepas.

REBECA

Ya no queda mucho más que decir. Sólo una cosa..., que el amor se produjo en mí, el gran amor de renunciación, que se contenta con la convivencia, como era entre nosotros.

ROSMER

¡Oh, si hubiese tenido la más pequeña adivinación de todo eso!...

REBECA

Vale más que sea como es. Cuando ayer me preguntaste si quería ser tu esposa... hubo una explosión de júbilo en mí.

ROSMER

¿Verdad que sí, Rebeca? Me pareció entenderlo así.

REBECA

Un momento, sí. En olvido de mí misma. Porque era mi antigua voluntad impávida, que quería libertarse de nuevo. Pero ya no tiene fuerzas..., no tiene fuerzas duraderas.

ROSMER

¿Cómo te explicas lo que te ha ocurrido?

REBECA

Son las ideas de la casta de los Rosmer..., o, mejor dicho, las tuyas, que han infeccionado mi voluntad.

ROSMER

¿Infeccionado?

REBECA

Y la han puesto enferma. Y la han sojuzgado con leyes que antes no regían para mí. Tú y la convivencia contigo han ennoblecido mi alma.

ROSMER

¡Oh, si pudiera creerlo en verdad!...

REBECA

Puedes creerlo. Las ideas de los Rosmer ennoblecen. Pero... (*Moviendo la cabeza.*) Pero...

ROSMER

Pero... ¿qué?

REBECA

Matan la dicha.

ROSMER

¿Qué dices, Rebeca?

REBECA

Por lo menos la mía la han matado.

ROSMER

Pero ¿estás segura de eso? Si volviera a pedirte..., si te lo rogara...

REBECA

¡Oh, querido, no vuelvas nunca a eso! Es imposible. Pues todavía te falta por saber una cosa... Yo tengo un pasado.

ROSMER

¿Todavía más de lo que ya has contado?

REBECA

Sí, otra cosa... y más.

ROSMER

(*Con sonrisa cansada.*) ¿No es extraño que haya tenido una sospecha de algo así?

REBECA

¿De veras? ¿Y, sin embargo..., a pesar de eso...?

ROSMER

No creía en ello. Jugaba con ello en mi pensamiento.

REBECA

Si me lo pides, te contaré eso también.

ROSMER

(*Denegando.*) No, no; no quiero saber una palabra. Sea lo que sea..., lo he olvidado,

REBECA

Pero no yo.

ROSMER

¡Oh, Rebeca!...

REBECA

Sí, eso es lo terrible; ahora que se me ofrece la dicha a manos llenas, me he hecho de tal manera, que mi pasado me impide aceptarla.

ROSMER

Tu pasado ha muerto, Rebeca. Ya no tiene poder sobre ti. Ninguna relación contigo, tal como eres ahora.

REBECA

Eso no son más que frases, querido. ¿Y la inocencia? ¿De dónde voy a sacarla?

ROSMER

(Tristemente.) Es verdad, la inocencia...

REBECA

La inocencia... En ella está la dicha y la alegría. Esa era la doctrina que querías encarnar en todos los hombres ennoblecidos.

ROSMER

¡Oh, no me recuerdes eso! No era más que un sueño, Rebeca. Una inspiración prematura en la que yo mismo no creo ya. No se puede ennoblecer desde afuera a los hombres.

REBECA

(En voz baja.) ¿Tampoco por el amor puro?

ROSMER

(*Pensativo.*) Sí, eso sería lo más grande. Casi lo más magnífico de la vida. ¡Si pudiese ser!... (*Intranquilo.*) Pero ¿cómo voy a resolver esa cuestión? ¿Cómo puedo llegar a su fondo?

REBECA

¿No me crees, Rosmer?

ROSMER

¡Oh, Rebeca! ¿Cómo puedo confiar plenamente en ti? ¿En ti, que has callado y disimulado tanto? ¡Ahora vienes con eso! Si tienes alguna intención al hacerlo..., dímelo francamente. ¿Es que quieres conseguir algo con ello? Yo haría con gusto todo lo que pudiera por ti.

REBECA

(*Retorciéndose las manos.*) ¡Oh, esas dudas mortales!... ¡Rosmer, Rosmer!...

ROSMER

Sí. ¿No es terrible esto? Pero no puedo librarme de ello. Nunca podré acallar estas dudas. Nunca sabré con seguridad si eres mía en amor puro y pleno.

REBECA

Pero ¿es que no hay nada en lo más íntimo de tu alma que atestigüe que en mí se ha verificado una transformación? ¿Y de que la transformación ha venido por ti..., por ti sólo?

ROSMER

No creo ya en mi poder de transformar hom-

bres. No creo en mí en ningún sentido. No creo ni en mí ni en ti.

REBECA

(*Mirándole sombríamente.*) Entonces, ¿cómo quieres vivir la vida?

ROSMER

Eso no lo sé yo mismo. No lo comprendo. No creo que pueda vivirla. Ni tampoco sé que haya nada en el mundo por lo que valga la pena de vivir.

REBECA

¡Oh, la vida... trae en sí la renovación! Esperemos que vendrán tiempos mejores.

ROSMER

(*Con un salto.*) ¡Entonces devuélveme la fe! ¡La fe en ti, Rebeca! ¡La fe en tu amor! ¡Una prueba, quiero tener una prueba!

REBECA

¡Una prueba! ¿Cómo puedo probarlo?

ROSMER

¡Tienes que probarlo! (*Paseando arriba y abajo.*) ¡No puedo soportar esta soledad..., este vacío terrible..., este... (*Llaman fuertemente a la puerta de la antesala.*)

REBECA

(*Saltando de la silla.*) ¿Has oído?
(*Se abre la puerta y Ulrik Brendel entra. Trae una camisa planchada, un abrigo negro y buenas botas. En lo demás va vestido como en el primer acto. Tiene aire abatido.*)

ROSMER

¡Ah!, ¿es usted, señor Brendel?

BRENDL

¡Juan, hijo mío, yo te saludo! ¡Adiós!

ROSMER

¿Adónde va usted tan tarde?

BRENDL

Montaña abajo.

ROSMER

¿Cómo?

BRENDL

Me vuelvo a casa, querido. Tengo nostalgia de la gran nada.

ROSMER

A usted le ha ocurrido algo, señor Brendel. ¿Qué ha sido?

BRENDL

¿De modo que observas el cambio? Sí..., debes observarlo. Cuando entré en esta sala por última vez, venía rico en caudal y hablaba reciamente.

ROSMER

Bien; pero ahora no comprendo...

BRENDL

Pero tal como me ves aquí esta noche soy un rey destronado en las cenizas de mi palacio incendiado.

ROSMER

Si puedo servirle en algo...

BRENDL

Has conservado tu corazón de niño, Juan. ¿No puedes hacerme un préstamo?

ROSMER

Ya lo creo. Con placer.

BRENDL

¿Puedes dejarme uno o dos ideales?

ROSMER

¿Qué quiere usted que le dé?

BRENDL

Un par de ideales que no te sirvan. Harás una obra de misericordia. Porque a mí no me queda nada. Tengo los bolsillos vacíos.

REBECA

¿No ha dado usted sus conferencias?

BRENDL

No, encantadora dama. ¿Qué le parece a usted de eso? Cuando iba a vaciar la botella hice el lamentable descubrimiento de que estaba vacía.

REBECA

¿Y todas sus obras no escritas?

BRENDL

Durante veinticinco años estuve como el avaro ante su caja de caudales cerrada, contemplando

el tesoro. Y cuando ayer quería abrirla y sacar el tesoro, me encontré con que estaba vacía. El diente del tiempo lo ha convertido en polvo. De toda la riqueza no quedaba nada.

ROSMER

Pero ¿está usted tan seguro de ello?

BRENDEL

No hay duda ninguna, querido. El presidente me ha convencido de ello.

ROSMER

¿El presidente?

BRENDEL

Bien..., su excelencia, si quieres.

ROSMER

¿A quién se refiere usted?

BRENDEL

A Peter Mortensgård, naturalmente.

ROSMER

¿Cómo?

BRENDEL

(*Con misterio.*) ¡Chist! ¡Chist! Peter Mortensgård es el señor del porvenir. Nunca he visto nada más grande. Peter Mortensgård lleva en sí la fuerza de la omnipotencia. Puede conseguir todo lo que quiera.

ROSMER

¡Oh!, ¿cómo puede usted creer eso?

BRENDDEL

Sí, hijo mío. Pues Peter Mortensgård nunca quiere más de lo que puede. Peter Mortensgård es capaz de vivir sin ideales. Y, ¿sabes?, este es el gran secreto de la acción y de la victoria. Esta es la suma de toda la sabiduría del mundo.

ROSMER

(*Bajo.*) Ahora comprendo que se va usted más pobre de lo que vino.

BRENDDEL

C'est bien. Que tu antiguo maestro te sirva de ejemplo. Borra todo lo que te ha enseñado. No edifiques tu casa sobre arena insegura. Guárdate y piénsalo bien antes de edificar sobre la graciosa criatura que embellece tu vida.

REBECA

¿Dice usted eso por mí?

BRENDDEL

Sí, encantadora sirena.

REBECA

¿Por qué no puede edificarse sobre mí?

BRENDDEL

(*Acercándose.*) He oído decir que mi antiguo discípulo quiere llevar a la victoria una idea.

REBECA

¿Y qué?

BRENDDEL

La victoria es segura, pero... sólo con una condición irremisible,

REBECA

¿Cuál?

BRENDL

(*Cogiendo delicadamente su muñeca.*) Que la mujer, que la mujer que le ama vaya gozosa y de buena voluntad a la cocina y se corte su dedo fino... Aquí, precisamente aquí, en la articulación del medio. Idem que la misma mujer amante, con la misma gozosa voluntad, se corte su soberbia oreja izquierda. (*La suelta y se vuelve a Rosmer.*) ¡Adiós, mi Juan victorioso!

ROSMER

¿Quiere usted marcharse ahora en la obscuridad?

BRENDL

En la obscuridad es lo mejor. Que la paz sea con vosotros. (*Se va. Durante un momento, profundo silencio.*)

REBECA

(*Respirando con dificultad.*) ¡Oh, qué aire más pesado hay aquí! (*Va a la ventana, la abre y se queda en pie delante de ella.*)

ROSMER

(*Dejándose caer en la butaca de junto a la chimenea.*) No hay otra salida, Rebeca. Lo veo. Tienes que marcharte.

REBECA

Sí, no me queda en qué elegir.

ROSMER

Aprovechemos los últimos momentos.

REBECA

(*Sentándose en el sofá.*) ¿Qué tienes que decirme, Rosmer?

ROSMER

Ante todo, tengo que decirte que no necesitas preocuparte de tu porvenir.

REBECA

(*Con sonrisa apagada.*) ¿Mi porvenir?

ROSMER

Lo he previsto todo ya desde mucho tiempo. Ocurra lo que ocurra, no te preocupes.

REBECA

¿Eso también, amigo mío?

ROSMER

Debías saberlo.

REBECA

Mucho tiempo ha pasado desde que yo pensaba en cosas semejantes.

ROSMER

Sí, sí... Tú creías que continuaría siempre como estaba...

REBECA

Sí, eso creía.

ROSMER

Yo también. Pero si yo faltara...

REBECA

¡Oh, tú vivirás más que yo!

ROSMER

Sobre mi vida miserable seré yo quien disponga.

REBECA

¿Qué significa eso? ¿No pensarás en...?

ROSMER

¿Te parecería tan extraño después de la derrota miserable que sufrí? ¡Yo, que quería hacer triunfar mi idea..., y antes de la batalla he desertado!...

REBECA

Vuelve a la lucha, Rosmer. Ya verás cómo triunfas si lo intentas. Ennoblecereis cientos, miles de almas. Inténtalo.

ROSMER

¡Oh, Rebeca! Ya no creo en mi misión.

REBECA

Pero si ya has sufrido su prueba. Una persona, al menos, la has ennoblecido: a mí y a mi vida entera.

ROSMER

¡Oh, si pudiera creerlo!...

REBECA

(*Retorciéndose las manos.*) Rosmer, ¿no sabes de nada que pudiera hacerte creer?...

ROSMER

(*Espantado.*) No hables de eso. Déjalo estar. Ni una palabra más.

REBECA

Sí, precisamente tenemos que tratar de eso. ¿No sabes de algo que pudiera deshacer tus dudas? Yo no sé nada.

ROSMER

Es una dicha para ti el que no lo sepas. Una dicha para los dos.

REBECA

No, no, no. No me basta con eso. Si sabes algo que pueda absolverme a tus ojos, te pido que me lo digas.

ROSMER

(*Como contra su voluntad.*) Vamos a ver, pues. Dices que alienta en ti el gran amor. Que tu alma se ha ennoblecido por mí. ¿Es así realmente? ¿Has hecho bien el cálculo? ¿Quieres que hagamos la prueba?

REBECA

Estoy dispuesta.

ROSMER

¿Cuándo quieres que sea?

REBECA

Cuando tú quieras. Cuanto antes, mejor.

ROSMER

Entonces veamos, Rebeca, si tú... por mí... esta noche... (*Interrumpiéndose.*) ¡Oh, no, no, no!

REBECA

Sí, Rosmer, sí. Dilo, y verás...

ROSMER

¿Tienes valor..., estás dispuesta... con voluntad

gozosa, como decía Ulrik Brendel..., por amor mío..., con voluntad gozosa..., a recorrer el mismo camino que Beata recorrió?

REBECA

(Levantándose lentamente, casi sin alientos.)
¡Rosmer!...

ROSMER

¡Sí; esa es la pregunta de que nunca podré librarme cuando te hayas marchado. A todas las horas del día se presentará ante mí. Me parece que te veo ante mis ojos... Estás en el medio del puente... Te inclinas sobre la baranda... Miras a la corriente, y tiembles... ¡No; retrocedes!... No osas... lo que ella osó.

REBECA

¿Y si tuviese valor para hacerlo? ¿Y la voluntad gozosa? ¿Qué entonces?

ROSMER

Entonces tendría que creerte. Entonces volvería a creer en mi misión. A creer en un poder que ennoblece a los hombres. A creer que puede ennoblecerse el alma del hombre.

REBECA

(Cogiendo lentamente el chal blanco y envolviéndoselo a la cabeza, resuelta.) ¡Volverás a creer!

ROSMER

Rebeca, ¿tienes valor y voluntad... para eso?

REBECA

Eso lo verás mañana..., o cuando me saquen.

ROSMER

(*Llevándose la mano a la frente.*) ¡Oh, qué sugestión espantosa!

REBECA

Porque no quiero quedarme allá abajo.

ROSMER

(*Con un salto.*) ¡Pero todo eso es una locura! Vete o quédate. Esta vez quiero creerte por tu palabra.

REBECA

Eso son frases huecas, Rosmer. No vengas ahora con cobardías y disculpas. ¿Cómo es posible que después de estos días creas todavía en mi palabra?

ROSMER

No quiero ver tu derrota.

REBECA

No habrá derrota.

ROSMER

Sí la habrá. Tú no eres de las que pueden ir por el mismo camino que Beata.

REBECA

¿Lo crees así?

ROSMER

Nunca podrás. Tú no eres como Beata. No estás bajo el poder de una idea falsa de la vida.

REBECA

Pero... ahora estoy bajo el poder de la idea de

la vida de Rosmersholm. Es preciso que expíe el mal causado.

ROSMER

(*Mirándola fijamente.*) ¿Has llegado a eso?

REBECA

Sí.

ROSMER

(*Resuelto.*) Está bien. Entonces, yo estoy bajo el poder de nuestra idea de la vida libre. No hay juez ninguno sobre nosotros, y por eso debemos ser nosotros mismos los que hagamos justicia.

REBECA

(*Entendiendo mal sus palabras.*) Sí, sí; mi muerte libertará en ti lo más grande y mejor.

ROSMER

En mí no hay nada que libertar.

REBECA

Sí que hay. Pero yo..., yo no sería, de aquí en adelante, más que... un maligno espíritu del mar en el barco que has de conducir, que te estorba y te contiene. ¿O es que voy a seguir arrastrando mi vida fracasada? ¿Pensar y cavilar sobre la dicha que he perdido por mi pasado? Tengo que salir de este juego.

ROSMER

Si vas, voy contigo.

REBECA

(*Sonriendo casi imperceptiblemente, mirándole, en voz baja.*) Ven, ven... Serás testigo.

ROSMER

Te digo que voy contigo.

REBECA

Sí, hasta el puente. A pasarlo no te atreves.

ROSMER

¿Lo has notado?

REBECA

(Tristemente y desfallecida.) Sí; y por eso mi amor era un amor sin esperanza.

ROSMER

Rebeca, pongo mi mano sobre tu cabeza *(Lo hace)* y te hago mi esposa.

REBECA

(Cogiéndole las manos y reposando en su pecho la cabeza.) Gracias, Rosmer. *(Soltándose.)* Y ahora me voy. Con voluntad gozosa.

ROSMER

Marido y mujer deben ir juntos.

REBECA

Nada más que hasta el puente.

ROSMER

Y también dentro del puente. Voy contigo... hasta donde tú vayas. Pues ahora puedo hacerlo.

REBECA

¿Lo sabes con certeza absoluta... que este camino es el mejor para ti?

ROSMER

Es el único. Eso es lo que sé.

REBECA

¿Y si te engañases? ¿Si no fuera más que un error? ¿Uno de los caballos blancos de Rosmersholm?

ROSMER

Es posible; pero de esos no podemos librarnos los que vivimos en esta casa.

REBECA

Entonces quédate, Rosmer.

ROSMER

El marido debe ir con su mujer, como la mujer con su marido.

REBECA

Bien; pero dime antes una cosa... ¿Vienes tú conmigo o voy yo contigo?

ROSMER

Nunca llegaremos hasta el fondo de esa cuestión.

REBECA

¡Me gustaría tanto saberlo!...

ROSMER

Vamos el uno con el otro, Rebeca. Yó contigo y tú conmigo.

REBECA

Sí, así es.

ROSMER

Pues ahora somos *uno* nosotros dos.

REBECA

Sí, ahora somos uno. Ven. Vamos con voluntad gozosa. *(Salen de la mano por la antesala. Se les ve dirigirse por la izquierda. La puerta queda abierta. La escena queda unos momentos vacía. Luego la señora Helseth abre la puerta de la derecha.)*

SEÑORA HELSETH

Señorita, el coche está... *(Mirando alrededor.)* ¿No está en la sala? ¿Han salido juntos a estas horas? ¡Vaya, vaya!... Realmente... *(Va a la antesala y mira; luego vuelve.)* En el banco tampoco están. *(Yendo a la ventana y mirando afuera.)* ¡Jesús! ¡Dios mío! ¡Aquella cosa blanca!... ¡Están sobre el puente! ¡Que Dios se apiade de los pobres pecadores! ¡No se abrazan el uno al otro!... *(Gritando.)* ¡Oh!... ¡Se han tirado abajo... los dos! ¡Han caído a la presa! ¡Socorro! ¡Socorro! *(Se apoya temblorosa en el respaldo en una silla. Hablando con trabajo.)* ¡No, no hay socorro posible! ¡La señora muerta se los ha llevado!

FIN

EL PATO SILVESTRE

DRAMA EN CINCO ACTOS

PERSONAJES

WERLE.

GREGOR WERLE, *su hijo.*

EL VIEJO EKDAL.

HJALMAR, *su hijo, fotógrafo.*

GINA EKDAL, *mujer de Hjalmar.*

HEDWIG, *su hija, de catorce años.*

SEÑORA SÖRBY, *ama de llaves en casa de Werle.*

RELLING, *médico.*

MOLVIG, *antiguo estudiante de Teología.*

GROBERG, *tenedor de libros.*

PETTERSEN, *criado.*

JENSEN, *criado.*

FLOR, *corpulento y pálido.*

BALLE, *calvo.*

KASPERSEN, *corto de vista.*

Otros seis señores. Varios criados.

**El primer acto, en casa de Werle; los demás, en casa
de Ekdal.**

ACTO PRIMERO

En casa del comerciante Werle. Despacho puesto con lujo y comodidad; estantes de libros y muebles ricos; en el centro, una mesa de escritorio con papeles y formularios; las lámparas, escondidas, están protegidas con pantallas verdes, de modo que la habitación está iluminada con una luz mate. En el fondo, una puerta abierta, tras de la cual se ve una habitación amplia y elegante, iluminada por muchas lámparas. En la primera habitación, a la derecha, primer término, una puerta pequeña, que da a las oficinas; a la izquierda, una chimenea con carbones en brasa, y más atrás, puerta de dos hojas al corredor. Pettersen, en librea, y Jensen, en frac, arreglan el despacho. En la segunda habitación hay un par de criados encendiendo luces. Del comedor viene ruido de conversación y risas; se oye dar con un cuchillo en una copa, se hace el silencio y se pronuncia un brindis. Bravos, y continúa la conversación.

PETTERSEN

(Enciende un quinqué que está sobre la chimenea y le coloca encima una pantalla.) Vamos. Oiga usted, Jensen; ahora se ha puesto en pie el viejo y hace un brindis muy largo por la señora Sörby.

JENSEN

(Empujando una butaca.) ¿Es verdad lo que dicen de que hay algo entre ellos?

PETTERSEN

¡El diablo lo sabe!...

JENSEN

Él es un hombre que la ha corrido siempre bastante.

PETTERSEN

Es posible.

JENSEN

Se dice que esta comida es en honor de su hijo.

PETTERSEN

Sí, el hijo vino ayer a casa.

JENSEN

No sabía yo que Werle tuviera un hijo.

PETTERSEN

Es que está siempre allá arriba, en la montaña. En todo el tiempo que llevo sirviendo en la casa no le he visto venir a la ciudad.

UN CRIADO DE OCASIÓN

Pettersen, aquí hay un viejo que...

PETTERSEN

(Entre dientes.) ¡Qué diablos!... ¡Viene todavía gentel

(El viejo Ekdal entra por la derecha; trae un abrigo gastado, de cuello alto, mitones, y en la mano un bastón y una gorra de pieles; debajo del brazo lleva un paquete; tiene una peluca rojiza, sucia, y un bigote gris, pequeño.)

PETTERSEN

(Saliéndole al encuentro.) Pero hombre, ¿qué quiere usted aquí?

EKDAL

(Desde la puerta.) Tengo que entrar necesariamente en las oficinas, Pettersen.

PETTERSEN

Las oficinas están cerradas desde hace una hora y...

EKDAL

Ya me lo dijeron en la puerta, amigo. Pero Groberg está todavía allí. Sea usted bueno, Pettersen; déjeme pasar. (Señalando hacia la puerta falsa.) Ya he entrado antes por ahí.

PETTERSEN

Bien, pase usted. (Abriendo la puerta.) Pero salga por donde se debe. Tenemos visita.

EKDAL

Ya lo sé... ¡Hum!... Gracias, querido Pettersen, amigo mío. (En voz baja.) ¡Majadero! (Entra en las oficinas. Pettersen cierra la puerta tras él.)

JENSEN

¿Pertenece ése también al personal de las oficinas?

PETTERSEN

No; ése no hace más que escribir fuera de casa cuando hay mucho trabajo. Pero en su tiempo ha sido una persona fina el viejo Ekdal.

JENSEN

Tiene aspecto de haber sido todo lo posible.

PETTERSEN

Ya lo creo; ha sido oficial del ejército.

JENSEN

¡Vaya un oficial!

PETERSEN

Pues sí que lo era. Pero luego se metió a traficar en madera, o en qué sé yo qué cosas. Parece que una vez le jugó una mala partida al amo, cuando estaban los dos juntos allá arriba, en la montaña, ¿sabe usted? Yo conozco muy bien a Ekdal. Muchas veces bebemos juntos una copa o una botella de cerveza en casa de la señora Eriksen.

JENSEN

El viejo no podrá convidar gran cosa.

PETERSEN

No, Jensen; ya puede usted suponer que soy yo quien convida. A mí me parece que hay que ser amables con gentes de posición que han pasado trances tan duros.

JENSEN

¿Es que ha quebrado acaso?

PETERSEN

Peor que eso: estuvo en la cárcel.

JENSEN

¿En la cárcel?

PETERSEN

O puede que en presidio. (*Escuchando.*) ¡Silencio! Se están levantando de la mesa.

(*Las puertas del corredor se abren desde adentro por algunos criados. La señora Sörby entra conversando con algunos invitados. Poco a poco*

van entrando los demás; los últimos vienen Hjalmar Ekdal y Gregor Werle.)

SEÑORA SÖRBY

(Al pasar, al criado.) Pettersen, que sirvan el café en el salón de música.

PETTERSEN

Está muy bien, señora.

(La señora Sörby y los que la acompañan pasan a la habitación del fondo, y de allí salen por la derecha. Pettersen y Jensen van por el mismo camino.)

FLOR

(A Balle.) ¡Uf! ¡Vaya una comida!... Un trabajo fuerte.

BALLE

¡Oh, con buena voluntad, en tres horas pueden hacerse cosas increíbles!

FLOR

Pero luego, querido amigo...

UN TERCER SEÑOR

Parece que el Moka y el Marrasquino se servirán en el salón de música.

FLOR

¡Bravo! Así, puede ser que la señora Sörby toque algo...

BALLE

(A media voz.) Temo que la señora Sörby nos salga por ciertos registros...

FLOR

De seguro que no. Berta no se olvidará de sus antiguos amigos. *(Rien y pasan a la habitación del fondo.)*

WERLE

(A media voz y preocupado.) No creo que nadie se haya fijado en ello, Gregor.

GREGOR

(Mirándole.) ¿En qué?

WERLE

¿No lo has notado tú?

GREGOR

¿Qué es lo que había que notar?

WERLE

Éramos trece a la mesa.

GREGOR

¿De veras? ¿Trece?

WERLE

(Con una mirada a Hjalmar.) Generalmente no somos más que doce. *(Dirigiéndose a los demás.)* Tengan ustedes la bondad, señores... *(El y los demás, excepto Hjalmar y Gregor, se van por el fondo derecha.)*

HJALMAR

(Que ha oído el diálogo.) No debías haberme enviado la invitación, Gregor.

GREGOR

¿Cómo que no? ¿No decían que esta comida se daba en honor mío? Pues entonces, ¿cómo no iba a invitar a mi mejor y único amigo?

HJALMAR

Pero no creo que a tu padre le haya parecido bien. Yo no frecuento la casa.

GREGOR

Eso me dicen. Pero yo tenía que verte y hablarte..., porque seguramente me volveré a marchar en seguida... Sí, hemos estado bastante tiempo separados, nosotros, camaradas de la niñez; hará ya diez y seis o diez y siete años que no nos vemos.

HJALMAR

¿Tanto tiempo?

GREGOR

Claro que sí. Bien, ¿y cómo te va? Tienes buen aspecto. Estás casi más grueso.

HJALMAR

Grueso, no puede decirse; pero, sin duda, tengo un aspecto más varonil que entonces.

GREGOR

Sí que es verdad. Tu exterior no ha sufrido.

HJALMAR

(En tono sombrío.) Pero sí el interior. Puedes creermelo que por dentro es muy otra cosa que por fuera. Ya sabes las cosas terribles que caye-

ron sobre mí y los míos desde que nos vimos por última vez.

GREGOR

(En voz baja.) ¿Cómo está tu padre?

HJALMAR

Vale más que no hablemos de eso. Mi pobre padre vive, naturalmente, en mi casa. No tiene en el mundo a nadie más que a mí. Pero es terrible para mí hablar de eso, ¿sabes?... Prefiero que me hables de cómo lo has pasado allá arriba.

GREGOR

He hecho una vida muy solitaria, y por eso he tenido ocasión de cavilar sobre muchas cosas. Ven, sentémonos cómodamente. *(Se sienta en una butaca, junto a la chimenea, y obliga a Hjalmar a sentarse en otra, a su lado.)*

HJALMAR

(Conmovido.) Tengo que darte las gracias por haberme invitado a la mesa de tu padre, pues por ello veo que no tienes nada contra mí.

GREGOR

(Admirado.) ¿Cómo se te puede ocurrir que yo había de tener algo contra ti?

HJALMAR

En los primeros años así era.

GREGOR

¿En qué primeros años?

HJALMAR

Después de la gran desgracia. Y era natural. Estuvo en un tris que tu padre no se viera también complicado en esas..., ¡oh!, en esas terribles historias.

GREGOR

¿Y por eso iba yo a tener algo contra ti? ¿Quién te ha hecho creer semejante cosa?

HJALMAR

Sé que así era; tú mismo padre me lo ha dicho.

GREGOR

(Sorprendido.) ¡Mi padre! ¡Conque sí!... ¡Ham!... ¿De modo que por esto no diste la menor cuenta de ti..., ni una palabra siquiera?

HJALMAR

Sí.

GREGOR

Ni siquiera cuando te decidiste a hacerte fotógrafo.

HJALMAR

Tu padre me dijo que no valía la pena de escribirte, fuera de lo que fuera.

GREGOR

(Pensativo.) En eso puede que tuviese razón... Pero dime, Hjalmar, ¿estás satisfecho con tu actual posición?

HJALMAR

(Suspirando levemente.) ¡Oh, sí! No puedo decir que no. Claro, en los primeros tiempos, ya pue-

des figurártelo, fué un poco difícil. Me encontraba en un ambiente totalmente nuevo. Pero también lo demás estaba completamente transformado. La desgracia de mi padre, que trajo consigo su ruina..., la vergüenza y el deshonor... ¡Oh, Gregor!...

GREGOR

(*Conmovido.*) ¡Sí, es verdad!

HJALMAR

No podía pensar en seguir estudiando. No había un solo céntimo en casa; al contrario, no había más que deudas, la mayor parte a tu padre, creo...

GREGOR

¡Hum!...

HJALMAR

Me pareció, pues, que lo mejor era soltarme así..., de un golpe, de todas las ligaduras y relaciones antiguas. Tu padre me aconsejó, con especial insistencia, en este sentido, y como me ayudó tan generosamente...

+ GREGOR

¿Mi padre hizo eso?

HJALMAR

Pero si lo sabes demasiado. ¿De dónde iba a sacar yo el dinero para aprender a fotografiar, poner un estudio y establecerme? Todo eso, puedes creérmelo, cuesta mucho.

GREGOR

¿Y dices que lo ha pagado mi padre?

HJALMAR

Sí, querido. Pero ¿no lo sabes? Yo había entendido como que te lo había escrito

GREGOR

Ni una palabra de que él lo había hecho. Puede ser que lo haya olvidado. El y yo nunca hemos cambiado más que cartas de negocios. ¿De modo que fué mi padre quien...?

HJALMAR

Él fué, sí. No quiere que se sepa, pero él fué. Y él fué también quien me puso en situación de casarme. ¿O es que tampoco sabes eso?

GREGOR

No, no lo sabía tampoco. (*Cogiéndole un brazo.*) Querido Hjalmar, no puedo decirte lo que todo eso me alegra... y me atormenta. He procedido injustamente con mi padre... en algunas cosas. Porque lo que ha hecho contigo es muestra de corazón, como de una especie de conciencia...

HJALMAR

¿Conciencia?...

GREGOR

Sí, sí, o como quieras llamarlo. No tengo palabras para decir lo que me alegra oír cosas semejantes de mi padre... ¿De manera que estás casado, Hjalmar? Has ido más lejos de lo que yo llegaré nunca. Espero que serás feliz como marido.

HJALMAR

Sí que lo soy de veras. Tengo una mujer todo

lo buena y dispuesta que puede desearse, y que no carece de educación.

GREGOR

(*Algo asombrado.*) Claro está que no.

HJALMAR

No, la vida educa, ¿sabes? El trato diario conmigo..., y luego nos visitan con frecuencia algunas personas muy ilustradas. Te aseguro que no reconocerías a Gina.

GREGOR

¿Gina?

HJALMAR

Sí, querido. ¿No te acuerdas de que se llamaba Gina?

GREGOR

¿Quién se llama Gina? Yo no sé nada...

HJALMAR

Pero ¿no te acuerdas de que estuvo algún tiempo aquí, en la casa?

GREGOR

(*Mirándole fijamente.*) ¿Será acaso Gina Hansen?

HJALMAR

¡Claro que es Gina Hansen!

GREGOR

¿La que el último año, cuando mi madre estaba en la cama, hacía de ama de llaves?

HJALMAR

Claro, la misma es. Pero, amigo mío, sé de cierto que tu padre te escribió que me había casado.

GREGOR

(Que se ha puesto en pie.) Eso sí, pero no que... *(Pasea arriba y abajo.)* Pero... aguarda..., puede ser que sí... Sí, pienso un poco en ello... Sólo que mi padre me escribe siempre muy corto. *(Sentándose en un brazo de la butaca.)* Oye, Hjalmar, cuéntame..., es curioso..., ¿cómo llegaste a conocer a Gina, a tu mujer?

HJALMAR

Muy sencillamente: Gina no siguió mucho tiempo aquí, en la casa; con la enfermedad de tu madre andaban las cosas confundidas; Gina no podía responder de todo, y se fué. Eso era un año antes de la muerte de tu madre..., o acaso el mismo año.

GREGOR

El mismo año. Yo estaba entonces arriba, en las minas. Pero ¿luego?

HJALMAR

Luego, Gina se fué a su casa, con su madre, la señora Hansen, una mujer trabajadora y emprendedora si las hay, que tenía una pequeña casa de comidas, y también un cuarto para alquilar, una habitación muy limpia y agradable.

GREGOR

Y tú tuviste la suerte de alquilarlo,

HJALMAR

Sí, tu padre me lo propuso. Y allí fué donde en realidad conocí a Gina.

GREGOR

Y así os prometisteis.

HJALMAR

Ya ves; gente joven se enamoran tan fácilmente...

GREGOR

(Se levanta y pasea arriba y abajo.) Dime, ¿después que te prometiste fué cuando mi padre..., quiero decir... fué cuando empezaste a pensar en la fotografía?

HJALMAR

Sí, entonces precisamente. Quería ponerme lo más pronto posible en condiciones de crearme un hogar. Y así, tu padre, como yo, encontramos que la fotografía era lo más sencillo. A Gina le parecía lo mismo. Y, además, daba la feliz coincidencia que Gina ya antes había aprendido a retocar.

GREGOR

Sí, coincidía todo maravillosamente.

HJALMAR

(Muy satisfecho, poniéndose en pie.) ¿Verdad que sí? ¿No te parece también que coincidíamos muy bien?

GREGOR

Tengo que confesarlo: mi padre ha sido una especie de providencia para ti.

HJALMAR

(*Conmovido.*) En las horas de angustia no abandonó al hijo de su amigo; tiene mucho corazón.

SEÑORA SÖRBY

(*Entrando del brazo de Werle.*) Nada de objeciones, querido amigo; no debe usted estar más tiempo ahí adentro mirando a todas esas luces. No es bueno para usted.

WERLE

(*Soltando su brazo y pasándose la mano por los ojos.*) Casi creo que tiene usted razón.

(*Pettersen y Jensen vienen con bandejas.*)

SEÑORA SÖRBY

(*A los invitados de la otra habitación.*) Tengan la bondad, señores; el que quiera un vaso de ponche, que venga aquí.

FLOR

(*Viniendo hacia la señora Sörby.*) Pero ¿es verdad que ha suprimido usted la deliciosa libertad de fumar?

SEÑORA SÖRBY

Sí, señor; aquí, en casa del señor Werle, está prohibido.

BALLE

¿Desde cuándo se han introducido esas medidas tan severas en el reglamento de fumar, señora?

SEÑORA SÖRBY

Desde la última comida, pues hubo en ella ciertas personas que se permitieron abusar,

BALLE

¿Y no estaría permitido abusar un poquitín, Berta? ¿De veras que no?

SEÑORA SÖRBY

En ningún sentido, amigo mío.

(La mayoría de los invitados están reunidos en la habitación de Werle. Los criados sirven vasos de ponche.)

WERLE

(Dirigiéndose a Hjalmar, que está inclinado sobre una mesa.) ¿Qué estudia usted ahí, Ekdal?

HJALMAR

Miro un álbum, señor Werle.

BALLE

(Que se pasea arriba y abajo.) ¡Oh, fotografías! ¡Claro, eso le interesa a usted!

FLOR

(En una butaca.) ¿No ha traído usted algunas de las suyas?

HJALMAR

No, no he traído ninguna.

FLOR

Pues debía usted haberlo hecho. Es bueno para la digestión estar sentado mirando estampas.

BALLE

Y luego es un grano de arena en la conversación,

KASPERSEN

Y todas las contribuciones se aceptan con agradecimiento.

SEÑORA SÖRBY

Los señores piensan, señor Ekdal, que cuando se está invitado a comer hay que trabajar.

FLOR

Cuando se come bien, es un placer el hacerlo.

BALLE

La lucha por la existencia es dura.

SEÑORA SÖRBY

En eso tiene usted razón.

(Continúa la conversación entre bromas y risas.)

GREGOR

(A media voz.) ¿Por qué no dices algo, Hjalmar?

HJALMAR

¿Y de qué voy a hablar?

FLOR

¿No cree usted también, Werle, que el vino de Tokay debe considerarse como una bebida relativamente sana?

WERLE

(Desde la chimenea.) Por lo menos del que han bebido ustedes puedo responder. Es de uno de los años mejores. Ya lo habrá visto usted,

FLOR

Sí, tiene un sabor particularmente delicado.

HJALMAR

(*Inseguro.*) ¿Es que hay diferencia en los años?

FLOR

(*Riendo.*) ¡Es usted admirable!

WERLE

(*Sonriendo.*) No merece usted que le den buen vino.

BALLE

Con el vino ocurre como con la fotografía. Necesita de la luz del Sol. ¿O no es así?

HJALMAR

Sin duda que la luz importa mucho.

SEÑORA SÖRBY

Pero entonces ocurre lo mismo que con estos caballeros. También ellos parece que necesitan mucho de la luz del Sol.

BALLE

¡Ay, ay! La ingeniosidad es un poco vieja.

KASPERSEN

La señora Sörby quiere producirse...

FLOR

Y, además, a costa nuestra. (*Amenazando.*) ¡Señora, señora!...

SEÑORA SÖRBY

Pero lo que es indudable es que los años pueden ser altamente diferentes. Los más viejos son los mejores.

KASPERSEN

¿Me cuenta usted a mí entre los viejos?

SEÑORA SÖRBY

¡Oh, todavía no!

BALLE

Ya lo ha oído usted. Pero a mí sí, ¿verdad?

FLOR

Y a mí también. ¿En qué años nos cuenta usted, querida amiga?

SEÑORA SÖRBY

Entre los años dulces. *(Bebe un sorbo de un vaso. Los caballeros ríen y bromean con ella.)*

WERLE

La señora tiene siempre una salida..., cuando quiere. ¡Pero beban ustedes, señores!... Pettersen, cuídese de ello... Gregor, ¿no quieres que bebamos juntos un vaso? *(Gregor no se mueve.)* ¿No quiere usted acompañarnos, Ekdal? En la mesa no encontré ocasión de hablarle.

(El tenedor de libros, Groberg, aparece en la puerta.)

GROBERG

Perdone usted, señor Werle, pero no puedo salir.

WERLE

¿Qué, le han vuelto a dejar encerrado?

GROBERG

Sí, y Flagstad se ha ido con las llaves.

WERLE

Pues pase usted por aquí.

GROBERG

Es que hay además alguien...

WERLE

Vengan ustedes, vengan ambos; no tengan inconveniente ninguno.

(Entran Groberg y el viejo Ekdal.)

WERLE

(Involuntariamente.) ¡Ahl...

(Cesa la conversación y las risas entre los invitados. Hjalmar, al ver a su padre, se estremece, deja su vaso y se vuelve hacia la chimenea.)

EKDAL

(Sin mirar, se inclina a un lado y a otro y atraviesa la habitación murmurando.) Perdonen ustedes... He tenido que salir por aquí... La puerta estaba cerrada... Les ruego que me perdonen... *(Él y Groberg se van por el fondo derecha.)*

WERLE

(Entre dientes.) ¡Maldito Groberg!

GREGOR

(Con la boca abierta y la mirada fija en Hjalmar.) Pero ¿no era...?

FLOR

¿Quién era ese hombre?

GREGOR

¡Oh, nadie!... El tenedor de libros y otro.

KASPERSEN

(A Hjalmar.) ¿Le conocía usted?

HJALMAR

No sé... No me fijé en él..

FLOR

(Levantándose.) Pero ¿qué diablos pasa aquí?
(Se dirige a otros y hablan entre sí en voz baja.)

SEÑORA SÖRBY

(A media voz, al criado.) Dele usted algo cuando salga. Algo bueno.

PETTERSEN

(Inclinándose.) Así lo haré. *(Se va.)*

GREGOR

(A media voz y estremecido, a Hjalmar.) ¿De modo que era realmente...?

HJALMAR

Sí.

GREGOR

¿Y tú pudiste quedarte quieto y negar que le conocías?

HJALMAR

(Bajo y rápidamente.) Pero ¿podía yo...?

GREGOR

¿Reconocer a tu padre?...

HJALMAR

(Dolorosamente.) ¡Oh, si estuvieses en mi lugar!...*(Las conversaciones entre los invitados, que hasta ahora habían sido sostenidas en voz baja, pasan a un tono alto forzado.)*

BALLE

(Acercándose amistosamente a Gregor y a Hjalmar.) ¿Qué, estamos refrescando recuerdos de los años estudiantiles? Pero ¡cómo!... ¿No fuma usted, Ekdal? ¿Quiere usted lumbre? ¡Ah!, es verdad que no nos permiten...

HJALMAR

Muchas gracias; no quisiera...

FLOR

¿No quiere usted declamarnos una poesía bonita, Ekdal? Antes lo hacía usted tan bien...

HJALMAR

No se me ocurre, desgraciadamente, ninguna.

FLOR

¡Qué lástima! ¿Y qué vamos a hacer ahora, Balle? *(Se van los dos hacia la habitación del fondo.)*

HJALMAR

(*Sombriamente.*) Voy a marcharme, Gregor. Cuando un hombre ha recibido en la cabeza el golpe abrumador del destino, sabes... Despideme de tu padre.

GREGOR

Sí, sí. ¿Vas directamente a casa?

HJALMAR

Sí. ¿Por qué lo preguntas?

GREGOR

Porque puede ser que vaya a verte más tarde.

HJALMAR

No, no lo hagas. No vengas a mi casa. Es triste y solitaria, Gregor; mucho más después de un banquete como éste. Podemos vernos en cualquier parte, fuera.

SEÑORA SÖRBY

(*Que se ha acercado, a media voz.*) ¿Se va usted, Ekdal?

HJALMAR

Sí.

SEÑORA SÖRBY

Recuerdos a Gina.

HJALMAR

De su parte.

SEÑORA SÖRBY

Y dígala que iré uno de estos días a verla.

HJALMAR

Es usted muy amable. (*A Gregor.*) Quédate aquí; quiero irme sin que se note. (*Se va rápidamente hacia la habitación del fondo y sale por la derecha.*)

SEÑORA SÖRBY

(*Bajo a Pettersen, que ha vuelto.*) ¿Qué, le ha dado usted algo al viejo?

PETERSEN

Sí, le di una botella de coñac.

SEÑORA SÖRBY

Podía usted haber encontrado algo mejor.

PETERSEN

No, señora; el coñac es lo mejor que existe para él.

FLOR

(*En la puerta, con un cuaderno de música en la mano.*) ¿No quiere usted que toquemos juntos un poco, señora?

SEÑORA SÖRBY

Sí, vamos a tocar.

LOS INVITADOS

¡Bravo! ¡Bravo!

(*La señora Sörby y los invitados cruzan la habitación de atrás y salen por la derecha. Gregor se queda en pie en la chimenea. Werle busca en la mesa de escribir, como deseando que Gregor se vaya; pero en vista de que éste no se mueve, Werle se va hacia la puerta de salida.*)

GREGOR

Padre, ¿no querrías esperar un momento?

WERLE

(Parándose.) ¿Qué pasa?

GREGOR

Tengo que decirte dos palabras.

WERLE

¿No podrías aguardar hasta que estemos solos?

GREGOR

No, porque pudiera ocurrir que no nos quedásemos solos.

WERLE

(Acercándose.) ¿Qué significa eso?

(Durante la escena que sigue se oye el piano en el salón de música.)

GREGOR

¿Cómo es posible que hayas dejado que caiga de tal modo esa familia?

WERLE

Probablemente te referirás a los Ekdal; me lo figuro.

GREGOR

Sí, a los Ekdal me refiero. El oficial Ekdal era un día tu amigo.

WERLE

Desgraciadamente, demasiado. He tenido que lamentarlo y que purgarlo. A él es a quien debo

que también mi buen nombre y reputación apareciesen, en cierto modo, con una mancha.

GREGOR

¿Fué él realmente el único culpable?

WERLE

¿Quién si no?

GREGOR

Él y tú hicisteis juntos la gran compra de bosques.

WERLE

Pero él fué quien aceptó aquellos títulos de propiedad no muy claros. El fué quien cortó ilegalmente madera en la propiedad del Estado. El solo dirigía los trabajos allá arriba. Yo no sabía nada de las empresas en que andaba metido el oficial Ekdal.

GREGOR

El oficial Ekdal mismo no tenía idea alguna de las empresas en que andaba metido.

WERLE

Es posible; pero el hecho es que él salió condenado, y absuelto yo.

GREGOR

Sí, ya lo sé; faltaron pruebas.

WERLE

Una absolución es una absolución. ¿Por qué revuelves ahora esas historias dolorosas que un tiempo hicieron encañecer mis cabellos? ¿Es que te has pasado todos estos años allá arriba cavi-

lando sobre ellas? Puedo asegurarte, Gregor, que aquí, en la ciudad, hace mucho que esas historias están olvidadas..., al menos por lo que a mí se refiere.

GREGOR

Pero la infeliz familia Ekdal...

WERLE

¿Qué es lo que hubiera debido hacer por esas gentes? Cuando Ekdal recobró la libertad era un hombre caído sin remedio. Hay gentes que caen al primer choque, por ligero que sea, y ya no vuelven a levantarse. Puedes creerme, Gregor: he ido todo lo lejos que podía, sin perjudicarme, alimentando sospechas y murmuraciones...

GREGOR

¡Sospechas!... Sí, claro está...

WERLE

A Ekdal le doy trabajo de la oficina y se lo pago más, mucho más de lo que vale.

GREGOR

(*Sin mirarle.*) Eso no lo dudo.

WERLE

¿Te ríes? ¿Es que acaso no crees que es verdad lo que digo? En mis libros no hay nada de eso, es verdad, pues gastos semejantes no los anoto en ellos.

GREGOR

(*Sonriendo friamente.*) Sí, hay ciertos gastos que no deben figurar en los libros.

WERLE

¿Qué quieres decir?

GREGOR

(*Con valor forzado.*) ¿Figura acaso en tus libros lo que te ha costado el que Hjalmar Ekdal aprendiera a fotografiar?

WERLE

¿Yo? ¿Por qué en mis libros?

GREGOR

Sé que tú lo has pagado y sé también que le has puesto generosamente en situación de casarse.

WERLE

¡Y, a pesar de eso, dices que no he hecho nada por los Ekdal! Te aseguro que me han costado bastante.

GREGOR

¿Figura en los libros alguno de esos gastos?

WERLE

¿Por qué lo preguntas?

GREGOR

¡Oh, tengo mis motivos! Oye, dime..., cuando se te ocurrió proteger tan generosamente al hijo de tu antiguo amigo..., ¿no era en el tiempo en que trataba de casarse?

WERLE

¡Pero qué diablos!... ¿Cómo quieres que después de tantos años sepa...?

GREGOR

Entonces me escribiste una carta..., una carta comercial, naturalmente, y en una postdata me decías brevemente que Hjalmar Ekdal se había prometido con una señorita Hansen.

WERLE

Sí, y así se llamaba.

GREGOR

Pero no me decías nada de que esa señorita Hansen era Gina Hansen, nuestra antigua ama de llaves.

WERLE

(Bie burlona, pero forzadamente.) No, no creí que te interesaras tan vivamente por nuestra antigua ama de llaves.

GREGOR

No me interesaba lo más mínimo. Pero... *(Bajando la voz)*, pero había aquí, en la casa, alguien que se interesaba especialmente por ella.

WERLE

¿Qué quieres decir con eso? *(Descompuesto.)*
¿No te referirás a mí?

GREGOR

(En voz baja, pero con firmeza.) Sí, a ti me refero.

WERLE

¡Y te atreves a decir eso..., osas...! ¿Cómo puede atreverse ese..., el fotógrafo..., a sospechar tal cosa de mí?

GREGOR

Hjalmar no ha dicho de todo esto ni una sola palabra. No creo que tenga la menor sospecha.

WERLE

Pero ¿de dónde lo sacas entonces? ¿Quién ha podido decirte...?

GREGOR

Me lo dijo mi desdichada madre la última vez que la vi.

WERLE

¡Tu madre!... Podía habérmelo figurado. Ella y tú hacíais causa común siempre. Ella fué quien desde el principio te apartó de mí.

GREGOR

No; la separación la produjo todo lo que sufrió y toleró aquí hasta que acabó tan míseramente.

WERLE

No tenía nada que sufrir, ni tolerar nada, al menos no más que otras muchas. Pero con gentes enfermas y exaltadas no hay posibilidad de entenderse. De eso tengo experiencia bastante. ¡Y ahora vienes y me arrojas una sospecha semejante..., vienes y hozas en todas las viejas murmuraciones y calumnias contra tu propio padre!... ¿Sabes, Gregor, que a tus años podías ocupar parte de cosas más útiles?

GREGOR

Sí, parece que ya va siendo tiempo de ello.

WERLE

Entonces puede ser que tu temperamento se

hiciese un poco más ligero que lo que ahora parece ser. ¿Adónde vas a parar con pasarte año tras año allá arriba sin aceptar un céntimo sobre tu sueldo, como un empleado cualquiera? Eso es una locura.

GREGOR

Si yo pudiese estar seguro...

WERLE

Ya te entiendo. Quieres ser independiente; no quieres deberme nada. Pues ahora tienes ocasión de hacerte independiente en todos sentidos.

GREGOR

¿De veras? ¿Y de qué modo?

WERLE

Al escribirte que tenías que venir en seguida a la ciudad...

GREGOR

Eso... ¿Qué es lo que querías de mí? Llevo todo el día esperando que me lo digas.

WERLE

Quiero proponerte que ingreses como socio en la casa.

GREGOR

¿Yo en tu casa? ¿Cómo socio?

WERLE

Sí; no por eso necesitamos estar siempre juntos. Tu podías encargarte de los negocios aquí, en la ciudad, y yo me iría a las minas.

GREGOR

¿Eso quieres?

WERLE

Sí, ya no puedo trabajar como antes. Tengo que cuidar mis ojos, Gregor. Empiezo a tener débil la vista.

GREGOR

Débil la has tenido siempre.

WERLE

No tanto como ahora... Y luego, además..., es posible que las circunstancias me aconsejen vivir allá arriba, al menos por algún tiempo.

GREGOR

No lo hubiera soñado nunca.

WERLE

Oye, Gregor: hay muchas cosas que nos separan; pero, al fin y al cabo, somos padre e hijo. Creo que podríamos llegar a entendernos de algún modo.

GREGOR

¿Exteriormente quieres decir?

WERLE

Eso también sería ya algo. Piénsalo, Gregor. ¿No crees que podría hacerse, eh?

GREGOR

(Mirándole fríamente.) Hay algo que te callas.

WERLE

¿Cómo?

GREGOR

De seguro me necesitas para alguna cosa.

WERLE

En una relación tan íntima como la nuestra el uno necesita siempre del otro.

GREGOR

Sí, eso se dice.

WERLE

Quisiera tenerte conmigo algún tiempo, Gregor. Estoy muy solo, Gregor; me he sentido siempre solo, toda mi vida; pero ahora que empiezo a envejecer, más que nunca. Siento la necesidad de tener alguien a mi lado.

GREGOR

Ya tienes a la señora Sörby.

WERLE

Sí que es verdad, y se me ha hecho casi indispensable. Está siempre alegre, anima toda la casa..., y eso es necesario para mí.

GREGOR

Bien; entonces ya tienes todo lo que deseas.

WERLE

Pero temo que no siga así. Una mujer en sus circunstancias fácilmente se encuentra colocada en una posición falsa ante el mundo. Y casi diría que hasta para un hombre es desagradable.

GREGOR

¡Oh!, el que puede dar las comidas que tú das, puede permitirse muchas cosas,

WERLE

Pero, ¿y ella, Gregor? Me temo que no se avenga a continuar así mucho tiempo. Y aunque se aviniese, aunque por afecto a mí arrostrase murmuraciones y calumnias..., ¿no crees, Gregor; tú con tu conciencia estrecha que...?

GREGOR

(Interrumpiéndole.) Contéstame sencillamente a esta pregunta. ¿Piensas casarte con ella?

WERLE

Y si pensase en hacerlo, ¿qué?

GREGOR

Yo digo también, ¿qué?

WERLE

¿Te repugnaría tanto?

GREGOR

No, de ningún modo; en ningún sentido.

WERLE

¿No podía saber si por respetos al recuerdo de tu madre...?

GREGOR

Yo no soy un exaltado.

WERLE

Seas lo que seas, lo cierto es que me has quitado un peso de encima. Me alegra extraordina-

riamente el contar con tu aquiescencia en este asunto.

GREGOR

(*Mirándole sin pestañear.*) ¡Ahora veo para qué quieres utilizarme!

WERLE

¿Utilizarte? ¡Qué palabra!

GREGOR

No seamos tan escrupulosos en la elección de las palabras... por lo menos a solas. (*Ríe un momento.*) ¡Por vida de...! ¿De modo que por eso tenía que venir personalmente a la ciudad? ¡Por la señora Sörby se va a poner aquí en escena una vida de familia! ¡La reconciliación entre padre e hijo! ¡Si que es una cosa nueva!

WERLE

¿Cómo te atreves a usar un tono semejante conmigo?

GREGOR

¿Cuándo hubo aquí vida de familia? No puedo recordar que la haya habido nunca. Pero ahora necesitamos un poco de ella, pues hará un magnífico efecto el que se sepa que el hijo — en alas de la piedad — corrió apresurado a casa para asistir a las bodas del padre. ¿Qué queda de todos los rumores que hablaban de lo que la pobre difunta tuvo que sufrir y tolerar? Ni un ápice. El propio hijo los ha aventado.

WERLE

Gregor, ¿hay en el mundo algún hombre a quien quieras tan mal como a mí?

GREGOR

(En voz baja.) Te he visto demasiado de cerca.

WERLE

Me has mirado con los ojos de tu madre. *(Bajando un poco la voz.)* Pero debías pensar en que esos ojos estaban a veces empañados.

GREGOR

Ya entiendo a lo que te refieres. Pero ¿quién tiene la culpa de la desdichada debilidad de mi madre? ¿Quién sino tú y todas esas...? La última de ellas fué aquella a quien se unió con Hjalmar Ekdal cuando tú ya no... ¡Oh!

WERLE

(Encogiéndose de hombros.) ¡Palabras y nada más que palabras! Como si estuviera oyendo a tu madre.

GREGOR

(Sin atenderle.) Y ahí está él ahora, con su gran alma de niño, en medio de la falsía...; viviendo bajo el mismo techo con una de esas personas, sin saber que lo que llama su hogar está levantado sobre una mentira. *(Acercándose un paso.)* Cuando vuelvo la vista hacia tu vida pasada me parece contemplar un campo de batalla sembrado de vidas de hombre rotas.

WERLE

Casi creo que el abismo que nos separa es demasiado hondo,

GREGOR

(Inclinándose con tranquilidad forzada.) Eso

mismo he notado también, y por eso cojo mi sombrero y me voy.

WERLE

¿Te vas?... ¿De la casa?

GREGOR

Sí, pues ahora comprendo, por fin, que tengo una misión en la vida.

WERLE

¿Qué misión?

GREGOR

Te reirías si te lo dijese.

WERLE

Un hombre solitario no se ríe tan fácilmente, Gregor.

GREGOR

(Señalando hacia el fondo.) Mira, padre, allí juegan tus invitados a la gallina ciega con la señora Sörby... ¡Buenas noches!... ¡Adiós!... *(Sale por el fondo derecha. Se oyen ruidos de voces y risas de la reunión, que se hace visible en el fondo.)*

WERLE

(Murmura sarcásticamente.) ¡Bah! ¡Y dice que no es exaltado!

ACTO SEGUNDO

El estudio de Hjalmar Ekdal. Es bastante espacioso y se nota que es una bohardilla. A la izquierda, un tejado inclinado con grandes ventanas de cristal medio cubiertas por una cortina azul. En el fondo, en la esquina derecha, la puerta de entrada, y al mismo lado, en primer término, otra puerta que da a las habitaciones. En el muro izquierda hay igualmente dos puertas, y entre ambas, una estufa de hierro. En el fondo, una puerta de dos hojas que pueden correrse. El estudio es pobre, pero está amueblado y puesto de un modo agradable. Entre las dos puertas de la derecha, algo alejado del muro, hay un sofá con una mesa y algunas sillas; sobre la mesa, un quinqué con una pantalla; en el rincón de la estufa, una butaca vieja. Aquí y allá están colocados distintos aparatos fotográficos. En el muro del fondo, a la izquierda de la puerta de hojas, un estante con algunos libros, cajas y botellas con sustancias químicas, instrumentos y otros objetos. Sobre la mesa, hay fotografías, pinceles, papel, etc. Gina está sentada en una silla a la mesa y cose. Hedwig está sentada en el sofá, apoyada de codos sobre la mesa y con la mano protegiendo los ojos. Lee un libro.

GINA

(La mira una o dos veces, preocupada, y luego dice.) Hedwig. *(Hedwig no oye. Más alto.)* Hedwig.

HEDWIG

(Separando las manos y levantando la vista.)
¿Qué quieres, mamá?

GINA

Hija mía, no puedes seguir leyendo.

HEDWIG

¡Oh, mamá! ¿No podría leer un poquitín todavía?

GINA

No, no; tienes que dejar el libro. A tu padre no le gusta; tampoco él lee nunca por la noche.

HEDWIG

(Cerrando el libro.) No, a papá no le gusta mucho leer.

GINA

(Deja la costura a un lado y coge un lápiz y un cuaderno de la mesa.) ¿Te acuerdas de cuánto hemos gastado hoy en manteca?

HEDWIG

Una corona y sesenta y cinco öres.

GINA

Eso es. *(Lo anota.)* ¡Es terrible; cuánta manteca se gasta en esta casa! ¡Además, longaniza y queso... *(Anotando),* y luego jamón...! *(Suma.)* ¿Son?...

HEDWIG

Además la cerveza.

GINA

Claro está. *(Anotando.)* Sube mucho, pero tiene que ser así.

HEDWIG

En cambio, nosotras dos, como papá estaba fuera, no hemos necesitado nada caliente al mediodía.

GINA

Sí, eso estuvo bien. Y, además, sobre ocho coronas cincuenta por las fotografías.

HEDWIG

¿De veras? ¿Era tanto?

GINA

Ocho coronas cincuenta, justas. *(Pausa. Gina vuelve a coger su labor. Hedwig coge un lápiz y un papel y empieza a dibujar, tapándose los ojos con la mano izquierda.)*

HEDWIG

¿No es divertido pensar que papá está en una gran comida con el señor Werle?

GINA

No puedes decir que esté con el señor Werle. En realidad, el que le ha convidado es el hijo. *(Rápidamente.)* Con el señor Werle no tenemos nada que ver.

HEDWIG

¡Tengo unas ganas de que venga papá! Me prometió pedirle a la señora Sörby algo bueno para mí.

GINA

Sí, en la casa hay muchas cosas buenas; puedes estar segura.

HEDWIG

(Sigue dibujando.) Además tengo un poco de hambre, la verdad. *(El viejo Ekdal, con unos papeles debajo del brazo y otro paquete en el bolsillo de la chaqueta, entra por la puerta del pasillo.)*

GINA

¡Qué tarde vuelve hoy el abuelo!

EKDAL

Habían cerrado las oficinas. Tuve que esperar con Groberg; por último, pude pasar... ¡Hum!...

HEDWIG

¿Te dieron algo nuevo que copiar, abuelo?

EKDAL

Todo esto; mira.

GINA

Eso está bien.

HEDWIG

Y en el bolsillo tienes otro paquete.

EKDAL

¿Cómo? ¡No digas tonterías! Esto no es nada. Traigo trabajo para mucho tiempo, Gina. (*Descorre un poco la puerta del fondo.*) ¡Chist! (*Mira un momento adentro y vuelve a cerrar con precaución la puerta.*) ¡Oh!, duermen todos en un montón. Y él se ha metido en el cesto. ¡Ajajá!

HEDWIG

¿Estás seguro, abuelo, de que no tendrá frío en el cesto?

EKDAL

¿Cómo puedes pensarlo? (*Se va hacia la última puerta a la izquierda.*) Encontraré cerillas dentro, ¿verdad?

GINA

Las cerillas están sobre la cómoda. (*Ekdal entra en su cuarto.*)

HEDWIG

¡Qué bien que el abuelo tenga algo que escribir!

GINA

¡Pobre abuelo! Así ganará un poco de dinero para el bolsillo.

HEDWIG

Y no se pasará toda la mañana abajo en la antipática taberna de la señora Eriksen.

GINA

Sí, eso también. (*Pausa corta.*)

HEDWIG

¿Estarán todavía a la mesa?

GINA

Dios sabe; pero pudiera ser.

HEDWIG

¡Las cosas buenas que comerá papá! De seguro que estará alegre y contento cuando vuelva. ¿No lo crees tú también, mamá?

GINA

Sí, pero figúrate si pudiéramos decirle que habíamos alquilado la habitación.

HEDWIG

Pero eso no lo necesitamos esta noche.

GINA

¡Huy, huy, qué bien estaría! Pero es inútil pensar en ello.

HEDWIG

No es eso; quiero decir que no es necesario, porque papá estará esta noche de todos modos de buen humor. Lo de la habitación vale más que sea para otra vez.

GINA

(*Mirándola.*) ¿Te gusta contarle algo bueno a papá cuando vuelve a casa por la noche?

HEDWIG

Claro que sí; se pone contento.

GINA

(*Pensativa.*) Si, hay algo de verdad en eso. (*Ekdal vuelve a entrar y va a salir por la puerta primera de la izquierda.*)

GINA

(*Volviéndose a medias en la silla.*) Abuelo, ¿quieres algo de la cocina?

EKDAL

Sí que quería; pero no te muevas. (*Sale.*)

GINA

No se le ocurrirá revolver la lumbre. (*Aguarda un momento.*) Hedwig, ve a ver lo que hace. (*Ekdal entra con un jarro de agua humeante.*)

HEDWIG

¿Llevas agua caliente, abuelo?

EKDAL

Sí, la necesito. Tengo que escribir, y la tinta está muy espesa.

GINA

Pero debías cenar antes, abuelo. La cena está puesta a calentar.

EKDAL

La cena me importa un bledo, Gina. Te digo que tengo mucha prisa; no quiero que entre nadie en mi habitación..., nadie... *(Entra en su habitación. Gina y Hedwig se miran.)*

GINA

(Bajo.) ¿De dónde habrá sacado el dinero para eso?

HEDWIG

Seguramente le daría algo Groberg.

GINA

No, eso no; porque Groberg me envía siempre a mí el dinero.

HEDWIG

Entonces le habrán prestado una botella en alguna parte.

GINA

¡Pobre padre! Ya hace mucho tiempo que nadie le presta nada. *(Hjalmar, con gabán y un sombrero gris de fieltro, entra por la derecha.)*

GINA

(Deja la labor y se levanta.) ¡Cómo, Hjalmar!, ¿ya estás de vuelta?

HEDWIG

(Al mismo tiempo, poniéndose en pie de un salto.)
¿Vienes ya, papá?

HJALMAR

(Quitándose el sombrero.) Sí; la mayor parte se han marchado.

HEDWIG

¿Tan temprano?

HJALMAR

Era una comida, mujer. (Va a quitarse el gabán.)

GINA

Déjame que te ayude.

HEDWIG

A mí también. (Se lo quitan, y Gina lo cuelga en el muro del fondo.) ¿Había mucha gente, papá?

HJALMAR

¡Oh, no; no muchos!; seríamos doce o catorce personas a la mesa.

GINA

¿Y hablarías con todos ellos?

HJALMAR

Un poco sí; pero Gregor me tomó por su cuenta.

GINA

¿Sigue siendo tan feo Gregor?

HJALMAR

¡Psch!, no acaba de tener buen aspecto. ¿Ha vuelto ya el viejo?

HEDWIG

Sí, el abuelo está allá adentro escribiendo.

HJALMAR

¿Dijo algo?

GINA

No. ¿Qué iba a decir?

HJALMAR

¿No habló nada de...? Me parece haber oído que estaba en la oficina con Groberg. Voy a verlo un momento.

GINA

No, no vale la pena.

HJALMAR

¿Por qué no? ¿Ha dicho que no entrara?

GINA

Esta noche no quiere que entre nadie...

HEDWIG

(Haciendo señas.) ¡Hum!... ¡Hum!...

GINA

(Sin notarlo.) Estuvo aquí..., y se llevó agua caliente...

HJALMAR

¿De modo que tiene?...

GINA

Así es.

HJALMAR

¡Oh Dios! ¡Mi pobre viejo padre! Déjale estar y

satisfacerse una vez. (*Ekdal, en traje de casa y con la pipa encendida, sale de su cuarto.*)

EKDAL

¿Ya estás de vuelta? Me parecía haberte oído hablar.

HJALMAR

Acabo de llegar.

EKDAL

¿No me viste, verdad?

HJALMAR

No, pero me dijeron que habías pasado..., y quise seguirte.

EKDAL

¡Hum!... Muy amable, Hjalmar... ¿Qué gentes había?

HJALMAR

¡Oh!, muchos; estaban el gentilhomme Flor, el gentilhomme Balle, el gentilhomme Kaspersen y el gentilhomme que sé yo.

EKDAL

¿Oyes, Gina? Ha estado con todos esos gentilhombres.

GINA

Sí, ahora hay una sociedad muy fina en la casa.

HEDWIG.

¿Cantaron los gentilhombres, o declamaron algo, papá?

HJALMAR

No, no hicieron más que charlar. Querían que yo declamase algo, pero no lo lograron.

EKDAL

¿No quisiste declamar algo?

GINA

Pero hubieras debido hacerlo...

HJALMAR

No, no se debe estar a la disposición del primero que llega. (*Paseando arriba y abajo.*) Al menos, yo no lo hago.

EKDAL

No, no; Hjalmar no se entrega fácilmente.

HJALMAR

No sé por qué voy a entretener a los otros cuando alguna vez salgo. Que los demás se tomen ese trabajo. Esas gentes se pasan la vida de una casa en otra comiendo y bebiendo. Es justo que se muestren agradecidos por lo que comen.

GINA

Pero ¿no dirías eso?

HJALMAR

(*Canturreando.*) ¡Oh!, tuvieron que escuchar muchas cosas.

EKDAL

¿Los gentilhombres también?

HJALMAR

También para ellos hubo algo. (*Con ligereza.*)

Tuvimos una pequeña discusión sobre el vino de Tokay.

EKDAL

¡Oh!, ese es un buen vino, amigo.

HJALMAR

(*Parándose.*) Será bueno. Pero lo que te aseguro es que no todos los años son iguales, y que la cosa depende de la cantidad de sol que las vi- des hayan recibido.

GINA

Pero tú lo sabes todo, Ekdal.

EKDAL

¿Y discutían eso?

HJALMAR

Lo intentaron; pero entonces tuvieron que oír que lo mismo ocurría con los gentilhombres. Alguien dijo que no todos los años eran tan finos.

GINA

Pero ¡qué cosas se te ocurren!

EKDAL

¡Ja, ja! ¿Y tuvieron que tragárselo?

HJALMAR

Se les dijo en su propia cara.

EKDAL

Oye, Gina, se lo dijo en la cara a los gentilhombres.

GINA

¡Figúrate! ¡Decirle a uno en la cara una cosa así!

HJALMAR

Bien; pero no quisiera que se hablase de ello; esas cosas no se cuentan. Naturalmente, todo se deslizó amistosamente; eran gentes simpáticas, de buen humor. ¿Para qué molestarles? No.

EKDAL

Pero así, en la cara.

HEDWIG

(*Aduladora.*) ¡Qué cómico, papá, verte de frac! Tienes un gran aspecto con él.

HJALMAR

¿Verdad que sí? Y éste me sienta admirablemente. Me está como si lo hubieran cortado para mí; acaso un poco estrecho debajo de los brazos... Ayúdame, Hedwig. (*Se quita el frac.*) Prefiero la chaqueta. ¿Dónde tienes la chaqueta, Gina?

GINA

Aquí está. (*Trae la chaqueta y le ayuda.*)

HJALMAR

¡Muy bien! Piensa en enviarle el frac a Molwig mañana por la mañana.

GINA

(*Posándolo.*) Así se hará.

HJALMAR

(*Estirándose.*) ¡Oh!, se siente uno en seguida a

sus anchas. Un traje así, ancho y suelto, es mucho mejor para mí. ¿Verdad, Hedwig?

HEDWIG

Sí, papá.

HJALMAR

Con la corbata flotante... ¡Mira! ¿Eh?

HEDWIG

Sí, está muy bien con el bigote y con tus cabellos crespos...

HJALMAR

Crespos no. Yo diría más bien rizados.

HEDWIG

Sí, porque están muy ondulados.

HJALMAR

Esos son rizos.

HEDWIG

(Tirándole de la chaqueta.) ¡Papá!

HJALMAR

¿Qué pasa?

HEDWIG

¡Oh!, sabes muy bien lo que quiero.

HJALMAR

No, de veras que no.

HEDWIG

(Entre riendo y llorando.) ¡Oh, papá!, no me atormentes más.

HJALMAR

Pero ¿qué quieres?

HEDWIG

No hables más; dámelo pronto, papá. Ya sabes; las cosas buenas que me prometiste...

HJALMAR

¡Es verdad! ¡Que haya podido olvidarlo!

HEDWIG

Quieres burlarte de mí. Eso no está bien. ¿Dónde las tienes? Ya sabes lo que quiero.

HJALMAR

Bien; del todo no me olvidé. Pero espera un poco. Te he traído otra cosa. (*Coge el frac y busca en los bolsillos.*)

HEDWIG

(*Saltando y palmoteando*) ¡Oh, mamá, mamá!

GINA

¿Lo ves? Si no dejas tiempo para...

HJALMAR

(*Sacando un papel.*) Aquí está.

HEDWIG

Pero eso no es más que un pedazo de papel, papá.

HJALMAR

Este es el menú, todo el menú. Mira, aquí está escrito, menú.

HEDWIG

¿No has traído más que eso?

HJALMAR

Lo otro lo he olvidado, hija mía. Pero puedes creërme que hay aquí cosas lindas que comer. Siéntate en la mesa y lee el menú, ya te diré luego a qué saben los platos. Allí, Hedwig.

HEDWIG

(Conteniendo las lágrimas.) ¡Gracias! *(Se sienta, pero sin leer. Gina le hace señas, y Hjalmar lo nota.)*

HJALMAR

Claro. Un padre de familia tiene que ocuparse de las cosas más inauditas, y si se olvida de lo más mínimo, en seguida se le pone mala cara. Bueno, también a eso se acostumbra uno. *(Parándose en la estufa junto al viejo.)* ¿Has visto ya cómo andaban allá adentro esta noche?

EKDAL

Puedes figurártelo. Sé ha metido en el cesto.

HJALMAR

¿De veras? De modo que empieza a acostumbrarse al cesto.

EKDAL

Sí, ya te lo decía yo. Pero hay todavía algunas cosas...

HJALMAR

Sí, sí; algunos arreglos.

EKDAL

Y hay que hacerlos.

HJALMAR

Bien, vamos a tratar un poco de los arreglos. Ven, sentémonos en el sofá.

EKDAL

Sí, sí...; pero tengo que llenar la pipa..., y limpiarla... ¡Hum!... *(Se va a su cuarto.)*

GINA

(Sonriendo, a Hjalmar.) ¡Limpiar la pipa!...

HJALMAR

¡Oh, déjale! ¡Pobre viejo caído!... De modo que los arreglos..., lo mejor será terminarlos mañana.

GINA

Mañana no tendrás tiempo, Hjalmar.

HEDWIG

(Interrumpiendo.) ¡Oh, claro que sí, mamá!

GINA

Piensa en que hay que retocar las copias; ya han mandado muchas veces a pedir las.

HJALMAR

¿Sí? ¿Otra vez las copias? ¡Ya se harán! ¿Han venido encargos nuevos?

GINA

Desgraciadamente, no; para mañana no tengo más que los dos retratos que tú sabes.

HJALMAR

¿Nada más? ¡Claro está, no tomándose el trabajo!...

GINA

Pero ¿qué voy a hacer? Ya anuncio todo lo que puedo.

HJALMAR

¡Los periódicos, los periódicos!... Ya ves para qué sirve eso.... ¿Tampoco habrá venido nadie a ver la habitación?

GINA

No, todavía no.

HJALMAR

¡Era de esperar!... ¡No ocupándose de las cosas!... Hay que tener interés, Gina...

HEDWIG

¿Quieres la flauta, papá?

HJALMAR

No, nada de flauta. No necesito alegría ninguna en este mundo. (*Paseando agitado.*) Mañana me pondré a trabajar de firme; no habrá queja. Trabajaré cuanto mis fuerzas den de sí...

GINA

¡Pero, querido Ekdal, nadie dice...!

HEDWIG

Papá, ¿quieres que traiga una botella de cerveza?

HJALMAR

No, nada; para mí no necesito nada... (*Parándose.*) ¿Cerveza?... ¿Hablabas de cerveza?

HEDWIG

(Vivamente.) Sí, papá; cerveza fresca, rica.

HJALMAR

Bien, si te empeñas, puedes traerme una botella.

GINA

Sí, tráela; así tendremos mejor humor.

HJALMAR

(Junto a la estufa coge a la niña, la mira, toma su cabeza entre las manos y la aprieta contra sí.)
¡Hedwig! ¡Hedwig!

HEDWIG

(Llena de alegría, con lágrimas en los ojos.)
¡Papá mío querido!

HJALMAR

No, no me llames así. He estado sentado a la mesa del rico, ocupándome de mí, comiendo de todos aquellos manjares. ¡Cómo podría yo...!

GINA

(Sentándose en la mesa.) ¡No hables así, Ekdal!

HJALMAR

Pero no debéis tomármelo a mal. Ya sabéis que, a pesar de eso, os quiero mucho.

HEDWIG

(Abrazándole.) Y nosotras a ti tanto, mi buen papá...

HJALMAR

Y si alguna vez fuese un poco violento, pensad que soy un hombre asaltado por un ejército de preocupaciones... ¡No (*Secándose los ojos*), nada de cerveza en un momento como éste!... Dame la flauta. (*Hedwig corre a buscarla y la trae.*) Gracias. Así está bien. Con la flauta en la mano y teniéndooos a mi lado... (*Hedwig se sienta junto a Gina. Hjalmar pasea arriba y abajo, y comienza, con arrebató, a tocar un baile popular bohemio, pero en un tiempo lento y elegiaco y con mucho sentimiento. De pronto cesa de tocar, le da a Gina la mano izquierda y dice conmovido.*) Se vivirá estrecha y pobremente bajo nuestro techo, Gina. Pero es nuestra casa. Y yo digo que aquí se está bien. (*Vuelve a tocar, y al poco tiempo llaman a la puerta del pasillo.*)

GINA

(*Levantándose.*) ¡Silencio, Ekdal! Creo que viene alguien.

HJALMAR

(*Posando la flauta.*) ¡Cómo! ¿Otra vez?...
(*Gina abre la puerta.*)

GREGOR

(*Desde afuera.*) ¡Perdone usted!...

GINA

(*Retrocediendo un poco.*) ¡Ah!...

GREGOR

¿No vive aquí el fotógrafo Ekdal?

GINA

Sí, señor.

HJALMAR

(Yendo hacia la puerta.) ¿Estás ahí, Gregor?
¡Pasa, hombre, pasa!

GREGOR

(Entrando.) Ya te dije que vendría a verte.

HJALMAR

¿Pero esta tarde? ¿Has dejado la reunión?

GREGOR

La reunión y la casa paterna. ¡Buenas tardes, señora Ekdal! No sé si me reconocerá usted.

GINA

¡Oh, sí! El joven señor Werle no es difícil de reconocer.

GREGOR

No; yo me parezco a mi madre, y de ella sí se acordará usted.

HJALMAR

¿Dices que te has marchado de tu casa?

GREGOR

Sí, me he mudado a una fonda.

HJALMAR

¿De veras? Bien; ya que has venido, quítate el abrigo y siéntate.

GREGOR

Gracias. (Se quita el abrigo. Está vestido con un sencillo traje gris, de corte rústico.)

HJALMAR

Aquí, en el sofá. Ponte cómodo. (*Gregor se sienta en el sofá; Hjalmar, en una silla, junto a la mesa.*)

GREGOR

(*Mirando alrededor.*) ¿De modo que vives aquí, Hjalmar?

HJALMAR

Este es el estudio, como ves.

GINA

Es más espacioso, y por eso preferimos estar aquí.

HJALMAR

Antes vivíamos mejor; pero esta casa tiene una gran ventaja, un magnífico desván...

GINA

Y luego tenemos una habitación al otro lado del pasillo, que alquilaríamos con gusto.

GREGOR

(*A Hjalmar.*) ¡Vaya, vaya; hasta alquilas habitaciones!...

HJALMAR

Todavía no; no es tan fácil, ¿sabes? Hay que ocuparse de ello.. Pero ¿dónde está la cerveza, Hedwig?

(*Hedwig va a la cocina.*)

GREGOR

Es tu hija, ¿verdad?

HJALMAR

Sí, Hedwig.

GREGOR

¿La única?

HJALMAR

Sí, la única. Nuestra mayor alegría en el mundo, y... (*Bajando la voz*) también nuestra mayor preocupación.

GREGOR

¿Por qué dices eso?

HJALMAR

Porque está en peligro de perder la vista.

GREGOR

¡Ciega!

HJALMAR

Hasta ahora sólo se han observado los primeros síntomas, y puede tardar mucho todavía. Pero el médico nos lo ha advertido. Viene sin remedio.

GREGOR

¡Es una desgracia espantosa! ¿De dónde puede venirle?

HJALMAR

(*Suspirando.*) Probablemente es hereditario.

GREGOR

(*Sorprendido.*) ¿Hereditario?

GINA

La madre de Ekdal tenía también la vista débil.

HJALMAR

Sí, mi padre lo dice; yo no puedo acordarme de ello.

GREGOR

¡Pobre niña! ¿Y cómo conlleva ella la desgracia?

HJALMAR

¡Oh!, ya puedes figurarte que no hemos tenido valor para decírselo. No adivina el peligro, y alegre y descuidada como un pajarillo, vuela a la noche eterna de la vida. *(Abrumado.)* ¡Oh, es un peso tan terrible para mí, Gregor! *(Hedwig trae una bandeja con cerveza y copas que pone sobre la mesa. Acariciándola el cabello.)* Gracias, gracias, Hedwig. *(Hedwig se abraza a su cuello y le murmura algo al oído.)* No, nada de comer. ¿Quieres algo acaso, Gregor?

GREGOR

(Con un gesto de denegación.) No, no; gracias.

HJALMAR

(Siempre en tono melancólico.) Bueno, puedes traer cualquier cosa. Puedes traer algunas tajadas de pan con manteca. *(Se inclina regocijada y va a la cocina.)*

GREGOR

(Que la ha seguido con los ojos.) Tiene un aspecto fresco y sano.

GINA

Sí, a Dios gracias; en lo demás está bien.

GREGOR

Con el tiempo se ha de parecer a usted, señora Ekdal. ¿Qué edad tiene?

GINA

Hedwig tiene catorce años justos; pasado mañana es su cumpleaños.

GREGOR

Está bastante crecida para su edad.

GINA

Sí, en los últimos años se ha desarrollado mucho.

GREGOR

En los que crecen es donde se ve mejor cómo uno envejece. ¿Cuántos años hace que están ustedes casados?

GINA

Hace que nos casamos... sí, quince años.

GREGOR

¿Tanto tiempo?

GINA

(Le mira con atención.) Sí, tanto tiempo.

HJALMAR

Así es. Dentro de unos meses, quince años. *(Calculando.)* Para ti, allá arriba, habrán sido muy largos.

GREGOR

Mientras pasaban eran largos. Ahora apenas si sé adónde se ha ido el tiempo.

EKDAL

(Sale de su habitación sin pipa y con su antigua gorra de uniforme en la cabeza; su paso es algo inseguro.) Bien, Hjalmar; ahora podemos sentarnos y hablar de eso...; ¡hum! ¿Quién es ése?

HJALMAR

(Yendo a su encuentro.) Aquí tienes a... Gregor Werle. ¿Te acuerdas de él?

EKDAL

(Viendo a Gregor que se ha levantado.) ¿Werle? ¿El hijo? ¿Qué quiere de mí?

HJALMAR

Nada, viene a verme a mí.

EKDAL

¿De modo que no ocurre nada de particular?

HJALMAR

No, claro que no.

EKDAL

(Levantando un brazo.) No es eso, ¿sabes? ¡No tengo miedo, pero...!

GREGOR

(Yendo hacia él.) Quería saludarle en nombre de sus antiguos cazadores, señor Ekdal.

EKDAL

¿Los cazadores?

GREGOR

Sí, allá arriba en los alrededores de las minas.

EKDAL

¡Allá arriba! Aquellos sitios los conocía yo bien antes, en efecto.

GREGOR

Era usted un gran cazador.

EKDAL

Sí que lo era. Es posible que lo haya sido. ¿Mira usted a la gorra? No necesito permiso de nadie para ponérmela en casa. Con tal de que no salga con ella a la calle... *(Hedwig trae un plato de rebanadas de pan con manteca, que coloca sobre la mesa.)*

HJALMAR

Siéntate, papá, y bebe un vaso de cerveza. Haz el favor, Gregor. *(Ekdal se va murmurando y andando a trompicones hacia el sofá. Gregor se sienta en una silla a su lado y Hjalmar al otro lado de Gregor. Gina está sentada cosiendo al otro lado de la mesa; Hedwig está de pie junto a su padre.)*

GREGOR

¿Se acuerda usted, señor Ekdal, de cuando Hjalmar y yo íbamos allá arriba a visitarle en el verano y por Navidad?

EKDAL

¿Era usted? No, no; de eso ya no sé nada. Pero puedo decir que he sido un cazador terrible; hasta osos he matado nueve.

GREGOR

(Le mira con simpatía.) ¿Y ahora ya no caza usted nunca?

EKDAL

No puede decirse eso amiguito. Cazo a veces. Bueno, sabe usted, no como se caza en el bosque..., el bosque..., el bosque... (*Bebe.*) ¿Está muy hermoso el bosque allá arriba?

GREGOR

No tanto como en los tiempos de usted. Han cortado mucho.

EKDAL

¿Cortar? (*En voz baja y con miedo.*) Eso es peligroso. Tiene malas consecuencias. En el bosque vive la venganza.

HJALMAR

(*Llenándole el vaso.*) Bebe otro poco, padre.

GREGOR

¿Cómo puede un hombre como usted..., un hombre de aire libre, vivir en esta ciénaga de la ciudad, encerrado entre cuatro paredes?

EKDAL

(*Sonriendo y mirando de soslayo a Hjalmar.*) ¡Oh, aquí no se pasa tan mal, no!

GREGOR

¿Pero y todas las cosas en medio de las que usted se ha formado? El aire fresco, la vida libre en el bosque y en la montaña, con la caza y los pájaros?...

EKDAL

(*Sonriendo.*) Hjalmar, ¿se lo enseñamos?

HJALMAR

(Rápidamente y un poco confuso.) No, padre, no; esta noche no.

GREGOR

¿Qué quiere enseñarme?

HJALMAR

Es sólo... Otra vez podrás verlo.

GREGOR

(Continúa dirigiéndose al viejo.) Yo creo, señor Ekdal, que debía usted venirse conmigo allá arriba, pues yo volveré pronto. Algo que escribir hay también allí. Aquí no tiene usted nada que pueda refrescarle y alegrarle.

EKDAL

(Mirándole asombrado.) ¿Qué no tengo nada que...?

GREGOR

Sí, tiene usted a Hjalmar; pero Hjalmar tiene a los suyos. Y un hombre como usted, a quien atrae todo lo libre y silvestre...

EKDAL

(Dando una palmada en la mesa.) Ahora tiene que verlo, Hjalmar.

HJALMAR

Pero, padre, ¿vale la pena ahora? ¡Si está obscuro!

EKDAL

¡Tonterías!... Hay luna. *(Se levanta.)* ¡Tiene que verlo, te digo! Ven y ayúdame, Hjalmar.

HEDWIG

¡Oh, hazlo, papá!

HJALMAR

(Levantándose.) ¡Sí, sí; por mí!...

GINA

No vaya usted a creer que es algo de particular.

(Ekdal y Hjalmar corren cada uno una mitad de la puerta; Hedwig ayuda al viejo; Gregor está en pie al lado del sofá, y Gina sigue cosiendo tranquilamente. Por la abertura de la puerta se ve un gran desván, largo e irregular, con un par de chimeneas. Por algunos tragaluces brilla sobre algunos puntos la clara luz de la Luna; otros están envueltos en densas sombras.)

EKDAL

(A Gregor.) Tiene usted que acercarse mucho.

GREGOR

(Yendo hacia él.) Pero ¿de qué se trata?

EKDAL

Puede usted verlo.

HJALMAR

(Algo confuso.) Eso son cosas de mi padre, ¿sabes?

GREGOR

(En la puerta, mirando al desván.) Pero, ¿tiene usted gallinas, señor Ekdal?

EKDAL

¡Claro que tenemos gallinas! Ahora duermen

en lo alto; pero quisiera que las viese usted a la luz del día.

HEDWIG

Y, además, hay...

EKDAL

¡Chist! ¡Chist! ¡No lo digas todavía!

GREGOR

¿Y palomas también tiene usted?

EKDAL

¡Oh, sí! Es posible que tengamos palomas. Tienen sus nidos en el tejado, pues las palomas prefieren vivir en lo alto.

GREGOR

Pero no son todas palomas comunes.

EKDAL

¡Naturalmente que no son comunes! Tenemos mensajeras y un par de varias clases. ¡Pero venga usted acá! ¿Ve usted allá, en la pared, aquel cajón de madera?

GREGOR

Sí. ¿Para qué lo destina usted?

EKDAL

¡Allí están por la noche los conejos, amiguito!

GREGOR

¿También tiene usted conejos?

EKDAL

¡Claro que sí, qué demonio! ¡Ya podía usted

figurarse que teníamos conejos! ¿Oyes, Hjalmar? ¡Pregunta si tenemos conejos!... ¡Pero ahora viene lo bueno; verá usted, ahora viene! ¡Quítate, Hedwig! Póngase usted aquí. ¡Así, eso es! Y mire usted allí... ¿No ve usted un cesto lleno de paja?

GREGOR

Sí, y veo que dentro de él hay un pájaro.

EKDAL

¡Hum!... ¡Un pájaro!...

GREGOR

¿No es un pato?

EKDAL

(*Ofendido.*) ¡Naturalmente que es un pato!

HJALMAR

Pero ¿qué clase de pato crees tú que es?

HEDWIG

No es ningún pato corriente.

EKDAL

¡Chist!

GREGOR

Un pato turco tampoco lo es.

EKDAL

No, señor... Werle; no es un pato turco, sino un pato silvestre.

GREGOR

¡Cómo! ¿Es realmente un pato silvestre?

EKDAL

Sí que lo es. «¡El pájaro», como usted lo llama, es el pato silvestre, nuestro pato silvestre, amigo!

HEDWIG

¡Mi pato silvestre, porque es mío!

GREGOR

¿Y puede vivir aquí, en el desván? ¿Y desarrollarse?

EKDAL

Ya puede usted figurarse que tiene una tina con agua, en la que puede zambullirse.

HJALMAR

Agua fresca cada dos días.

GINA

(*Dirigiéndose a Hjalmar.*) ¡Pero, querido Ekdal, aquí hace mucho frío!...

EKDAL

¡Hum!... Entonces vamos a cerrar. No vale la pena de interrumpirle el sueño. Coge aquí, Hedwig. (*Hjalmar y Hedwig corren las hojas de la puerta.*) Otra vez podrá usted verlo con más atención. (*Sentándose en la butaca de al lado de la estufa.*) ¡Oh, los patos silvestres son unos bichos curiosos; puede usted creerlo!

GREGOR

Pero, ¿cómo lo atrapó usted?

EKDAL

No lo he cogido yo, sino que lo debo a una cierta persona de esta ciudad.

GREGOR

(Un poco vacilante.) ¿No será mi padre esa persona?

EKDAL

Sí, precisamente su padre de usted... ¡Hum!...

HJALMAR

¡Es curioso que lo hayas adivinado, Gregor!

GREGOR

Antes contaste que se lo debías todo a mi padre, y por eso...

GINA

Pero el pato no nos lo dió el señor Werle mismo.

EKDAL

Sin embargo, el pato tenemos que agradecer-selo a Hagen Werle. *(A Gregor.)* Salió en bote y le tiró, ¿sabe usted? Pero su padre ve muy mal ahora, y no lo mató.

GREGOR

No le metería más que un par de perdigones en el cuerpo.

HJALMAR

Sí, dos o tres.

HEDWIG

Le dió en las alas, y por eso no pudo volar.

GREGOR

Entonces se calaría a fondo.

EKDAL

(*Adormecido, con la lengua trabada.*) Los conozco. Siempre hacen lo mismo los patos silvestres: se sumergen en el fondo todo lo que pueden, amiguito; se agarran a todo lo que pueden, algas y todo lo que encuentran allá abajo, y ya no vuelven a subir a la superficie.

GREGOR

Pero, señor Ekdal, su pato volvió a subir.

EKDAL

Su padre tiene un perro indomable... Este perro se sumergió detrás del pato, y lo sacó.

GREGOR

(*A Hjalmar.*) ¿Y así vino a parar a vosotros?

HJALMAR

No inmediatamente. Primero se lo llevó tu padre a casa; pero allí no prosperaba, y Pettersen recibió la orden de matarlo.

EKDAL

(*Medio dormido.*) ¡Hum!... ¡Pettersen..., el majadero!...

HJALMAR

(*Más bajo.*) Así ocurrió que vino a nosotros. Papá conoce a Pettersen, y al oír la historia del pato, pidió que se lo dejara.

GREGOR

¿Y allá adentro en el desván marcha bien?

HJALMAR

Increíblemente bien; ha engordado. ¡Bueno, lleva tanto tiempo aquí, que ya ha olvidado la vida libre, y esa es la cosa!

GREGOR]

En eso tienes razón, sin duda, Hjalmar. No le dejes que vuelva a ver mar y cielo... Pero voy a marcharme porque me parece que tu padre duerme.

HJALMAR

¡Oh!, por eso...

GREGOR

Pero oye. Decías que tenías una habitación para alquilar... que estaba libre.

HJALMAR

Sí. Pero ¿por qué lo preguntas? ¿Sabes acaso de alguien?

GREGOR

¿Podría yo tomar la habitación?

HJALMAR

¿Tú?

GINA

Pero, usted, señor Werle...

HJALMAR

Con el mayor placer.

GINA

Pero, señor Werle, ¡esa no es una habitación para usted!

HJALMAR

¿Cómo puedes decir eso, Gina?

GINA

Porque la habitación no es bastante grande ni bastante clara, y porque...

GREGOR

¡Oh!, eso no importa gran cosa.

HJALMAR

Yo creo que es una habitación muy agradable, y que de ningún modo está mal amueblada.

GINA

Pero, piensa en los dos que viven debajo.

GREGOR

¿Qué dos?

GINA

¡Oh!, uno que ha sido profesor particular...

HJALMAR

Se llama Molvig.

GINA

Y un doctor Relling.

GREGOR

¿Relling? A ese le conozco un poco. Estuvo algún tiempo practicando arriba en las minas.

GINA

Son un par de calaveras. Muchas veces vuelven tarde por la noche, y no siempre están...

GREGOR

A eso se acostumbra uno pronto. Espero que me ocurrirá lo que al pato.

GINA

No sé; creo que debería usted pensarlo esta noche.

GREGOR

¿No quiere usted tenerme en su casa, señora Ekdal?

GINA

¡Dios me libre! ¿Cómo puede usted pensar...?

HJALMAR

Realmente es muy extraño de tu parte, Gina. (A Gregor.) Pero dime, ¿es que piensas quedarte por de pronto aquí en la ciudad?

GREGOR

(Poniéndose el abrigo.) Sí, pienso quedarme aquí.

HJALMAR

Pero ¿no en casa de tu padre? ¿Qué es lo que quieres hacer entonces?

GREGOR

¡Oh, si yo mismo lo supiera! Entonces no estaría mal. Pero cuando se tiene la desgracia de

llamarse Gregor... Gregor..., y además Werle; ¿has oído alguna vez un nombre tan feo?

HJALMAR

No me parece tan mal.

GREGOR

¡Uf! Me gustaría escupir a quien se llamase así. Pero ya que uno tiene la desdicha de ser Gregor... Werle, aquí en la tierra, como yo lo soy...

HJALMAR

(Riendo.) Si no fueses Gregor Werle, ¿qué quisieras ser?

GREGOR

Si pudiese elegir, preferiría ser un perro muy listo.

GINA

¿Un perro?

HEDWIG

(Involuntariamente.) ¡Oh, no!

GREGOR

Sí, un perro extraordinariamente listo; un perro que bajara detrás de los patos silvestres cuando se sumergen y se agarran a las algas del fondo.

HJALMAR

Te confieso, Gregor, que no entiendo una palabra de eso.

GREGOR

Tampoco vale mucho la pena. De modo que hasta mañana por la mañana, que vendré a vivir

con vosotros. (*A Gina.*) No le daré incomodidad ninguna, lo hago todo yo mismo. (*A Hjalmar.*) De lo demás ya trataremos mañana. Buenas noches, señora Ekdal. (*A Hedwig.*) Buenas noches.

GINA

¡Buenas noches, señor Werle!

HEDWIG

Buenas noches.

HJALMAR

(*Que ha encendido una luz.*) Aguarda, voy a alumbrarte, porque la escalera estará de seguro oscura. (*El y Gregor salen por la puerta del pasillo.*)

GINA

(*Pensativa.*) ¡Qué ocurrencia la de querer ser un perro!

HEDWIG

Yo creo que quería decir otra cosa.

GINA

¿Qué podría ser?

HEDWIG

No lo sé; pero era cómo si pensase otra cosa distinta de la que decía... todo el tiempo.

GINA

¿Crees? Sí, era extraño.

HJALMAR

(*De vuelta.*) El quinqué arde todavía. (*Lo apaga y lo posa.*) Por fin puede uno comer algo. (*Em-*

pieza a comer rebanadas de pan.) Ya ves, Gina, cuando uno se toma el trabajo...

GINA

¿Cómo trabajo?

HJALMAR

Es una suerte que al fin hayamos alquilado la habitación. Y luego, a un hombre como Gregor, a un amigo antiguo tan bueno.

GINA

Está bien, y, sin embargo, no sé qué pensar de ello.

HEDWIG

¡Oh, mamá!, ya verás cómo todo se arregla bien.

HJALMAR

Eres extraña, Gina; primero estabas tan entusiasmada con la idea de alquilar la habitación, y ahora no quieres.

GINA

Sí, Ekdal, si hubiese sido otro... Pero ¿qué va a decir el padre?

HJALMAR

¿El viejo Werle? No le importa nada.

GINA

Pero ya puedes figurarte que algo ha ocurrido entre ellos, puesto que el hijo se va de la casa. Ya sabes cómo están el uno con el otro.

HJALMAR

Es posible, pero...

GINA

Y ahora es posible que el viejo crea que tú has intervenido...

HJALMAR

¡Puede creer lo que quiera! Werle ha hecho mucho por mí, eso lo reconozco. Pero por eso no voy a depender de él eternamente.

GINA

Pero, querido Ekdal, podría ocurrir que tuviese que pagarlo el abuelo; podría perder lo poco que gana con Groberg.

HJALMAR

Casi estoy por decir... ¡Ojalá sea así! ¿No es bastante humillante para mí ver a su padre mendigando trabajo? Pero pronto llegará mi hora. *(Coge otra rebanada de pan.)* Yo cumpliré la misión que me he impuesto.

HEDWIG

¡Oh, sí, papá, hazlo!

GINA

¡Silencio, no le despiertes!

HJALMAR

(Bajando la voz.) La cumpliré digo. Llegaré el día en que..., y por eso está bien que se haya alquilado la habitación; así me pongo en una situación independiente. Y un hombre que tiene una misión que cumplir, necesita ser independiente. *(Hacia la butaca, conmovido.)* Mi pobre anciano padre, apóyate en tu Hjalmar; él tiene anchos

hombros, o fuertes al menos...; un día despertarás y... (*Á Gina.*) ¿Es qué acaso no lo crees?

GINA

(*Levantándose.*) Claro que sí; pero ¡primero déjanos meterlo en la cama!

HJALMAR

¡Adelante! (*Cogen al viejo con cuidado.*)

ACTO TERCERO

En el estudio de Hjalmar Ekdal. Es por la mañana; la luz del día entra por la gran ventana del techo inclinado; la cortina está corrida. Hjalmar está sentado a la mesa, ocupado en retocar una fotografía. Al poco tiempo entra Gina, con el abrigo y el sombrero puestos, por la puerta del pasillo, con una cesta debajo del brazo.

HJALMAR

¿Ya estás de vuelta, Gina?

GINA

¡Oh, sí, hay que andar a escape! *(Posa la cesta sobre una silla y se quita el abrigo y el sombrero.)*

HJALMAR

¿Has visto lo que hace Gregor?

GINA

Sí, entré a verlo. Está muy bien; lo ha puesto todo muy limpio, hasta donde ha podido.

HJALMAR

¿Cómo?

GINA

Decía que quería hacérselo todo. Quiso encender la estufa, y echó la tapa de modo que toda

la habitación se llenó de humo; un olor como para...

HJALMAR

¡No es posible!

GINA

¡Pero ahora viene lo mejor! Entonces se le ocurrió apagar la lumbre, y va y vierte en la estufa todo el agua de lavarse, de modo que la habitación parece un establo.

HJALMAR

¡Pero eso es atroz!

GINA

He mandado a la portera que subiese para limpiar la pocilga, pero hasta esta tarde no estará aquello habitable.

HJALMAR

¿Dónde se ha ido entretanto?

GINA

Me dijo que iba a dar una vuelta.

HJALMAR

Yo estuve también un momento en su habitación..., después de salir tú...

GINA

Ya lo vi. ¿Le has convidado a desayunarse?

HJALMAR

Nada más que un desayuno modesto, ¿sabes? Es el primer día; no podemos hacer otra cosa. Tú tienes siempre algo en casa.

GINA

Tendré que encontrar algo.

HJALMAR

Pero que no sea demasiado escaso, porque creo que Relling y Molvig subirán también. Encontré a Relling en la escalera, ¿sabes?, y tuve que...

GINA

¿De modo que esos dos también?

HJALMAR

¡Señor, un par más o menos poco importa!

EKDAL

(Abre la puerta de su habitación y mira adentro.) Oye, Hjalmar... *(Viendo a Gina.)* ¡Ah!...

GINA

¿Quieres algo, abuelo?

EKDAL

¡No, no! Está bien. *(Desaparece.)*

GINA

(Coge la cesta.) Ten cuidado de que no salga.

HJALMAR

No tengas miedo... Oye, Gina, un poco de ensalada de arenques estaría bien; Relling y Molvig la han corrido esta noche...

GINA

Si me dejan tiempo...

HJALMAR

Sí, sí, tienes tiempo bastante

GINA

Bien; entretanto, tú puedes trabajar algo todavía.

HJALMAR

Ya estoy sentado trabajando. Ya trabajo todo cuanto puedo.

GINA

Porque así quedas libre de eso. *(Se va con la cesta a la cocina.)*

(Hjalmar se sienta y da unas pinceladas en la fotografía; trabaja con pereza y de mala gana.)

EKDAL

(Asoma la cabeza, mira por el estudio y dice en voz baja.) ¿Tienes que hacer?

HJALMAR

Sí, aquí estoy trabajando en estos retratos.

EKDAL

¡No, Dios me libre, si tienes prisa...! ¡Hum!... *(Se vuelve a su habitación. La puerta queda abierta.)*

HJALMAR

(Continúa un rato trabajando tranquilamente; luego tira el pincel y va hacia la puerta.) ¿Tienes que hacer, padre?

EKDAL

(*Murmura dentro.*) ¡Si tú tienes que hacer, yo también!... ¡Hum!...

HJALMAR

¡Sí, sí, tengo que hacer! (*Vuelve a ponerse a trabajar.*)

EKDAL

(*Vuelve en seguida a la puerta.*) ¡Hum!..., ¿sabes, Hjalmar?..., tanta prisa no la tengo.

HJALMAR

Creí que estabas escribiendo.

EKDAL

¡Qué demonios!... ¿No puede esperarse Groberg uno o dos días? No creo que sea cuestión de vida o muerte.

HJALMAR

No, y tú no eres ningún esclavo.

EKDAL

¡Y luego lo de allá adentro...!

HJALMAR

Es verdad. ¿Quieres entrar acaso? ¿Te abro?

EKDAL

No estaría mal.

HJALMAR

Así quedaría terminado.

EKDAL

Claro. Tiene que estar para mañana por la mañana. ¿No es mañana el cumpleaños?

HJALMAR

Sí, mañana es.

(Corren cada uno una hoja de la puerta. El sol de la mañana entra adentro; algunas palomas vuelan aquí y allá, otras se arrullan en los travesaños; las gallinas cloquean, refugiadas en el fondo.)

HJALMAR

Entra entonces, papá.

EKDAL

(Entrando.) ¿No vienes tú?

HJALMAR

Sí, ¿sabes?; casi creo... *(Ve a Gina en la puerta de la cocina.)* ¿Yo? No, no tengo tiempo; tengo que trabajar... Pongamos esto en orden. *(Tira de un cordel, y baja una cortina, cuya parte inferior es una tira de lienzo, y el resto un trozo de red de pescar; con eso no se ve el suelo del desván.)*

HJALMAR

(Yendo hacia la mesa.) Bien, ahora podré estar un momento tranquilo.

GINA

¿Ha entrado allá adentro a hacer arreglos?

HJALMAR

¿Sería mejor que bajase a casa de la señora Eriksen? *(Sentándose.)* ¿Quieres algo? Decías...

GINA

Quería preguntarte si podemos poner aquí la mesa para el desayuno.

HJALMAR

Sí. Tan temprano no vendrá nadie.

GINA

No, no espero más que a los novios, que quieren hacerse un retrato juntos.

HJALMAR

¡Vaya con los novios! ¿No podrían retratarse otro día?

GINA

No, querido Ekdal; les he dicho que vinieran esta tarde, a la hora en que tú duermes.

HJALMAR

Entonces está bien. Comeremos aquí.

GINA

Pero no hay prisa de poner la mesa; puedes continuar un rato todavía.

HJALMAR

Me parece que estoy aquí y que trabajo todo lo posible.

GINA

Luego estás libre, en cambio. *(Se vuelve a la cocina. Pausa corta.)*

EKDAL

(En la puerta del desván, por detrás de la red.)
¡Hjalmar!

HJALMAR

¿Qué quieres?

EKDAL

Temo que haya que poner más allá la tina del agua.

HJALMAR

Eso lo he dicho yo desde el principio.

EKDAL

¡Hum!..., ¡hum!..., ¡hum!... *(Se aparta de la puerta. Hjalmar trabaja un poco, mira de soslayo al desván y se incorpora a medias. Hedwig entra de la cocina.)*

HJALMAR

(Volviendo a sentarse apresuradamente.) ¿Qué buscas aquí?

HEDWIG

Quería verte, papá.

HJALMAR

Vienes a ver lo que pasa aquí. ¿Quieres acaso vigilarme?

HEDWIG

¡Oh, no, de ningún modo!

HJALMAR

¿Qué hace tu madre?

HEDWIG

Mamá está arreglando la ensalada de arenques.

(Yendo hacia la mesa.) ¿No podría ayudarte un poco, papá?

HJALMAR

No. Es mejor que lo haga yo todo solo..., mientras mis fuerzas alcancen... No tengas cuidado, Hedwig, con tal de que tu padre conserve la salud.

HEDWIG

No hables así, papá. (Da unas vueltas por el estudio, se para en la puerta del desván y mira hacia adentro.)

HJALMAR

¿Qué está haciendo ahora?

HEDWIG

Debe ser un nuevo camino para la tina.

HJALMAR

Solo no acabará nunca, y yo tengo que trabajar aquí.

HEDWIG

Déjame el pincel, papá; yo puedo hacerlo.

HJALMAR

No, no; te estropearás los ojos.

HEDWIG

No lo creas. Dame el pincel.

HJALMAR

(Levantándose.) No durará más que uno o dos minutos.

HEDWIG

Entonces eso no puede hacerme daño. (Cogien-

do el pincel.) Mira, así. Y aquí tengo uno que me puede servir de modelo.

HJALMAR

¡Pero que no te haga daño a la vista! Yo no puedo hacerme responsable de eso; tienes que tomar sobre tí la responsabilidad...

HEDWIG

(Retocando.) Sí, anda; yo la tomo.

HJALMAR

Eres muy lista, Hedwig. Nada más que unos minutos, ¿sabes? *(Se introduce por la cortina en el desván. Hedwig trabaja. Se oye a Hjalmar y a Ekdal hablar dentro.)*

HJALMAR

(Detrás de la red.) Hedwig, hazme el favor, dame las tenazas que están sobre el estante y el martillo. *(Volviéndose hacia adentro.)* Y ahora vas a ver, papá. Déjame que primero te explique lo que quiero hacer. *(Hedwig ha cogido los dos instrumentos del armario y se los da.)* Muy bien, gracias. Está bien que haya venido. *(Se separa de la puerta y se les oye martillear y hablar dentro. Hedwig queda en la puerta y les mira. Al poco tiempo llaman a la puerta del pasillo, pero no oye.)*

GREGOR

(Descubierto y sin abrigo entra y se para en la puerta.) ¡Ejem!

HEDWIG

(Volviéndose y yendo a su encuentro.) Buenos días. Tenga usted la bondad de pasar.

GREGOR

Gracias. (*Mirando hacia el desván.*) Parece que tienen ustedes trabajadores.

HEDWIG

No; son papá y el abuelo. Voy a decirles que está usted aquí.

GREGOR

No, no; no les diga usted nada; prefiero esperar un poco. (*Se sienta en el sofá.*)

HEDWIG

Esto está muy desordenado. (*Quiere quitar las fotografías.*)

GREGOR

¡Oh!, deje usted. ¿Son retratos que hay que terminar?

HEDWIG

Sí, una cosa en que tenía que ayudar a papá.

GREGOR

Por mí no deje usted de trabajar.

HEDWIG

¡Oh, no! (*Coloca las cosas en su sitio y se sienta a trabajar; entretanto Gregor la contempla en silencio.*)

GREGOR

¿Ha dormido bien esta noche el pato?

HEDWIG

Gracias. Supongo que sí.

GREGOR

(*Vuelto hacia el desván.*) A la luz del día tiene otro aspecto que anoche a la claridad de la Luna.

HEDWIG

Sí, cambia mucho. Por la mañana es muy distinto de por la tarde, y cuando llueve, muy distinto de cuando hace buen tiempo.

GREGOR

¿Se ha fijado usted en eso?

HEDWIG

Pero eso se ve sin fijarse.

GREGOR

¿Le gusta a usted estar allá adentro con el pato?

HEDWIG

Sí; cuando puedo...

GREGOR

Pero no tendrá mucho tiempo. Usted irá de seguro al colegio.

HEDWIG

Ahora ya no; papá tiene miedo que me haga daño a la vista.

GREGOR

¿Entonces la enseñará a usted él mismo?

HEDWIG

Me lo prometió, pero hasta ahora no ha encontrado tiempo para hacerlo.

GREGOR

¿No podría ayudarla a usted algún otro?

HEDWIG

Sí, Molvig; pero ése no está siempre..., bien..., vamos...

GREGOR

¿Está borracho con frecuencia?

HEDWIG

Desgraciadamente, sí.

GREGOR

Entonces tiene usted tiempo para todo. Y allá adentro aquello será un mundo para usted, ¿verdad?

HEDWIG

Un mundo especial, sí. Y hay cosas muy curiosas allá adentro.

GREGOR

¿De veras?

HEDWIG

Hay grandes armarios con libros, y en esos libros, estampas.

GREGOR

¡Ajá!

HEDWIG

Y un gran armario con cajoncitos y tapas y un gran reloj con figuras que pueden salir afuera. Pero el reloj no anda.

GREGOR

¿De modo que el tiempo se ha pasado allá adentro en el reino del pato silvestre?

HEDWIG

Sí. Y luego hay más armarios y cosas semejantes; pero lo mejor son los libros.

GREGOR

¿Y en los libros leerá usted?

HEDWIG

¡Oh!, si puedo, sí; sólo que la mayor parte están en inglés y no los entiendo. Pero miro los grabados...; sobre todo, hay un libro grande, que se llama *Harrison's History of London*, que tendrá lo menos cien años de fecha, y en ése hay muchísimos grabados. El primero es la muerte con un reloj de arena y una muchacha, y ése me parece feo; pero luego vienen iglesias, palacios, calles y grandes barcos que navegan por el mar.

GREGOR

Pero ¿de dónde han sacado todas esas cosas tan extrañas?

HEDWIG

En otro tiempo vivió aquí un viejo capitán de barco, que es quien las ha traído. La gente lo llamaba «el holandés errante»; y eso es bastante cómico, porque el capitán no era holandés.

GREGOR

¿No?

HEDWIG

No. Últimamente desapareció y todo ha quedado como en su tiempo.

GREGOR

Pero diga usted, ¿cuándo mira allá adentro

esos grabados, no siente usted deseos de irse a conocer todo ese mundo inmenso?

HEDWIG

¡Oh, no! Yo quiero quedarme siempre en casa ayudando a papá y a mamá.

GREGOR

A hacer fotografías, ¿verdad?

HEDWIG

No sólo eso. Lo que más me gustaría sería hacer grabados como los de los libros ingleses.

GREGOR

¿Y qué dice de eso su padre?

HEDWIG

No creo que lo desee. ¡En estas cosas es tan particular! ¡Figúrese usted que habla de que debo aprender a tejer cestos! ¿Verdad que esto no puede ser?

GREGOR

A mí también me parece que no.

HEDWIG

Pero en una cosa tiene razón papá: si hubiese aprendido a tejer cestos habría podido hacer el nuevo cesto para el pato.

GREGOR

Es verdad, y usted era la más interesada en ello.

HEDWIG

Claro, el pato es mío.

GREGOR

Eso es.

HEDWIG

Sí, sí que me pertenece. Pero papá y el abuelo pueden cogerlo siempre que quieran.

GREGOR

¿Sí? ¿Para qué lo quieren?

HEDWIG

Se entretienen con él y le hacen cosas.

GREGOR

Claro está; el pato silvestre es lo más importante que hay ahí adentro.

HEDWIG

Naturalmente, porque es un verdadero pájaro silvestre. Y, sin embargo, es digno de compasión; no tiene nadie a quien juntarse el pobre.

GREGOR

No tiene familia, como los conejos...

HEDWIG

O como las gallinas, que también estaban juntas de pequeñitas. Pero él está separado de todos los suyos..., y luego es todo tan misterioso en el pato. Nadie le conoce; nadie sabe de dónde viene...

GREGOR

Y ha estado en lo profundo del mar.

HEDWIG

(Le mira rápidamente, y contiene una sonrisa.)
¿Por qué dice usted en lo profundo del mar?

GREGOR

¿Qué quería usted que dijera?

HEDWIG

Podía usted haber dicho en el fondo del mar
o en las profundidades del mar.

GREGOR

¿No es lo mismo en lo profundo del mar?

HEDWIG

Sí; pero me suena tan extrañamente cuando
otros dicen en lo profundo del mar.

GREGOR

¿Por qué? Dígame usted por qué.

HEDWIG

No, no quisiera decirlo; es una tontería.

GREGOR

¡Oh, de seguro que no! Dígame usted por qué
se sonreía.

HEDWIG

Porque siempre que así, de una vez, de pronto,
pienso en lo de allá adentro, me parece que la
habitación y todo ello se llama «lo profundo del
mar». Pero eso es una tontería.

GREGOR

No lo diga usted.

HEDWIG

Si no es más que un desván.

GREGOR

¿Está usted tan cierta?

(Hedwig calla y le mira con la boca abierta. Gina entra de la cocina con el mantel.)

GREGOR

(Levantándose.) He venido demasiado temprano, ¿verdad?

GINA

En alguna parte tenía usted que meterse; y pronto estará listo... Despeja la mesa, Hedwig. *(Hedwig despeja la mesa, y durante lo siguiente, ella y Hedwig la van poniendo. Gregor se sienta en la butaca y se pone a hojear un álbum.)*

GREGOR

Parece que sabe usted retocar, señora Ekdal.

GINA

(Mirándole de soslayo.) Sí que sé.

GREGOR

Fué una coincidencia feliz.

GINA

¿Cómo coincidencia feliz?

GREGOR

Quiero decir el que Hjalmar se hiciera fotógrafo.

HEDWIG

Mamá sabe también hacer fotografías.

GINA

¡Oh!, he tenido ocasión bastante de aprender el oficio.

GREGOR

¿De modo que es usted la verdadera directora del negocio?

GINA

Sí, cuando Ekdal no tiene tiempo.

GREGOR

Ya puedo figurarme que estará muy ocupado con su padre.

GINA

Y además no es cosa para un hombre como Ekdal hacer retratos de cualquiera.

GREGOR

Eso me parece a mí también; pero puesto que ha elegido ese camino...

GINA

No puede usted figurarse que Ekdal es un retratista corriente.

GREGOR

¡Dios me libre! Pero... *(En el desván se oye un tiro, dando un salto.)* ¿Qué es eso?

GINA

Vaya, ya vuelven a tirar tiros.

GREGOR

Pero ¿andan a tiros también?

HEDWIG

Sí, van de caza.

GREGOR

¿Qué caza? (*Hacia la puerta del desván.*) ¿Estás de caza, Hjalmar?

HJALMAR

(*Detrás de la red.*) ¿Estás ahí? No lo sabía; estaba tan ocupado... (*A Hedwig.*) Y tú, que no dices nada... (*Entra en el estudio.*)

GREGOR

¿Andas a tiros en el desván?

HJALMAR

(*Mostrando una pistola de dos cañones.*) Pero nada más que con esto.

GINA

Sí, tú y el abuelo haréis un día una desgracia con vuestra *pistola*.

HJALMAR

(*Incomodado.*) Creo haberte dicho que un arma como esta se llama *pistola*.

GINA

Bueno, no por eso es mejor.

GREGOR

¿De modo que te has hecho cazador, Hjalmar?

HJALMAR

Alguna vez que otra tiro a los conejos. Ya puedes figurarte que principalmente a causa de papá.

GINA

Los hombres son tan particulares; siempre tienen que tener algo con que *distriarse*.

HJALMAR

Sí, siempre tenemos que tener algo para *distraernos*.

GINA

Bueno, es lo mismo.

HJALMAR

Sí, sí... (*A Gregor.*) Y luego el desván está tan bien situado, que nadie puede oír los tiros. (*Pone la pistola en la última tabla del estante.*) ¡No toques la pistola, Hedwig! ¡Uno de los cañones está cargado, no lo olvides!

GREGOR

(*Mirando por entre la red al desván.*) También veo que tienes una escopeta.

HJALMAR

Es la vieja escopeta de papá. No se puede tirar con ella porque tiene los gatillos estropeados. Pero es divertido tenerla, y podemos desarmarla, limpiarla, untarla de grasa y volver a armarla... Papá es quien principalmente hace eso.

HEDWIG

(*A Gregor.*) Ahora precisamente puede usted ver el pato silvestre.

GREGOR

Lo estoy mirando. Una de las alas parece que está algo caída.

HJALMAR

No es extraño. Recibió un tiro en ella.

GREGOR

Y luego creo que cojea un poco, ¿no es verdad?

HJALMAR

Un poco puede que sí.

HEDWIG

Es que el perro le ha mordido en una pata.

HJALMAR

Pero, aparte de eso, no tiene falta ni defecto alguno, y es realmente asombroso para un pájaro a quien se ha metido un cartucho de perdigones en el cuerpo y que ha estado entre los dientes de un perro.

GREGOR

(*Con una mirada a Hedwig.*) Y que ha estado tanto tiempo en lo profundo del mar.

HEDWIG

(*Sonriendo.*) Es verdad.

GINA

(Arreglando la mesa.) ¡El buen pato!...

HJALMAR

¿Estará puesta la mesa pronto?

GINA

Sí, en seguida. Hedwig, ven a ayudarme. (Se van las dos a la cocina.)

HJALMAR

(A media voz.) Vale más no estar aquí mirando lo que hace papá; no le gusta. (Gregor se separa de la puerta.) Lo mejor será cerrar antes de que los otros vengan. (Espantando con las manos.) ¡Chist! ¡Chist! ¡Fuera de aquí! (Mientras habla sube la cortina y cierra la puerta.) Todas estas combinaciones son invención mía. Es divertido tener una cosa así, ponerla en orden y arreglarla cuando se descompone. Además, es necesario, porque Gina no quiere ver las gallinas y los conejos en el estudio.

GREGOR

¡Claro está! ¿Y es tu mujer la que dirige en realidad el negocio?

HJALMAR

En general, dejo a su cargo los asuntos corrientes; así puedo, de cuando en cuando, irme a la sala para pensar en cosas que son más importantes.

GREGOR

¿Qué cosas son esas, Hjalmar?

HJALMAR

Me asombra que no lo hayas preguntado ya antes. ¿O es que no has oído hablar de mi invento?

GREGOR

¿Invento? No.

HJALMAR

¿De veras? ¿Todavía no? ¡Claro está, allá arriba, en los bosques y en las soledades...!

GREGOR

¿De modo que has hecho un invento?

HJALMAR

No del todo aún; pero estoy en ello. Ya puedes figurarte que cuando me decidí a sacrificarme por la fotografía no fué para estarme aquí sentado tranquilamente haciendo retratos de gentes ordinarias.

GREGOR

Eso decía ahora mismo tu mujer.

HJALMAR

Me juré que ya que iba a consagrar mis fuerzas a este invento, quería elevarlo de tal modo que se convirtiese en un arte y en una ciencia. Y así, resolví hacer el maravilloso invento.

GREGOR

¿Y qué invento es ése? ¿Para qué sirve?

HJALMAR

Querido amigo, no debes preguntarme deta-

lles. Eso requiere tiempo, ¿sabes? Y luego no pienses que es la vanidad lo que me impulsa. No trabajo por mí; es la misión que me he impuesto la que tengo día y noche ante mis ojos.

GREGOR

¿Qué misión?

HJALMAR

¿Has olvidado al anciano de cabello plateado?

GREGOR

¿A tu padre? Pero ¿qué puedes hacer por él?

HJALMAR

Quiero resucitar en él la propia estimación, que está muerta, haciendo famoso el apellido Ekdal.

GREGOR

¿Esa es la misión que te has impuesto?

HJALMAR

Sí, quiero salvar al náufrago del naufragio que sufrió cuando la tempestad se desencadenó sobre él. Ya durante la instrucción del sumario no era el mismo. Aquella pistola con que ahora tiramos a los conejos ha tenido un papel en la historia de los Ekdal.

GREGOR

¿La pistola?

HJALMAR

Cuando se leyó la sentencia y tenía que ir a la cárcel..., cogió la pistola...

GREGOR

¿De veras?

HJALMAR

Sí; pero no pudo... Fué cobarde. Tan caído estaba, tan flaca su alma ya entonces... ¿Puedes entenderlo? Él, un soldado, que había matado dos osos, y que descende de dos tenientes coroneles..., naturalmente, uno tras otro... ¿Puedes entender esto, Gregor?

GREGOR

¡Oh, lo comprendo muy bien!

HJALMAR

Yo no... Y la pistola intervino por segunda vez en la historia de los Ekdal. Cuando le vi con el traje gris y encerrado en la celda, ¡oh, fueron tiempos terribles, puedes creérmelo!... Había echado las cortinas de mis dos ventanas. Cuando miré afuera, el Sol brillaba como de ordinario. No pude comprenderlo. Vi que los hombres iban por la calle, que reían y hablaban de cosas fútiles. No lo comprendí. Me parecía que la Creación entera debía callarse como en un eclipse de Sol.

GREGOR

Pensaste también en...

HJALMAR

¡Sí!

GREGOR

Pero no disparaste.

HJALMAR

No; en el momento decisivo obtuve la victoria sobre mí mismo. Me quedé en la vida. Pero, puedes creérme, se necesitaba valor para haber elegido la vida en aquellas circunstancias.

GREGOR

¡Oh, según se mire!...

HJALMAR

¡No, en absoluto! Pero fué lo mejor, porque así haré pronto el invento. Y el doctor Relling piensa, como yo, que entonces podré obtener autorización para que mi padre vuelva a ponerse el uniforme. Exigiré eso como mi única recompensa.

GREGOR

¿De modo que el uniforme que...?

HJALMAR

Sí, eso es lo que principalmente desea. ¡No puedes figurarte cómo me desgarran el corazón!... Cada vez que celebramos una pequeña fiesta de familia..., el aniversario de nuestra boda, u otras por el estilo, aparece el viejo, con su uniforme de teniente de los buenos días; pero tan pronto llama alguien a la puerta (porque, como sabes, no puede mostrarse ante extraños), corre a su habitación todo lo aprisa que permiten sus viejas piernas. ¡Ver esto es horrible para un hijo!...

GREGOR

¿Y cuándo crees que estará terminado tu invento, poco más o menos?

HJALMAR

¡Oh!, ¿cómo puedes pedir detalles como el tiempo? Un invento es una cosa en la que no se es completamente dueño de sí mismo. Además, depende principalmente de la inspiración..., y es casi imposible calcular de antemano cuándo se presentará.

GREGOR

¿Pero marcha adelante?

HJALMAR

Claro que marcha. Todos los días me atormento con el invento de que estoy poseído. Por las tardes, después de comer, me encierro en mi cuarto para meditar con tranquilidad. Pero no hay que forzarse, no sirve de nada; Relling piensa también lo mismo.

GREGOR

¿Y no crees que todas esas cosas del desván te distraen demasiado?

HJALMAR

No, no; al contrario. No digas eso. No puedo estar eternamente preocupado con los mismos pensamientos fatigosos. Necesito algo para los intervalos de espera. La inspiración, ¿sabes?, si viene, viene a pesar de todo.

GREGOR

Casi estoy por creer que hay en ti algo del pato silvestre, querido Hjalmar.

HJALMAR

¿En qué sentido del pato silvestre?

GREGOR

Te has sumergido y te has agarrado a las plantas del fondo.

HJALMAR

¿Te refleres al tiro casi mortal que mi padre recibió en las alas y yo no?

GREGOR

¡No a eso! No quiero decir que estés herido; pero has caído en un pantano ponzoñoso. Una enfermedad se ha deslizado en tu cuerpo y has descendido al fondo para morir en la obscuridad.

HJALMAR

¿Yo? ¡Morir en la obscuridad! ¿Sabes, Grègor, que harías bien en no usar tales palabras?

GREGOR

Estáte tranquilo; yo haré por levantarte. Yo también tengo una misión que cumplir desde ayer.

HJALMAR

Es posible; pero a mí debías dejarme tranquilo. Puedo asegurarte que, aparte de mi melancolía, fácilmente explicable, me encuentro todo lo bien que puede desearse.

GREGOR

Que eso sea así viene también de la ponzoña.

HJALMAR

No, no, mi buen Gregor. No me hables de enfermedades y ponzoña; no estoy acostumbrado a semejante lenguaje. En mi casa no se me habla nunca de cosas tan desagradables.

GREGOR

Eso ya me lo figuraba.

HJALMAR

No me sienta bien. Además, aquí no hay nin-

gún aire pantanoso, como tú dices. La casa del pobre fotógrafo, ya lo sé, tiene un techo bajo..., y vivo modestamente; pero soy un inventor y el sustento de mi familia. ¡Eso me eleva sobre la pequeñez de las circunstancias!... ¡Oh!, ahí traen el desayuno.

(Gina y Hedwig entran con botellas de cerveza, una garrafa de aguardiente, vasos y otros utensilios. Al mismo tiempo entran por la puerta del pasillo Relling y Molvig, ambos sin sombrero y sin abrigo. Molvig va vestido de negro.)

GINA

(Poniendo las cosas en la mesa.) ¡Oh!, vienen ustedes a tiempo.

RELLING

Molvig creyó percibir olor de ensalada de arenques, y no hubo manera de contenerle... Buenos días, otra vez, Ekdal.

HJALMAR

Gregor, voy a presentaros. El señor Molvig. El doctor Relling..., ya le conoces.

GREGOR

Sí, un poco.

RELLING

¡Ah!, es el señor Werle hijo. Sí, nos hemos peleado allá arriba alguna vez. ¿Se ha venido usted a vivir aquí?

GREGOR

Esta mañana.

RELLING

Debajo de usted vivimos Molvig y yo. Tiene usted cerca médico y predicador, caso de que los necesitase.

GREGOR

Gracias; podría ocurrir, pues ayer éramos trece a la mesa.

HJALMAR

¡Ah!, déjate esas historias tristes.

RELLING

Puedes oírlo tranquilamente; a ti no te toca, felizmente.

HJALMAR

Lo espero por mi familia. Pero vamos, sentémonos, comamos, bebamos y alegrémonos.

GREGOR

¿No esperamos a tu padre?

HJALMAR

No, quiere que le llevemos lo suyo después allá adentro.

(Los hombres se sientan a la mesa, comen y beben; Gina y Hedvig sirven.)

RELLING

Ayer a Molvig le flaqueaban las piernas, señora Ékdal.

GINA

¿Otra vez?

RELLING

¿No le oyó usted cuando vine con él por la noche?

GINA

No, no oí nada,

RELLING

Mejor, porque esta noche estaba realmente horrible.

GINA

¿Es verdad, Molvig?

MOLVIG

Corramos un velo sobre los acontecimientos de esta noche. Porque esas cosas no tienen nada que ver con la parte mejor de mi *yo*.

RELLING

(A Gregor.) Viene sobre él como una inspiración, y entonces tengo que ir con él a correrla. Porque Molvig es satánico.

GREGOR

¿Satánico?

RELLING

Molvig es satánico, sí.

GREGOR

¡Hum!...

RELLING

Y naturalezas satánicas no están hechas para ir por el mundo por un camino derecho; de cuando en cuando tienen que tomar una senda extraviada. ¿Y usted sigue siempre allá arriba en las minas negras y feas?

GREGOR

Hasta ahora, sí.

RELLING

¿Y ha cobrado usted los créditos que andaba usted presentando a la gente?

GREGOR

¿Créditos? (*Haciéndose cargo.*) ¡Ah, ya!

HJALMAR

¿Cobrabas créditos, Gregor?

GREGOR

¡Son tonterías!

RELLING

Claro que sí. Andaba de cabaña en cabaña, y presentaba unas cosas que llamaba exigencias ideales.

GREGOR

Entonces era muy joven.

RELLING

En eso tiene usted razón; era usted muy joven, y nunca en el tiempo en que yo estuve allí vi que cobrase usted sus créditos ideales.

GREGOR

Más tarde tampoco.

RELLING

Ya puedo figurarme que se habrá hecho usted prudente y habrá rebajado algo de la cantidad.

GREGOR

Nunca, cuando me encuentro con un hombre verdaderamente tal.

HJALMAR

Sí, eso está bien...; un poco de manteca, Gina.

RELLING

Y luego un trozo de tocino para Molvig.

MOLVIG

¡Horror! Nada de tocino.
(*Llaman a la puerta del desván.*)

HJALMAR

Abre, Hedwig. El abuelo quiere entrar.
(*Hedwig va a la puerta y la entreabre un poco. Ekdal entra con una piel fresca de conejo; Hedwig cierra tras él.*)

EKDAL

Buenos días, señores. He hecho buena caza hoy; he matado uno «grande».

HJALMAR

Y lo has despellejado sin avisarme.

EKDAL

Y lo he salado también. Es buena carne y tierna la de conejo, y además dulce; sabe como azúcar. Buen provecho, señores. (*Entra en su habitación.*)

MOLVIG

(*Levantándose.*) Perdonen ustedes..., no puedo..., tengo que bajar en seguida. (*Se marcha a toda prisa.*)

RELLING

(*Llamándole.*) Bebe soda, amigo. (*A Hjalmar.*)
Bebamos una copa a la salud del viejo cazador.

HJALMAR

(*Brindando con él.*) Por el hombre activo, que está al borde de la tumba.

RELLING

Por la cabeza gris. (*Bebiendo.*) Pero, dime, ¿el pelo es gris o blanco?

HJALMAR

Una cosa intermedia, y además no le queda ya mucho.

RELLING

¡Oh!, con pelo postizo se puede vivir también; eres un hombre feliz, Ekdal; tienes esa misión a que consagrarte.

HJALMAR

Y me consagro a ella, puedes creérmelo.

RELLING

Y tienes una mujer hacendosa y dispuesta que se mueve tan suavemente con sus zapatillas, y te cuida como una madre.

HJALMAR

Sí, Gina. (*Mirándola con reconocimiento.*) Eres una buena compañera de mi vida.

GINA

¡Oh!, déjate de contar historias sobre mí.

RELLING

¿Y tu Hedwig, Ekdal?

HJALMAR

¡Oh, sí, la niña...; eso ante todo! Hedwig, ven aquí. (*La acaricia la cabellera.*) ¿Qué día es mañana?

HEDWIG

(*Sacudiéndole.*) ¡Oh, no, no digas nada, papá!

HJALMAR

Se me desgarran el corazón cuando pienso en que será tan poco; nada más que un poco de decoración de fiesta en el desván.

HEDWIG

Pero ¡si eso es tan hermoso!...

RELLING

Espera a que venga el gran invento y verás, Hedwig.

HJALMAR

Sí, entonces verás, Hedwig. Estoy decidido a asegurar tu porvenir. Habrás de pasarlo bien mientras vivas; quiero hacer algo por ti, lo que sea; esa sería la única recompensa del pobre inventor.

HEDWIG

(*Murmurándole al oído.*) ¡Oh, querido padre mío!

RELLING

(*A Gregor.*) ¿Qué, no encuentra usted muy bien, por cambiar, sentarse una vez en una mesa bien servida, con una familia feliz?

HJALMAR

¡Sí; estas horas pasadas en la mesa tienen para mí el mayor valor.

GREGOR

Por mi parte yo no puedo vivir en un aire pantanoso.

RELLING

¿Aire pantanoso?

HJALMAR

¡Oh!, no vengas otra vez con esas tonterías.

GINA

Aquí, bien sabe Dios, no hay ningún aire pantanoso, pues lo ventilo bien todos los días.

GREGOR

(Levantándose.) El hedor a que yo me refiero no lo podrá usted hacer desaparecer con su ventilación.

HJALMAR

¿Hedor?

GINA

¿Qué dices a eso, Ekdal?

RELLING

Perdone usted... ¿No será usted mismo el que traiga ese hedor dé allá arriba de las minas?

GREGOR

Sería digno de usted llamar hedor a lo que yo traigo a esta casa.

RELLING

(*Yendo hacia él.*) Oiga usted, señor Werle hijo, tengo vivas sospechas de que anda usted todavía con sus exigencias ideales en el bolsillo de atrás.

GREGOR

Las traigo en el pecho.

RELLING

Lo que es que, tráigalas usted donde las traiga, no le aconsejo que pretenda usted presentarlas mientras yo esté aquí.

GREGOR

¿Y si lo hiciera?

RELLING

Pues bajaría usted rodando las escaleras. Ya lo sabe.

HJALMAR

(*Poniéndose en pie.*) ¡Pero Relling!...

GREGOR

Sí; écheme usted de aquí.

GINA

(*Poniéndose en medio de ellos.*) No haga usted eso, Relling; pero una cosa quiero decirle a usted, señor Werle; usted que ensució de tal modo la estufa, no debe venir aquí a hablar de hedor. (*Llaman a la puerta del pasillo.*)

HEDWIG

Mamá, llaman.

HJALMAR

Vaya, ahora tendremos al fin a la clientela.

GINA

Déjame ver... (*Abre la puerta y retrocede espantada.*) ¡Jesús! (*Werle, con un gabán de pieles, da un paso adelante.*)

WERLE

Perdóñenme; pero parece que mi hijo vive aquí.

GINA

(*Con voz entrecortada.*) Sí.

HJALMAR

(*Acercándose.*) ¿Tiene usted la bondad de pasar, señor Werle?

WERLE

Gracias; sólo quería hablar con mi hijo.

GREGOR

¿Qué pasa? Aquí estoy.

WERLE

Desearía que hablásemos en tu habitación.

GREGOR

¿En mi habitación? Bien... (*Va a irse.*)

GINA

No, su habitación no está en estado de...

WERLE

Bueno, entonces en el pasillo; deseo que hablemos a solas.

HJALMAR

Eso puede usted hacerlo aquí, señor Werle. Ven allá adentro, Relling.

(Hjalmar y Relling salen por la derecha; Gina y Hedvig se van a la cocina.)

GREGOR

(Tras una pausa corta.) Ya estamos solos.

WERLE

Ayer tarde soltaste ciertas expresiones, y como te has venido a vivir a casa de Ekdal, casi creo que intentas algo contra mí.

GREGOR

Tengo la intención de abrir los ojos a Hjalmar Ekdal; quiero que vea su situación tal cual es; nada más que eso.

WERLE

¿Es esa la misión de que hablabas ayer?

GREGOR

Sí; no me has dejado otra.

WERLE

¿Es que acaso he pervertido tu ánimo?

GREGOR

Toda mi vida has pervertido. No me refiero a las cosas que ocurrieron con mamá; pero sólo a

ti tengo que agradecer el andar perseguido y atormentado por una conciencia cargada de culpas.

WERLE

¡Ajá! ¿De modo que es la conciencia lo que no anda bien?

GREGOR

Entonces, cuando se pusieron los lazos en que cayó el teniente Ekdal, debí haberme pronunciado contra ti. Debí haberte avisado, pues adivinaba en lo que iba a parar.

WERLE

Sí; entonces hubieras debido hablar.

GREGOR

No me atreví. ¡Tan cobarde y medroso era! Tenía un miedo terrible de ti entonces, y... mucho tiempo después.

WERLE

Ahora parece que ha pasado el miedo.

GREGOR

Afortunadamente. Lo que entonces se hizo contra el viejo Ekdal por mí... y por otros, no puede remediarse. Pero puedo librar a Hjalmar, puedo librarlo de lo de la mentira y secreto que está a punto de arruinarle.

WERLE

¿Crees que así realizas una buena acción?

GREGOR

Estoy seguro de ello.

WERLE

¿De modo que crees que Ekdal es hombre de agradecer tales servicios de amistad?

GREGOR

Sí que lo es.

WERLE

¡Hum!... Ya lo veremos.

GREGOR

Y, además... Si he de seguir viviendo, tengo que tratar de curar mi conciencia enferma.

WERLE

La conciencia no se curará nunca; tu conciencia está enferma desde que eres niño. Es herencia de tu madre, Gregor; lo único que te ha legado.

GREGOR

(Con sonrisa irónica.) ¿Todavía no has olvidado que te equivocaste creyendo que tenía un capital cuando te casaste con ella?

WERLE

No tratemos de cosas que no tienen que ver con el asunto. ¿Sigues decidido a poner a Ekdal sobre la pista que te parece verdadera?

GREGOR

Sí; estoy decidido.

WERLE

Entonces pude haberme ahorrado la visita,

porque es inútil preguntarte si estás dispuesto a volver a casa.

No. GREGOR

WERLE

Bien; pero como tengo la intención de contraer un nuevo matrimonio, se repartirá entre los dos la herencia.

GREGOR

(Rápidamente.) Eso no lo deseo.

WERLE

¿No lo deseas?

GREGOR

No. Mi conciencia no me permite hacerlo.

WERLE

(Inmediatamente.) ¿Vuelves allá arriba?

GREGOR

No; me considero como separado de tu servicio.

WERLE

Pero ¿a qué quieres dedicarte?

GREGOR

A cumplir mi misión; nada más.

WERLE

¿Y después? ¿De qué vas a vivir?

GREGOR

He ahorrado algo de mi sueldo.

WERLE

¿Cuánto tiempo podrá durar eso?

GREGOR

Todo el que necesito.

WERLE

¿Qué quieres decir?

GREGOR

Ya no respondo más.

WERLE

Entonces que te vaya bien, Gregor.

GREGOR

Adiós. (*Werle sale.*)

HJALMAR

(*Asomándose.*) ¿Ya se fué?

GREGOR

Sí.

(*Hjalmar y Relling entran de la sala, y Gina y Hedwig de la cocina.*)

RELLING

La comida se nos ha aguado.

GREGOR

Vístete, Hjalmar; quiero que demos un paseo largo.

HJALMAR

Con mucho gusto. ¿Qué quería tu padre? ¿Se trataba de mí?

GREGOR

Ven, tenemos que hablar los dos. Voy a mi cuarto a ponerme el abrigo. *(Sale por la puerta del pasillo.)*

GINA

No debías ir con él, Ekdal.

RELLING

No, no vayas; quédate.

HJALMAR

(Cogiendo el sombrero y el abrigo.) ¡Cómo! Si un amigo de la juventud siente la necesidad de descubrirme a solas su corazón...

RELLING

¡Vete al diablo! ¿Pero no ves que está loco, desquiciado, desconcertado?

GINA

Ya lo oyes; su madre también tenía a veces esos raptos físicos.

HJALMAR

Tanto más necesita del ojo vigilante de un amigo. *(A Gina.)* Que la comida esté a la hora. Hasta luego. *(Sale.)*

RELLING

Es realmente una desgracia que no haya quedado sepultado en una de las minas.

GINA

¡Jesús! ¿Por qué dice usted eso?

RELLING

(*Murmurando.*) Tengo mis sospechas.

GINA

¿Cree usted que está realmente loco el joven Werle?

RELLING

Desgraciadamente, no está más loco que la mayoría de la gente. Pero una enfermedad si la tiene.

GINA

¿Qué le pasa?

RELLING

Voy a decírselo a usted. Tiene una fiebre aguda de justicia.

GINA

¿Fiebre de justicia?

HEDWIG

¿Es eso una enfermedad?

RELLING

Sí, es una enfermedad nacional, pero sólo se presenta esporádicamente. (*A Gina.*) Muchas gracias. (*Sale por la puerta del pasillo.*)

GINA

(*Pasea intranquila arriba y abajo.*) Ese Gregor Werle... siempre ha sido un aguafiestas.

HEDWIG

(*De pie junto a la mesa y mirándola fijamente.*) Todo esto me parece muy extraño.

ACTO CUARTO

En el estudio de Hjalmar Ekdal. Acaba de hacerse una fotografía. Una máquina cubierta con un paño, un trípode y un par de sillas, una mesa y cosas análogas, en el primer término. Luz de la tarde; el sol está poniéndose; un poco más tarde empieza a oscurecer. Gina en la puerta del pasillo, que está abierta, con una caja y una placa húmeda, habla con alguien que está afuera.

GINA

Sí, de fijo; cuando prometo algo lo cumplo; el lunes estará lista la primera docena. Adiós, adiós.

(Se oye que alguien baja la escalera. Gina cierra la puerta, mete la placa en la caja y la coloca en la máquina cubierta con el paño.)

HEDWIG

(Sale de la cocina.) ¿Se fueron?

GINA

(Arreglando el estudio.) ¡Gracias a Dios que los he despachado!

HEDWIG

Pero ¿puedes comprender que papá no haya vuelto todavía a casa?

GINA

¿Estás segura de que no está abajo con Relling?

HEDWIG

No, abajo no está. Hace un momento que bajé a preguntar por la escalera de atrás.

GINA

Y la comida le está aguardando y se enfria.

HEDWIG

Sí, y papá que tiene siempre tanto cuidado de estar a tiempo en casa a la hora de comer.

GINA

Ya verás como viene en seguida.

HEDWIG

Si viene. Me parece tan extraño todo lo que pasa.

GINA

Ahí está. (*Hjalmar entra.*)

HEDWIG

(*Yendo a su encuentro.*) Cuanto te hemos esperado, papá.

GINA

(*Mirándole de soslayo.*) ¡Estuviste mucho tiempo fuera, Ekdal!

HJALMAR

(*Sin mirarla.*) Sí, un poco de tiempo. (*Se quita el abrigo. Gina y Hedwig quieren ayudarle, pero él las rechaza.*)

GINA

¿Has comido acaso con Werle?

HJALMAR

(Colgando su abrigo.) No.

GINA

(Yendo hacia la puerta de la cocina.) Entonces traeré la comida.

HJALMAR

No, deja la comida; no quiero comer.

HEDWIG

(Acercándosele.) ¿No te sientes bien, papá?

HJALMAR

Sí, bastante bien. Gregor y yo dimos un paseo fatigoso.

GINA

No debías haberlo hecho, Ekdal. No estás acostumbrado.

HJALMAR

¡Hum!... Hay muchas cosas en el mundo a que hay que acostumbrarse. (Pasea agitado.) ¿Ha estado aquí alguien mientras yo estuve fuera?

GINA

Nada más que los novios.

HJALMAR

¿No ha habido ningún nuevo encargo?

GINA

No, hoy no.



HEDWIG

Ya verás, papá, como mañana vendrá alguien.

HJALMAR

¡Ojalá sea así, pues mañana pienso ponerme a ello seriamente.

HEDWIG

¡Mañana! ¿No te acuerdas de lo que es mañana?

HJALMAR

Es verdad. Bien, entonces pasado mañana. Desde pasado mañana quiero hacerlo todo por mí mismo. Quiero ocuparme yo solo del trabajo.

GINA

Pero ¿a qué conduce eso, Ekdal? No harías más que amargarte la vida. Yo me encargo de la fotografía y tú puedes dedicarte a tu invento.

HEDWIG

Y además el pato, papá, y las gallinas y los conejos y...

HJALMAR

No me hables de esas tonterías. Desde mañana no volveré a poner el pie en el desván.

HEDWIG

Pero, papá, si me prometiste para mañana la fiesta.

HJALMAR

Es verdad. Bueno, pues desde pasado mañana. Al maldito pato quisiera retorcerle el cuello.

HEDWIG

(Grita.) ¡Al pato!

GINA

No he oído nunca nada semejante.

HEDWIG

(Sacudiéndole.) Pero, papá, si es mi pato.

HJALMAR

Por eso no lo hago. No tengo corazón para hacerlo..., no lo tengo por ti. Pero lo siento en lo profundo que debía hacerlo. No debía tolerar bajo mi techo ningún ser que hubiese estado en esas manos.

GINA

Pero, Señor; ¿por qué el abuelo lo recibió de ese sucio de Pettersen!

HJALMAR

(Pasea lleno de agitación.) Hay ciertas exigencias..., ¿cómo las llamaría?... digamos las exigencias ideales, de que el hombre no puede prescindir sin daño de su alma.

HEDWIG

(Siguiéndole.) Pero, piensa en el pato, el pobre pato.

HJALMAR

(Parándose.) Ya oyes que lo perdono... por ti. No se le tocará una pluma... Ya he dicho que lo perdonaba. Hay misiones más importantes que esa que cumplir. Pero debías salir como todos los días. Precisamente la luz es buena para ti en esta hora.

HEDWIG

No, ahora no tengo gana.

HJALMAR

Sí, hazlo; se te cierran los ojos; estos olores no te convienen; el aire que aquí se respira es pesado.

HEDWIG

Bien; entonces me voy por la escalera de atrás y salgo a dar un paseo. ¿Y mi sombrero y mi abrigo? ¡Ah!, están en mi cuarto. Papá, no le hagas nada al pato mientras yo estoy fuera.

HJALMAR

No se le quitará ni una pluma. (*Apretándola contra sí.*) ¡Tú y yo, Hedwig! ¡Nosotros dos! Ya puedes irte. (*Les saluda y sale por la puerta del pasillo. Paseando sin levantar la vista.*) ¡Gina!

GINA

¿Qué?

HJALMAR

Desde mañana, o, bueno, digamos desde pasado mañana, voy á encargarme de las cuentas.

GINA

¿También quieres llevar las cuentas?

HJALMAR

Por lo menos, quiero conocer los ingresos.

GINA

¡Oh, eso es bien fácil!

HJALMAR

Apenas si es creíble; me parece que te dura demasiado el dinero que ingresas. (*Se para y la mira.*) ¿Cómo es eso?

GINA

Eso es porque Hedwig y yo necesitamos muy poco.

HJALMAR

¿Es verdad que los trabajos de papá en casa de Werle se pagan tanto?

GINA

No sé si es mucho; no conozco el precio de esas cosas.

HJALMAR

Pero dime, ¿cuánto viene a ganar aproximadamente?

GINA

Varía bastante. Poco más o menos, será lo que nos cuesta, y, además, un poco de dinero para el bolsillo.

HJALMAR

¿Lo que nos cuesta? ¿Y no me lo has dicho nunca?

GINA

No, eso no podía decírtelo. ¡Estabas tan contento creyendo que todo te lo debía a tí!

HJALMAR

¿De modo que se lo debo a Werle?

GINA

¡Bah, Werle tiene bastante para eso!

HJALMAR

Enciende el quinqué.

GINA

(*Lo enciende.*) Además, no puede saberse si es de Werle mismo; también podía ser de Groberg.

HJALMAR

¿A qué viene esa salida ahora?

GINA

No sé; pensaba...

HJALMAR

Sí, sí...

GINA

No he sido yo quien le ha buscado ese trabajo al abuelo. Fué Berta Sörby quien lo hizo cuando entró en la casa.

HJALMAR

Me parece que te tiembla la voz.

GINA

(*Poniendo la pantalla sobre el quinqué.*) ¿Sí?

HJALMAR

Tus manos tiemblan también. ¿O no tengo razón?

GINA

(*Con firmeza.*) Dilo con franqueza, Ekdal; ¿qué es lo que te ha contado de mí?

HJALMAR

¿Es verdad..., puede ser verdad... que entre

Werle y tú había algo cuando tú estuviste en su casa?

GINA

No es verdad; entonces, no. El señor Werle me perseguía, sí, eso no puedo negarlo, y la señora creyó que había algo; de aquí el escándalo. Me injurió y me pegó, y por eso salí de la casa.

HJALMAR

¿De modo que después...?

GINA

Sí, me fui a casa con mi madre, que no era lo que tú creías, Ekdal, y empezó a decirme esto y aquello, porque entonces ya estaba viudo Werle.

HJALMAR

¿Qué más?

GINA

Lo mejor es que lo sepas todo. Werle no cejó hasta que consiguió lo que quería.

HJALMAR

(*Se lleva las manos a la cabeza.*) ¡Y eso lo ha hecho la madre de mi hijal... ¿Cómo pudiste callarme tal cosa?

GINA

Estuvo mal hecho de mi parte. Debí habértelo dicho hace mucho tiempo.

HJALMAR

Inmediatamente debiste decírmelo; así, hubiera sabido lo que tú eras.

GINA

Pero entonces, ¿te hubieras casado conmigo?

HJALMAR

¿Cómo puedes pensarlo?

GINA

Pues precisamente por eso no podía decirte nada. Te estimaba infinitamente, como sabes, y no iba a hacerme desgraciada a mí misma.

HJALMAR

(Paseando.) ¡Y esa es la madre de Hedwig!... ¡Y saber que todo lo que tengo aquí ante mi vista *(Dando un puntapié a una silla)*, todo mi hogar, tengo que agradecerlo a un antecesor favorecido!... ¡Oh, ese seductor de Werle!...

GINA

¿Te arrepientes de los catorce o quince años que hemos vivido juntos?

HJALMAR

(Poniéndose ante ella.) Dime, ¿no te ha remordido todos los días, a todas horas, la tela de mentiras en que me has envuelto como una araña? ¡Contéstame! ¿No te ha remordido constantemente la conciencia?

GINA

¡Oh, querido Ekdal, he tenido bastante que hacer con pensar en la casa y en el trabajo diario!

HJALMAR

¿De modo que no arrojabas nunca una ojeada investigadora a tu pasado?

GINA

No; te aseguro que casi había olvidado esas intrigas viejas.

HJALMAR

¡Oh, esta tranquilidad fría!... ¡Eso sólo ya basta para exasperarme! ¡Figurarse..., ni siquiera remordimiento!...

GINA

Pero dime, Ekdal, ¿qué hubiese sido de ti si no hubieses encontrado una mujer como yo?

HJALMAR

¿Una mujer?...

GINA

Sí, pues yo he sido mucho más constante y dispuesta que tú. Bueno, no tiene nada de particular; tengo dos años más.

HJALMAR

¿Lo que hubiera sido de mí?

GINA

Cuando me conociste andabas en malos pasos, no me lo negarás.

HJALMAR

¿A eso llamas andar en malos pasos? ¡Oh!, no comprendes lo que le pasa a un hombre que está triste y desesperado, sobre todo a un hombre con mi carácter ardiente.

GINA

Puede ser y no quiero discutirlo, pues tan pronto como tuvimos nuestra casa, fuiste un marido bueno y formal. ¡Y ahora lo teníamos todo tan bien y tan cómodo! Y Hedwig y yo íbamos a empezar a gastar menos en comida y vestidos para nosotras.

HJALMAR

Sí; en el pantano de la mentira.

GINA

¡Oh, que ese hombre antipático haya caído aquí!

HJALMAR

También yo me encontraba bien en nuestra casa. Pero me equivocaba. Y ahora, ¿de dónde sacaré la fuerza necesaria para dar a mi invento carne de realidad? Acaso morirá conmigo, y entonces, Gina, será tu pasado quien lo ha matado.

GINA

(Casi llorando.) No me digas eso, Ekdal. A mí, que toda mi vida he buscado lo mejor para ti.

HJALMAR

Y me pregunto, ¿qué se hace de mi sueño, de ser el sustento de mi familia? Cuando estaba allá adentro en el sofá y meditaba sobre el invento, adivinaba ya que consumiría mis últimas fuerzas. Sentía que el día en que tuviese en mis manos la patente, que ese día sería el último para mí. Y entonces soñaba en verte como la viuda del inventor famoso.

GINA

(Secándose las lágrimas.) No hables así, Ekdal; que Dios no permita que me vea un día viuda.

HJALMAR

Es lo mismo. Ahora se ha acabado todo, todo.
(Gregor Werle abre con precaución la puerta del pasillo y asoma la cabeza.)

GREGOR

¿Se puede entrar?

HJALMAR

Sí, pasa.

GREGOR

(Entra con la cara luciente de satisfacción y va a estrecharles las manos.) ¡Queridos amigos míos!... *(Murmura por lo bajo a Hjalmar.)* ¿Todavía no?

HJALMAR

(En alta voz.) Ya está hecho.

GREGOR

¿De veras?

HJALMAR

Sí; he pasado la hora más amarga de mi vida.

GREGOR

Pero también creo que la más sublime.

HJALMAR

Al menos ha pasado ya.

GINA

Dios le perdone, señor Werle.

GREGOR

(*Todo admirado.*) Pero no comprendo...

HJALMAR

¿Qué es lo que no comprendes?

GREGOR

Una explicación como ésa; una explicación que debía ser la base de una nueva vida; una convivencia en verdad y sin secreto alguno.

HJALMAR

Sí, ya lo sé; lo sé muy bien.

GREGOR

Yo me había figurado que al abrir esa puerta, un nimbo de santidad brillaría alrededor de vuestras cabezas. Y no veo más que esta sombra pesada, triste...

GINA

Bueno; quitaré la pantalla. (*Lo hace.*)

GREGOR

No quiere usted entenderme. Será preciso que pase algún tiempo para usted. Pero tú, Hjalmar, tú debías sentirte transfigurado después de esta explicación.

HJALMAR

Sí, claro que lo estoy; es decir, así en cierto modo.

GREGOR

Pues nada hay en el mundo que pueda ser comparado al acto de perdonar a un pecador y elevarlo en amor hacia sí.

HJALMAR

¿Crees que un hombre puede tragar tan fácilmente la pócima amarga que yo acabo de tomar?

GREGOR

Un hombre corriente, no; pero un hombre como tú...

HJALMAR

¡Oh, señor!, ya lo sé; pero no me apures, ¿sabes?; eso requiere tiempo.

GREGOR

Tienes mucho del pato silvestre en tí, Hjalmar.

RELLING

(Ha entrado por la puerta del pasillo.) ¿Qué, ya vuelve usted a hablar del pato silvestre?

HJALMAR

Sí; de la pieza cobrada por Werle y herida en las alas.

RELLING

¿De Werle? ¿Hablaís de él?

HJALMAR

De él y de nosotros todos.

RELLING

(*A media voz a Gregor.*) ¡Que el demonio le lleve a usted!

HJALMAR

¿Qué dices?

RELLING

No hacía más que exponer el íntimo deseo de mi corazón, de que el charlatán éste se vaya lo más pronto posible. Si se queda aquí es capaz de acabar con vosotros dos.

GREGOR

Eso no ocurrirá, señor Relling. No hablemos de Hjalmar; ya le conocemos. Pero también ella tiene, sin duda, en el fondo de su ser algo puro y firme.

GINA

(*Llorosa.*) ¿Por qué no me ha dejado usted como estaba?

RELLING

¿Se le puede preguntar a usted qué es lo que busca en esta casa?

GREGOR

Quiero poner la base de una vida conyugal verdadera.

RELLING

¿De manera que no le parece a usted que el matrimonio Ekdal está bastante bien tal como está?

GREGOR

Es un matrimonio tan bueno como otros muchos. Pero un verdadero matrimonio no lo es.

HJALMAR

Tú nunca has tenido comprensión para las exigencias ideales, Relling.

RELLING

Eso son tonterías, querido. Perdone usted, señor Werle, ¿cuántos, poco más o menos, cuántos verdaderos matrimonios ha conocido usted ya?

GREGOR

Creo que ninguno.

RELLING

Yo tampoco.

GREGOR

Pero conozco innumerables matrimonios del género opuesto, y he tenido ocasión de observar de muy cerca el daño que un matrimonio semejante puede producir.

HJALMAR

Toda la base moral de un hombre está podrida; eso es terrible.

RELLING

Yo no he sido nunca casado, y por eso no puedo juzgar sobre esas cosas. Pero lo que sí sé es que los hijos pertenecen al matrimonio, y a los hijos hay que dejarlos en paz.

HJALMAR

¡Oh, Hedwig; mi pobre Hedwig!

RELLING

Tienes que procurar que Hedwig no sepa nada

de esto. Vosotros dos sois mayores de edad; podéis, pues, pelearos si queréis y hacer experimentos con vuestra situación; pero advierto que seáis prudentes con Hedwig; muy fácilmente podéis hacerla infeliz.

HJALMAR

¿Infeliz?

RELLING

Sí; ella misma podía hacerse infeliz y, quizás, a otros consigo.

GINA

Pero ¿cómo puede usted saber eso, Relling?

HJALMAR

¿Es que habría peligro para su vista?

RELLING

Esto no tiene nada que ver con los ojos; pero Hedwig está en una edad peligrosa y puede ocurrirle fácilmente una desgracia.

GINA

Sí, es verdad; ya empieza. Juega a veces en la cocina con el fuego de una manera... A veces tengo miedo de que quiera quemar la casa.

RELLING

¿Ve usted? Ya lo sabía yo.

GREGOR

(A Relling.) ¿Pero cómo se explica usted esas cosas?

RELLING

(*Secamente.*) Está en el momento de cambiar la voz.

HJALMAR

Mientras la niña me tenga a mí... Mientras yo aliente... (*Llaman a la puerta. Berta Sörby, con traje de calle, entra.*)

SEÑORA SÖRBY

Buenas noches.

GINA

(*Yendo a su encuentro.*) ¿Eres tú, Berta?

SEÑORA SÖRBY

Soy yo; pero es posible que llegue en mala ocasión.

HJALMAR

De ningún modo. Una persona que viene de la casa...

SEÑORA SÖRBY

(*A Gina.*) Si he de decir la verdad, no creía encontrar aquí a estos señores. Por eso vine para charlar un poco contigo y decirte adiós.

GINA

¡Cómo! ¿Te vas?

SEÑORA SÖRBY

Sí; mañana por la mañana. Hacia Hochtal. El señor Werle se ha marchado esta tarde. (*A Gregor.*) Muchos recuerdos suyos.

GINA

¡Qué dices!

HJALMAR

De manera que el señor Werle se ha marchado y usted se va también...

SEÑORA SÖRBY

Sí. ¿Qué le parece, Ekdal?

HJALMAR

Le digo a usted que tenga cuidado.

GREGOR

Te lo explicaré. Mi padre se casa con esta señora.

HJALMAR

¿Se casa con ella?

GINA

¡Oh, Berta! ¿De modo que por fin?

RELLING

(Con voz vibrante.) Eso no puede ser verdad.

SEÑORA SÖRBY

Sí; Werle tiene ya en orden los papeles, y celebraremos sin ceremonias la boda allá arriba.

GREGOR

Entonces la felicito a usted, como buen hijo político.

SEÑORA SÖRBY

Muchas gracias, en el caso de que lo diga usted sinceramente, y espero que lo mismo para Werle que para mí sea una felicidad,

RELLING

Eso puede usted tenerlo por seguro. El señor Werle no se emborracha y, que yo sepa, no acostumbra a maltratar a su mujer como hacía el difunto veterinario.

SEÑORA SÖRBY

¡Oh, deje usted a Sörby descansar en paz! También tenía su lado bueno.

RELLING

El señor Werle, en cambio, tiene las mejores cualidades, ¿verdad?

SEÑORA SÖRBY

Por lo menos no ha dilapidado lo mejor que había en él; el hombre que tal hace, tiene que soportar las consecuencias.

RELLING

Esta noche saldré con Molvig.

SEÑORA SÖRBY

No debía usted hacerlo, Relling; no lo haga usted por mí.

RELLING

No hay más remedio. (*A Hjalmar.*) Si quieres, ven con nosotros.

GINA

Gracias; Ekdal no va a sitios semejantes.

HJALMAR

(*Molestado, a media voz.*) ¿Quieres callar?

RELLING

Adiós, señora... Werle. (*Se va.*)

GREGOR

Parece que usted y Relling se conocían bien.

SEÑORA SÖRBY

Nos hemos conocido hace muchos años. Pudo haber habido algo entre nosotros.

GREGOR

Ha tenido usted suerte con que no haya resultado nada.

SEÑORA SÖRBY

Tiene usted razón; pero yo me he guardado siempre de obrar nada más que por impresiones. Una mujer no puede darse a cualquiera.

GREGOR

¿No tiene usted miedo de que yo pudiera decirle algo a mi padre de esa antigua amistad?

SEÑORA SÖRBY

Puede usted figurarse que ya se lo he dicho yo misma.

GREGOR

¿De veras?

SEÑORA SÖRBY

Su padre de usted conoce todos los puntos sobre que la gente pudieran hablar de mí con alguna razón. Todo se lo dije. Eso fué lo primero que hice tan pronto como me dió a conocer sus intenciones,

GREGOR

Parece que es usted de una franqueza más que ordinaria.

SEÑORA SÖRBY

Franca lo he sido siempre; es lo mejor para nosotras las mujeres.

HJALMAR

¿Qué dices a eso, Gina?

GINA

Nosotras las mujeres somos tan diferentes; unas hacen las cosas de un modo y otras de otro.

SEÑORA SÖRBY

Sí, Gina; pero creo que lo más sensato es hacer lo que yo hago. Werle tampoco me ocultó nada de lo suyo. Eso es precisamente lo que más nos ha ligado. Así puede hablar conmigo tan francamente como un niño. Antes nunca había tenido ocasión de hacerlo. Un hombre como él, sano y rebosante de vida, nunca oyó más que sermones, y muchas veces esos sermones tenían por causa faltas imaginarias, según lo que me ha contado.

GINA

¡Sí, eso es verdad!

GREGOR

¡Si las señoras comienzan a hablar de ese tema, será mejor que me vaya!

SEÑORA SÖRBY

¡Oh!, puede usted quedarse sin miedo. No diré

una palabra más. Pero quería que usted viese que no he hecho ningún trabajo de zapa con Werle. Podría parecer acaso que he tenido una suerte extraordinaria, y en cierto modo es así; pero, en último término, no recibo más de lo que doy. No le dejaré nunca solo, sino que le ayudaré y le serviré como ninguna otra, mucho más ahora, que pronto no podrá valerse.

HJALMAR

¿Cómo que no podrá valerse?

GREGOR

(*A la señora Sörby.*) ¡No hable usted de eso!

SEÑORA SÖRBY

Ya no se puede ocultar, aunque él lo quisiera así. Se quedará ciego.

HJALMAR

(*Sorprendido.*) ¿Se queda ciego? Es extraño. ¡También él se queda ciego!

GINA

Ciegos hay muchos.

SEÑORA SÖRBY

Y no puede decirse lo que eso significa para un hombre de negocios. Yo intentaré emplear mis ojos por él. Pero tengo que irme; estoy tan ocupada... Una cosa todavía. Para usted, Ekdal, tengo encargo de decirle que si Werle pudiese servirle en algo, no tenía más que dirigirse a Groberg.

GREGOR

Hjalmar Ekdal rechaza esa oferta.

SEÑORA SÖRBY

¿Sí? Pues antes no era así.

GINA

¡Sí, Berta; ahora ya no necesita más de él!

HJALMAR

(Lentamente y recalcando las palabras.) Dé usted recuerdos de mi parte a su futuro esposo, y dígame que tengo la intención de ir muy pronto a ver a Groberg...

GREGOR

¿Vas a hacer eso?...

HJALMAR

A ver a Groberg, digo, para que me diga cuál es la cantidad que debo a su principal. Quiero pagar esa deuda de honor. Sí, una deuda de honor... Bien, basta; quiero pagarlo todo con un cinco por ciento de interés.

GINA

Pero querido Ekdal, si no tenemos dinero para eso.

HJALMAR

Dígale usted a su futuro que trabajo sin descanso en mi invento. Dígale, además, que lo que mantendrá mis fuerzas mentales en este trabajo agotador, será el deseo de librarme de una deuda penosa. Por eso quiero hacer el invento. Todo lo que me produzca lo destinaré a librarme de los

favores pecuniarios que me ha hecho su futuro esposo.

SEÑORA SÖRBY

Algo ha pasado aquí.

HJALMAR

Así es.

SEÑORA SÖRBY

Bien; adiós, pues. Tenía todavía que decirte algunas cosas, pero podemos dejarlo para otra vez. Adiós.

(Hjalmar y Gregor se inclinan en silencio, y Gina la acompaña hasta la puerta.)

HJALMAR

No pases del umbral. *(Berta se va. Gina cierra tras ella.)* Ya ves, Gregor; así me libraría de este peso.

GREGOR

Será pronto.

HJALMAR

Creo que mi conducta ha sido correcta.

GREGOR

Eres lo que yo siempre he creído de ti.

HJALMAR

En ciertos casos no puede uno prescindir de las exigencias ideales. Por ser padre de familia, tengo que inclinarme y doblarme de dolor. Pues no es una pequeñez para un hombre sin medios como yo pagar una deuda de muchos años, sobre la cual, por decirlo así, está cubierta con el polvo del pasado. Pero me es igual; mi dignidad de hombre exige también lo suyo.

GREGOR

(*Poniéndole las manos sobre los hombros.*) ¡Querido Hjalmar!, ¿no es verdad que está bien que haya venido?

HJALMAR

¡Sí!

GREGOR

¿No está bien que supieses toda la verdad sobre tu situación?

HJALMAR

(*Algo impaciente.*) ¡Sin duda! Pero hay una cosa todavía que subleva mi sentimiento de justicia.

GREGOR

¿Cuál es?

HJALMAR

El punto... Pero no sé si puedo expresarme sin restricciones sobre tu padre.

GREGOR

No tengas el menor inconveniente.

HJALMAR

Es algo penoso el pensar que ahora no yo, sino él, realiza el verdadero matrimonio.

GREGOR

¿Cómo puedes decir eso?

HJALMAR

Pues así es. Tu padre y Berta contraen un matrimonio que está fundado sobre una confianza plena. Fundado en una franqueza absoluta por

ambas partes. No se ocultan nada el uno al otro. No hay secreto alguno en su vida. Hay entre ellos un perdón mutuo de parte del pecador.

GREGOR

¿Y cuál es la consecuencia?

HJALMAR

Todo coincide en ellos; tú mismo dices que tales dificultades son necesarias para constituir un matrimonio verdadero.

GREGOR

Esa es una cosa completamente distinta. No querrás compararte ni a ti ni a Gina con esos dos. Ya me entiendes.

HJALMAR

Pero no puedo librarme de pensar que en todo ello hay algo que hiere mi sentimiento de justicia. No parece sino que no hay justicia en el mundo.

GINA

¡Ay, Ekdal! No digas esas cosas, por Dios.

GREGOR

Dejemos estar la cuestión.

HJALMAR

Por otra parte parece que el Destino es justo; se queda ciego.

GINA

¡Oh, eso no es seguro todavía!

HJALMAR

Es indudable. Nosotros no podemos dudarle, pues precisamente eso significa la justa expiación. Él ha deslumbrado una vez a una criatura inocente.

GREGOR

¡Desgraciadamente ha deslumbrado a muchas!

HJALMAR

Y ahora viene la explicación misteriosa, implacable, y pide sus propios ojos.

GINA

¿Cómo es posible que digas una cosa tan horrible? Me da miedo.

HJALMAR

Está bien profundizar en ocasiones en los aspectos sombríos de la existencia.

(Hedwig entra por la puerta del pasillo con el abrigo y el sombrero puesto, alegre y sin alientos.)

GINA

¿Has vuelto ya?

HEDWIG

Sí, no tenía ganas de ir más lejos; y ha estado bien, porque me encontré con alguien en la puerta.

HJALMAR

Sería la señora Sörby.

HEDWIG

Sí.

HJALMAR

(Paseando arriba y abajo.) Espero que sea la última vez que la ves.

(Pausa. Hedwig los mira tímidamente tan pronto al uno como al otro, como si quisiera ver lo que pensaba.)

HEDWIG

(Acercándosele con mimo.) Papá.

HJALMAR

¿Qué pasa, Hedwig?

HEDWIG

La señora Sörby ha traído una cosa para mí.

HJALMAR

¿Para ti?

HEDWIG

Sí, para mañana.

GINA

Berta siempre ha tenido para ti una pequeñez en ese día.

HJALMAR

¿Qué es lo que ha traído?

HEDWIG

No puedes saberlo todavía; mamá me lo dará mañana en la cama.

HJALMAR

¡Siempre esa comunidad, de la que yo estoy excluido!

HEDWIG

No, vas a verlo. Es un sobre muy grande. (*Saca el sobre del bolsillo del abrigo.*)

HJALMAR

¿Una carta también?

HEDWIG

Nada más que la carta. Se conoce que lo demás vendrá más tarde. Pero figúrate... ¡Una carta! Nunca he tenido una carta. Y en el sobre dice: Señorita (*Leyendo.*) Señorita Hedwig Ekdal. Figúrate... ¡Esa soy yo!

HJALMAR

Déjame ver el sobre.

HEDWIG

(*Dádoselo.*) Mira.

HJALMAR

Es letra de Werle.

GINA

¿Estás seguro, Ekdal?

HJALMAR

Mira tú misma.

GINA

¡Oh, yo no entiendo de eso!

HJALMAR

Hedwig... ¿Me dejas que abra la carta... y la lea?

HEDWIG

Como tú quieras.

GINA

No, hoy no, Ekdal; déjalo para mañana.

HEDWIG

(En voz baja.) ¡Déjale que la lea! Seguramente será algo bueno, y entonces se pondrá contento y tendremos mejor humor.

HJALMAR

¿De modo que puedo abrirla?

HEDWIG

Sí, ábrela, papá... Tengo ganas de saber lo que dice.

HJALMAR

Está bien. *(Abre el sobre, saca un papel y parece confundido.)* ¿Qué es esto?

GINA

¿Qué dice?

HEDWIG

¡Oh, sí, papá, dílo!

HJALMAR

¡Silencio! *(Vuelve a leer; se ha puesto pálido, pero dominándose.)* Es una donación, Hedwig.

HEDWIG

¡Qué gusto! ¿Pero qué es?

HJALMAR

Léela tú misma. (*Hedwig se aproxima al quinqué y lee un momento.*)

HJALMAR

(*A media voz, cerrando los puños.*) ¡Los ojos! ¡Los ojos! ¡Y ahora esta carta!

HEDWIG

(*Interrumpiendo la lectura.*) Sí; pero creo que es para el abuelo.

HJALMAR

(*Quitándole el papel.*) Gina... ¿Puedes entender esto?

GINA

Si no sé nada; dime lo que es.

HJALMAR

Werle escribe a Hedwig que su viejo abuelo no necesita hacer más copias, y que en lo futuro recibirá en su caja cien coronas mensuales.

GREGOR

Oiga...

HEDWIG

¡Cien coronas, madre! Eso lo leí yo.

GINA

Está bien para el abuelo.

HJALMAR

Cien coronas mientras las necesite; es decir, naturalmente, mientras viva.

GINA

Así está libre de cuidados el pobre.

HJALMAR

Pero ahora viene lo bueno. Eso no lo leiste tú, Hedwig. Después el regalo pasará a ti.

HEDWIG

¿A mí? ¿Todo?

HJALMAR

Dice que te asegura la misma cantidad para mientras vivas. ¿Lo oyes, Gina?

GINA

Sí, ya oigo.

HEDWIG

¡Figúrate! Todo ese dinero para mí. (*Sacudiéndole.*) ¡Oh, papá!, ¿no te alegras?

HJALMAR

(*Rechazándola.*) ¿Alegrarme? (*Pasea arriba y abajo.*) ¡Oh, qué pensamientos, qué perspectivas se abren ante mí... A Hedwig, a ella es a quien regala con tanta esplendidez.

GINA

Es el día de su cumpleaños.

HEDWIG

Y de todos modos será para ti, papá. Ya puedes figurarte que yo os daré todo el dinero a ti y a mamá.

HJALMAR

¡A tu madre! ¡Ahí está la cosa!

GREGOR

Hjalmar, es un lazo que te tienden.

HJALMAR

¿Crees que será otra vez un lazo?

GREGOR

Cuando estuvo aquí esta mañana, me dijo:
Hjalmar Ekdal no es el hombre que tú crees.

HJALMAR

¡Que no soy el hombre!...

GREGOR

¡Ya lo verás, añadió!

HJALMAR

¡Creería que yo me conformaría con dinero!

HEDWIG

Pero ¿qué es esto, mamá?

GINA

Vete y cámbiate de ropa. (*Hedvig se va a la cocina a punto de llorar.*)

GREGOR

¡Sí, Hjalmar! Ahora se verá quién tenía razón, si él o yo.

HJALMAR

(Rasga el papel de arriba abajo, posa los pedazos sobre la mesa, y dice.) Esta es mi respuesta.

GREGOR

Lo esperaba.

HJALMAR

(Va hacia Gina, que está de pie al lado de la estufa, y dice con voz contenida.) Y ahora nada de secretos. Cuando las relaciones entre él y tú hubieron terminado, cuando empezaste a estimarme, como tú dices, ¿por qué nos puso entonces en situación de casarnos?

GINA

Creía que podría entrar y salir aquí en casa.

HJALMAR

¿Nada más que eso? ¿No tenía miedo de una cierta posibilidad?

GINA

No entiendo lo que quieres decir.

HJALMAR

Quiero saber si tu hija tiene derecho a vivir bajo mi techo.

GINA

(Se pone en pie, sus ojos brillan.) ¿Y preguntas eso?

HJALMAR

Contéstame. ¿Hedwig es hija... o...?

GINA

(*Lo mira friamente.*) No lo sé...

HJALMAR

(*Tiembla ligeramente.*) ¡No lo sabes!

GINA

¿Cómo puede saber eso... una mujer como yo?

HJALMAR

(*Separándose tranquilamente de ella.*) Entonces nada tengo que hacer aquí.

GREGOR

¡Pero, piensa, Hjalmar!...

HJALMAR

Aquí no hay nada que pensar para un hombre como yo.

GREGOR

¡Oh, aquí hay muchísimo que pensar! Vosotros tres tenéis que seguir juntos si quierdes sentir la elevación del perdón supremo.

HJALMAR

Pero es que no quiero. ¡Nunca, nunca! Mi sombrero. (*Lo coge.*) Mi hogar ha caído deshecho en ruinas. (*Rompiendo a llorar.*) Gregor, ya no tengo hija.

HEDWIG

(*Que ha abierto la puerta de la cocina. Yendo hacia él.*) ¡Papá, papá!

GINA

Mira.

HJALMAR

No te acerques a mí, Hedwig. Lejos de mí. No puedo soportar tu presencia. ¡Oh, los puntitos de los ojos! Adiós. (*Va hacia la puerta.*)

HEDWIG

(*Cogiéndose a él.*) No, no te vayas.

GINA

(*Gritando.*) ¡Pero mira la niña, Ekdal! ¡Mira la niña!

HJALMAR

No quiero, no puedo. Me voy. Fuera con todo esto. (*Se desprende de Hedwig y se va por la puerta del pasillo.*)

HEDWIG

(*Con acento desesperado.*) ¡Se marcha de casa, mamá; se marcha de casa! ¡No volverá más!

GINA

No llores, Hedwig. Papá volverá.

HEDWIG

(*Se arroja en el sofá sollozando.*) ¡No, no volverá a casa con nosotras!

GREGOR

Crea usted, señora, que yo no quería más que lo mejor.

GINA

Sí, sí, casi lo creo. Pero que Dios le perdone a usted.

HEDWIG

(En el sofá.) ¡Oh, siento como si me fuese a morir! ¿Qué he hecho yo? Mamá, tienes que traerlo a casa.

GINA

Sí, sí, estáte tranquila. Voy a salir a ver si lo encuentro. *(Se pone el abrigo.)* Puede ser que esté con Relling. Pero levántate y no llores. ¿Me lo prometes?

HEDWIG

(Llorando convulsivamente.) Sí, no lloraré más; pero que vuelva papá.

GREGOR

(A Gina que va a salir.) ¿No sería mejor dejarlo solo con su dolor por de pronto?

GINA

Puede hacerlo después. Ante todo hay que calmar a la niña. *(Se va.)*

HEDWIG

(Se sienta y se seca las lágrimas. A Gregor.) Ahora dígame usted lo que pasa. ¿Por qué no quiere papá nada conmigo?

GREGOR

No pregunte usted eso hasta que sea usted mayor.

HEDWIG

(*Sollozando.*) Pero no puedo vivir con esta tristeza inmensa hasta que sea mayor. Ya sé lo que es. Puede ser que no sea verdadera hija de papá.

GREGOR

(*Confuso.*) ¿Cómo podía ser eso?

HEDWIG

Mamá pudo haberme encontrado. Y papá no lo habrá sabido hasta ahora. Pues cosas así las he leído ya.

GREGOR

¿Y si fuera así?

HEDWIG

Podía quererme también lo mismo. Y hasta casi más. El pato nos lo han regalado, y, sin embargo, lo quiero tanto...

GREGOR

(*Desviando la conversación.*) El pato, sí, es verdad. Charlemos un poco del pato, Hedwig.

HEDWIG

¡Pobre pato! Tampoco quiere verle más. Figúrese usted. Dice que le dan ganas de retorcerle el pescuezo.

GREGOR

Pero no lo hará.

HEDWIG

No; pero lo ha dicho, y eso me parece muy feo en papá. Pues yo rezo todas las noches por el pato y ruego a Dios que le libre de la muerte y de todo mal.

GREGOR

(*Mirándola.*) ¿Acostumbra usted a rezar por las noches?

HEDWIG

Sí.

GREGOR

¿Quién la ha acostumbrado a usted?

HEDWIG

Yo misma, porque una vez papá estaba muy malo y le pusieron sanguijuelas y dijo que estaba luchando con la muerte...

GREGOR

Sí, sí...

HEDWIG

Entonces, al ir a acostarme recé por él y luego seguí haciéndolo.

GREGOR

¿Y ahora reza usted también por el pato?

HEDWIG

Créi que sería lo mejor rezar también por él, porque al principio estaba muy enfermo.

GREGOR

¿Reza usted también por las mañanas?

HEDWIG

No, por las mañanas no.

GREGOR

¿Por qué no por la mañana como por la noche?

HEDWIG

Por la mañana está claro y no se tiene miedo.

GREGOR

¿Y su padre quería retorcerle el pescuezo al pato que usted tanto quiere?

HEDWIG

No, dijo que sería lo mejor para él retorcerse-lo, pero que por mí no lo haría. Y en eso estuvo cariñoso papá.

GREGOR

(Acercándose) ¿Pero si usted por él sacrificase el pato?...

HEDWIG

(Levantándose.) ¡El pato!...

GREGOR

¿Si sacrificase usted por él lo mejor que posee en el mundo?

HEDWIG

¿Cree usted que eso serviría de algo?

GREGOR

Pruebe usted a ver, Hedwig.

HEDWIG

(Bajo, con los ojos brillantes.) Sí, lo probaré.

GREGOR

¿Y cree usted que tendrá fuerza suficiente para hacerlo?

HEDWIG

Le pediré al abuelo que me mate el pato.

GREGOR

Hágalo. Pero no le diga usted nada a su madre.

HEDWIG

¿Por qué no?

GREGOR

No nos entendería.

HEDWIG

¡El pato! Mañana por la mañana lo haré. (*Gina entra por la puerta del pasillo. Hedwig sale a su encuentro.*) ¿Lo encontraste, mamá?

GINA

No; pero me dijeron que había estado a ver a Relling y que se lo había llevado consigo.

GREGOR

¿Está usted segura?

GINA

La portera me lo dijo. Y me dijo que Molvig iba también con ellos.

GREGOR

¡Y eso ahora que le era tan necesario luchar con su dolor en la soledad!

GINA

(*Se quita el abrigo y el sombrero.*) ¡Bah, los hom-

bres son muy distintos; Dios sabe adonde se lo habrá llevado Relling! Estuve en casa de la señora Eriksen, pero allí no estaban.

HEDWIG

(Luchando por contener las lágrimas.) ¡Oh, si no volviese a casa!...

GREGOR

Ya volverá. Mañana iré a buscarlo. Y entonces verá usted cómo viene. Duerma usted tranquila, Hedwig. Buenas noches. *(Sale por la puerta del pasillo.)*

HEDWIG

(Se arroja sollozando al cuello de Gina.) ¡Oh, mamá, mamá!...

GINA

(Le da unos golpes en la espalda y suspira.) Sí, tenía razón Relling; eso pasa cuando vienen esos locos con sus exigencias *ideales*.

ACTO QUINTO

En el estudio de Hjalmar Ekdal. Hay una luz de mañana gris y fría. Sobre las ventanas del techo hay nieve. Gina, con un delantal de cocina, una escoba y un plumero, sale de la cocina y va a la puerta de la sala. Al mismo tiempo entra rápidamente Hedwig por la puerta del pasillo.

GINA

(Parándose) ¿Qué?

HEDWIG

Sí, mamá; casi creo que está con Relling, pues la portera dice que Relling venía con otros dos esta noche al volver a casa.

GINA

Ya me lo figuraba yo.

HEDWIG

Pero eso no sirve de nada si no quiere subir a casa.

GINA

Por lo menos bajaré a hablar con él.

EKDAL

(Sale de su cuarto en zapatillas y con la pipa.)
¡Hjalmar!... ¿No está en casa Hjalmar?

GINA

No, ha salido ya.

EKDAL

¿Tan temprano y con este temporal de nieve?
Bueno. Haz el favor... Entraré yo solo. (*Abre la
puerta del desván ayudado por Hedwig. Entra y
Hedwig vuelve a cerrar.*)

HEDWIG

Figúrate, mamá, si el pobre abuelo oye que
papá quiere abandonarnos.

GINA

¡Oh, no digas esas cosas! El abuelo no necesita
saber nada. Fué una suerte que ayer no estuviera
en casa.

HEDWIG

Sí, pero...

GREGOR

(*Entra por la puerta del pasillo.*) ¿Qué, ha en-
contrado usted sus huellas?

GINA

Dicen que está abajo, en casa de Relling.

GREGOR

¿En casa de Relling? ¿De modo que se fué real-
mente con ese hombre?

GINA

Probablemente.

GREGOR

¡Él que necesitaba tanto la soledad para vol-
ver sobre sí!

GINA

Sí, usted dice eso.
(Relling entrando por el pasillo. Hedwig sale a su encuentro.)

HEDWIG

¿Está papá en su casa?

GINA

(Al mismo tiempo.) ¿Está abajo?

RELLING

Sí, está en mi casa.

HEDWIG

¿Y no nos dice usted nada?

RELLING

Que soy una bestia. Pero primero tenía otra bestia en la cama, el satánico, naturalmente, y luego me dormí de tal modo que...

GINA

¿Qué dice Ekdal?

RELLING

No habla una palabra.

HEDWIG

¿No dice nada?

RELLING

Ni una sílaba.

GREGOR

Sí, eso se comprende.

GINA

Pero entonces, ¿qué hace?

RELLING

Está tumbado en el sofá y ronca.

GINA

Sí, Ekdal ronca mucho.

HEDWIG

¿Duerme?... ¿Puede dormir?...

RELLING

Por lo menos lo parece.

GREGOR

Se comprende, después de la lucha que ha pasado en su alma.

GINA

Y él que no está acostumbrado a andar por ahí de noche.

HEDWIG

Puede que esté bien que duerma.

GINA

También a mí me lo parece. Pero entonces no hay por qué despertarle. Gracias, Relling. Ahora a limpiar primero un poco la casa y luego... Ven a ayudarme, Hedwig. *(Gina y Hedwig se van a la sala.)*

GREGOR

(A Relling.) ¿Puede usted explicarme el proceso espiritual porque está pasando Hjalmar Ekdal?

RELLING

Yo no he notado que hubiese en él proceso espiritual ninguno.

GREGOR

¡Cómo! ¿En una crisis como esta en que toda su vida recibe una base nueva? ¿Cómo puede usted pensar que una personalidad como la de Hjalmar?...

RELLING

¡Oh, personalidad él! En el caso de que haya tenido alguna vez un principio de esa anomalía que usted llama personalidad, raíces y tejidos le han sido extirpados en la juventud; puedo asegurárselo.

GREGOR

Sería extraño, con la educación tan cuidadosa que recibió.

RELLING

¿De la loca de la tía solterona histérica?

GREGOR

No le digo más sino que eran mujeres que no olvidaban nunca las exigencias ideales. Ahora se burlará usted de mí otra vez.

RELLING

No, no tengo humor para hacerlo. Además, estoy muy bien informado; me ha hablado ya varias veces de esas dos madres espirituales; pero no creo que tenga gran razón para estarlas agradecido. Su gran desgracia es que en su círculo se le tuvo siempre por un hombre extraordinario.

GREGOR

¿Es que acaso no lo es; en la profundidad del sentimiento, quiero decir?

RELLING

Nunca he notado nada de eso. Que su padre lo crea, pase, pues el pobre viejo ha sido toda su vida un tonto...

GREGOR

Ha sido al menos un hombre de corazón de niño...; por eso no lo entenderá usted.

RELLING

Cuando el simpático y dulce Hjalmar, a fuerza de fatigas, llegó a ser estudiante, pasaba también entre sus camaradas como una gloria futura. Es verdad que tenía la atracción de su guapeza, rojo y blanco, como las muchachitas prefieren a los hombres. Y como tiene un sentimiento fácilmente impresionable y una voz de un acento atractivo, y como sabía declamar tan bien los versos y pensamientos de otros...

GREGOR

(*Con amargura.*) ¿Habla usted realmente de Hjalmar Ekdal?

RELLING

Sí, con permiso de usted. Pues así es por dentro el ídolo a cuyos pies se prosterna usted.

GREGOR

Yo no creo ser completamente ciego.

RELLING

¡Oh, no está usted muy lejos de eso!, pues es usted un enfermo, usted también.

GREGOR

En eso tiene usted razón.

RELLING

Tiene usted una enfermedad complicada. Primero, esa fiebre de justicia, y luego, lo que es peor, vive usted siempre en un delirio de idolatría. ¡Siempre quiere usted tener algo que admirar fuera de sus asuntos!

GREGOR

Es verdad que tengo que buscarlo fuera de mí.

RELLING

Pero se engaña usted miserablemente en los monstruos maravillosos que cree usted ver y oír a su alrededor. Una vez más ha venido usted con sus exigencias ideales a una choza. En esta casa no viven gentes presentables en un salón.

GREGOR

Si no tiene usted mejor opinión que esa de Hjalmar Ekdal, ¿cómo puede usted tener gusto en estar constantemente con él?

RELLING

Señor, es que yo soy, con permiso de usted, una especie de médico. Por eso tengo que ocuparme de los pobres enfermos que viven en la misma casa.

GREGOR

¿Qué dice usted? ¿Está enfermo Hjalmar Ekdal?

RELLING

¡Los hombres, desgraciadamente, están casi todos enfermos!

GREGOR

¿Y qué tratamiento emplea usted con Hjalmar?

RELLING

Mi tratamiento ordinario. Procuro que no se desvanezca la mentira vital.

GREGOR

¿La mentira vital? ¡No he debido oír bien!

RELLING

Sí, dije la mentira vital, porque la mentira vital es el principio estimulante.

GREGOR

¿Puedo preguntarle cuál es la mentira de vida de que está afectado Hjalmar?

RELLING

No, gracias; no descubro tales secretos a charlatanes. Sería usted capaz de estropeármelo más todavía. Pero el método está probado. Con Molvig lo he aplicado también. A Molvig lo he hecho satánico.

GREGOR

¿Es que no es satánico?

RELLING

¿Qué es eso de satánico? No es más que una tontería que he inventado para conservarle en la vida. Si no lo hubiera hecho, el pobre diablo hubiera sucumbido hace muchos años de desesperación a fuerza de despreciarse a sí mismo. Luego el viejo teniente; ahora que éste ha inventado él mismo el tratamiento.

GREGOR

¿El teniente Ekdal? ¿Qué le pasa?

RELLING

¿No ve usted cómo él, el cazador de osos, se dedica a cazar conejos ahí, en la obscuridad del desván? No hay en el mundo un tirador tan feliz como el viejo cuando puede estar a sus anchas entre todos esos trastos. Los cuatro o cinco árboles de Navidad que ha conservado son para él lo mismo que el bosque de allá arriba. El gallo y las gallinas son para él urogallos entre los pinos. Los conejos que saltan por el suelo son los osos con quienes él lucha, él, el hombre valiente de la Naturaleza.

GREGOR

El desgraciado Ekdal ha tenido que renunciar a los ideales de su juventud.

RELLIN

A propósito, señor Werle hijo, ¿para qué emplea usted la palabra literaria *ideales*, si tenemos la palabra *mentiras*, que es más exacta?

GREGOR

¿Cree usted que hay algo de común entre las dos?

RELLING

Como entre el tifus y la fiebre tifoidea.

GREGOR

Doctor, no me tranquilizaré hasta que haya salvado a Hjalmar de entre sus manos.

RELLING

Eso sería lo peor para él. Si a un hombre de tipo medio le quita usted la mentira vital, le quita usted al mismo tiempo la dicha. (*A Hedwig que entra en la sala.*) Bien, madrecita del pato, me voy abajo a ver si papá vive todavía y medita sobre el invento. (*Sale por el pasillo.*)

GREGOR

(*Acercándose a Hedwig.*) Veo en su cara que todavía no está hecho.

HEDWIG

¿El qué? ¿Lo del pato? No.

GREGOR

No tuvo usted fuerzas para hacerlo, ¿verdad?

HEDWIG

No, eso no; pero cuando esta mañana desperté y empecé a pensar sobre lo que habíamos hablado ayer, me pareció tan extraño...

GREGOR

¿Extraño?

HEDWIG

Sí, no sé. Ayer noche, al pronto me parecía

muy hermoso; pero cuando me fuí a dormir y después desperté, ya no me parecía nada.

GREGOR

Es verdad que no pudo usted vivir aquí sin que algo se perdiese en su alma.

HEDWIG

Eso no me importa. La cosa es que papá quisiera volver.

GREGOR

¡Oh!, si tuviese usted los ojos bien abiertos para lo que da valor a la vida, si poseyese el verdadero sentimiento del sacrificio gustoso, ya vería usted cómo volvía. Sin embargo, tengo todavía esperanza en usted, Hedwig. *(Se va por el pasillo.)*

(Hedwig pasea por la escena. En seguida quiere ir a la cocina. Al mismo tiempo llaman de adentro en la puerta del desván; Hedwig abre un poco, sale el viejo Ekdal y vuelve a cerrar la puerta.)

EKDAL

¡Hum!... La partida de la mañana solo no es ningún placer.

HEDWIG

¿No tienes gana de ir a cazar, abuelo?

EKDAL

Hoy no hace tiempo de caza. Está demasiado obscuro allá adentro. No se ve apenas.

HEDWIG

¿No se te ocurre nunca tirar más que a los conejos?

EKDAL

¿Es que los conejos no son bastante buenos?

HEDWIG

Sí. Pero ¿y, por ejemplo, el pato?

EKDAL

¡Oh!, ¿tienes miedo que te mate tu pato? Nunca en la vida, nunca.

HEDWIG

Claro, no podrías. Debe ser muy difícil matar un pato silvestre.

EKDAL

¿Qué no podría? Ya lo creo.

HEDWIG

¿Cómo ibas a hacerlo, abuelo? No quiero decir con mi pato, sino con otro.

EKDAL

Trataría de pegarle un tiro debajo del pecho, ¿sabes?, eso es lo más seguro. Y luego hay que tirar contra las plumas.

HEDWIG

¿Se mueren entonces, abuelo?

EKDAL

Claro que mueren si se tira bien. Bueno, tengo que ir a mi cuarto a arreglarme. Ya, ya entiendo.

(Se va a su cuarto.)

(Hedvig espera un poco, mirando hacia la puer-

ta de la sala, luego se va al estante, se pone sobre las puntas de los pies, coge la pistola de dos cañones y la contempla. Gina con una escoba y un plumero entra por la puerta de la sala. Hedwig deja rápidamente la pistola en su sitio.)

GINA

No estés ahí revolviendo en las cosas de tu padre, Hedwig.

HEDWIG

(Separándose del estante.) Quería poner un poco de orden.

GINA

Vete a la cocina y ten cuidado que el café esté caliente; quiero llevárselo cuando baje a verlo. *(Hedwig se va. Gina empieza a barrer y limpiar el estudio. Un momento después se abre con precaución la puerta del pasillo, y Hjalmar Ekdal asoma la cabeza. Trae el abrigo puesto, pero viene sin sombrero, sin lavar, con los cabellos en desorden y la mirada apagada. Gina se queda parada con la escoba en la mano y le mira.)* ¿Eres tú, Ekdal? ¿Vienes por fin?

HJALMAR

(Con voz sombría y entrando.) Sí, vengo para volverme a marchar al momento.

GINA

Sí, sí, ya me lo figuro. Pero ¡Jesús, qué aire tienes!

HJALMAR

¿Qué aire tengo?

GINA

¡Y tu hermoso abrigo de invierno! Bueno lo has puesto.

HEDWIG

(*En la puerta de la cocina.*) Mamá, no quieres...
(*Ve a Hjalmar, da un grito de alegría y corre hacia él.*) ¡Papá, papá!

HJALMAR

(*Se vuelve y extiende las manos rechazándola.*)
¡Fuera, fuera! (*A Gina.*) ¡Quítala de mi vista!

GINA

(*A media voz.*) Vete allí adentro, Hedwig. (*Hedwig se va en silencio.*)

HJALMAR

(*Activamente, sacando el cajón de la mesa.*) Tengo que llevarme mis libros. ¿Dónde están mis libros?

GINA

¿Qué libros?

HJALMAR

Mis libros científicos, naturalmente...; las revistas técnicas que necesito para mi invento.

GINA

(*Buscando en el estante.*) ¿Son éstas... que no tienen cubierta?

HJALMAR

Sí, ésas son.

GINA

(*Poniendo un montón de cuadernos sobre la mesa.*) ¿Quieres que te los corte Hedwig?

HJALMAR

No necesito que me los corten. (*Pausa corta.*)

GINA

¿De modo que estas decidido a irte de con nos-
otras?

HJALMAR

(*Revolviendo entre los libros.*) Eso se compren-
de por sí mismo, me parece.

GINA

Sí.

HJALMAR

(*Violentamente.*) No puedo quedarme aquí para
ver mi corazón desgarrado a cada momento.

GINA

Dios te perdone el creer cosas tan malas de mí.

HJALMAR

Prueba...

GINA

Me parece que tú eres el que debería probar.

HJALMAR

¿Después de un pasado como el tuyo? Hay
ciertas exigencias..., casi las llamaría exigencias
ideales.

GINA

¿Y el abuelo? ¿Qué va hacer el pobre?

HJALMAR

Sé cuál es mi deber; sé marchará conmigo. Me
voy a la ciudad a hacer gestiones... ¡Hum!... (*Vaci-
lando.*) ¿Ha encontrado alguien mi sombrero en
la escalera?

GINA

No. ¿Has perdido el sombrero?

HJALMAR

Naturalmente; lo tenía puesto esta noche cuando volví a casa; eso no tiene duda; pero esta mañana no pude encontrarlo.

GINA

¡Jesús! ¿Dónde has estado con esos trasnochadores?

HJALMAR

¡Oh, no me preguntes por cosas de tan poca monta! ¿Crees que tengo humor para recordar todos los detalles?

GINA

¡Con tal de que no te hayas acatarrado, Ekdal!
(*Se va a la cocina.*)

HJALMAR

(*Habla a media voz e incomodado consigo mismo mientras rebusca en el cajón de la mesa.*) ¡Eres un canalla, Relling!... ¡Un bribón!... ¡Cómo me has seducido!... ¿No podría encontrar alguien que te asesinase?...

(*Separa a un lado algunas cartas viejas; encuentra el papel que rompió el día anterior, lo coge y mira los pedazos; al oír venir a Gina los pone rápidamente a un lado.*)

GINA

(*Coloca una bandeja con servicio de café sobre la mesa.*) Aquí tienes un poco de comida caliente por si tuvieres gana, y aquí tienes pan con mantequilla y un poco de carne.

HJALMAR

(*Mirando de lado a la bandeja.*) ¿Carne? ¡No tomaré un bocado más bajo este techo! Es verdad que hace veinticuatro horas que no he tomado ningún alimento sólido; pero eso es lo mismo. ¡Mis apuntes! ¡Mis recuerdos empezados! ¿Dónde está mi diario y mis papeles importantes? (*Abre la puerta de la sala.*) ¡También allí está!

GINA

Pero, Señor, en alguna parte ha de estar la niña.

HJALMAR

Sal de aquí. (*Hedwig viene asustada al estudio. Con la mano en el llamador de la puerta, a Gina.*) Los últimos momentos que paso en mi antigua casa deseo verme libre de extraños... (*Entra.*)

HEDWIG

(*Da un salto hacia su madre, y pregunta en voz baja.*) ¿Dice eso por mí?

GINA

Estáte en la cocina, Hedwig, o no, mejor te vas a tu cuarto. (*A Hjalmar, yendo hacia la sala.*) Espera un poco, Ekdal; no revuelvas así la cómoda; yo sé dónde están todas las cosas.

HEDWIG

(*Está un momento inmóvil llena de miedo y de indecisión y se muerde los labios para contener las lágrimas; luego agita convulsivamente las manos y dice en voz baja.*) ¡El pato!... (*Va hacia el estante y coge la pistola, entreabre la puerta del desván un poco y se introduce por la abertura y cierra tras*

si. Hjalmar y Gina empiezan a disputar allá adentro.)

HJALMAR

(*Entra con algunas hojas escritas y viejos papeles sueltos que pone sobre la mesa.*) ¡Para qué va a servirme el saco de viaje! Si tengo que llevar mil cosas.

GINA

(*Siguiéndole con el saco de viaje.*) Pero deja todo eso aquí entretanto, y llévate por ahora una camisa y un par de calzoncillos.

HJALMAR

¡Uff!... ¡Estos preparativos fatigosos!... (*Se quita el abrigo y lo tira sobre el sofá.*)

GINA

Y entretanto se te enfría el café.

HJALMAR

¡Hum!... (*Bebe involuntariamente un sorbo y a seguida otro.*)

GINA

(*Quitando el polvo a las sillas.*) Lo más difícil para ti será encontrar un desván grande para los conejos.

HJALMAR

¡Cómo! ¿Es qué voy a llevar los conejos también conmigo?

GINA

Sí, claro está; el abuelo no puede vivir sin los conejos.

HJALMAR

Tendrá que acostumbrarse a ello. Yo tengo que renunciar a cosas más altas que los conejos.

GINA

(Limpiando el polvo del estante.) ¿Quieres que te meta la flauta en el saco de viaje?

HJALMAR

No, nada de flauta. Pero dame la pistola.

GINA

¿Quieres llevarte la pistola?

HJALMAR

Sí, mi pistola cargada.

GINA

(Buscándola.) No está aquí. La habrá llevado consigo allá adentro.

HJALMAR

¿Está el abuelo en el desván?

GINA

Claro que está.

HJALMAR

¡El pobre viejo solitario!... *(Coge un trozo de pan con manteca, come y se bebe la taza de café.)*

GINA

Si no hubiésemos alquilado la habitación, podrías haberte ido a ella.

HJALMAR

¡Yo vivir bajo el mismo techo que...! ¡Nunca!
¡Nunca!

GINA

Pero ¿no podrías pasar dos o tres días allá adentro, en la casa? Lo tendrías todo para ti solo.

HJALMAR

¡Nunca dentro de estos muros!...

GINA

¿Y abajo, con Relling y Molvig?

HJALMAR

¡No me hables de esos hombres! ¡Se me quita el apetito sólo de pensar en ellos!... ¡Oh, no; tengo que irme afuera, entre la tempestad de nieve...; ir de casa en casa en busca de asilo para mi padre y para mí!...

GINA

¡Pero si no tienes sombrero, Ekdal! ¿No ves que has perdido tu sombrero?

HJALMAR

¡Oh, los dos malditos tan ricos en toda clase de vicios!... Es preciso hacerse con un sombrero. *(Toma una segunda rebanada de pan con manteca.)* No tengo ganas de poner en peligro mi vida. *(Busca alguna cosa en la bandeja.)*

GINA

¿Qué buscas?

HJALMAR

Manteca.

GINA

Voy a traértela en seguida. *(Se va a la cocina.)*

HJALMAR

(Llamándola.) No es necesario. Puedo comer perfectamente pan seco.

GINA

(Con un tarro de manteca.) Aquí tienes; está muy fresca. *(Le sirve una nueva taza de café. El se sienta en el sofá, unta el pan de manteca y come y bebe un momento en silencio.)*

HJALMAR

¿Me molestaría alguien si pasara uno o dos días allá adentro?

GINA

Se podría hacer muy bien si quisieses.

HJALMAR

Pues no veo la posibilidad de llevarme de una vez todas las cosas de papá.

GINA

Y, además, tienes que decirle todavía que no quieres seguir viviendo con nosotras.

HJALMAR

(Echando a un lado la taza.) Eso también, sí... ¡Tener que revolver otra vez en todas estas historias complicadas!... Tengo que dominarme, tener un poco de tranquilidad. No puedo descargarme en un solo día de todo este peso.

GINA

Y, además, con un tiempo tan terrible como el que hace...

HJALMAR

(Echando a un lado la carta de Werle.) ¿El papel este anda todavía por aquí?

GINA

Yo no lo he tocado.

HJALMAR

A mí no me interesa.

GINA

Yo tampoco pienso en sacar ningún provecho de ello.

HJALMAR

Pero tampoco es necesario tirarlo a la basura. Si me mudo, en la confusión podría tan fácilmente...

GINA

Ya tendré cuidado con él, Ekdal.

HJALMAR

El documento pertenece, ante todo, a mi padre, y es cosa suya el hacer o no uso de él.

GINA

(Suspirando.) ¡Oh, el pobre viejo padre!...

HJALMAR

Por vía de seguridad... ¿Dónde hay un poco de goma?

GINA

(Yendo al estante.) Aquí está el frasco.

HJALMAR

¿Y el pincel?

GINA

(Trayéndoselo.) Aquí está también el pincel.

HJALMAR

(Cogiendo unas tijeras.) Pondré una tira de papel en la parte de atrás... (Corta y pega.) De ningún modo quiero tocar cosas que son propiedad ajena..., y mucho menos si son de un pobre anciano. Ni tampoco a las de... otra persona... Así. Déjalo estar ahí un momento, y cuando esté seco, llévatelo. Yo no quiero verlo más ante mi vista. ¡Nunca!

(Gregor Werle entra por la puerta del pasillo.)

GREGOR

(Algo admirado.) ¡Cómo! ¿Estás aquí sentado, Hjalmar?

HJALMAR

(Poniéndose en pie.) Me había caído de cansancio.

GREGOR

También veo que te has desayunado.

HJALMAR

Hay que darle lo suyo al cuerpo en ocasiones.

GREGOR

¿Te has decidido ya a algo?

HJALMAR

Para un hombre como yo, no hay más que un camino... Estoy buscando mis cosas más importantes; pero ya puedes figurarte que eso lleva tiempo.

GINA

(*Algo impaciente.*) ¿Limpio ahora la casa o empaqueto antes tu saco de viaje?

HJALMAR

(*Mirando de soslayo a Gregor.*) Empaqueta... y haz la limpieza.

GINA

(*Coge el saco de viaje.*) Bien, entonces te meteré aquí la camisa y las otras cosas. (*Entra en la sala y cierra la puerta tras sí.*)

GREGOR

(*Tras una pausa corta.*) Nunca hubiera creído que terminaría así. ¿Te es realmente necesario abandonar tu casa?

HJALMAR

(*Pasea agitado.*) ¿Qué crees que debía hacer? Yo no estoy hecho para ser infeliz, Gregor. Tengo que vivir en ambiente agradable, tranquilo y pacífico.

GREGOR

Pero ¿es que no puedes? Inténtalo. Ahora me parece que hay aquí un cimiento bastante firme para edificar sobre él. Comienza desde el principio. Y luego, piensa también en que tienes que vivir para tu invento.

HJALMAR

¡Oh, no me hables del invento!... Eso es una cosa muy lejana todavía.

GREGOR

¿De veras?

HJALMAR

Pero, Señor, ¿qué es lo que voy a inventar? Los demás me han llevado ya lo mejor. Cada día resulta más difícil inventar algo.

GREGOR

Pero tú has trabajado mucho en ello.

HJALMAR

El loco de Relling fué el que me metió en eso.

GREGOR

¿Relling?

HJALMAR

Sí, él fué el primero que me hizo notar mis disposiciones para algún invento en el campo de la fotografía.

GREGOR

¡Ajá!... ¡De modo que Relling!...

HJALMAR

Yo me sentí muy feliz con ello, no tanto por el invento en sí, sino porque Hedwig creía en él con toda la fuerza de su alma de niña. Esto es..., yo, ¡loco de mí!, me hice la ilusión de que lo creía.

GREGOR

¿Cómo puedes pensar que Hedwig haya obrado con falsía para contigo?

HJALMAR

Ahora ya sé lo que es. Hedwig se ha puesto en mi camino. Me quita el sol de la vida.

GREGOR

¿Hedwig? ¿Hedwig realmente?... ¡Cómo va a quitarte el sol!...

HJALMAR

(Sin contestar.) ¡Qué indeciblemente la he querido! ¡Qué feliz me sentía cada vez cuando, al volver a mi pobre casa, salía a mi encuentro, con sus amados ojos brillantes!... ¡Oh, loco confiado!... ¡La quería infinitamente y me imaginaba que ella me amaba así también!

GREGOR

¿Es que eso no sería más que imaginación?

HJALMAR

¿Cómo puedo saberlo? A Gina no puedo sacarla la verdad; le falta el sentido para el aspecto ideal del conflicto. Pero siento la necesidad de abrirte mi corazón, Gregor. ¡Siempre esa duda terrible!... ¡Puede ser que Hedwig no me haya querido nunca sinceramente!

GREGOR

Es posible que recibas pruebas de que sí. *(Escuchando.)* Pero ¿qué es eso? ¿No es el pato el que chilla?

HJALMAR

Grazna. Papá está en el desván.

GREGOR

¿Es él? (*Sus ojos brillan de contento.*) Te digo que pudiera ser que tuvieses una prueba de que la pobre Hedwig te quiere de veras.

HJALMAR

¿Y qué prueba puede darme? Yo no creo en ninguna seguridad por esa parte.

GREGOR

Hedwig no sabe nada de engaños.

HJALMAR

¡Oh, Gregor! ¡De eso es precisamente de lo que no estoy seguro! ¡Cuántas veces habrán estado aquí juntas Gina y esa Berta Sörby, y quién sabe lo que habrán charlado y murmurado!... Y Hedwig suele tener los oídos abiertos. Puede ser que la donación no viniera tan inesperadamente. Casi me pareció como si notase algo de eso.

GREGOR

¿Qué espíritu malo te ha poseído?

HJALMAR

Se me han abierto los ojos. Aguarda, ya verás cómo la donación no es más que el comienzo. La señora Sörby ha tenido siempre predilección por Hedwig, y ahora tiene poder para hacer por la niña todo lo que quiera. Puede quitármela, si se le ocurre.

GREGOR

Hedwig no se separará nunca de ti.

HJALMAR

No confíes demasiado en ello. Si los otros, desde allá, empiezan a llamarla con las manos llenas... ¡Yo, que la he querido tanto!... ¡Yo, que hubiera encontrado mi felicidad mayor en tomarla solícito de la mano y llevarla por un espacio grande y desierto, como a un niño que tiene miedo en la obscuridad!... ¡Ahora no siento más que la certeza atormentadora!... ¡El pobre fotógrafo de la buhardilla no ha sido nunca una cosa grande y plena para ella! ¡No ha hecho más que procurar estar a buenas con él hasta que llegase la ocasión!

GREGOR

Eso no lo crees tú mismo, Hjalmar.

HJALMAR

¡Eso es precisamente lo terrible..., que no sé lo que debo creer..., que nunca lo sabré!... ¿Dudas acaso de que sea como yo digo? ¡Ajá! Tú confías demasiado en las exigencias ideales, mi buen Gregor. Si viniesen los otros, los de las manos llenas, y le dijesen a la niña: «Márchate de con él; con nosotros gozarás de la vida...»

GREGOR

(Rápidamente.) ¿Qué crees que sucedería entonces?

HJALMAR

Si le preguntase: «¿Hedwig, estás dispuesta a dejar la vida por mí?»; ¡ya, ya verías la contestación que me daba!

(Se oye un tiro de pistola en el desván.)

GREGOR

(Alto, alegremente.) ¡Hjalmar!...

HJALMAR

¿Oyes? El abuelo está de caza.

GINA

(Entrando.) Ekdal, creo que el padre hace ruido en el desván.

HJALMAR

Voy a ver lo que hace.

GREGOR

(Agitado.) Espera un poco... ¿Sabes lo que era?

HJALMAR

Sí, claro que lo sé.

GREGOR

No, tú no lo sabes; pero yo sí... Es la prueba.

HJALMAR

¿Qué prueba?

GREGOR

Un sacrificio infantil. Ha pedido a tu padre que matase el pato.

HJALMAR

¿Matar el pato?

GINA

¡Figúrate!...

HJALMAR

Pero ¿con qué fin?

GREGOR

Quería sacrificarte lo mejor que poseía en el mundo, porque creía que entonces volverías a quererla.

HJALMAR

(Dulcemente conmovido.) ¡Niña querida!...

GINA

¡Qué cosas se le ocurren!

GREGOR

No quería más que reconquistar tu cariño, Hjalmar. Creía que no podría vivir sin él.

GINA

(Luchando por contener las lágrimas.) Ahora ves, Ekdal.

HJALMAR

¿Dónde está Hedwig, Gina?

GINA

(Sollozando.) ¡Pobrecita! Supongo que estará en la cocina.

HJALMAR

(Va a la puerta de la cocina, la abre violentamente y dice.) Hedwig, ven, ven a mí. *(Mira a su alrededor.)* Aquí no está.

GINA

Entonces estará en su cuarto.

HJALMAR

(Desde adentro.) No, aquí tampoco está. (Volviendo a entrar.) Debe haber salido.

GINA

No querías tolerarla en ninguna parte.

HJALMAR

¡Oh!, ojalá vuelva pronto a casa... Que yo pueda decirle... Ahora se arreglará todo, Gregor. Ahora yo también creo que podemos empezar una nueva vida.

GREGOR

(Tranquilamente.) Lo sabía; la resurrección vendría por la niña.

(Ekdal aparece en la puerta de su habitación; está vestido con uniforme completo, y se coloca el sable en el cinturón.)

HJALMAR

(Asombrado.) ¡Padre! ¿Estás ahí?

GINA

¿Tiraste un tiro en tu habitación?

EKDAL

(Incomodado, acercándose.) ¿De modo que vas solo a cazar, Hjalmar?

HJALMAR

(Confuso, intranquilo.) ¿De modo que no fuiste tú quien disparó en el desván?

EKDAL

¿Yo disparar? ¡Hum!

GREGOR

(*Gritando a Hjalmar.*) ¡Ha matado al pato por sí misma!

HJALMAR

¡Qué es eso! (*Corre a la puerta del desván, mira adentro y grita.*) ¡Hedwig!

GINA

(*Corriendo a la puerta.*) ¡Jesús, qué es eso!

HJALMAR

(*Entrando.*) ¡Está en el suelo!

GREGOR

¡En el suelo! (*Corriendo también adentro.*)

GINA

(*Al mismo tiempo.*) ¡Hedwig! (*Corriendo al desván.*) ¡No, no, no!

EKDAL

¡Oh! También ella caza.

(*Hjalmar, Gina y Gregor conducen a Hedwig al estudio; en la mano derecha tiene la pistola firmemente apretada.*)

HJALMAR

(*Desconcertado.*) La pistola se ha disparado. Se ha herido a sí misma. ¡Pedid socorro! ¡Socorro!

GINA

(Corriendo a la puerta del pasillo y gritando.)
¡Relling! ¡Relling! ¡Doctor Relling! ¡Suba usted
en seguida!

(Hjalmar y Gregor ponen a Hedwig en el sofá.)

EKDAL

(En voz baja.) ¡El bosque se venga!

HJALMAR

(Arrodillado ante ella.) Pronto volverá en sí...
Pronto volverá en sí..., sí, sí...

GINA

(Que ha vuelto.) ¿Dónde se ha dado? No veo nada.

(Relling viene corriendo, y tras él Molvig. Éste último sin chaleco ni corbata.)

RELLING

¿Qué pasa aquí?

GINA

Dicen que Hedwig se ha pegado un tiro.

HJALMAR

¡Ven, y ayúdanos!

RELLING

¡Un tiro! *(Separa la mesa a un lado y la examina.)*

HJALMAR

(Mirándole ansioso.) No será peligroso, ¿verdad, Relling? No sangra apenas. ¿Verdad que no es peligroso?

RELLING

Pero ¿qué ocurrió?

HJALMAR

¡Yo que sé!...

GINA

Quería matar el pato.

RELLING

¿El pato?

HJALMAR

Ha tenido que dispararse la pistola.

RELLING

¡Hum!... Sí...

EKDAL

El bosque se venga. Pero yo no tengo miedo.
(Se va al desván y cierra tras sí.)

HJALMAR

Pero Relling..., ¿por qué no dices nada?

RELLING

La bala le ha dado en el pecho.

HJALMAR

Pero volverá en sí.

RELLING

Pero ¿no ves que Hedwig ya no vive?

GINA

(Rompiendo a llorar.) ¡Oh, hija mía, hija mía!

GREGOR

(*Con voz velada.*) En lo profundo del mar...

HJALMAR

(*Dando un salto.*) No, no..., ¡es preciso que viva!
¡Oh, por Dios, Relling..., un momento tan solol...
¡Nada más que para que pueda decirlo lo infinitamente que la he amado siempre!

RELLING

Le ha tocado en el corazón. Fué una hemorragia interior. Murió inmediatamente.

HJALMAR

¡Y yo que la eché de mí como si fuera un animal..., y ella asustada se refugió en el desván y murió en amor por mí!... (*Sollozando.*) ¡No poder remediarlo nunca, no poder decirle nunca!... (*Con los puños cerrados y gritando hacia arriba.*) ¡Oh, tú, el que está allá arriba!... Si es que estás ahí..., ¿por qué me haces esto?

GINA

¡Silencio, silencio, no blasfemes así! Debe ser que no teníamos derecho a conservarla.

MOLVIG

La niña no esta muerta, está dormida.

RELLING

¡No digas tonterías!

HJALMAR

(*Se tranquiliza, va hacia el sofá y contempla con*

los brazos cruzados a Hedwig) Aquí yace muda y rígida.

RELLING

(Tratando de quitarle la pistola.) Está tan firme, tan firme.

GINA

No, Relling, no le rompa usted los dedos; déjele usted la pistola.

HJALMAR

Que la lleve consigo.

GINA

Sí, déjesela usted. Pero la niña no debe seguir aquí. Hay que llevarla adentro, a su habitación. Allí estará bien. Cógela Ekdal.

(Hjalmar y Gina se llevan a Hedwig.)

HJALMAR

(Mientras la llevan.) ¡Oh, Gina, Gina! ¿Puedes soportar esto?

GINA

Tenemos que ayudarnos el uno al otro.

MOLVIG

(Extiende los brazos y murmura.) ¡El Señor sea alabado! ¡En tierra te convertirás, en tierra te convertirás!

RELLING

(Bajo.) Cállate la boca, hombre; si estás borracho. *(Hjalmar y Gina llevan el cadáver por la puerta de la cocina. Relling cierra tras ellos. Molvig se desliza hacia la puerta del pasillo y se va. Re-*

Uing va hacia Gregor y dice.) Nadie me hará creer que ha sido un disparo casual.

GREGOR

(Que rígido de espanto está allí en temblor convulsivo.) Nadie puede decir cómo ha ocurrido la tragedia.

RELLING

El tiro le ha chamuscado la blusa. Ha debido tener la pistola apoyada en el pecho y disparado.

GREGOR

Hedwig no ha muerto en vano. ¿No ha visto usted cómo el dolor libertaba en él todos los pensamientos altos?

RELLING

La mayor parte de los hombres se sublimizan cuando están ante un cadáver, llenos de dolor. Pero ¿cuánto tiempo cree usted que le durará el efecto?

GREGOR

¿No durará toda la vida?

RELLING

Dentro de medio año, Hedwig no será para él más que un bello tema de declamación.

GREGOR

¿Y dice usted eso de Hjalmar Ekdal?

RELLING

Ya hablaremos cuando se haya marchitado la primera hierba en la tumba de la niña. Entonces podrá usted oírle sollozar por la hija arrancada

tan pronto a su corazón paternal. Entonces verá usted cómo se embalsama en emoción y admiración y lástima de sí mismo. Aguarde usted.

GREGOR

Si *usted* tiene razón y *yo* no; la vida no vale la pena de ser vivida.

RELLING

¡Oh, la vida podría ser bastante buena si pudiéramos librarnos de esos amables acreedores que vienen a turbar nuestra tranquilidad con sus exigencias ideales!

GREGOR

(*Para sí.*) Entonces estoy satisfecho de que mi destino sea el que es.

RELLING

Con permiso. ¿Cuál es su destino?

GREGOR

(*A punto de irse.*) Ser el número trece a la mesa.

RELLING

¡Que le crea a usted el demonio!

FIN

CASA DE MUÑECAS.

DRAMA EN TRES ACTOS

PERSONAJES

HELMER, *abogado.*

NORA, *su mujer.*

EL DOCTOR RANK.

SEÑORA LINDE.

KROGSTAD, *procurador.*

LOS TRES HIJOS DE HELMER.

ANA MARIA, *niñera.*

ELENA, *criada.*

UN DEPENDIENTE.

La acción en casa de Helmer

ACTO PRIMERO

Una habitación amueblada cómodamente y con gusto, pero sin lujo. Al fondo derecha, una puerta que conduce a la antesala, y otra puerta en el fondo izquierda, que conduce al despacho de Helmer. Entre ambas puertas, un piano. En el centro del muro izquierda, una puerta, y más hacia el primer término, una ventana; junto a la ventana, una mesa redonda, una butaca y un pequeño sofá. En el muro derecha, hacia el fondo, una puerta, y hacia el primer término, una estufa de porcelana, con un par de butacas y una mecedora ante ella. Entre la estufa y la puerta, una mesita. Aguafuertes en las paredes. Una *etagère*, con porcelanas y pequeños objetos de arte. Un estante pequeño con libros, encuadernados lujosamente. Alfombra. La chimenea está encendida. Es invierno. Se oye sonar el timbre. Un poco más tarde se oye abrir la puerta. Nora entra, tarareando, en la habitación, con el abrigo puesto, y trae una porción de paquetes, que pone en la mesa de la derecha. Deja la puerta del recibimiento abierta; se ve a un dependiente con un árbol de Navidad y una cesta, que entrega a la criada que les ha abierto la puerta.

NORA

Esconda usted bien el árbol de Navidad, Elena; que no lo vean los niños hasta que esté adornado. (*Al dependiente, sacando el portamonedas.*)
¿Cuánto?

DEPENDIENTE

Cincuenta öres.

NORA

Aquí tiene usted una corona. No, quédese usted con todo. (*El dependiente da las gracias y se va.*)

Nora cierra la puerta. Sigue sonriéndose llena de contento mientras se quita el abrigo; luego saca una bolsa de yemas del bolsillo y come un par de ellas; en seguida se acerca con precaución a la puerta de su marido y escucha.) Sí, está en casa. *(Canturrea mientras va a la mesa de la derecha.)*

HELMER

(Desde adentro.) ¿Es mi alondra la que trina por ahí?

NORA

(Ocupada en abrir algunos de los paquetes.) Sí, aquí estoy.

HELMER

¿Es la ardilla la que hace ruido por ahí?

NORA

Sí.

HELMER

¿Cuándo ha vuelto a casa mi ardilla?

NORA

Ahora mismo. *(Se guarda en el bolsillo las yemas y se limpia la boca.)* Ven acá, Torvald; vas a ver lo que he comprado.

HELMER

¡Déjame trabajar! *(Poco después abre la puerta y mira hacia adentro, con la pluma en la mano.)* ¿Comprado, dices? ¿Todo eso? ¿Ha vuelto mi pajarito a salir y a derrochar dinero?

NORA

Sí; pero, Torvald, este año podemos permitir-

nos un pequeño exceso. Es la primera Navidad que no necesitamos ahorrar.

HELMER

Es verdad; pero sabes que tampoco podemos derrochar.

NORA

Mira, Torvald, un poco sí que podemos derrochar. ¿Verdad que sí? Nada más que un poquitín. Ahora vas a tener un gran sueldo y a ganar mucho, mucho dinero.

HELMER

Desde año nuevo. Pero hasta dentro de un trimestre no recibiré el primer sueldo.

NORA

¡Bah, hasta entonces podemos pedir prestado!

HELMER

(Va hacia ella y la tira, bromeando, de las orejas.) ¿Vuelve la ligereza a hacer de las tuyas contigo? Suponte que tomo mil coronas prestadas y que las gastas en la semana de Navidad, y que en la noche de año nuevo me cae una teja en la cabeza...

NORA

(Poniéndole una mano sobre la boca.) ¡Oh, cómo puedes decir esas cosas!

HELMER

Suponte que pasara... ¿Qué ibas a hacer entonces?

NORA

Si pasara una cosa así, me sería lo mismo tener dinero o no.

HELMER

Pero ¿y la gente de quien yo hubiera tomado el dinero?

NORA

¿Esos?... ¡Quién se preocupa de ellos! ¡Esos son gente extraña!

HELMER

¡Nora, Nora, qué niña eres!... Pero, en serio, Nora, ya sabes cómo pienso en ese punto. ¡Nada de deudas! ¡No quiero pedir prestado! Entra algo de violento, y con ello algo feo, en un hogar que está fundado sobre deudas y préstamos. Hasta hoy nos hemos sostenido valientemente; sigámonos haciéndolo el poco tiempo que nos queda.

NORA

(Yendo hacia la chimenea.) ¡Sí, sí, como tú quieras, Torvald!

HELMER

(Siguiéndola.) ¡Bien, bien; no es cosa de que mi alondra abata ahora las alas! ¿Qué, pones mal gesto? (Saca el portamonedas.) Nora, ¿qué crees que tengo aquí?

NORA

(Volviéndose rápidamente.) ¡Dinero!

HELMER

Mira (Dándole algunos billetes), ya sé que por Navidad se necesitan muchas cosas.

NORA

¡Diez..., veinte..., treinta..., cuarenta...! ¡Oh, gracias, gracias, Torvald! Con esto me arreglaré para mucho tiempo.

HELMER

Espero que será así.

NORA

Sí, sí que será. Pero ven acá, vas a ver lo que he comprado. ¡Y tan barato!... Mira, aquí hay un traje nuevo para Ivar..., y un sable. Aquí, un caballo y una trompeta para Bob. Aquí, una muñeca y una cama de muñeca para Emmy. Es muy sencillo; pero lo hacen todo pedazos en seguida. Y aquí hay vestidos para las criadas.

HELMER

¿Y qué hay en este paquete?

NORA

(Gritando.) ¡No, eso no puedes verlo hasta la noche!

HELMER

¡Ah, vamos!... Pero dime tú, despilfarradora, ¿qué has traído para tí?

NORA

¿Para mí? Yo no necesito nada.

HELMER

Eso no puede ser. Dime alguna cosa razonable que te guste.

NORA

De veras, no sé nada... Pero oye, Torvald...

HELMER

¿Qué?

NORA

(Jugando con sus botones, sin mirarle.) Ya que quieres darme algo, podrías..., podrías...

HELMER

Vamos, dilo.

NORA

(Apresuradamente.) Podrías darme dinero; lo que a ti te parezca que puedes gastar nada más. Después me compraría algo con ello.

HELMER

¡Pero Nora...!

NORA

¡Oh, sí, hazlo, querido Torvald! ¡Me gustaría tanto!... Colgaría el dinero en el árbol, envuelto en papeles dorados muy bonitos. ¿Verdad que sería muy divertido?

HELMER

¿Cómo se llama el pájaro que todo lo derrocha?

NORA

¡Sí, sí, urraca, ya lo sé! Pero haz lo que te digo, Torvald; así tengo tiempo para pensar en lo que más me conviene. ¿No es razonable esto, verdad?

HELMER

(Sonriendo.) Claro que sí; es decir, si pudieras

guardarte realmente el dinero y comprarte algo con él... Pero lo gastarás todo en la casa y en una porción de cosas inútiles, y luego tendrás que volver a acudir a mí.

NORA

¡Pero Torvald...!

HELMER

¿Puedes negarlo, querida Nora? (*Pasándole un brazo por el talle.*) Mi pajarito es encantador, pero gasta un sin fin de dinero. Es increíble lo caro que resulta un animalito semejante.

NORA

¿Cómo puedes decir eso? De veras que ahorro todo cuanto puedo.

HELMER

(*Riendo.*) Eso sí es verdad: todo cuanto puedes; pero no puedes nada.

NORA

(*Canturrea y sonríe con íntimo contento.*) ¡Oh! si supieras los gastos que tenemos nosotras' alondras y ardillas!...

HELMER

Eres una personita muy extraña. Exactamente lo mismo que tu padre. Te afanas por conseguir dinero; pero tan pronto como lo tienes, desaparece entre tus manos.

NORA

¡Oh, quisiera haber heredado alguna de las cualidades de papá!

HELMER

Y yo no quisiera que fueses de otro modo de como eres, mi alondra gentil. Pero escucha, se me ocurre una cosa: tienes un aspecto tan... tan..., ¿cómo decirlo?... tan sospechoso hoy...

NORA

¿De veras?

HELMER

Sí. Mírame fijo a los ojos.

NORA

(Mirándole.) ¿Qué?

HELMER

(Amenazándola con los dedos.) ¿No has comido golosinas en la ciudad?

NORA

¡Dios me librerá! ¿Cómo puedes pensar eso de mí?

HELMER

¿De veras que no has hecho ninguna parada en la confitería?

NORA

Yo te aseguro...

HELMER

Un poco de conservas...

NORA

De veras que no.

HELMER

¿Ni siquiera un par de yemas?

NORA

No, Torvald. De veras te aseguro...

HELMER

Bien, bien; era una broma, naturalmente.

NORA

(*Yendo hacia la mesa de la derecha.*) ¡Cómo iba a ocurrírseme incomodarte!

HELMER

Ya lo sé; me has dado tu palabra... (*Yendo hacia ella.*) Bien, guarda para ti tus secretos de Navidad, querida Nora. Ya saldrán a luz esta noche cuando se encienda el árbol.

NORA

¿Te has acordado de invitar al doctor Rank?

HELMER

No, no lo he hecho; pero no es necesario, cae de su peso. Además, ya se lo diré cuando venga. Ya he encargado buen vino. ¡Nora, no puedes figurarte cómo me alegra el pensar en esta noche!

NORA

A mí también. ¡Y lo contentos que se van a poner los niños, Torvald!...

HELMER

¡Oh, es magnífico el pesar que se tiene un puesto seguro y que se puede vivir con abundancia! ¿Verdad que es un placer pensarlo?

NORA

¡Oh, es admirable!

HELMER

¿Te acuerdas de las Navidades pasadas? Durante tres semanas te encerrabas hasta muy tarde para hacer las flores del árbol y todas las bellas cosas con que querías sorprendernos. ¡Fué el tiempo más aburrido de mi vida!

NORA

Yo no me aburría lo más mínimo.

HELMER

(*Sonriendo.*) Pero la fiesta resultó bastante pobre.

NORA

¿Vuelves a provocarme con eso? ¿Tuve yo la culpa de que entrase el gato y me lo destrozase todo?

HELMER

Claro que no tuviste tú la culpa, mi pobre Nora. Tenías la mejor voluntad del mundo de contentarnos a todos, y eso es lo principal. Pero está bien que hayan pasado los años de escasez.

NORA

Eso sí, Torvald.

HELMER

Ahora ya no tengo que estarme aquí solo aburriéndome. Y tú no necesitas atormentar tus ojos y tus manecitas...

NORA

(*Palmoteando.*) ¿Verdad, Torvald, que ya no es

necesario? ¡Oh, qué cosa tan admirable! (*Cogiéndole del brazo.*) Y ahora voy a decirte lo que he pensado que deberíamos hacer... Tan pronto como pasen las fiestas... (*Suena el timbre.*) Lllaman. (*Arregla un poco la habitación.*) Alguien viene. ¡Qué aburrimiento!...

HELMER

No estoy en casa para visitas; no lo olvides.

LA CRIADA

(*A la puerta.*) Ahí está una señora desconocida...

NORA

Dila que pase.

LA CRIADA

(*A Helmer.*) Y el doctor ha venido también.

HELMER

¿Se ha ido a mi cuarto?

LA CRIADA

Sí.

(*Helmer se va a su cuarto. La criada introduce a la señora Linde, que viene en traje de viaje, y cierra la puerta.*)

SEÑORA LINDE

(*Lentamente y vacilando un poco.*) Buenos días, Nora.

NORA

(*Insegura.*) Buenos días...

SEÑORA LINDE

No me reconocerás...

NORA

No, no sé... Pero ahora creo... ¡Cómo!... ¡Cristina!... ¿Eres tú realmente?

SEÑORA LINDE

Sí, yo soy.

NORA

¡Cristina!... ¡Y yo que no te conocía!... ¿Cómo es posible que yo...? (*Más bajo.*) ¡Cómo has cambiado, Cristina!

SEÑORA LINDE

Sí que he cambiado. En nueve..., diez largos años...

NORA

¿Tanto tiempo hace que no nos hemos visto?... Sí, sí que es así. ¡Oh, los últimos años fueron un tiempo feliz, puedes creérmelo!... ¿Y has vuelto a la ciudad? ¿Has hecho ese largo viaje en medio del invierno? ¡Qué valiente eres!

SEÑORA LINDE

Acabo de llegar en el vapor.

NORA

Para divertirme durante las Pascuas, naturalmente. ¡Oh, qué gusto! ¡Sí, sí que vamos a divertirnos!... Pero quítate el abrigo y el sombrero. (*Ayudándola.*) ¿No tendrás frío, verdad?... ¡Así!... Ahora sentémonos con comodidad a la chimenea. No, allí en la butaca. En la mecedora me siento yo. (*Cogiéndola las manos.*) Bien, ahora vuelvo a ver tu antigua cara... No fué más que en el primer momento... Estás algo más pálida, Cristina..., y también es posible que un poco más delgada.

SEÑORA LINDE

¡Y mucho, mucho más vieja, Nora!

NORA

Puede ser que un poco más vieja; nada más que un poquitín, poquitín; mucho no... (*Parándose de pronto, seria.*) ¡Oh, qué atolondrada soy para estarme charlando así!... ¿Puedes perdonarme, mi buena Cristina?...

SEÑORA LINDE

¿Qué quieres decir, Nora?

NORA

(*Bajo.*) ¡Pobre Cristina, no pensaba en que te habías quedado viuda!

SEÑORA LINDE

Sí, hace tres años.

NORA

Sí, lo sé; lo leí en los periódicos. Créeme, Cristina; muchas veces pensé en escribirte; pero siempre se ponía algo de por medio, y lo dejaba para más adelante.

SEÑORA LINDE

Me doy cuenta de ello, querida Nora.

NORA

¡No, Cristina; fué horrible de mi parte!... ¡Pobre, cuánto habrás sufrido!... ¿Y no te dejó nada con que vivir?

SEÑORA LINDE

No.

NORA

¿Hijos tampoco?

SEÑORA LINDE

Ni siquiera algo que cuidar.

NORA

(Con incredulidad.) Pero ¿cómo es posible, Cristina?...

SEÑORA LINDE

(Sonriendo melancólicamente y pasándole la mano por los cabellos.) Eso ocurre en ocasiones, Nora.

NORA

¡Quedarse tan sola!... ¡Qué terrible debe ser eso para ti!... Yo tengo tres hijos preciosos. Ahora no puedes verlos, porque han salido con la muchacha. Pero cuéntame todo lo que te ha pasado.

SEÑORA LINDE

No, no; tú eres la que tienes que contar.

NORA

No, tienes que empezar tú. Hoy no quiero ser egoísta. Hoy no quiero pensar más que en tus cosas. Pero si quiero contarte una cosa... ¿Sabes la gran dicha que nos ha cabido estos días?

SEÑORA LINDE

No. ¿Qué es?

NORA

Figúrate: mi marido ha sido nombrado director del Banco de Accionistas.

SEÑORA LINDE

¿Tu marido? ¡Oh!, es realmente una gran...

NORA

Una gran felicidad, ¿no es verdad? El vivir de la abogacía es una cosa tan insegura..., sobre todo cuando no quieren aceptarse más que cosas que sean finas y decentes... Y, naturalmente, Torvald no ha querido hacer esto, y yo estoy de acuerdo con él. ¡Oh, puedes creer que estamos muy contentos! Para año nuevo empezará a ocupar ese puesto y tendrá un gran sueldo y un buen tanto por ciento. En el porvenir podremos vivir muy de otro modo que hasta aquí, como se nos antoje. ¡Oh, Cristina, qué ligera y qué feliz me siento! Porque es una buena cosa tener mucho dinero y poder vivir libres de cuidados. ¿Verdad que sí?

SEÑORA LINDE

Sí, debe ser muy hermoso tener lo necesario.

NORA

¡No sólo lo necesario, sino mucho, mucho dinero!

SEÑORA LINDE

(*Sonriendo.*) ¡Nora, Nora!... ¿No te has vuelto más razonable? En el colegio eras una despilfarradora.

NORA

(*Riendo.*) Sí, eso dice también Torvald. (*Ame-*

nazando con el dedo.) Pero Nora, Nora no es tan loca como creéis... Y hasta ahora no podíamos derrochar mucho. Hemos tenido que trabajar los dos.

SEÑORA LINDE

¿Tú también?

NORA

Sí, con labores y coser, hacer punto, bordar y cosas por el estilo (*Ligeramente*) y con otras cosas. Ya sabrás que, al casarnos, Torvald dejó el servicio del Estado. No tenía ninguna probabilidad de ascender, y tenía que ganar más dinero que antes. Pero el primer año trabajó de un modo excesivo. Como puedes figurarte, tuvo que buscarse toda clase de trabajo y trabajar tarde y noche. Pero llegó un momento en que no pudo resistirlo, y cayó mortalmente enfermo. Y los médicos dijeron que era necesario un viaje hacia el Sur.

SEÑORA LINDE

Es verdad. ¿No pasasteis un año entero en Italia?

NORA

Sí. ¡Oh, no era fácil salir de casa, puedes creérmelo! Ivar acababa de nacer. Pero marcharse, había que marcharse. ¡Oh, fué un viaje delicioso! Y salvó la vida a Torvald. Pero costó muchísimo dinero, Cristina.

SEÑORA LINDE

Eso me lo figuro.

NORA

Cinco mil doscientas coronas. ¡Es una cantidad!

SEÑORA LINDE

En casos semejantes es una dicha el tenerla.

NORA

Sí, ¿sabes?, la recibimos de papá.

SEÑORA LINDE

¡Ah, vamos!... Creo que murió por aquellos días.

NORA

Sí, Cristina; precisamente entonces. Y, figúrate, no pude correr a él y cuidarle. Esperaba a cada momento que Ivar viniese al mundo. Y, además, tenía que cuidar a mi Torvald. ¡Mi buen papá!... No le volví a ver, Cristina. Y esta es la pena más grande que he tenido en mi matrimonio.

SEÑORA LINDE

Ya sé que le querías mucho. ¿Y luego os fuisteis a Italia?

NORA

Sí, un mes después. Teníamos dinero, y los médicos nos apuraban.

SEÑORA LINDE

¿Y tu marido volvió completamente curado?

NORA

¡Sano como un pez!

SEÑORA LINDE

Pero... ¿y el doctor?

NORA

¿Cuál?

SEÑORA LINDE

Me pareció que la muchacha decía que el señor que entró cuando yo era el doctor...

NORA

Sí, era el doctor Rank. Pero no viene aquí a hacer visitas profesionales. Es nuestro mejor amigo, y viene a vernos, por lo menos, una vez al día. No, Torvald no ha estado nunca enfermo desde entonces. Y los niños están también sanos, y yo también. *(Saltando y palmoteando.)* ¡Oh, Dios mío, Cristina, qué hermoso es vivir y ser dichosa!... ¡Pero esto es horrible de mi parte..., no hablar más que de mis cosas!... *(Se sienta en un escabel, junto a ella, y pone sus manos sobre las rodillas de Cristina.)* ¡Oh, no te incomodes conmigo por eso!... Dime, ¿es verdad que no querías a tu marido? ¿Por qué te casaste con él?

SEÑORA LINDE

Mi madre vivía todavía, enferma y sin amparo, y, además, tenía que cuidar de mis dos hermanos menores. Me pareció que era mi deber aceptarlo.

NORA

Sí, puede que tengas razón. ¿De modo que entonces era rico?

SEÑORA LINDE

Estaba en buena posición, sí; pero eran negocios inseguros. Al morir él, todo se vino abajo y no quedó nada.

NORA

¿Y entonces?...

SEÑORA LINDE

Entonces tuve que ver de sostenerme con un pequeño negocio, con una esenela, con todo lo que encontré a mano. Los últimos tres años fueron para mí una larga jornada sin descanso. Pero ahora se ha acabado. Mi pobre madre ya no me necesita, porque descansa en el cementerio. Y los muchachos tampoco, porque están empleados y pueden ganar para sí.

NORA

¡Qué aliviada debes sentirte!

SEÑORA LINDE

No, Nora; no siento más que un vacío inenarrable. ¡No tener a nadie a quien poder consagrar su vida!... *(Se levanta agitada.)* Por eso no pude resistir más en aquel rincón apartado. Aquí debe ser más fácil encontrar algo que la ocupe a una y no le deje tampoco pensar en estas cosas. Si tuviese la suerte de encontrar una colocación..., algo de trabajo de oficina...

NORA

Pero eso es muy trabajoso, Cristina. ¡Y tú tienes un aire tan cansado!... Sería mejor, si pudieses, irte a unos baños.

SEÑORA LINDE

(Yendo hacia la ventana.) No tengo padre que me dé el dinero para irme allá.

NORA

(Levantándose.) ¡Ob, no me lo tomes a mal!

SEÑORA LINDE

Querida Nora, tú eres la que no debe tomármelo a mal. Lo peor de una situación como la mía es la amargura en que vivimos. No se tiene a nadie por quien trabajar, y, sin embargo, se ve una precisada a afanarse constantemente. Hay que vivir, y una se hace egoísta. Cuando me hablaste del cambio que habíais sufrido en vuestra posición..., puedes creérmelo..., me alegré más por mí que por ti.

NORA

¿Por qué? ¡Ah, ya entiendo! ¿Crees que acaso Torvald podría hacer algo por ti?

SEÑORA LINDE

Sí, en eso pensaba.

NORA

Y sí que lo hará, querida Cristina. Déjalo de mi cuenta. Lo haré tan finamente, tan finamente.... Encontraré algo para que la cosa le parezca bien. ¡Me gustaría tanto prestarte un servicio!..

SEÑORA LINDE

Es muy hermoso de tu parte que tomes con tanto calor mi causa. Mucho más hermoso de ti, que tan poco sabes de las penas y fatigas de la vida.

NORA

¿Yo? ¿Qué yo sé poco de...?

SEÑORA LINDE

(*Sonriendo.*) ¡Dios mío, coser y bordar un poco!.. Eres una niña, Nora.

NORA

(Se levanta y pasea por la escena.) No debías decírmelo con ese aire de superioridad.

SEÑORA LINDE

¿De veras?

NORA

Tú eres como los demás. Todos creéis que yo no sirvo para nada serio...

SEÑORA LINDE

¡Vaya, vaya!...

NORA

Que no tengo experiencia ninguna de este mundo perverso...

SEÑORA LINDE

¡Pero, querida Nora, si acabas de contarme todas tus penas!

NORA

¡Bah! ¡Esas minucias!... *(Más bajo.)* Las grandes no te las he contado.

SEÑORA LINDE

¿Qué grandes? ¿Qué quieres decir con eso?

NORA

Me miras por encima del hombro, Cristina, y no debías hacerlo. Estás orgullosa de haber trabajado tanto y tan duramente por tu madre...

SEÑORA LINDE

Yo no miro a nadie por encima del hombro.

Pero sí es verdad que estoy contenta y orgullosa de haber podido lograr que mi madre viviera libre de cuidados sus últimos años.

NORA

Y estás también orgullosa de lo que has hecho por tus hermanos.

SEÑORA LINDE

Me parece que tengo derecho a estarlo.

NORA

Eso me parece a mí también. Pero ahora vas a oír algo bueno, Cristina. También yo puedo estar contenta y orgullosa de algo.

SEÑORA LINDE

¿A qué te refieres?

NORA

No hables tan alto. ¡Si Torvald lo oyera!... Por nada en el mundo... Nadie debe saberlo, Cristina; nadie más que tú.

SEÑORA LINDE

Pero ¿qué es?

NORA

Ven acá. (*Atrayéndola hacia sí en el sofá.*) Sí, también yo tengo algo de que puedo estar contenta y orgullosa... Pues yo soy quien le ha salvado la vida a Torvald.

SEÑORA LINDE

¿Salvado?... ¿A quién has salvado?...

NORA

Ya te hablé de nuestro viaje a Italia. Sin él, Torvald estaría perdido.

SEÑORA LINDE

Bueno; pero tu padre os dió el dinero que hacía falta...

NORA

(Sonriendo.) Eso es lo que cree Torvald y todo el mundo; pero...

SEÑORA LINDE

Pero...

NORA

Papá no nos dió nada. Yo fui quien me agencié el dinero.

SEÑORA LINDE

¿Tú? ¿Esa gran cantidad?

NORA

Cinco mil doscientas coronas. ¿Qué te parece de eso?

SEÑORA LINDE

Pero ¿cómo es posible eso, Nora? ¿Te había tocado la lotería?

NORA

(Despectivamente.) ¿La lotería? ¡Vaya una gracia!

SEÑORA LINDE

Pero ¿de dónde lo sacaste?

NORA

(*Canturreando y sonriendo enigmáticamente.*)
¡Tralalalá!...

SEÑORA LINDE

Porque no es posible que te lo hubiesen prestado.

NORA

¿De veras? ¿Por qué no?

SEÑORA LINDE

No, una mujer no puede recibir dinero en préstamo sin el consentimiento del marido.

NORA

(*Echando la cabeza hacia atrás.*) ¡Oh!, cuando se trata de una mujer que entiende de negocios..., que sabe manejarse un poco...

SEÑORA LINDE

Pero, Nora..., no comprendo...

NORA

Ni lo necesitas. No he dicho que haya tomado prestado el dinero. También pude haberme hecho con él de otro modo. (*Echándose atrás en el sofá.*) Pude haberlo sacado de algún adorador. Cuando se es bonita, como yo...

SEÑORA LINDE

Eres una locuela.

NORA

Ahora tendrás una curiosidad terrible, Cristina.

SEÑORA LINDE

Oye, querida Nora, ¿no habrás cometido alguna imprudencia?...

NORA

(*Volviendo a sentarse derecha.*) ¿Es una imprudencia salvar la vida a su marido?

SEÑORA LINDE

Me parece imprudente sin anuencia suya...

NORA

¡Pero si precisamente él no debía saber nada! ¡Señor!... ¿No puedes comprenderlo?... Ni siquiera debía saber hasta qué punto estaba enfermo. Sólo a mí me dijeron los médicos que estaba en peligro su vida; que sólo un viaje al Sur podía salvarle. ¿Crees que no intenté lograrlo de otro modo? Le pinté lo bien que estaría si yo pudiese hacer un viaje al extranjero, como otras mujeres. Lloré y supliqué; le dije que pensara en las circunstancias en que estaba...; que era deber suyo complacerme. Pero entonces, Cristina, montó en cólera. Me dijo que eran ligerezas mías, y que era deber suyo, como marido, no acceder a mis caprichos y fantasías. Así los llamé, creo. Bueno, bueno, pensé yo; salvar, tienes que salvarte. Y me las arreglé para encontrar una salida.

SEÑORA LINDE

Pero ¿no llegó a saber tu marido, por tu padre, que el dinero no provenía de él?

NORA

No, nunca. Papá murió en aquellos días. Tenía

la intención de confiarle la cosa y pedirle que no me delatase. Pero, por desgracia, no hizo falta.

SEÑORA LINDE

¿Y no se lo has dicho más tarde a tu marido?

NORA

Pero, ¡por Dios!, ¿cómo puedes pensar eso? ¡Él, que es tan severo en estas materias!... ¡Y luego... Torvald, con su orgullo de hombre...! ¡Qué humillante sería para él el saber que tenía algo que agradecerme! Esto trastrocara completamente nuestras relaciones. Nuestra existencia, tan dichosa, ya no volvería a ser lo que es.

SEÑORA LINDE

¿No piensas decírselo nunca?

NORA

(*Pensativa, sonriendo a medias.*) Sí, más tarde acaso; cuando no sea tan bonita como ahora. ¡No te rías de mí!... Cuando Torvald no esté tan enamorado de mí como ahora; cuando ya no encuentre placer en que yo baile, y declame, y me disfrace para él... Entonces puede estar bien tener un recurso... (*Interrumpiéndose.*) ¡Vaya, vaya, ese tiempo no llegará nunca!... Pero ¿qué dices de mi gran secreto, Cristina? ¿Sirvo yo para algo? Por lo demás, puedes creerte que la cosa me ha proporcionado muchos disgustos. No era fácil satisfacer puntualmente mis compromisos. Porque has de saber, Cristina, que en el mundo de los negocios hay unas cosas que se llaman plazos e intereses trimestrales, y es muy difícil pagarlos. Para ello tenía que ahorrar todo cuanto podía, un poco aquí y otro poco allí. Del dinero

para los gastos de la casa no podía quitar nada, porque Torvald tenía que vivir bien. Naturalmente, tampoco iba a dejar que los niños anduviesen pobremente vestidos. Lo que me daban para eso tenía que gastarlo todo... ¡Mis pobres hijos queridos!...

SEÑORA LINDE

¿Entonces tendría que salir de tus gastos?

NORA

Claro; después de todo, la mayor interesada era yo. De lo que Torvald me daba para vestidos nuevos o cosas semejantes, no gastaba más que la mitad; compraba las telas más sencillas y más baratas. ¡Suerte que a mí todo me sienta tan bien!... Así no notaba nada Torvald. Pero a veces, Cristina, me resultaba difícil... Porque es muy hermoso vestirse bien, ¿no es verdad?

SEÑORA LINDE

¡Oh, ya lo creo!

NORA

Pero, además, tenía otras fuentes de ingresos. El invierno pasado, por ejemplo, tuve la suerte de poder hacer unas traducciones. Y me encerraba todas las noches y escribía hasta muy tarde. A veces estaba tan cansada, tan cansada... Pero era divertido trabajar y ganar algún dinero. Me sentía casi como si fuese un hombre.

SEÑORA LINDE

¿Y cuánto has podido pagar de tu deuda?

NORA

Exactamente no puedo decírtelo. En negocios

de esta clase, ¿sabes?, es difícil llevar orden. No sé más que pagué todo el dinero que pude recoger. A veces no sabía qué hacer. (*Sonriendo.*) Entonces empezaba a fantasear y me figuraba que algún señor viejo se había enamorado de mí...

SEÑORA LINDE

¿Cómo? ¿Qué señor?

NORA

¡Tonterías!... Que se había muerto, y que al abrir su testamento se encontraba escrito, con letras muy grandes: «Todo el dinero que poseo debe ser pagado inmediatamente al contado a la amable señora Nora Helmer.»

SEÑORA LINDE

Querida Nora..., ¿qué señor era ése?

NORA

¡Dios mío, que no puedas entender esto!... El señor viejo no existía; eran cosas que yo fantaseaba cuando no sabía cómo procurarme dinero. Pero dejémosle en paz; el viejo aburrido puede quedarse donde está; ya no me importa ni él ni su testamento, pues ahora estoy libre de cuidados... (*Dando un salto.*) ¡Oh, qué delicioso de pensarlo!... ¡Libre de cuidados! ¡Estar libre de cuidados, completamente libre! ¡Poder jugar y brincar con los niños! ¡Poder tener una casa hermosa y cómoda, tal como Torvald la quiere! Y luego, pronto viene la primavera, con su cielo claro y azul, y entonces puede ser que podamos hacer un viaje y es posible que vuelva a ver el mar. ¡Oh, es magnífico vivir y ser dichosa!

(*Suena el timbre dentro.*)

SEÑORA LINDE

(Levantándose.) Llaman a la puerta. Será mejor que me vaya.

NORA

No, quédate; aquí no vendrá nadie. Seguramente será una visita para Torvald.

LA CRIADA

(Desde la puerta.) Con permiso, señorita; aquí hay un señor que desea hablar con el señor abogado.

NORA

Director de Banco, querrás decir.

LA CRIADA

Sí, del señor director... Pero no sabía... Como el Doctor está con él...

KROGSTAD

(Desde la puerta.) Soy yo, señora.

(La señora Linde queda sorprendida, se estremece y se vuelve hacia la ventana.)

NORA

(Da un paso hacia él, ansiosa; a media voz.)
¿Usted?... ¿Qué significa eso? ¿De qué quiere usted hablar con mi marido?

KROGSTAD

Cosas del Banco, en cierto modo. Tengo un pequeño puesto en el Banco, y parece que su marido de usted va a ser mi jefe...

NORA

¿De modo que se trata...?

KROGSTAD

Nada más que de negocios aburridos, no de otra cosa.

NORA

Entonces ¿quiere usted tener la bondad de entrar ahí en el despacho?

(Krogstad se va. Nora le saluda con indiferencia mientras cierra la puerta de entrada; en seguida va a ver cómo anda la chimenea.)

SEÑORA LINDE

Nora, ¿quién es ese hombre?

NORA

Un tal Krogstad, procurador.

SEÑORA LINDE

¿De modo que era él realmente?

NORA

¿Le conoces tú?

SEÑORA LINDE

Le he conocido hace algunos años. Era procurador en mi ciudad.

NORA

Sí, eso es.

SEÑORA LINDE

¡Cómo ha cambiado!

NORA

Ha sido desgraciado en su matrimonio.

SEÑORA LINDE

Y ahora ¿es viudo?

NORA

Con una porción de hijos... Bien, ya arde. (*Cierra la puerta de la chimenea y empuja un poco la mecedora.*)

SEÑORA LINDE

Parece que se dedica a to la clase de negocios.

NORA

Sí, es posible. Pero no hablemos de negocios, que es muy aburrido.

(*El doctor Rank sale del despacho de Helmer.*)

RANK

(*En la puerta, hablando hacia adentro.*) No, no; no quiero molestarte. Prefiero ir a ver a tu mujer. (*Cierra la puerta, y ve a Cristina.*) ¡Oh, perdonen ustedes! ¿Molestaré aquí también?

NORA

No, de ningún modo. (*Presentando.*) El doctor Rank. La señora Linde.

RANK

¡Ah! Un nombre que se oye a menudo en esta casa. Creo que pasó por delante de usted en la escalera.

SEÑORA LINDE

Sí, yo iba muy despacio; me cuesta trabajo subir escaleras.

RANK

¿Qué, alguna pequeña lesión interior?

SEÑORA LINDE

Más bien cansancio por exceso de trabajo.

RANK

¿Nada más que eso? ¿De modo que ha venido usted a distraerse durante las fiestas?

SEÑORA LINDE

He venido en busca de trabajo.

RANK

¡Un buen remedio contra el exceso de trabajo!

SEÑORA LINDE

Hay que vivir.

RANK

Sí, la opinión general es que eso es muy necesario.

NORA

¿Qué cosas dice usted, Doctor!... Supongo que usted también querrá vivir.

RANK

Claro que sí. A pesar de lo mal que me siento, quiero conservar mis dolores el mayor tiempo posible. Todos mis pacientes tienen el mismo deseo. Y a los dañados moralmente les ocurre lo mismo. Por ejemplo, en este momento está con Helmer un apestado moral...

SEÑORA LINDE

(Bajo.) ¡Ah!...

NORA

¿A quién se refiere usted?

RANK

Es un tal Krogstad, procurador, a quien usted no conoce. Está podrido hasta la raíz de su carácter, y, sin embargo, empezaba a hablar como de una cosa muy importante de que él tenía que vivir.

NORA

¿Sí? ¿De qué es de lo que está hablando con Helmer?

RANK

No lo sé; sólo oí que era algo del Banco.

NORA

No sabía que Krogs..., que ese procurador Krogstad tenía que ver con el Banco.

RANK

Tiene un empleo allí. *(A la señora Linde.)* No sé si en su tierra de usted se conoce esa clase de gentes que husmean por todas partes una podredumbre moral para colocar luego al atascado de ella en esta o aquella posición ventajosa. Los sanos tienen que conformarse y quedarse fuera.

SEÑORA LINDE

Los enfermos son los que necesitan en primer lugar asistencia.

RANK

(Encogiéndose de hombros.) Ya salió. Esa consi-

deración es la que convierte en un hospital a la sociedad entera. (*Nora, sumergida en sus pensamientos, rompe de pronto a reír y palmotear.*) ¿Por qué se ríe usted de esto? ¿Es que sabe usted lo que es la sociedad?

NORA

¿Qué me importa a mí la aburrida sociedad? Me río de otra cosa..., de una cosa tan graciosa... Diga usted, Doctor, ¿todos los que están empleados en el Banco dependen de Torvald?

RANK

¿Le parece a usted tan gracioso?

NORA

(*Sonríe y canturrea.*) ¡Déjeme usted! ¡Déjeme usted! (*Paseando por la escena.*) Sí; pensar que nosotros..., que Torvald va a tener tanta influencia sobre muchas gentes es extraordinariamente divertido. (*Sacando la bolsa.*) ¿Quiere usted una yema, Doctor?

RANK

Mira, mira: yemas. Yo creí que eran contrabando en esta casa.

NORA

Sí; pero éstas no, porque me las dió Cristina.

SEÑORA LINDE

¿Cómo? ¿Yo?

NORA

¡Vaya, vaya, no pongas esa cara de susto! Tú no podías saber que Torvald me lo había prohibido. Tiene miedo que me puedan dañar a los dientes. Pero, ¡bah!..., por una vez, ¿no es ver-

dad, doctor Rank? Haga usted el favor. (*Poniéndole una yema en la boca.*) Y tú también, Cristina. Y yo, y yo voy a comer también una, nada más que una..., o a lo sumo dos. (*Pasea de nuevo por la escena.*) Me siento extraordinariamente feliz. Pero falta todavía una cosa que me alegraría tanto...

RANK

¿Y qué es eso?

NORA

Una cosa que me gustaría extraordinariamente decir..., pero de modo que Torvald pudiera oírlo.

RANK

Pero ¿por qué no lo dice usted?

NORA

Porque no puedo; es una cosa fea.

SEÑORA LINDE

¿Fea?

RANK

Sí, entonces vale más callar. Pero a nosotros puede usted... Vaya, ¿qué es eso que tanto la gustaría decir en presencia de Helmer?

NORA

Tendría un placer inmenso en decir váyase a...

RANK

¡Está usted loca!

SEÑORA LINDE

¡Pero, Nora, por Dios!

RANK

Dígalo usted. Ahí está.

NORA

(Escondiendo las yemas.) ¡Chist, chist, chist!
(Helmer sale de su despacho con el abrigo debajo del brazo y el sombrero en la mano.)

NORA

(Yendo a su encuentro.) ¿Qué, ya te has librado de él?

HELMER

Sí, se ha marchado ya.

NORA

Voy a presentarte... Es Cristina, que ha venido a la ciudad.

HELMER

¿Cristina? Perdona, pero no sé...

NORA

La señora Linde, querido Torvald: Cristina Linde.

HELMER

¡Ah, vamos! ¿Será usted una amiga antigua de mi mujer?

SEÑORA LINDE

Sí, nos conocemos hace tiempo.

NORA

Y, figúrate, ha hecho un viaje para hablar contigo.

SEÑORA LINDE

En realidad, no...

NORA

Cristina tiene una gran disposición para trabajos de oficina y tenía muchas ganas de trabajar bajo la dirección de un hombre competente para aprender todavía más de lo que sabe...

HELMER

Eso es muy razonable.

NORA

Y al saber que te habían nombrado director del Banco..., la noticia la transmitió el telégrafo..., se vino aquí en seguida y... ¿verdad, Torvald, que puedes hacer algo por ella? ¿Verdad que sí?

HELMER

No sería imposible. ¿Usted es viuda?

SEÑORA LINDE

Sí.

HELMER

¿Y tiene práctica en esta clase de trabajos?

SEÑORA LINDE

Sí, bastante.

HELMER

Entonces es muy posible que la pueda proporcionar un puesto.

NORA

(*Palmeando.*) ¡Lo ves! ¡Lo ves!

HELMER

Llega usted en el momento propicio, señora...

SEÑORA LINDE

¡Oh, cómo puedo agradecerle a usted!...

HELMER

No hace falta. (*Poniéndose el abrigo.*) Pero hoy tiene usted que perdonarme...

RANK

Espera, voy contigo. (*Trae su abrigo de pieles del vestíbulo y lo calienta a la chimenea.*)

NORA

No tardes mucho en volver, Torvald.

HELMER

Una hora, nada más.

NORA

¿Tú también te vas, Cristina?

SEÑORA LINDE

(*Poniéndose el abrigo.*) Sí, tengo que buscar una habitación.

HELMER

Entonces probablemente podremos ir juntos.

NORA

(*Ayudándola.*) Qué lástima que la casa sea tan

pequeña; pero nos es completamente imposible darte...

SEÑORA LINDE

¡Cómo puedes pensar eso! Adiós, querida Nora, y gracias por todo.

NORA

Hasta luego. Porque esta noche tienes que volver, naturalmente. Y usted también, Doctor. ¿Qué es eso? ¿Si se siente usted bien? Claro que se sentirá. Abríguese bien. *(Salen conversando. Se oyen voces de niños en la escalera.)* ¡Ahí están! ¡Ahí están! *(Corre hacia la puerta y abre. Ana María, la niñera, viene con los niños.)* ¡Adentro, adentro! *(Besando a los niños.)* ¡Preciosos míos...! ¿Los ves, Cristina? ¿Verdad que son muy ricos?

RANK

¡No estemos aquí en la corriente!

HELMER

Venga usted, señora. Esto se pone inaguantable para quien no sea madre. *(Rank, Helmer y Cristina se van. La niñera entra con los niños y Nora hace lo mismo, cerrando la puerta.)*

NORA

¡Qué aire más fresco y más alegre traéis! ¡Y qué colorados venís! Como manzanas y rosas. *(Durante lo que sigue los niños hablan con ella.)* ¿De modo que os habéis divertido mucho? Es admirable. ¡Vaya, vaya! ¿Has llevado a Emmy y a Bob en el trineo? ¡Figúrate a los dos a un tiempo! Sí, eres un valiente, Ivar. ¡Oh, déjemela usted un momento, Ana María! *(Le quita la niña a la criada y baila con ella.)* Sí, sí, mamá bailará también con Bob. ¡Cómo!, ¿os habéis tirado bo-

las de nieve? ¡Oh, que no estuviera yo allí! No; deje usted, Ana María; yo les cambiaré los vestidos. Yo lo haré. ¡Es tan divertido! Váyase usted allá adentro. Parece que está usted helada. En la cocina tiene café a calentar. *(La niñera se va por la izquierda. Nora quita los abrigos a los niños mientras hablan y cuentan en confusión.)* ¿De veras? ¿Visteis un perro muy grande que corrió detrás de vosotros? ¡Pero no os mordería! No; los perros no muerden a los niños buenos. ¡No mires en los paquetes, Ivar! ¿Que qué es eso? Sí, en seguida voy a decírtelo. No, no; eso no está bien. ¿Yo? ¿Queréis que juguemos? ¿A qué vamos a jugar? ¿Al escondite? Bueno, juguemos al escondite. Que se esconda Bob el primero. ¿Queréis que me esconda yo? Bien, me esconderé.

(Ella y los niños juegan riendo y alborotando por la habitación y por la inmediata de la derecha. Por último, Nora se esconde debajo de la mesa, los niños vienen corriendo, buscan, pero no pueden encontrarla, oyen como ríe conteniendo la risa, se precipitan sobre la mesa, levantan el tapete y la ven. Regocijo estruendoso. Nora asoma la cabeza como para asustarlos. Nuevo júbilo. Entretanto, han llamado a la puerta sin que nadie oiga. Se entreabre la puerta y se ve a Krogstad. Aguarda un poco; el juego continúa.)

KROGSTAD

Perdone usted, señora Helmer...

NORA

(Con un grito contenido, se vuelve y se incorpora a medias.) ¡Oh!... ¿Qué quiere usted?

KROGSTAD

Perdone usted; la puerta sólo estaba entornada; han debido olvidarse de cerrarla.

NORA

(*Poniéndose en pie.*) Mi marido no está en casa, señor Krogstad...

KROGSTAD

Ya lo sé.

NORA

Entonces, ¿qué busca usted aquí.

KROGSTAD

Quisiera hablar dos palabras con usted.

NORA

¿Conmigo?... (*Bajo a los niños.*) Idos adentro con Ana María. ¡Cómo!... No, el hombre no le hará daño a mamá. Cuando se marche seguiremos jugando (*Lleva a los niños a la habitación de la izquierda y cierra la puerta tras sí. Intranquila, con ansiedad.*) ¿Quiere usted hablar conmigo?

KROGSTAD

Sí.

NORA

¿Hoy? Pero si no es todavía el primero.

KROGSTAD

No, no es el primero: es día de Nochebuena. De usted dependerá la alegría que la hayan de traer estas Pascuas.

NORA

Pero ¿qué es lo que quiere usted? Hoy no puedo...

KROGSTAD

No hablemos de eso por ahora. Se trata de otra cosa. ¿Tendrá usted un momento libre?

NORA

Sí, eso sí; aunque...

KROGSTAD

Esperaba sentado abajo, en el *restaurant* de
enfrente, y vi a su marido salir...

NORA

¿Y qué?

KROGSTAD

... con una señora.

NORA

¿Y qué más?

KROGSTAD

¿Me permite usted que la pregunte si esa se-
ñora era Cristina Linde?

NORA

Sí.

KROGSTAD

¿Ha venido hace poco?

NORA

Esta mañana.

KROGSTAD

Es muy amiga de usted, ¿verdad?

NORA

Sí que lo es. Pero no comprendo...

KROGSTAD

Yo también la conocí un tiempo.

NORA

Ya lo sé.

KROGSTAD

¡Ah!, ¿de modo que se lo ha contado a usted? Ya me lo figuraba. ¿Puedo preguntar ahora si Cristina Linde va a ser empleada en el Banco?

NORA

¿Cómo puede usted permitirse interrogarme, usted, un subordinado de mi marido? Pero ya que usted lo desea, sépalo. Sí, Cristina será empleada en el Banco. Y yo soy quien ha hablado por ella. Ya lo sabe usted.

KROGSTAD

De modo que había acertado.

NORA

(Paseando por la escena.) ¡Oh, también yo tengo mi influencia! No crea usted que porque una sea mujer... Cuando se es subordinado, señor Krogstad, hay que guardarse de ofender a nadie que...

KROGSTAD

¿Que tenga influencia?

NORA

Ha entendido usted perfectamente lo que pensaba.

KROGSTAD

(En otro tono.) Señora Helmer, ¿quiere usted tener la bondad de interponer su influencia en mi favor?

NORA

¡Cómo! ¿Qué quiere usted decir con eso?

KROGSTAD

¿Quiere usted tener la bondad de procurar que yo conserve mi puesto de subordinado en el Banco?

NORA

¿Qué significa eso? ¿Quién quiere quitarle su puesto?

KROGSTAD

¡Oh, no se haga usted la ignorante! Comprendo muy bien que a su amiga no le sea agradable encontrarse conmigo. Y ahora comprendo también a quién tengo que agradecer mi despido.

NORA

Le aseguro a usted que...

KROGSTAD

Bien; sea lo que sea. Aún es tiempo, y yo le aconsejo a usted que interponga su influencia para impedirlo.

NORA

Pero si yo no tengo ninguna influencia.

KROGSTAD

¿Que no? Si no me equivoco, usted misma decía hace un momento...

NORA

No en el sentido en que usted lo interpretó.

¡Yo! ¿Cómo puede usted creer que yo tuviera una influencia semejante sobre mi marido?

KROGSTAD

¡Oh, a su marido le conozco desde que éramos estudiantes! Creo que el señor director no es más firme que otros maridos.

NORA

Si habla usted con desprecio de mi marido, le mostraré la puerta.

KROGSTAD

Es usted valiente, señora.

NORA

Ya no le temo a usted. Después de año nuevo se acabará la historia.

KROGSTAD

(Dominándose.) Oiga usted ahora, señora Helmer: si es necesario, lucharé hasta lo último por conservar mi puesto en el Banco.

NORA

Sí, eso parece.

KROGSTAD

Y no es por el sueldo; eso es lo que menos me importa. Pero hay otra cosa... ¡Bien, allá va! Es lo siguiente: sabe usted, como todo el mundo, que hace algunos años me hice culpable de una imprudencia.

NORA

Creo que he oído algo de eso.

KROGSTAD

La cosa no fué a los tribunales; pero desde aquel momento se me cerraron todos los caminos y tuve que apelar a los negocios que usted conoce. Algo tenía que hacer, y puedo asegurarle que no he sido de los peores. Pero ahora tengo que salir de todo esto. Mis hijos van creciendo, y por ellos es preciso que me granjee toda la estimación social posible. Este puesto del Banco era el primer paso en el camino de mi rehabilitación, y ahora su marido quiere arrojarme al fango.

NORA

Pero, ¡Dios mío, señor Krogstad!, yo no tengo poder para remediarlo.

KROGSTAD

Porque no quiere usted; pero yo tengo medios para obligarla.

NORA

¿Quiere usted decir a mi marido que le debo dinero?

KROGSTAD

¿Y si se lo dijera?

NORA

Haría usted una villanía. (*Conteniendo las lágrimas.*) ¡Este secreto, que es mi orgullo y mi alegría, va a saberlo de una manera tan fea... y además por usted! Me produciría usted las mayores molestias...

KROGSTAD

¿Nada más que molestias?

NORA

(*Violentamente.*) Pero haga usted lo que quiera. Las peores consecuencias serán para usted, porque así verá mi marido qué casta de hombre es usted, y entonces sí que no le conserva el empleo.

KROGSTAD

Le preguntaba si sólo temía usted a las molestias domésticas.

NORA

En cuanto lo sepa mi marido, pagará, naturalmente, el resto, y entonces ya no tenemos nada que ver con usted.

KROGSTAD

(*Acercándose.*) Escuche usted, señora, o tiene usted mala memoria o no entiende usted de negocios. En ese caso, tengo que explicarle con detalle el asunto.

NORA

¿Cómo?

KROGSTAD

Estando enfermo su marido, vino usted a verme para que la prestase cinco mil doscientas coronas.

NORA

No sabía de ningún otro.

KROGSTAD

Yo prometí proporcionarle esa cantidad...

NORA

Y me la proporcionó usted.

KROGSTAD

Le prometí proporcionarle la cantidad bajo ciertas condiciones. Por aquel tiempo estaba usted tan afectada con la enfermedad de su marido y tan ansiosa de obtener el dinero, que probablemente no se fijó usted mucho en las dificultades de la cosa. Por eso no será superfluo que se las recuerde. Le prometí el dinero a cambio de un recibo que yo redacté.

NORA

Y que yo firmé.

KROGSTAD

Bien. Pero luego añadí algunas líneas en las que su padre garantizaba la deuda. Esas líneas debía firmarlas su padre de usted.

NORA

¿Debía?... Las firmó.

KROGSTAD

La fecha la había puesto en blanco, es decir, que su padre debía poner la fecha del día en que firmase el documento. ¿Lo recuerda usted?

NORA

Sí, creo que...

KROGSTAD

En seguida le di a usted el recibo para que se lo enviase a su padre ¿No es así?

NORA

Sí.

KROGSTAD

Y, naturalmente, lo hizo usted inmediatamen-

te..., pues a los cuatro o cinco días me trajo el recibo con la firma de su padre. Entonces le entregué la cantidad.

NORA

Qué, ¿no le he pagado puntualmente?

KROGSTAD

Bastante bien, sí. Pero..., volviendo a lo que hablábamos..., los tiempos aquellos eran difíciles para usted, ¿no es verdad, señora Helmer?

NORA

Sí que lo eran.

KROGSTAD

Creo que su padre estaba gravemente enfermo.

NORA

Estaba moribundo.

KROGSTAD

Y murió al poco tiempo.

NORA

Sí.

KROGSTAD

Diga usted, ¿recordaría usted por casualidad en qué día murió su padre?, en qué día del mes, quiero decir.

NORA

Papá murió el veintinueve de septiembre.

KROGSTAD

Perfectamente; me había informado. Y preci-

samente por eso no puedo explicarme una particularidad curiosa. (*Sacando un papel.*)

NORA

¿Qué circunstancia? No sé.

KROGSTAD

La particularidad de que su padre de usted firmó este recibo tres días después de su muerte.

NORA

¿Cómo? No comprendo...

KROGSTAD

Su padre de usted murió el veintinueve de septiembre. Y vea usted. Aquí la firma de su padre lleva la fecha de dos de octubre. ¿No es particular esto, señora? (*Nora calla.*) ¿Puede usted explicarme esto? (*Nora sigue callando.*) También es particular que las palabras «dos de octubre», así como el año, no son de letra de su padre, sino de otra letra que creo conocer. Pero, en fin, esto puede explicarse. Su padre se olvidó de la fecha, y alguien la puso sin saber todavía nada de su muerte. En esto no hay nada malo. Lo que importa es la firma misma. ¿Es verdadera la firma, señora Helmer? Fué realmente su padre quien puso aquí de su puño y letra su nombre?

NORA

(*Tras un silencio corto, echa la cabeza hacia atrás y le mira arrostrando su mirada.*) No...; yo he sido quien lo escribí.

KROGSTAD

Oiga usted, señora..., ¿sabe usted que es una confesión peligrosa?

NORA

¿Por qué? Si se le pagará a usted pronto su dinero.

KROGSTAD

Permítame usted una pregunta todavía. ¿Por qué no le envió usted el papel a su padre?

NORA

No era posible. Papá estaba gravemente enfermo. Para pedirle que firmara hubiera tenido que decirle para qué quería el dinero, y en el estado en que se hallaba no podía decirle que estaba en peligro la vida de mi marido. No podía ser.

KROGSTAD

Entonces hubiese sido mejor para usted suspender el viaje al extranjero.

NORA

Pero eso no podía ser. La vida de mi marido dependía del viaje. No podía dejarlo.

KROGSTAD

Pero ¿no pensó usted que era un engaño respecto a mí...?

NORA

Eso no podía tenerlo en cuenta. Usted no me importaba nada. No podía soportarle a causa de las dificultades que me ponía, a pesar de saber lo enfermo que estaba mi marido.

KROGSTAD

Señora, no tiene usted una idea clara de hasta

qué punto se ha comprometido usted. Pero puedo asegurarla que no fué otra cosa, ni peor, lo que me costó un día mi posición social.

NORA

¿Usted? ¿Quiere usted hacerme creer que había usted realizado una acción atrevida para salvar la vida a su mujer?

KROGSTAD

Las leyes preguntan poco por los motivos de la acción.

NORA

Entonces son malas las leyes.

KROGSTAD

Malas o buenas, si me voy con este papel a los Tribunales la juzgarán a usted según ellas.

NORA

No lo creo. ¿No iba a tener una hija el derecho de evitar dolores y preocupaciones a su viejo padre, moribundo? ¿No iba a tener una esposa el derecho de salvar la vida de su marido? No conozco las leyes exactamente; pero tengo la certeza de que en alguna parte tiene que estar permitido esto. ¿Y usted, que es procurador, no lo sabe? Poco sabe usted de leyes, señor Krogstad.

KROGSTAD

Puede ser. Pero de negocios, de negocios de esta clase, puede creerme usted que entiendo. Bien, haga usted lo que le parezca. Pero le aseguro que si se me expulsa por segunda vez, usted me hará compañía. (*Saluda y se va.*)

NORA

(Está un rato pensativa; luego echa la cabeza hacia atrás.) ¡Vaya! ¡No quería más que asustarme! No soy tan simple. *(Empieza a recoger los vestidos de los niños, luego se para.)* Pero... ¡No, eso es imposible!... Lo hice por amor.

LOS NIÑOS

(En la puerta de la izquierda.) Mamá, ya se ha marchado el hombre.

NORA

Sí, ya lo sé. Pero no digáis a nadie que estuvo aquí. ¿Lo oís? Ni siquiera a papá.

LOS NIÑOS

No, mamá. Pero ¿no quieres jugar con nosotros?

NORA

No, no; ahora no.

LOS NIÑOS

¡Pero, mamá, si nos lo prometiste!

NORA

Sí; pero ahora no puedo. Idos adentro; tengo mucho que hacer. Idos, idos adentro, hijos míos queridos. *(Les obliga dulcemente a salir y cierra tras ellos la puerta. Se sienta en el sofá, toma un bordado y trabaja un momento; pero pronto se para.)* ¡No!... *(Tira el bordado, se levanta, va hacia la puerta del fondo y grita.)* ¡Elena, tráigame usted el árbol! *(Se va a la mesa de la izquierda y abre el cajón; de pronto se queda pensativa.)* ¡No!... ¡Eso es imposible!

LA CRIADA

(*Con el árbol.*) ¿Dónde quiere que lo ponga, señorita?

NORA

Ahí, en el centro de la habitación.

LA CRIADA

¿Quiere usted que traiga alguna otra cosa?

NORA

No, tengo todo lo que me hace falta. (*La criada, después de colocar el árbol, se va. Nora, arreglando el árbol.*) Aquí, una luz...; aquí, flores... ¡El antipático!... ¡No!... ¡Eso es absurdo!... ¡No pasará nada!... ¡Qué bonito va a quedar el árbol! Quiero hacer todo lo que pueda alegrarte, Torvald... Bailaré, cantaré y... (*Helmer entra con un paquete de papeles debajo del brazo.*) ¿Qué, ya vuelves?

HELMER

Sí. ¿Ha estado alguien aquí?

NORA

¿Aquí? No.

HELMER

Es extraño. Vi a Krogstad salir de casa.

NORA

¿Sí? ¡Ah, sí, es verdad; Krogstad estuvo aquí un momento!

HELMER

Nora, te conozco en la cara que ha venido a pedirte que me hablastes en favor suyo.

NORA
Sí.

HELMER

¿Y quería que lo hicieras como si saliese de ti? Debías callarme que había estado aquí. ¿No te lo pidió?

NORA

Sí, Torvald; pero...

HELMER

¡Nora, Nora!... ¿Cómo pudiste acceder a eso?... ¡Entrar en conversación con un hombre semejante y hacerle una promesa!... ¡Y luego faltar a la verdad!...

NORA

¿Faltar a la verdad?

HELMER

¿No me dijiste que no había estado nadie aquí? (*Amenazándola con el dedo.*) ¡Que no vuelva a hacer eso mi pajarito! Un pájaro cantor no debe dar notas falsas. (*Abrazándola por el talle.*) ¿Verdad que sí?... ¡Ya lo sabía! (*Sentándola.*) Y ahora dejemos eso. (*Sentándose ante la chimenea.*) ¡Oh, qué cómodo y qué bien está esto! (*Hojeando los papeles.*)

NORA

(*Arregla el árbol. Tras un corto silencio.*) ¡Torvald!...

HELMER

¿Qué?

NORA

¡Me alegra tanto el pensar en el baile de trajes de pasado mañana en casa de Itenborg!...

HELMER

Y yo estoy muy curioso por saber con qué quieres sorprenderme.

NORA

¡Ah, qué ocurrencia más tonta!

HELMER

¿Cómo?...

NORA

No puedo encontrar nada. Todo resulta tan tonto, tan insignificante...

HELMER

¿Ha llegado mi Nora a reconocerlo?

NORA

(Por detrás de la silla, apoyando los brazos en el respaldo.) ¿Estás muy ocupado, Torvald?

HELMER

¡Ah!...

NORA

¿Qué papeles son esos?

HELMER

Cosas del Banco.

NORA

¿Ya?

HELMER

Tengo poder para hacer las modificaciones necesarias en el personal y en el plan de trabajo, y quiero aprovechar la semana de Navidad para

ello. Quiero que para año nuevo esté todo en orden.

NORA

¿De modo que por eso el pobre Krogstad...?

HELMER

¿Qué?

NORA

(Inclinándose sobre el respaldo de la silla y mordiéndole lentamente en el cabello de atrás.) Si no tuvieses un trabajo tan urgente, te pediría un favor muy grande, Torvald.

HELMER

Vamos a ver. Dime lo que es.

NORA

No hay nadie que tenga tan buen gusto como tú, y yo quisiera ir bien vestida al baile de trajes. Torvald, ¿no podrías ayudarme y decirme de qué voy a ir disfrazada y cómo debe ser mi disfraz?

HELMER

¡Ajá! ¿De modo que la cabecita terca está en un atolladero y busca que la saquen de él?

NORA

Sí, Torvald; sin tu ayuda no puedo hacer nada.

HELMER

Bien, bien; lo pensaré. Ya encontraremos algo.

NORA

Eres muy bueno, Torvald. *(Se va hacia el árbol.)*

Pausa.) ¡Qué bien hacen las flores rojas!... Pero dime, ¿la... cosa que cometió ese Krogstad era realmente tan grave?

HELMER

Falsificó una firma. ¿Puedes darte cuenta de lo que eso significa?

NORA

¿No lo haría empujado por la necesidad?

HELMER

Sí, o, como otros muchos, por ligereza. No soy tan duro que condene incondicionalmente a nadie por una acción única de esa clase.

NORA

¿Verdad que no, Torvald?

HELMER

Algunos pueden rehabilitarse moralmente, después de reconocer públicamente su culpa y de purgar su pena.

NORA

¿Pena?...

HELMER

Pero Krogstad no siguió ese camino. En vez de eso, trató de salvarse con habilidades y simulaciones, y precisamente por eso se ha arruinado moralmente.

NORA

¿Crees que debía...?

HELMER

Piensa cómo un hombre así, consciente de su

culpa, tiene que fingir y disimular en todas partes; tiene que ponerse la máscara hasta para sus íntimos, hasta para su mujer y sus hijos. ¡Para con sus propios hijos!... ¡Eso es lo más terrible, Nora!

NORA

¿Por qué?

HELMER

Porque un ambiente semejante de mentira emponzoña toda la familia. El respirar un aire semejante es enfermo.

NORA

¿Estás seguro de eso?

HELMER

Como abogado, he tenido bastante ocasión de observarlo. Casi todos los hombres pervertidos jóvenes han tenido madres mentirosas.

NORA

¿Por qué justamente... madres?

HELMER

De las madres viene con mayor frecuencia; pero claro está que también puede ser culpa de los padres; esto lo saben todos los jueces. Y este Krogstad ha envenenado durante años, con mentira y simulación, el alma de sus hijos. Por eso digo que es un degenerado moralmente. (*Extendiéndole las manos.*) Por eso, mi querida Nora, tienes que prometerme no interceder por él. Dame tu mano en prenda... ¡Vaya, vaya!... ¿Qué es eso?... ¡Venga la mano!... ¡Así! ¿De modo que queda convenido? Te aseguro que me sería imposible trabajar con él; la proximidad de hom-

bres semejantes me proporciona casi un malestar físico.

NORA

(*Soltando su mano y yéndose al otro lado del árbol.*) ¡Qué calor hace aquí! Y yo tengo mucho que hacer todavía.

HELMER

(*Se levanta y recoge sus papeles.*) Sí, yo también voy a ver si leo alguno de estos papeles antes de comer; también quiero pensar en tu disfraz. Y es posible que tenga alguna pequeñez que se pudiese colgar del árbol, envuelta en un papel dorado. (*Poniendo la mano sobre su cabeza.*) ¡Pajarito mío querido!... (*Se va a su cuarto y cierra la puerta tras sí.*)

NORA

(*Bajo, tras una pausa.*) ¡Que es eso!... ¡No es así! ¡Es imposible! ¡Tiene que ser imposible!

ANA MARÍA

(*En la puerta de la izquierda.*) Los niños quieren venir a ver a su mamá.

NORA

¡No, no; no los deje usted entrar! Estése usted con ellos.

ANA MARÍA

Está bien, señorita. (*Cierra la puerta.*)

NORA

(*Pálida de indignación.*) ¡Yo corromper a mis hijos!... ¡Envenenar mi hogar!... (*Pausa corta. Levantando con orgullo la cabeza.*) ¡Eso no es verdad! ¡No es verdad!

ACTO SEGUNDO

La misma habitación. En el rincón, junto al piano, está el árbol de Navidad, desarreglado, destrozado y las luces colgando. Sobre el sofá, el abrigo de Nora. Ésta, sola, pasea intranquila por la habitación. Luego se para y coge su abrigo.

NORA

(Vuelve a dejar su abrigo.) Alguien viene. *(Va a la puerta y escucha.)* No, no es nadie. Naturalmente, hoy, día de Navidad, no vendrá nadie..., y mañana tampoco. Pero acaso... *(Abre la puerta y mira.)* No, no hay nada en el buzón; está completamente vacío *(Viene hacia el primer término.)* ¡Bah; eso son tonterías! No lo hará. No es posible. No puede ser. ¡Yo, que tengo tres hijos!..

ANA MARÍA

(Viene de la izquierda con una gran caja de cartón.) Por fin he encontrado la caja con el traje de máscara.

NORA

Gracias; póngalo usted sobre la mesa.

ANA MARÍA

(Lo hace así.) Pero está muy deteriorado.

NORA

¡Oh, quisiera hacerlo pedazos!..

ANA MARÍA

¡Dios mío, puede arreglarse bien con un poco de paciencia!

NORA

Sí, voy a casa de Cristina Linde a ver si me ayuda.

ANA MARÍA

¿Quiere usted volver a salir? ¡Con el tiempo que hace!... Se va usted a constipar; se pondrá usted mala.

NORA

¡Eso no sería lo peor!... ¿Qué hacen los niños?

ANA MARÍA

Juegan con los regalos de Navidad; pero...

NORA

¿Preguntan mucho por mí?

ANA MARÍA

Están tan acostumbrados a tener consigo a su mamá...

NORA

Sí, Ana María; pero desde hoy en adelante no podré estar con ellos tanto como antes.

ANA MARÍA

Los niños pequeños se acostumbran a todo.

NORA

¿Cree usted...? ¿Cree usted que olvidarían a su madre si se marchase?

ANA MARÍA

¡Dios mío, marcharse...!

NORA

Diga usted, Ana María.... He pensado muchas veces en ello... ¿Cómo pudo usted tener corazón para dejar a su hija en manos de otras gentes?

ANA MARÍA

Tenía que hacerlo así si quería ser ama de la pequeña Nora.

NORA

Sí. Pero ¿cómo pudo usted resignarse?

ANA MARÍA

Era un acomodo tan bueno... Para una pobre muchacha que ha tenido una desgracia, es una suerte, pues el mal hombre no hizo nada por mí.

NORA

Pero su hija la habrá olvidado a usted.

ANA MARÍA

¡Oh, no; de ningún modo! Cuando se confirmó y cuando se casó me escribió.

NORA

(*Abrazándola.*) ¡Mi buena Ana María!... Fué usted una buena madre para mí cuando era pequeña.

ANA MARÍA

La pobre Nora no tenía más madre que yo.

NORA

Y si mis pequeños se quedaran sin madre, estoy segura de que usted... ¡Oh, es absurdo! (*Abre la caja.*) Váyase con ellos. Yo tengo que... Mañana verá usted lo bien que me está.

ANA MARÍA

¡Oh, sí; no habrá en el baile ninguna tan guapa como usted! (*Se va por la puerta de la izquierda.*)

NORA

(*Empieza a sacar el traje de la caja, pero en seguida vuelve a dejarlo todo dentro.*) ¡Si pudiera marcharme!... ¡Si no viniera nadie!... ¡Si no pasase nada aquí en casa!... ¡Bah, no digo más que tonterías!... Nadie vendrá. No quiero pensar en ello. Qué suave es el manguito. Los guantes son muy hermosos, muy hermosos... Pero ¡fuera estas cosas! ¡Fuera! Una, dos, tres, cuatro, cinco, seis... (*Gritando.*) ¡Ahí viene!... (*Quiere ir hacia la puerta, pero se para indecisa. La señora Linde entra del vestíbulo, donde se ha quitado el abrigo y el sombrero.*) ¿Eres tú, Cristina? ¿No hay nadie más ahí fuera? ¡Qué gusto que hayas venido!

SEÑORA LINDE

Me dijeron que habías estado en mi casa y que habías preguntado por mí.

NORA

Si, pasaba por allí... Necesito que me ayudes a una cosa. Vamos a sentarnos aquí, en el sofá. Mira: mañana por la noche habrá un baile de trajes en casa de Itenborg, y Torvald quiere que me vista de pescadora napolitana y baile la tarantela que aprendí en Capri.

SEÑORA LINDE

¡Vaya, vaya!... ¿De modo que será un espectáculo?

NORA

Torvald lo desea. Mira : aquí está el traje. Torvald me lo encargó en Italia. Pero está tan destrozado..., y yo no sé...

SEÑORA LINDE

Eso pronto lo arreglaremos. No son más que los adornos, que están un poco descosidos... ¿Aguja e hilo?... ¡Ah, ahí está lo que nos hace falta!

NORA

Eres muy amable.

SEÑORA LINDE

(Cosiendo.) ¿De modo que quieres disfrazarte mañana, Nora? Entonces vendré un momento para verte vestida. Pero se me había olvidado darte las gracias por la noche tan agradable de ayer.

NORA

(Levantándose y paseando.) Ayer no me pareció esto tan agradable como otras veces. Debiste haber venido algo antes a la ciudad, Cristina. Sí, Torvald sabe hacer hermosa y agradable nuestra casa.

SEÑORA LINDE

Y tú también. No en vano eres hija de tu padre. Pero dime: ¿el doctor Rank está siempre tan abatido como anoche?

NORA

Anoche era más marcado. Pero tiene una en-

fermedad muy peligrosa: tiene tuberculosis medular el pobre. Su padre, ¿sabes?, era un hombre que tenía queridas y esas cosas... Y por eso su hijo está enfermo desde la infancia.

SEÑORA LINDE

(Dejando caer la labor en su regazo.) Pero ¿por dónde sabes esas cosas, querida Nora?

NORA

(Paseando.) ¡Bah!... Cuando se tienen tres hijos, recibe uno visitas que saben algo de Medicina y le cuentan a uno esto y lo otro.

SEÑORA LINDE

(Volviendo a coser. Pausa corta.) ¿Viene todos los días aquí el Doctor?

NORA

Sí, a diario. Es el mejor amigo de Torvald y un buen amigo mío. Rank es como si fuese de la familia.

SEÑORA LINDE

Pero dime, ¿es completamente sincero el Doctor? ¿No le gusta decir cumplimientos a la gente?

NORA

Al contrario. ¿Por qué dices eso?

SEÑORA LINDE

Quando ayer me lo presentaste, dijo que había oído mi nombre en esta casa. Pero luego resultó que tu marido no sabía quién era yo. Y me preguntó: ¿cómo puede saber el Doctor...?

NORA

Tienes razón, Cristina. Pero la cosa es que Torvald me quiere tanto, que quiere poseerme por completo, como él dice. En los primeros tiempos casi estaba celoso cada vez que le hablaba de las gentes a quienes quiero. Pero con el Doctor hablo muchas veces de eso, porque le gusta mucho oírme charlar.

SEÑORA LINDE

Querida Nora, en algunas cosas eres una niña. Yo tengo más edad que tú y tengo más experiencia. Voy a decirte una cosa: debías procurar acabar eso con el Doctor.

NORA

¿Y qué es eso?

SEÑORA LINDE

Eso y lo otro, a mi entender. Ayer hablabas de un adorador que iba a darte dinero.

NORA

Sí; y que, por desgracia, no existe. Pero ¿y qué?

SEÑORA LINDE

¿Tiene capital el Doctor?

NORA

Sí que tiene.

SEÑORA LINDE

¿Y nadie por quien mirar?

NORA

Nadie. Pero...

SEÑORA LINDE

¿Y viene diariamente a la casa?

NORA

Ya lo has oído.

SEÑORA LINDE

Pero ¿cómo puede ser tan poco delicado un hombre tan fino?

NORA

No te entiendo.

SEÑORA LINDE

No disimules, Nora. ¿Crees que no he adivinado quién te prestó las cinco mil doscientas coronas?

NORA

¿Estás loca? ¿Eso crees? ¡Un amigo que viene a vernos todos los días!... ¡Qué situación más penosa sería esa!

SEÑORA LINDE

¿De modo que de veras no ha sido él?

NORA

No, te lo aseguro. Ni por un momento se me ocurrió pedirle... Además, entonces no hubiese podido hacerlo; el dinero lo adquirió después.

SEÑORA LINDE

Fué una suerte para ti, Nora.

NORA

No, de veras; nunca se me hubiese ocurrido

acudir al Doctor... Ahora, que estoy segura de que si le pidiese...

SEÑORA LINDE

Pero no lo harás.

NORA

¡Dios me libre!... Ni creo que pueda ser necesario. Pero estoy segura de que si le dijese...

SEÑORA LINDE

¿A espaldas de tu marido?

NORA

Tengo que salir de lo otro; lo otro también lo hice a espaldas tuyas. Tengo que salir de eso...

SEÑORA LINDE

Así decías ayer también; pero...

NORA

(*Paseando.*) Un hombre puede arreglarlo más fácilmente que una mujer.

SEÑORA LINDE

El marido, sí.

NORA

¡Eso son tonterías! Cuando se ha pagado todo lo que se debe, ¿le devuelven a una el recibo?

SEÑORA LINDE

Naturalmente.

NORA

¿Y puede rasgarse en cien pedazos y quemarse ese papel?

SEÑORA LINDE

(La mira fijamente, deja a un lado la labor y se levanta con lentitud.) ¡Nora, tú me ocultas algo!

NORA

¿Me lo notas?

SEÑORA LINDE

Desde ayer por la mañana te ha ocurrido algo, Nora. ¿Qué es ello?

NORA

(Yendo hacia ella.) Cristina... *(Escuchando.)* ¡Silencio! Ahí viene Torvald. Toma. Vete adentro con los niños. Torvald no puede resistir estas cosas. A Ana María que te ayude.

SEÑORA LINDE

(Recogiendo una parte de las cosas.) Bien; pero no me voy de aquí hasta que hayas hablado francamente conmigo. *(Se va por la izquierda, y en el mismo momento entra Torvald.)*

NORA

(Yendo a su encuentro.) ¡Oh, con qué ansia te esperaba, Torvald!

HELMER

¿Ha estado aquí la costurera?

NORA

No. Cristina, que me ayuda a arreglar el vestido. Verás, voy a estar muy bien.

HELMER

Seguramente. ¿No fué una buena ocurrencia la mía?

NORA

Magnífica. Pero también está bien, de mi parte, el hacer lo que tú me dices.

HELMER

¿Cómo? (*Cogiéndola por la barba.*) ¿Está bien, de tu parte, hacer lo que te dice tu marido? Bueno, bueno, ya sé que no lo piensas así. Pero no quiero estorbarte; querrás probar el vestido.

NORA

Y tú querrás trabajar.

HELMER

Sí. (*Señalándole un montón de papeles que trae bajo el brazo.*) Estuve en el Banco. (*Va a entrar en su cuarto.*)

NORA

Torvald...

HELMER

(*Parándose.*) ¿Qué?

NORA

Si tu ardillita te pidiese algo de todo corazón..

HELMER

¿Qué?

NORA

¿Lo harías?

HELMER

Primero tengo que saber lo que es, naturalmente.

NORA

La ardillita saltaría de contento y haría locu-

ras divertidas si quisieras ser amable y complaciente.

HELMER

Di lo que sea.

NORA

La alondra trinaría por todas las habitaciones.

HELMER

¡Bah, eso ya lo hace de todos modos!

NORA

Haría de hada y bailarían a la luz de la Luna.

HELMER

Nora... ¿No será lo de esta mañana?

NORA

(Acercándose.) Sí, Torvald; te lo pido tan...

HELMER

¿Tienes valor para volver sobre ese asunto?

NORA

Sí, sí; tienes que acceder a lo que te pido, tienes que dejar a Krogstad en su puesto.

HELMER

Querida Nora, su puesto es el que pienso darle a la señora Linde.

NORA

Eso te lo agradezco mucho. Pero en vez de Krogstad, puedes despedir a otro.

HELMER

Pero esa es una terquedad increíble. Porque le has prometido imprudentemente hablarme en su favor, quieres que yo...

NORA

No por eso, Torvald. Es por ti. Ese hombre colabora en los periódicos más desvergonzados; tú mismo lo has dicho. Puede hacerte mucho mal. Tengo miedo.

HELMER

¡Ah, ya entiendo!... Son viejos recuerdos los que te asustan.

NORA

¿Qué quieres decir?

HELMER

Pienso, naturalmente, en tu padre.

NORA

Sí, sí; recuerda en todo lo que dijeron en los periódicos sobre mi padre y cómo le calumniaron. Creo que habrían conseguido que le quitaran el puesto si el Gobierno no te hubiese comisionado a ti para examinar el asunto y si tú no hubieras sido tan bueno con él.

HELMER

Querida Nora, entre tu padre y yo hay una diferencia notable. Tu padre no era inatacable como funcionario, y yo lo soy y espero continuar siéndolo.

NORA

¡Oh, no puedes darte cuenta de lo que pueden

inventar gentes de mala voluntad! Ahora podíamos vivir tan bien, tan tranquilos y tan felices en nuestra casa, tú y yo y los niños... Por eso te lo pido.

HELMER

Pues precisamente porque tú intercedes por él, me es imposible conservarle. Ya se sabe en el Banco que quiero despedir a Krogstad. Y si se supiese que el nuevo director había cambiado de decisión bajo el influjo de su mujer...

NORA

¿Qué, entonces?...

HELMER

Para ti, la cosa es que se haga tu voluntad; lo demás no tiene interés. ¿Quieres que me ponga en ridículo ante todo el personal, hacer que las gentes crean que estoy bajo una influencia extraña? ¡Créeme, pronto tendría que sufrir las consecuencias! Y luego, hay todavía una circunstancia que hace imposible la permanencia de Krogstad en el Banco mientras yo sea director...

NORA

¿Cuál?

HELMER

Es posible que hubiese podido pasar por alto sus defectos morales...

NORA

¿Verdad que sí?

HELMER

Y he oído decir que se le podía utilizar perfectamente. Pero es un conocido de mi juventud; es uno de esos conocimientos que tantas veces le molestan a uno después en la vida. Para hablar

francamente, nos tuteamos. Y como no tiene tacto, no lo disimula cuando otros están presentes; al contrario, cree que eso le autoriza a tratarme familiarmente, y a cada momento está con su «tú, tú, Helmer». Te aseguro que eso me produce el peor efecto. Me haría insoportable la situación en el Banco.

NORA

Torvald, eso no lo dices en serio.

HELMER

¿No? ¿Por qué no?

NORA

No; porque esas no son más que pequeñeces.

HELMER

¿Qué dices? ¿Pequeñeces? ¿Me tienes por pequeño?

NORA

Al contrario, Torvald..., y precisamente por eso...

HELMER

Es igual, llamas pequeños a mis motivos... De modo que yo también lo seré... ¿Pequeño? ¿Conque sí...? Bien, es preciso acabar con esto. (*Va hacia la puerta del vestíbulo y llama.*) ¡Elena!

NORA

¿Qué quieres?

HELMER

(*Buscando entre sus papeles.*) Acabar con esto. (*Entra la criada.*) Lleve usted esta carta. Désela

usted a un mozo de cuerda. Pero en seguida. Las señas están en el sobre. Aquí tiene usted dinero.

LA CRIADA

Está bien. (*Sale.*)

HELMER

(*Ordenando sus papeles.*) ¡Ya está, mi cabecita terca!

NORA

(*Pensativa.*) Torvald, ¿qué carta es esa?

HELMER

El despido de Krogstad.

NORA

Que no la lleven, Torvald; todavía es tiempo. Que no la lleven. Hazlo por mí, por ti y por nuestros hijos. ¿Lo oyes, Torvald? Hazlo. ¡No sabes lo que esa carta puede traernos!...

HELMER

Demasiado tarde.

NORA

Sí, demasiado tarde.

HELMER

Querida Nora, te perdono tu miedo, aunque en el fondo es una ofensa para mí... Y sí que lo es. ¿O supones que no es una ofensa para mí creer que voy a tener miedo de un *escribidor* cualquiera? Pero te lo perdono, porque al mismo tiempo es una prueba del gran amor que me tienes. (*Abrazándola.*) Así debe ser, Nora mía. Que venga lo que venga. Estate convencida de que cuan-

do llegue el momento, no sólo tendré el valor, sino también la fuerza que haga falta. Ya verás cómo tengo fuerza para tomarlo todo sobre mí.

NORA

(*Espantada.*) ¿Qué quieres decir con eso?

HELMER

Todo, he dicho.

NORA

(*Dominándose.*) No, no pasará nada.

HELMER

Bien; entonces partiremos, Nora. Como marido y mujer. Como debe ser. (*Acariciándola.*) ¿Estás contenta? ¡Vaya, vaya, no pongas esos ojos de paloma asustada! No son más que imaginaciones. Ahora ensayarás la tarantela; yo tocaré la pande-reta. Yo me voy al despacho y cierro la puerta de en medio; así no oiré nada. Puedes hacer todo el ruido que quieras. Y si... (*Volviéndose desde la puerta*), y si viene Rank, que pase a verme. (*La saluda con la cabeza, entra en su cuarto y cierra la puerta.*)

NORA

(*Aterrada, se queda como petrificada y murmura.*) ¡Y que haya podido hacer eso!... Sí, lo hizo; lo hizo, a pesar de todo... ¡No, eso no! Prefiero lo otro... ¡Salvación!... ¡Una salida!... (*Suena el timbre.*) El doctor Rank... Prefiero lo otro, sea lo que sea. (*Se serena, va a la puerta y la abre. Durante lo que sigue comienza a obscurecer.*) Buenas noches, Doctor. Le reconocí en la manera de llamar. Pero no entre usted ahora en el despacho, porque creo que Torvald tiene que trabajar.

RANK

¿Y usted?...

NORA

(Mientras él entra en la habitación, cierra la puerta.) Ya sabe que para usted tengo siempre una horita.

RANK

Muchas gracias. Aprovecharé su amistad todo el tiempo que pueda.

NORA

¿Qué quiere usted decir? ¿Todo el tiempo que pueda?

RANK

Sí. ¿Es que la asusta a usted?

NORA

Lo ha dicho usted de un modo particular... ¿Es que va a ocurrir algo?

RANK

Algo para lo que hace mucho tiempo estoy preparado. Pero no creía que viniera tan pronto.

NORA

(Cogiendo su brazo.) ¿Qué es eso, Doctor? Tiene usted que decírmelo.

RANK

(Sentándose junto a la chimenea.) ¡Voy hacia abajo!... ¡No hay remedio!

NORA

(Respirando aliviada.) ¿De modo que es usted el que...?

RANK

¿Quién si no? ¿A qué engañarse a sí mismo? Yo soy el más miserable de todos mis pacientes, señora. Estos días he hecho un reconocimiento general de mi estado interior... ¡Bancarrotal... ¡Antes de un mes me comerán los gusanos en el cementerio!

NORA

¡No diga usted esas cosas feas!

RANK

La cosa es en sí fea. Pero lo peor es la fealdad que vendrá antes de eso. No falta más que un reconocimiento. Después de que lo haya hecho, sabré poco más o menos cuándo empezará el fin. En ese caso, les enviaré una noticia corta. Helmer, con su naturaleza fina, tiene una repugnancia decidida contra todo lo feo. No quiero verle junto a mi lecho de enfermo.

NORA

¡Pero Doctor...!

RANK

No quiero que entre, en ningún caso. Le cerraré mi puerta. Tan pronto como sepa con certeza que lo irremediable ha llegado, le enviaré mi tarjeta con una cruz, y entonces sabrá usted que ha comenzado el fin, con todo su acompañamiento de cosas repulsivas.

NORA

Hoy viene usted terrible, Doctor. ¡Y yo que

hubiese querido que estuviese usted de buen humor!...

RANK

¿Con la muerte ante los ojos?... ¡Y para purgar la culpa de otro!... ¿Dónde está la justicia? ¡Y así pesa sobre cada familia, de una o de otra manera, esta expiación implacable!

NORA

(*Tapándose los oídos.*) ¡Eso son tonterías, Doctor! Hay que estar alegre.

RANK

Sí, la cosa es para reírse en realidad. Mi pobre medula, inocente, tiene que pagar los días alegres de mi padre.

NORA

(*Yendo hacia la mesa de la izquierda.*) Era un gran amigo de espárragos y *foie-gras*, ¿verdad?

RANK

Sí, y de trufas.

NORA

Y de trufas. Y de ostras también, creo.

RANK

Sí, las ostras, las ostras... Claro.

NORA

Y luego el vino de Oporto y el Champaña. ¡Es lástima que todas esas cosas buenas produzcan tales resultados!

RANK

Sobre todo, que los resultados caigan sobre quien no ha sacado el menor partido de ellas.

NORA

Sí, eso es lo más triste.

RANK

(La mira inquisitivamente.) Sí, sí...

NORA

(Pausa.) ¿De qué se sonríe usted?

RANK

No; usted es la que se sonríe.

NORA

No; ha sido usted, Doctor.

RANK

(Levantándose.) Es usted más maligna de lo que pensaba.

NORA

Hoy tengo humor de hacer locuras.

RANK

Eso parece.

NORA

(Poniéndole sus manos sobre los hombros.) Mi buen Doctor, la muerte no puede quitárnoslo a Torvald y a mí.

RANK

¡Oh, el dolor pasará pronto! A los que se van, se les olvida en seguida.

NORA

(*Mirándole con miedo.*) ¿Lo cree usted así?

RANK

Se encuentran nuevas relaciones, y...

NORA

¿Quién encuentra nuevas relaciones?

RANK

Usted y Helmer, tan pronto como yo haya desaparecido. Y usted ya está en el mejor camino. ¿Qué hacía aquí anoche esa señora Linde?

NORA

¡Vaya!... ¿No estará usted celoso de la pobre Cristina?

RANK

Sí que lo estoy. Será mi sucesora en esta casa. Esa mujer será...

NORA

¡No tan alto, que está allá adentro!

RANK

¿Hoy también? Ya lo ve usted...

NORA

Nada más que para arreglarme mi traje. ¡Pero

qué antipático está usted hoy! (*Se sienta en el sofá.*) Sea usted razonable, Doctor. Ya verá usted mañana lo bien que bailo, y luego hágase usted la ilusión de que lo hago para usted... y, naturalmente, para Torvald, eso se sobrentiende. (*Cogiendo algunas cosas de la caja.*) Siéntese usted aquí, Doctor; voy a enseñarle unas cosas.

RANK

(*Sentándose.*) ¿Qué?

NORA

Vea usted, vea usted...

RANK

Medias de seda.

NORA

De color de carne. ¿No son preciosas? Ahora está un poco obscuro aquí. Pero mañana... ¡No, no; usted no verá más que el pie!... Bueno; por mí, puede usted ver el resto.

RANK

Sí, sí...

NORA

¿Por qué pone usted esa cara de crítica? ¿Cree usted que no me estarán bien?

RANK

Sobre ese punto no puedo tener una opinión fundada.

NORA

(*Le mira un momento.*) ¿No le da a usted vergüenza? (*Le da suavemente con las medias en una*

oreja.) ¡Este es el castigo! (*Vuelve a meterlas en la caja.*)

RANK

¿Y qué otras cosas magníficas iba usted a enseñarme?

NORA

Ya no verá usted nada más, porque es usted muy atrevido. (*Canturrea y busca por la caja.*)

RANK

(*Tras un silencio corto.*) Cuando estoy aquí junto a usted, tengo que pensar en qué habría sido de mí si no hubiera entrado nunca en esta casa...

NORA

(*Sonriendo.*) Sí, creo que le gusta a usted estar aquí.

RANK

(*Bajo.*) ¡Y tener que abandonar todo esto!...

NORA

¡Qué absurdo!... No nos abandonará usted.

RANK

¡Y ni poder esperar siquiera una señal de agradecimiento!... ¡Apenas si un momento de echarme de menos!... Un puesto vacío, que ocupará cualquiera.

NORA

¿Y si yo le pidiese...? No...

RANK

¿Qué?

NORA

Una prueba grande de su amistad.

RANK

¿Qué puede ser?

NORA

Quiero decir si le pidiera un favor muy grande, muy grande.

RANK

¿De veras quiere usted hacerme tan dichoso?

NORA

¡Bah, si no sabe usted lo que es!

RANK

Bien, pues dígalo usted.

NORA

Pero no puedo, Doctor. Es muchísimo... No sólo un favor, sino también consejo y ayuda.

RANK

Tanto mejor. No puedo figurarme a qué se puede referir. Pero hable usted. ¿No tiene usted confianza en mí?

NORA

Sí, como en ningún otro. Sí, mi mejor y más fiel amigo; eso ya lo sé. Por eso quiero decirle... Bien, Doctor, tiene usted que ayudarme a impedir una cosa. Ya sabe usted de qué modo indecible me quiere Torvald. No vacilaría un momento en sacrificar por mí su vida.

RANK

(Inclinándose hacia ella.) Nora, ¿cree usted que él es el único que...?

NORA

(Con un movimiento de sorpresa.) ¿Qué?

RANK

Que sacrificaría, gozoso, su vida por usted.

NORA

(Melancólicamente.) ¡Ah, vamos!...

RANK

Me había hecho el juramento de que lo sabría usted antes de que me fuera para siempre. No volveré a encontrar mejor ocasión. Ahora ya lo sabe usted, Nora. Y también sabe usted que puede tener en mí más confianza que en nadie.

NORA

(Levantándose. Sencillamente y con serenidad.) Déjeme usted pasar.

RANK

(La hace sitio, pero sigue sentado.) Nora...

NORA

(En la puerta del vestíbulo.) ¡Elena, traiga usted el quinqué! *(Va hacia la chimenea.)* Querido Doctor, qué mal hizo usted...

RANK

(Poniéndose en pie.) El haberla amado tan intensamente..., ¿era malo?

NORA

No; pero el decírmelo... No hacía falta ninguna...

RANK

¿Qué quiere usted decir? ¿Sabía usted...? *(Elena entra con el quinqué, lo pone sobre la mesa y se va.)* Nora..., señora Helmer, ¿sabía usted algo?

NORA

No sé lo que sabía; no puedo decir nada... ¡Para qué ha sido usted tan torpe, Doctor!... ¡Estaba todo tan bien!...

RANK

Bien; por lo menos, ahora tiene usted la seguridad de que estoy por completo a su disposición con alma y vida. Hable usted.

NORA

(Mirándole.) ¿Después de esto?...

RANK

Le ruego me diga lo que es.

NORA

Ya no puedo decirle nada.

RANK

Sí, sí. No me castigue de ese modo. Permítame que haga por usted cuanto esté en manos de un hombre.

NORA

Ahora ya no puede usted hacer nada por mí.

Y, además, no necesito auxilio extraño alguno. Ya verá usted cómo no eran más que imaginaciones; sí, imaginaciones. (*Se sienta en la mecedora, le mira y se sonríe.*) ¡Vaya, de veras que es usted un buen amigo, Doctor! Diga usted, ¿no se avergüenza ahora que ha venido el quinqué?...

RANK

No, realmente no. Pero ¿acaso tengo que marcharme... para siempre?

NORA

No, de ningún modo; venga usted a vernos, como antes. Ya sabe que Torvald no puede pasarse sin usted.

RANK

Sí; pero ¿y usted?

NORA

A mí me parece todo muy alegre cuando está usted aquí.

RANK

Eso es precisamente lo que me ha atraído al mal camino. Usted es un enigma para mí. Algunas veces me parecía que le gustaba casi tanto estar conmigo como con Helmer.

NORA

Sí. Vea usted, hay hombres a quienes se quiere, y otros con quienes se está a gusto.

RANK

Hay algo de eso, es verdad.

NORA

Cuando estaba en casa, quería, naturalmente,

a papá sobre todas las cosas; pero me gustaba muchísimo cuando podía estar con las criadas, porque, en primer lugar, nunca me desmoralizaban, y en segundo lugar, era muy divertido.

RANK

¿De modo que he substituído a las muchachas?

NORA

(Da un salto y va hacia él.) ¡Oh, mi buen Doctor!... No era eso lo que quería decir; pero puede usted figurarse que con Torvald me ocurre lo que con papá...

(La criada entra por el vestíbulo.)

LA CRIADA

¡Señorita!... *(Le dice algo bajo y le entrega una tarjeta.)*

NORA

(Mirando a la tarjeta.) ¡Ah!... *(Se la guarda en el bolsillo.)*

RANK

¿Es algo desagradable?

NORA

No, no; de ningún modo. No es más que..., es mi nuevo vestido.

RANK

¿Cómo? Si está allá adentro...

NORA

Sí; pero éste es otro. Lo encargué yo... Que no lo sepa Torvald...

RANK

¡Vaya!... ¿De modo que ese era el gran secreto?

NORA

Sí; vaya usted a verle; está en la segunda habitación. Entreténgale usted entretanto.

RANK

Esté usted tranquila, no se me escapará. (*Se va al cuarto de Helmer.*)

NORA

(*A la criada.*) ¿De modo que espera en la cocina?

LA CRIADA

Sí, subió por la escalera de servicio.

NORA

Pero ¿no le dijo usted que había visita?

LA CRIADA

Sí; pero no sirvió de nada.

NORA

¿No quiere irse?

LA CRIADA

No quiere marcharse sin hablar antes con usted.

NORA

Entonces, déjele usted entrar, pero sin hacer ruido. Y no lo diga usted a nadie, Elena. Es una sorpresa que le preparo a mi marido.

LA CRIADA

Sí, ya lo entiendo. (*Se va.*)

NORA

Lo terrible viene. Viene, aunque parecía imposible... ¡No, no; no puede ser! (*Va a la puerta de Helmer y echa un pasador. Elena abre la puerta a Krogstad y la cierra tras él. Trae abrigo, gorra de pieles y botas altas. Nora, yendo a su encuentro.*) Hable usted bajo; mi marido está en casa.

KROGSTAD

Bien, déjele estar.

NORA

¿Qué quiere usted de mí?

KROGSTAD

Quiero saber una cosa...

NORA

Ande usted pronto. ¿Qué quiere usted?

KROGSTAD

Ya sabe usted que he recibido mi despido.

NORA

No he podido impedirlo. He luchado hasta lo último por usted; pero no he conseguido nada.

KROGSTAD

¿La quiere a usted tan poco su marido?... Sabe lo que puedo hacer contra usted, y se atreve...

NORA

¿Cómo puede usted creer que se lo pude haber dicho?

KROGSTAD

Ni lo creía tampoco. Tanto valor no es propio de mi buen Torvald Helmer.

NORA

Señor Krogstad, exijo que respete usted a mi marido.

KROGSTAD

Con todo el respeto posible. Pero como lo guarda usted tan secreto, supongo que desde ayer se habrá dado usted mejor cuenta de la trascendencia del asunto.

NORA

Más de lo que podría usted enseñarme.

KROGSTAD

Claro, un hombre que tan mal conoce las leyes...

NORA

¿Qué quiere usted?

KROGSTAD

No quiero más que ver cómo está usted. He pensado todo el día en usted. Un pobre escritor como yo, un... tiene también un poco de corazón.

NORA

Entonces, pruébemelo usted. Piense en mis hijos,

KROGSTAD

¿Ha pensado su marido en los míos? Pero dejemos eso. No quería más que decirle a usted que no necesita tomar la cosa demasiado seriamente. Por mi parte, no se hará público.

NORA

¿Verdad que no?... Ya lo sabía.

KROGSTAD

Puede arreglarse todo. No necesita saberlo la gente. Puede quedar entre nosotros tres.

NORA

Mi marido no debe saber nada de eso.

KROGSTAD

¿Cómo quiere impedirlo? ¿Puede usted pagar el resto acaso?

NORA

No, en seguida no.

KROGSTAD

¿O conoce usted la manera de procurarse la cantidad en los días inmediatos?

NORA

Ninguna de que pueda hacer uso.

KROGSTAD

Además, ahora no le serviría de nada. Aunque tuviese usted toda la cantidad en la mano, no le devolvería el recibo.

NORA

Entonces dígame usted lo que quiere hacer con él.

KROGSTAD

Nada más que conservarlo, nada más que tenerlo en mis manos. Ningún extraño sabrá nada. De modo que si pensase usted en alguna resolución desesperada...

NORA

Sí que lo pienso.

KROGSTAD

Si tuviese usted la intención de abandonar a su marido y a sus hijos...

NORA

La tengo.

KROGSTAD

O si pensase usted hacer algo todavía peor...

NORA

¿Cómo sabe usted eso?

KROGSTAD

Deje usted tales ideas.

NORA

Pero ¿cómo sabe usted que pienso en eso?

KROGSTAD

La mayoría de nosotros piensa en eso al principio. Yo también lo pensé, pero no tuve valor...

NORA

(Casi sin voz.) Yo tampoco.

KROGSTAD

(Aliviado.) ¿Verdad que no? No tiene usted valor. Usted tampoco.

NORA

No, no...

KROGSTAD

Sería un desatino muy grande. Tan pronto como haya pasado la primera tormenta doméstica... Traigo en el bolsillo una carta para su marido.

NORA

¿Y en ella lo dice usted todo?

KROGSTAD

Del modo más suave posible.

NORA

(Rápidamente.) ¡No, no, que no reciba esa carta! Rásguela usted. Yo me procuraré el dinero.

KROGSTAD

Perdone usted, señora; pero creo que ya le he dicho...

NORA

No hablo del dinero que le debo. Dígame usted qué cantidad quiere de mi marido; yo se la procuraré a usted.

KROGSTAD

No quiero dinero ninguno de su marido.

NORA

¿Qué quiere usted entonces?

KROGSTAD

Voy a decírselo. Quiero levantarme, señora; quiero rehabilitarme. Desde hace año y medio no he cometido ninguna acción deshonrosa. Durante todo ese tiempo he luchado contra la situación más opresora. Pero estaba contento con poder rehabilitarme paso a paso. Y ahora se me ha expulsado, y ya no me conformo con que se me vuelva a acoger. Quiero rehabilitarme, le digo; quiero volver al Banco, y con un puesto de más categoría. Su marido se encargará de crear-me el puesto.

NORA

Nunca lo hará.

KROGSTAD

Ya lo creo que lo hará. Le conozco. No se atreve... Y cuando haya entrado en el Banco, ya verá usted... Antes del año soy la mano derecha del director. No será Torvald Helmer, sino Krogstad, el que dirigirá el Banco.

NORA

Eso no ocurrirá nunca.

KROGSTAD

¿Quiere usted acaso...?

NORA

Sí, ahora tengo valor para hacerlo.

KROGSTAD

¡Oh, no tengo miedo!... Una mujer como usted, acostumbrada al regalo...

NORA

¡Ya lo verá usted, ya lo verá!...

KROGSTAD

¿Debajo del hielo acaso? ¿Se va usted a tirar al agua negra y fría, para que luego, en la primavera, aparezca usted en la orilla, fea, irreconocible, con el cabello caído?

NORA

No me asusta usted.

KROGSTAD

Ni usted a mí. Esas cosas no se hacen, señora. Y, además, ¿de qué le iba a servir? De todos modos, lo tengo en el bolsillo.

NORA

¿También entonces? ¿Si yo me...?

KROGSTAD

¿Olvida usted que, en ese caso, su buen nombre dependería de mí? (*Nora le mira sin hablar.*) Bien, ya está usted advertida. No haga usted desatinos. Tan pronto como Helmer haya recibido la carta, espero su contestación. Y no olvide usted que ha sido su marido el que me ha vuelto a lanzar por tales caminos. Eso no lo perdonaré nunca. Usted lo pase bien. (*Se va.*)

NORA

(*Corre hacia la puerta, la entreabre y escucha.*) Se va. No echa la carta. No, no; eso sería imposible. (*Abre más la puerta.*) ¿Qué significa esto? Se para. No baja la escalera. ¿Se arrepiente?

¿Acaso...? *(Cae una carta en el buzón; luego se oyen los pasos de Krogstad, que se pierden escalera abajo. Nora grita con voz contenida, paseando por la escena. Pausa corta.)* ¡Ya está en el buzón! *(Corre, con precaución, hacia la puerta.)* ¡Allí está!... ¡Torvald, Torvald, estamos perdidos!

SEÑORA LINDE

(Entra por la izquierda con el vestido.) Ya está todo arreglado. ¿Quieres probártelo?

NORA

(Bajo y con voz ronca.) Ven acá, Cristina.

SEÑORA LINDE

(Tira el vestido en el sofá.) ¿Qué te pasa? Tienes un aire tan abatido...

NORA

Ven acá. ¿Ves la carta aquella? Allí, mira, por la tela metálica del buzón...

SEÑORA LINDE

Ya, ya la veo.

NORA

Esa carta es de Krogstad.

SEÑORA LINDE

Nora..., Krogstad es quien te ha prestado el dinero.

NORA

Sí, y ahora Torvald va a saberlo todo.

SEÑORA LINDE

Crémelo, Nora, será lo mejor para ambos.

NORA

No lo sabes todo... ¡He falsificado una firma!...

SEÑORA LINDE

¡Pero Dios mío!...

NORA

Ahora, una cosa, Cristina... Tú serás mi testigo.

SEÑORA LINDE

¿Cómo testigo? ¿Qué quieres que haga?

NORA

Si yo perdiese la razón, y eso podría ocurrir fácilmente...

SEÑORA LINDE

¡Nora!...

NORA

O si me ocurriese alguna otra cosa, algo que no permitiese mi presencia aquí...

SEÑORA LINDE

¡Nora, Nora, no sabes lo que dices!

NORA

Si alguien quisiera tomarlo todo sobre sí, toda la culpa, quiero decir...

SEÑORA LINDE

Sí, sí. Pero ¿cómo puedes creer...?

NORA

En ese caso, tú debes declarar que no es ver-

dad, Cristina. Sé muy bien lo que digo; tengo todo mi conocimiento, y te aseguro... Nadie lo ha sabido. Yo sola lo hice. No lo olvides.

SEÑORA LINDE

No lo olvidaré. Pero no entiendo nada de todo esto.

NORA

¿Cómo podrías entenderlo?... Pero lo maravilloso ocurrirá.

SEÑORA LINDE

¿Maravilloso?

NORA

Sí, lo maravilloso. Solo que es tan horrible, Cristina, que no debe ocurrir, por nada en el mundo.

SEÑORA LINDE

Voy a ver a Krogstad y a hablar con él.

NORA

No vayas; te hará sufrir.

SEÑORA LINDE

Hubo un tiempo en que le hubiese gustado hacer algo por mí.

NORA

¿Ése?

SEÑORA LINDE

¿Dónde vive?

NORA

Yo qué sé... ¡Ah, sí, aquí tengo su tarjeta!... Pero la carta..., la carta...

HELMER

(*Llama a la puerta de su cuarto. Desde adentro.*)
¡Nora!

NORA

(*Gritando, asustada.*) ¿Qué pasa? ¿Qué quieres de mí?

HELMER

¡Vaya, vaya, no te asustes así! No podemos salir; has cerrado la puerta. ¿Estás de prueba?

NORA

Sí, estoy de prueba. Me sienta muy bien.

SEÑORA LINDE

(*Que ha leído la tarjeta.*) Vive aquí, en la esquina.

NORA

Sí; pero ya es inútil. Estamos perdidos. La carta está en el buzón.

SEÑORA LINDE

¿Y la llave la tiene tu marido?

NORA

Siempre.

SEÑORA LINDE

Es preciso que Krogstad pida que le devuelva su carta sin leerla. Tiene que buscar un pretexto.

NORA

Pero precisamente a esta hora es cuando Torvald suele...

SEÑORA LINDE

Impédelo. Vete a su habitación entretanto. Volveré tan pronto como sea posible. *(Se va.)*

NORA

(Va a la puerta de Helmer, la abre y mira.)
¡Torvald!...

HELMER

(Desde la pieza de atrás.) Qué, ¿por fin puede entrarse? Ven acá, vamos a ver... *(En la puerta.)*
Pero ¿qué es esto?

NORA

¿Qué, Torvald?

HELMER

Rank me había anunciado un gran espectáculo.

RANK

(En la puerta.) Lo entendí así. Parece que me he equivocado.

NORA

No, hasta mañana a la noche no tenéis ocasión de admirarme.

HELMER

Pero, querida Nora, pareces muy cansada. ¿Has ensayado demasiado?

NORA

No, todavía no he ensayado nada.

HELMER

Pero es necesario.

NORA

Sí, es absolutamente necesario, Torvald. Pero sin tu ayuda no me sale. Lo he olvidado todo.

HELMER

¡Oh, pronto lo recordaremos!

NORA

Sí, ayúdame, Torvald. ¿Me lo prometes? Tengo mucho miedo. En una reunión tan grande... Esta noche tienes que consagrarte exclusivamente a mí. No trabajar nada, no tocar una pluma. ¿Verdad que sí, Torvald?

HELMER

Te lo prometo; esta noche estoy enteramente a tu disposición. Pero, es verdad, antes quiero...
(*Se va hacia la puerta.*)

NORA

¿Adónde vas?

HELMER

A ver si ha venido alguna carta.

NORA

No, no vayas.

HELMER

¿Por qué no?

NORA

Te lo pido, Helmer; no hay ninguna.

HELMER

Pero déjame ver. (*Quiere irse. Nora, en el pia-*

no, toca los primeros compases de la tarantela. Helmer, parándose en la puerta.) ¡Vaya, vaya!...

NORA

No puedo bailar mañana si no ensayo antes contigo.

HELMER

(Yendo hacia ella.) ¿Tienes tanto miedo realmente, querida Nora?

NORA

Sí, un miedo atroz. Vamos a ensayar. Nos queda un poco de tiempo antes de cenar. Siéntate y acompáñame, Torvald. Corrígeme y enséñame, sí...

HELMER

Con mucho gusto, ya que así lo quieres. *(Se sienta al piano.)*

NORA

(Coge la pandereta y un chal largo y de colores vivos, con el cual se envuelve rápidamente. Luego, de un salto, se coloca en el primer término.) ¡Ahora, toca! ¡Voy a bailar!

(Helmer toca, Nora baila y Rank está junto al piano, detrás de Helmer, y mira.)

HELMER

(Tocando.) Más despacio, más despacio.

NORA

No puedo bailar de otro modo.

HELMER

No tanto fuego, Nora.

NORA

Así tiene que ser.

HELMER

(Dejando de tocar.) ¡No, no; esto no puede ser!

NORA

(Se ríe y hace sonar la pandereta.) ¿No lo decía yo?...

RANK

Yo la acompañaré.

HELMER

(Levantándose.) Sí, hazlo; así podré corregirla mejor.

(Rank se sienta al piano y toca. Nora baila con pasión creciente. Helmer se coloca al lado de la chimenea y la corrige con frecuencia. Ella parece que no le oye. Sus cabellos se sueltan y caen sobre los hombros. No lo nota, y continúa bailando. La señora Linde entra.)

SEÑORA LINDE

(Se queda como petrificada en la puerta.) ¡Ah!...

NORA

(Bailando.) Aquí nos divertimos, Cristina.

HELMER

Pero, querida Nora, bailas como si fuese cuestión de vida o muerte.

NORA

Y lo es.

HELMER

¡Deja de tocar, Rank! ¡Esto es una locura!...

¡Deja de tocar, digo! (*Rank deja de tocar y Nora se para de pronto. Helmer va hacia ella.*) No lo hubiese creído. Lo has olvidado todo.

NORA

(*Tira la pandereta.*) Ya lo ves.

HELMER

Necesitas realmente una enseñanza seria.

NORA

Sí, ya ves lo necesario que era. Tienes que ensayar conmigo hasta el último momento. ¿Quieres, Torvald?

HELMER

Claro, claro que sí.

NORA

Hoy y mañana no pensarás en otra cosa más que en mí. No abrirás ninguna carta y ni siquiera el buzón.

HELMER

¡Vaya!... ¿Todavía el miedo a ese hombre?

NORA

Sí, eso también.

HELMER

Nora, te lo conozco en la cara; hay una carta suya en el buzón.

NORA

No lo sé; creo que sí. Pero no quiero que leas eso ahora. Que no vengan cosas antipáticas hasta que esto haya terminado.

RANK

(*Bajo, a Helmer.*) No la contradigas.

HELMER

(*Pasándole un brazo por el talle.*) Se hará la voluntad de la niña. Pero mañana por la noche, después que hayas bailado...

NORA

Entonces quedarás en libertad.

LA CRIADA

(*En la puerta de la derecha.*) Señorita, la comida está servida.

NORA

Ponga usted también Champaña, Elena.

LA CRIADA

Está bien. (*Se va.*)

HELMER

¡Oh! ¿De modo que tenemos un banquete?

NORA

Sí, un banquete con Champaña, hasta que sea día claro. (*Gritando.*) ¡Y yemas también, Elena! ¡Muchas, muchas!

HELMER

(*Cogiendo sus manos.*) ¡Vaya, no hagamos locuras! Sé como siempre, mi alondra querida.

NORA

Sí, quiero serlo. Pero ahora vete adentro. Y

usted también, Doctor. Cristina, tienes que ayudarme a arreglarme el pelo.

RANK

(Bajo, mientras se van.) No hay nada que esperar..., nada... Así...

HELMER

¡Dios nos libre, querido!... No es más que ese miedo infantil de que te hablé. *(Se van los dos.)*

NORA

¿Qué?

SEÑORA LINDE

Ha ido de viaje.

NORA

Te lo conocí en la cara.

SEÑORA LINDE

No vuelve hasta mañana. Le he dejado unas líneas.

NORA

No debías haberlo hecho. No debes impedirlo. Después de todo, es magnífico esperar lo maravilloso...

SEÑORA LINDE

¿Qué es lo que esperas?

NORA

No podrías entenderlo. Véte allá adentro. Yo iré en seguida. *(La señora Linde se va al comedor. Nora hace esfuerzos por serenarse; luego mira el reloj.)* Las cinco. Faltan siete horas hasta media noche. Luego, otras veinticuatro horas hasta

la media noche siguiente. Después se acaba la tarantela. Veinticuatro y siete..., treinta y una horas de vida...

HELMER

(En la puerta de la derecha.) Pero ¿qué hace mi alondra?

NORA

(Corre hacia él con los brazos abiertos.) ¡Aquí la tienes!

ACTO TERCERO

La misma habitación. La mesa del sofá, rodeada de sillas, está colocada en el centro, primer término. Sobre la mesa, un quinqué, encendido. La puerta del fondo está abierta. Se oye música de baile en el piso de arriba. La señora Linde está sentada a la mesa y hojea, distraída, un libro. Trata de leer, pero no puede concentrar sus pensamientos. Mira repetidamente hacia la puerta de entrada y escucha con ansiedad.

SEÑORA LINDE

(Mirando al reloj.) Todavía no. Y ya es tiempo de sobra. Si no... *(Vuelve a escuchar.)* Ahí está. *(Va hacia la puerta y abre con precaución la del piso; se oyen pasos en la escalera. Bajo.)* Venga usted. No hay nadie.

KROGSTAD

(En la puerta.) Me encontré unas líneas de usted en mi casa. ¿Qué quiere decir eso?

SEÑORA LINDE

Es preciso que hable con usted.

KROGSTAD

¿Sí? ¿Y tiene que ser aquí?

SEÑORA LINDE

En mi casa no es posible. Mi habitación no

tiene entrada independiente. Venga usted. Estamos solos. La muchacha duerme, y los Helmer están arriba, en el baile.

KROGSTAD

(Entrando.) ¡Vaya, vaya!... ¿Los Helmer bailan esta noche? ¿De veras?

SEÑORA LINDE

¿Por qué no?

KROGSTAD

Claro... ¿Por qué no?

SEÑORA LINDE

Y ahora, Krogstad, hablemos.

KROGSTAD

¿Es que tenemos algo que decirnos nosotros dos?

SEÑORA LINDE

Tenemos muchas cosas que decirnos.

KROGSTAD

No lo creo.

SEÑORA LINDE

Porque nunca me ha comprendido usted bien.

KROGSTAD

¿Qué hay que comprender en una cosa tan clara? Una mujer sin corazón le da el pasaporte a un hombre porque ha encontrado un partido más ventajoso,

SEÑORA LINDE

¿Me tiene usted por tan sin corazón? ¿Cree usted que rompí sin dolor nuestras relaciones?

KROGSTAD

¿No?

SEÑORA LINDE

¿De veras ha creído usted eso, Krogstad?

KROGSTAD

Entonces, ¿por qué me escribió usted aquella carta?

SEÑORA LINDE

No podía hacer otra cosa. Pues que tenía que romper con usted, era mi deber aniquilar todo lo que su corazón sentía por mí.

KROGSTAD

(Retorciéndose las manos.) ¿De modo que todo eso fué sólo por el dinero?

SEÑORA LINDE

No debe usted olvidar que yo tenía una madre desamparada y dos hermanos pequeños. No podíamos esperar por usted, Krogstad. Usted no tenía entonces más que escasas esperanzas.

KROGSTAD

Puede ser. Pero no tenía usted el derecho de rechazarme por otro.

SEÑORA LINDE

No lo sé. Muchas veces me he preguntado si tenía derecho para hacerlo,

KROGSTAD

(Bajo.) Cuando usted se casó, fué como si vacilase la tierra bajo mis pies. Míreme usted... ¡Ahora soy un hombre desamparado, un naufrago!...

SEÑORA LINDE

El amparo podría usted quizás encontrarlo.

KROGSTAD

Estaba cerca; pero llegó usted y se puso en mi camino.

SEÑORA LINDE

Sin saberlo. Hasta esta mañana no supe que me iban a dar su puesto.

KROGSTAD

La creo a usted, si lo dice. Pero ahora que lo sabe, ¿se retira usted?

SEÑORA LINDE

No, porque no le serviría a usted de nada.

KROGSTAD

¡Oh, servir, servir!... Yo, a pesar de eso, lo haría.

SEÑORA LINDE

La vida y la necesidad dura y amarga me han enseñado a obrar razonablemente.

KROGSTAD

Y a mí, la vida me ha enseñado a no fiarme de frases,

SEÑORA LINDE

Entonces le ha enseñado a usted algo muy cierto. Pero los hechos los creerá usted.

KROGSTAD

¿Qué quiere usted decir?

SEÑORA LINDE

Decía usted que era un hombre perdido sin remedio, un náufrago.

KROGSTAD

Tengo buenas razones para decirlo.

SEÑORA LINDE

También yo he naufragado.

KROGSTAD

Usted misma eligió.

SEÑORA LINDE

Entonces no había lugar a elección para mí.

KROGSTAD

Pero ¿qué más?

SEÑORA LINDE

Krogstad, ¿qué le parece a usted si nos uniésemos nosotros, dos náufragos?

KROGSTAD

¿Qué dice usted?

SEÑORA LINDE

Des pueden salvarse mejor que cada uno por sí solo.

KROGSTAD

¡Cristina!...

SEÑORA LINDE

¿A qué cree usted que he venido aquí?

KROGSTAD

¿Es que pensó usted en mí?

SEÑORA LINDE

Yo necesito trabajar para poder soportar la vida. Desde niña he trabajado constantemente, y esa es mi única y mi mejor alegría. Pero ahora me encuentro completamente sola en el mundo, tan vacía y tan abandonada... Trabajar para sí misma no es un placer. Krogstad, deme usted alguien para quien poder trabajar.

KROGSTAD

No la creo a usted. Eso no es más que generosidad exaltada de mujer.

SEÑORA LINDE

¿Ha notado usted alguna vez que yo fuese una exaltada?

KROGSTAD

¿Cómo? ¿Sería usted capaz...? Diga usted, ¿conoce usted mi pasado?

SEÑORA LINDE

Sí.

KROGSTAD

¿Y sabe usted el concepto en que se me tiene?

SEÑORA LINDE

¿No indicaba usted antes que conmigo hubiera podido ser otro?

KROGSTAD

De eso estoy seguro.

SEÑORA LINDE

¿No podría ser todavía tiempo?

KROGSTAD

¡Cristina!... ¿Dice usted eso después de pensarlo?... Sí, ya veo que sí. ¿De modo que tiene usted realmente el valor...?

SEÑORA LINDE

Yo necesito de alguien para quien poder vivir, y sus hijos necesitan una madre. Necesitamos el uno del otro. Krogstad, creo que en usted hay un fonde noble. Con usted me atrevo a todo.

KROGSTAD

(*Cogiéndole las manos.*) ¡Gracias, gracias, Cristina!... Ahora trataré de levantarme también a los ojos de los otros. ¡Ah!, pero olvidaba...

SEÑORA LINDE

¡Silencio!... ¡La tarantela! ¡Váyase usted, váyase!

KROGSTAD

¿Por qué? ¿Qué es eso?

SEÑORA LINDE

¿No oye usted el baile? Cuando haya terminado, volverán.

KROGSTAD

Sí, me voy. Es todo en vano. Usted no sabe, naturalmente, lo que he emprendido contra los Helmer...

SEÑORA LINDE

Sí, Krogstad; lo sé.

KROGSTAD

¿Y, a pesar de eso, tiene usted valor para...?

SEÑORA LINDE

Comprendo muy bien hasta dónde puede llevar la desesperación a un hombre como usted.

KROGSTAD

¡Oh, si pudiese volverme atrás!...

SEÑORA LINDE

Puede usted hacerlo, porque su carta está todavía en el buzón.

KROGSTAD

¿De veras?

SEÑORA LINDE

Sí.

KROGSTAD

(*Mirándola inquisitivamente.*) ¿Debo entenderlo así? ¿Quiere usted salvar a su amiga a ese precio? Dígalo usted francamente. ¿Es así?

SEÑORA LINDE

Krogstad, quien se ha vendido una vez por otro, no vuelve a hacerlo nunca.

KROGSTAD

Pediré que me devuelvan la carta.

SEÑORA LINDE

No, no.

KROGSTAD

Sí, espero aquí hasta que venga Helmer. Le pediré mi carta. Le diré que no se trata más que de mi despido, y que no quiero que la lea.

SEÑORA LINDE

No, Krogstad; no pida usted la carta.

KROGSTAD

Pero diga usted, ¿no era esa realmente la razón por la que me citó aquí?

SEÑORA LINDE

Sí, en el primer pronto. Pero desde entonces han pasado más de veinticuatro horas, y durante ese tiempo he visto cosas increíbles en esta casa. Helmer debe saberlo todo. Este secreto desdichado tiene que salir a la luz. Es preciso que haya una explicación franca entre los dos. No pueden continuar en esta atmósfera de disimulo

KROGSTAD

Está bien. Si usted se atreve... Pero una cosa sí puedo hacerla en todo caso, y eso en seguida...

SEÑORA LINDE

(*Escuchando.*) ¡Pronto, aprisa; váyase usted! Se ha terminado el baile. No estamos ya un momento seguros.

KROGSTAD

La espero a usted abajo, delante de la casa.

SEÑORA LINDE

Sí, hágalo usted. Tiene que acompañarme.

KROGSTAD

¡Oh, nunca he sido tan dichoso! (*Se va.*)
(*La puerta que da al vestíbulo queda abierta durante lo que sigue.*)

SEÑORA LINDE

(*Arregla un poco la habitación y coloca a mano el abrigo y el sombrero.*) ¡Qué cambio!... ¡Sí, qué cambio!... Tener alguien por quien poder trabajar, para quien poder vivir... En el hogar abandonado poner un orden amante... Sí, sí. Si viniesen pronto... (*Escuchando.*) ¡Ah, ya están ahí! ¡Mis cosas, aprisa! (*Coge el sombrero y el abrigo.*)

(*Se siente la voz de Helmer y la de Nora. Se oye la llave en la cerradura, y Helmer hace entrar a Nora casi a la fuerza. Trae el traje italiano envuelto en un gran chal negro. Él viene de frac, con un dominó negro sobre él.*)

NORA

(*Todavía en la puerta, resistiéndose.*) ¡No, no; adentro, no! Quiero volver arriba. No quiero dejar el baile tan temprano.

HELMER

¡Pero querida Nora!...

NORA

¡Oh, te lo pido por favor, Torvald!... Una hora nada más.

HELMER

Ni un minuto más, Nora. Ya sabes lo convenido. Así, adentro. Aquí vas a constiparte. (*A pesar de su resistencia, la trae dulcemente adentro.*)

SEÑORA LINDE

Buenas noches.

NORA

¡Cristina!...

HELMER

¿Está usted aquí tan tarde?

SEÑORA LINDE

Sí; perdone usted. Quería ver a Nora con el traje.

NORA

¿Has estado aquí sentada esperándome?

SEÑORA LINDE

Sí; desgraciadamente, no llegué a tiempo. Ya estabas arriba, y no quise marcharme sin verte.

HELMER

(*Quitándole el manto a Nora.*) Bien, pues contéplela usted a su gusto. Creo que vale la pena de verse. ¿Verdad que es hermosa, señora Linde?

SEÑORA LINDE

Sí, sí que lo es.

HELMER

¿No es preciosa? Esa era también la opinión general en el baile. Pero terriblemente caprichosa es la criatura. ¡Qué le vamos a hacer! ¿Puede usted creer que casi tuve que apelar a la fuerza para traérmela?

NORA

¡Oh, Torvald, ya te arrepentirás de no haberme concedido media hora más!

HELMER

Ya oye usted, señora Linde. Baila su tarantela, cosecha aplausos estruendosos, que eran justos por lo demás, aunque es posible que hubiese bailado demasiado realistamente, quiero decir, algo más de lo que demandan las reglas del arte estrictamente seguidas. Pero, en fin, la cosa fué que obtuvo aplausos, aplausos entusiastas. ¿Iba a dejarla allí? ¿Atenuar el efecto? Claro que no. Cogí del brazo a mi hermosa italiana, casi estoy por decir a mi caprichosa italiana; dimos una vuelta rápida por la sala, repartimos saludos a todos lados y... la beldad había desaparecido. Para la salida hay que buscar siempre un efecto, señora Linde; pero esto no puedo hacérselo comprender a Nora. ¡Uf, qué calor hace aquí! *(Deja el dominó sobre una silla y abre la puerta de su cuarto.)* ¿Cómo? ¡Qué obscuro está esto! ¡Ah, claro, es natural! Perdone usted. *(Entra y enciende unas velas.)*

NORA

(Bajo, rápidamente y sin aliento.) ¿Qué?

SEÑORA LINDE

(Bajo.) He hablado con él.

NORA

¿Y...?

SEÑORA LINDE

Nora, tienes que decírselo todo a tu marido.

NORA

(Con voz desmayada.) Ya lo sabía.

SEÑORA LINDE

De parte de Krogstad nada tienes que temer, pero tienes que hablar.

NORA

No hablaré.

SEÑORA LINDE

Entonces hablará la carta.

NORA

Gracias, Cristina. Ahora ya sé lo que tengo que hacer. ¡Chist!

HELMER

(Entra.) ¿Qué, ya la ha admirado usted bastante?

SEÑORA LINDE

Sí, y ahora me despido de ustedes.

HELMER

¿Ya? ¿Es de usted esa puntilla?

SEÑORA LINDE

(Cogiéndola.) Sí, gracias; casi la había olvidado.

HELMER

¿De modo que hace usted punto?

SEÑORA LINDE

Sí.

HELMER

¿Sabe usted?, sería mejor que bordase usted.

SEÑORA LINDE

¿Sí? ¿Por qué?

HELMER

Porque es mucho más elegante. Vea usted. Con la mano izquierda se coge el bordado, y luego con la derecha se mueve la aguja..., así..., en un arco ligero y alargado, ¿no es verdad?...

SEÑORA LINDE

Puede ser.

HELMER

En cambio, el hacer puntilla es una cosa fea. Mire usted: los brazos comprimidos; las agujas, que van arriba y abajo; todo eso tiene algo de chino... ¡Oh, el champaña era realmente magnífico!...

SEÑORA LINDE

Entonces, buenas noches, Nora, y no seas testaruda.

HELMER

Muy bien, señora Linde.

SEÑORA LINDE

Buenas noches, señor Helmer.

HELMER

(*Acompañándola hasta la puerta.*) Buenas noches, buenas noches. Espero que no tendrá usted inconvenientes hasta su casa. Yo iría con gusto..., pero no vive usted lejos. Buenas noches, buenas noches. (*Cristina se va; Helmer cierra la puerta y vuelve.*) ¡Vaya!, por fin nos vemos libres de ella; qué aburrida es.

NORA

¿No estás muy cansado, Torvald?

HELMER

Ni lo más mínimo.

NORA

¿No tienes sueño?

HELMER

Absolutamente nada; al contrario, me siento extraordinariamente alegre. Pero ¿y tú? Pareces cansada y con sueño.

NORA

Sí, yo estoy muy cansada. Pronto me iré a dormir.

HELMER

¡Lo ves, lo ves! ¿De modo que tenía yo razón al no querer que nos quedásemos más tiempo?

NORA

¡Oh, todo lo que tú haces está bien hecho!

HELMER

(*Besándola en la frente.*) ¡Gracias a Dios que mi mujercita dice una cosa razonable! ¿Pero no has notado tú también qué contento estaba Rank esta noche?

NORA

¿De veras? No he podido hablar con él.

HELMER

Yo tampoco hablé apenas con él, pero hace mucho tiempo que no le he visto de tan buen humor. (*La mira un momento y luego se acerca.*) ¡Vaya!, está bien volver a verse en su casa, estar contigo completamente a solas. ¡Mujer mía encantadora!

NORA

¡No me mires así, Torvald!

HELMER

¿No voy a mirar a mi bien máspreciado? Toda esa hermosura, que es mía, sólo mía, mía exclusivamente...

NORA

(*Yendo al otro lado de la mesa.*) Esta noche no me hables así.

HELMER

(*Siguiéndola.*) Todavía tienes en la sangre la tarantela. Y eso te hace aún más seductora. Escucha. Los invitados empiezan a marcharse. (*Más bajo.*) Nora... Pronto estará en silencio toda la casa.

NORA

Lo espero.

HELMER

¿Verdad que sí, Nora mía querida? ¡Oh, sabes..., cuando estoy contigo en sociedad..., ¿sabes por qué hablo tan poco contigo? ¿Por qué me mantengo alejado de ti? ¿Por qué sólo de cuando en cuando te arrojo una mirada furtiva? ¿Sabes por qué lo hago? Porque me imagino que eres mi novia en secreto y que nadie sabe lo que hay entre nosotros.

NORA

Sí, sí, ya sé; todos tus pensamientos están conmigo.

HELMER

Y luego, cuando vamos a irnos y te pongo el manto sobre tus hombros delicados, sobre tu nuca adorable, me imagino que estamos recién casados, y que por primera vez te llevo a mi casa, y que por primera vez me encuentro a solas contigo. Completamente a solas contigo, con tu hermosura juvenil y ardiente. Durante toda la noche no hice más que pensar en este momento. Cuando, durante la tarantela, te veía incitante y apasionada, ardía mi sangre. No pude resistir más... Por eso te arrastré conmigo tan pronto.

NORA

Vete, Torvald; tienes que dejarme sola; no quiero nada de eso.

HELMER

¿Qué quieres decir? ¡Creo que podré cortejarte, mi dulce Nora! ¿Es que tú no quieres? ¿No soy tu marido? (*Llaman a la puerta.*)

NORA

(*Estremeciéndose.*) ¿Has oído?

HELMER

¿Quién está ahí?

RANK

(Desde adentro.) Soy yo; ¿puedo pasar un momento?

HELMER

(Bajo.) ¿Qué querrá éste a estas horas? (Alto.) Espera un momento. (Abre la puerta.) Es muy amable de tu parte no haber pasado sin saludarnos.

RANK

Creí haber oído tu voz, y no quise bajar sin entrar un momento. (Mirando rápidamente alrededor.) ¡Oh, estas habitaciones tan simpáticas! Es tranquila y apacible vuestra casa.

HELMER

Pues arriba también parecías estar a gusto.

RANK

Ya lo creo. ¿Y por qué no? ¿Por qué no ha de hacer uno a todo en este mundo? Al menos mientras se pueda. El vino era excelente.

HELMER

Sobre todo el champaña.

RANK

¿También tú lo has notado? Es increíble cuanto he bebido.

NORA

Torvald ha bebido también mucho champaña.

RANK

¿Sí?

NORA

Sí, y cuando bebe champaña, después se pone muy alegre.

RANK

¿Por qué no ha de permitirse una noche alegre después de un día bien empleado?

HELMER

¿Bien empleado? No puedo gloriarme de eso, por desgracia.

RANK

(Dándole en el hombro.) Pero yo sí.

NORA

Entonces de seguro que ha hecho usted hoy un reconocimiento científico.

RANK

Eso es.

HELMER

¡Vaya, vaya!; ¡Nora hablando de reconocimientos científicos!

NORA

¿Y puede felicitársele a usted por el resultado?

RANK

Sí que puede usted hacerlo.

NORA

¿De modo que el resultado ha sido bueno?

CASA DE MUÑECAS

RANK

El mejor posible, así para el médico como para el paciente: certeza.

NORA

(Inquisitiva.) ¿Certeza?

RANK

Certeza completa. ¿No es motivo bastante para permitirse pasar una noche alegre?

NORA

Sí, tiene usted razón, Doctor.

HELMER

A mí me parece lo mismo; con tal que no tengas que pagar mañana las consecuencias.

RANK

¡Bah!, en el mundo no se tiene nada de balde.

NORA

Doctor..., a usted le gustan, seguramente los bailes de máscaras.

RANK

Si hay muchas máscaras interesantes, sí.

NORA

Oiga usted, ¿cómo vamos a ir disfrazados nosotros dos en el próximo baile?

HELMER

¿Qué, piensas ya en el próximo baile, cabecita ligera?

RANK

¿Nosotros dos? Voy a decírselo. Usted representará la felicidad.

HELMER

Sí, pero tienes que buscar un traje que venga bien.

RANK

No tienes más que dejarla ir tal como está.

HELMER

Está muy bien. Pero ¿de qué quieres vestirte tú?

RANK

Eso ya lo tengo muy estudiado, amigo mío.

HELMER

¿De qué?

RANK

En el próximo baile de máscaras asistiré invisible.

HELMER

Una buena ocurrencia.

RANK

Una vez era un sombrero negro de alas anchas... ¿No has oído hablar de un sombrero que hace invisible al que lo lleva? Te lo calas hasta el cuello y nadie te ve.

HELMER

(*Conteniendo la risa.*) Eso está bien.

RANK

Pero había olvidado por qué había entrado. Helmer, dame un cigarro habano de los oscuros.

HELMER

Con el mayor gusto. (*Tendiéndole la petaca.*)

RANK

(*Coge uno y le corta la punta.*) Gracias.

NORA

(*Encendiendo una cerilla.*) Aquí tiene usted fuego.

RANK

Muchas gracias. (*Enciende el cigarro en la cerilla que Nora le tiende.*) Y ahora, pasadlo bien.

HELMER

Adiós, adiós, querido amigo.

NORA

Que duerma usted bien; Doctor.

RANK

Gracias por ese deseo.

NORA

Deséeme usted a mí lo mismo.

RANK

Si usted lo pide... Que duerma usted bien.
Y gracias por el fuego. *(Se va.)*

HELMER

(Bajo.) Ha bebido mucho hoy.

NORA

(Abstraída.) Puede ser. *(Torvald saca del bolsillo las llaves y se va a la puerta de entrada.)* ¿Qué buscas ahí, Torvald?

HELMER

Quiero vaciar el buzón; está completamente lleno. Si no, mañana no habrá sitio para los periódicos.

NORA

¿Vas a trabajar todavía?

HELMER

¡Dios me libre!... ¿Pero qué es esto? Alguien ha andado en el candado.

NORA

¿En el candado?

HELMER

Sí. ¿Qué significa esto? Espero que las muchachas... Aquí hay una horquilla rota; es una de las tuyas, Nora.

NORA

(Rápidamente.) Entonces habrán sido los niños.

HELMER

Tienes que quitarles esa costumbre. Vaya...

Vamos, por fin lo he abierto. (*Saca el contenido del buzón y llama hacia la cocina.*) Elena, apague usted la luz del vestíbulo. (*Vuelve a la habitación y cierra la puerta del vestíbulo. Trae las cartas en la mano.*) Ya ves cuánto se ha amontonado. (*Buscando entre los papeles.*) ¿Qué es esto?

NORA

(*A la ventana.*) ¡La carta! ¡Oh, no, no, Torvald!

HELMER

Dos tarjetas... de Rank.

NORA

¿Del Doctor?

HELMER

(*Leyendo.*) «Doctor Rank.» Estaban encima de todos los papeles. Ha debido echarlas ahora mismo.

NORA

¿Dice algo en ellas?

HELMER

Sobre el nombre hay una cruz. Mira. Es una ocurrencia macabra. Parece como si anunciase su propia muerte.

NORA

Y eso es lo que significa.

HELMER

¿Cómo?... ¿Sabes algo?... ¿Te ha dicho alguna cosa?

NORA

Sí, me ha dicho que cuando llegase una de

esas tarjetas se despedía de nosotros. Quiere encerrarse y morir.

HELMER

Pobre amigo. Ya sabía que no lo conservaríamos largo tiempo... Pero tan pronto... Y se esconde como una bestia herida.

NORA

Puesto que ha de ocurrir, lo mejor es que ocurra sin palabras. ¿No es verdad, Torvald?

HELMER

(Paseando arriba y abajo.) ¡Estaba con nosotros en una relación tan íntima! Me parece como si no pudiera figurármelo separado de nosotros. Con su dolor y su soledad, era algo así como un fondo empañado para nuestra felicidad gloriosa. Puede que sea mejor así. Al menos para él. *(Parándose.)* Y acaso también para nosotros, Nora. Ahora estamos reducidos el uno al otro. *(Abrazándola.)* ¡Oh mujercita mía querida! Ahora me parece como si tuviera que protegerte aún más. Algunas veces, Nora, desearía que corrieses un gran peligro, en el que pudiese sacrificar por ti alma y vida.

NORA

(Soltándose. Con firmeza y resolución.) Ahora puedes leer tus cartas, Torvald.

HELMER

No, no; esta noche, no. Quiero quedarme contigo, mi mujer amada.

NORA

¿Con el pensamiento en la muerte de tu amigo?

HELMER

Sí, tienes razón; eso nos ha conmovido a los dos. Se ha interpuesto algo feo entre nosotros. Pensamientos de muerte y disolución. Tenemos que procurar libertarnos de ellos. Hasta entonces, vamos cada uno a nuestra habitación.

NORA

(Abrazada a su cuello.) Torvald, buenas noches, buenas noches.

HELMER

(Besándola en la frente.) Buenas noches, mujer mía querida. Que descanses, Nora. Yo voy a leer estas cartas. *(Se va a su habitación.)*

NORA

(Mira alrededor de sí con mirada extraviada; coge el dominó de Helmer, se lo pone encima y murmura con voz ronca y entrecortada.) ¡No volver a verle!... ¡Nunca! ¡Nunca! ¡Nunca! *(Envolviéndose el chal a la cabeza.)* ¡Y tampoco volveré a ver a los niños!... ¡A ellos tampoco! ¡Nunca! ¡Nunca!... ¡Oh, esta agua negra, helada!... ¡Este tormento sin fondo..., este...! ¡Si al menos hubiese pasado!... ¡Ya la tiene! ¡Ahora la lee!... ¡Oh, no, no; todavía no!... ¡Adiós, Torvald, tú y los niños! *(Se precipita al fondo para salir; pero en el mismo momento Torvald abre la puerta y aparece con la carta en la mano.)*

HELMER

¡Nora!...

NORA

(Con un grito.) ¡Ay!

HELMER

¿Qué es esto? ¿Sabes lo que dice esta carta?

NORA

¡Lo sé! ¡Déjame marchar! ¡Déjame salir!

HELMER

(Reteniéndola.) ¿Adónde vas?

NORA

(Pugnando por soltarse.) ¡No me salves, Torvald!

HELMER

(Retrocediendo.) ¿Es verdad, es verdad lo que dice?... ¡Pero esto es espantoso! ¡No, no! ¡Es imposible; no puede ser verdad!

NORA

Es verdad... Te he querido más que a nada en el mundo...

HELMER

No vengas ahora con disculpas necias.

NORA

(Dando un paso hacia él.) ¡Helmer!...

HELMER

¡Infeliz! ¿Qué has hecho?

NORA

Déjame marchar. No quiero que lo pagues tú. No quiero que lo tomes sobre tí.

HELMER

Nada de farsas. *(Cierra la puerta del vestíbulo.)*

Te quedas aquí, y vas a darme cuenta de tu conducta. ¿Comprendes lo que has hecho? ¡Responde! ¿Lo comprendes?

NORA

(Le mira fijamente y dice con firmeza creciente.)
Sí; ahora empiezo a comprenderlo por entero.

HELMER

(Paseando por la escena.) ¡Oh, qué espantoso despertar!... Durante todos estos ocho años, ella, la que era mi alegría y mi orgullo..., ha sido una hipócrita, una embustera, y más todavía, más..., ¡ha sido una delincuente!... ¡Oh, esta fealdad infinita de tu conducta!... ¡Qué asco! ¡Uf! *(Nora calla y le mira fijamente, sin pestañear. Helmer se para ante ella.)* Debía haber adivinado que tenía que ocurrir algo así. Debía haberlo sabido de antemano. Los principios ligeros de tu padre..., ¡calla!..., esos principios los has heredado tú... Ni religión, ni moral, ni sentimiento del deber... ¡Oh, cómo purgo el haber tenido la manga ancha con él! ¡Lo hice por tí, y así me lo pagas!...

NORA

¿Conque sí?...

HELMER

Has destrozado mi dicha, has destruído mi porvenir. ¡Es terrible el pensarlo! Me encuentro en poder de un hombre sin escrúpulos, que puede hacer conmigo lo que quiera, pedirme lo que le plazca, ordenarme lo que se le antoje. Tendré que soportarlo todo en silencio... ¡Y tengo que caer tan miserablemente y arruinarme por la ligereza de una mujer!...

NORA

Cuando yo no exista, quedarás libre.

HELMER

¡Nada de frases! Esa era también la costumbre de tu padre. ¿De qué va a servirme que tú no existas? De nada absolutamente. De todos modos, puede dar publicidad al asunto, y entonces quizá se sospeche que yo tenía conocimiento de lo que tú hiciste. Puede ser que crean que yo fui el autor, el que te indujo a ello. Y todo eso tengo que agradecértelo a ti, en pago de haberte tratado como a una reina todo el tiempo de nuestra vida en común. ¿Comprendes lo que has hecho conmigo?

NORA

(*Con calma fría.*) Sí.

HELMER

Es tan inaudito, que no acabo de comprenderlo del todo. Pero es preciso que tome una decisión... ¡Abajo el chal!... ¡Abajo, digo!... Tengo que tratar de satisfacer de un modo o de otro a ese hombre. Es preciso tapar la cosa a todo trance... Y por lo que toca a nosotros dos, tiene que parecer como si nada hubiese cambiado... Pero, naturalmente, sólo ante los ojos del mundo. Tú continúas aquí en la casa, eso se sobrentiende. Pero no te permito que eduques a los niños; los niños no me atrevo a confiártelos. ¡Oh, tener que decir eso a la que tanto amé y a la que aún...! Pero es preciso acabar... De hoy en adelante no se trata ya de la felicidad; hay que salvar las ruinas, los restos, las apariencias... (*Suena el timbre. Helmer se estremece.*) ¿Qué es eso? ¡Tan tarde! ¡Es posible que...! Escóndete, Nora. Di que estás

enferma. (*Nora se queda inmóvil. Helmer va a la puerta y la abre.*)

LA CRIADA

(*Vestida a medias, en la puerta.*) Aquí hay una carta para la señorita.

HELMER

Démela usted. (*Coge la carta y cierra la puerta.*) Sí, suya... No, tú no; quiero leerla yo mismo.

NORA

Léela.

HELMER

(*Junto al quinqué.*) Apenas si tengo valor para leerla. Puede ser que estemos perdidos ambos, tú y yo. No; quiero saberlo. (*Abre la carta, lee rápidamente algunas líneas y prorrumpe en un grito de alegría.*) ¡Nora!... (*Nora le mira interrogativamente.*) ¡Nora!... ¡No, voy a leerla otra vez!... ¡Sí, así es! ¡Estoy salvado, Nora; estoy salvado!

NORA

¿Y yo?

HELMER

Tú también, naturalmente; los dos estamos salvados, los dos. Mira. Te devuelve tu recibo. Dice que lo siente y se arrepiente..., que ha cambiado su vida... ¡Bah, es indiferente lo que pueda decir! ¡Estamos salvados, Nora! Nadie puede hacer nada contra ti. ¡Oh, Nora, Nora!... No; primero hacer desaparecer este papel horrible. (*Dirigiendo una ojeada al recibo.*) No, no quiero verlo; quiero que esto pase como un sueño. (*Rasga el recibo y las dos cartas, tira los pedazos en la chimenea y los mira arder.*) Bien; ya no existe... Dice que desde

Nochebuena, ¿sabes?... ¡Oh, Nora, han debido ser tres días terribles para ti!

NORA

En estos tres días he sostenido una lucha dura.

HELMER

¡Qué tormentos debes haber sufrido viéndote sin más salida que...! ¡No, no pensemos más en esas cosas feas! ¡Se acabó, se acabó! ¿Es que no oyes, Nora? Parece que no puedes darte cuenta todavía... ¡Sí; se acabó! ¿Qué es eso, esa expresión sombría de tu cara?... ¡Oh, ya comprendo!... ¡No puedes acabar de creer que te haya perdonado!... Pero ¿crees que te quiero menos porque no sabes obrar por ti misma? No, no; apóyate en mí; yo te aconsejaré, te dirigiré, te conduciré. No sería un hombre si precisamente esa debilidad femenina no te hiciera más atractiva a mis ojos. No debes fijarte en las palabras duras que te dije en la primera impresión, en un momento en que me figuraba que la casa entera iba a desplomarse sobre mí. Te he perdonado, Nora; te lo juro; te he perdonado.

NORA

Gracias por el perdón. (*Se va por la puerta de la izquierda.*)

HELMER

No; quédate. (*Mirando adentro.*) ¿Qué vas a hacer en la alcoba?

NORA

(*Desde adentro.*) A quitarme el disfraz.

HELMER

(*En la puerta abierta.*) Sí, haz eso; trata de cal-

martes y de equilibrar tu espíritu, pobre palomita mía asustada. Descansa de las emociones de hoy; yo te protegeré y te apoyaré. (*Paseando por cerca de la puerta.*) ¡Qué hermosa y qué agradable es nuestra casa, Nora! Aquí estás asegurada contra todo contratiempo; yo te protegeré como a una paloma perseguida que he podido salvar a tiempo de las garras del milano; yo calmaré los latidos apresurados de tu pobre corazón. Créeme, Nora, pronto volverá la paz. Mañana todo tendrá otro color. No necesitaré repetirte que te he perdonado; tú misma habrás de sentirlo... ¡Cómo puedes creer que podría tener valor para rechazarte, y ni siquiera para hacerte reproches!... ¡Oh, no conoces la naturaleza de un hombre de veras, Nora! Hay para el hombre algo tan indeciblemente dulce y tranquilizador en sentir que ha perdonado a su mujer, que la ha perdonado sinceramente, de todo corazón... Con ello se ha hecho en doble sentido propiedad suya; la mujer ha cobrado por él como una nueva vida; en cierto modo, se ha hecho su esposa y su hija al mismo tiempo. Y eso es lo que serás para mí de hoy en adelante tú, débil mujercita mía. No te asustes de nada, Nora; sé sincera conmigo, y yo seré tu voluntad y tu conciencia... ¿Qué es eso? ¿No te acuestas? ¿Te has vestido?

NORA

(*Apareciendo sin disfraz.*) Sí, Torvald; me he vestido.

HELMER

Pero ¿para qué? ¡A estas horas!...

NORA

Esta noche no me acuesto.

HELMER

¡Pero querida Nora!

NORA

(Mirando su reloj.) No es tan tarde todavía. Siéntate aquí, Torvald; tenemos muchas cosas que decirnos. *(Se sienta a uno de los lados de la mesa.)*

HELMER

Nora..., ¿qué significa eso..., esa expresión fría y hosca?...

NORA

Siéntate. Tengo que hablar contigo de muchas cosas.

HELMER

(Sentándose al otro lado de la mesa.) ¡Nora, me asustas! ¡No te comprendo!

NORA

Sí, eso es... No me comprendes... Y yo tampoco te he comprendido... hasta esta noche... No, no me interrumpas. Oye lo que tengo que decirte. Tenemos que tener una explicación.

HELMER

¿Qué quieres decir?

NORA

(Tras una pausa corta.) ¿No hay una cosa en nuestra manera de vivir que te llama la atención?

HELMER

No sé a qué te refieres.

NORA

Hace ocho años que estamos casados. ¿No te llama la atención que tú y yo, marido y mujer, hablemos hoy por primera vez en serio?

HELMER

¿En serio? ¿Adónde vas a parar?

NORA

En ocho años enteros..., más tiempo..., desde el día en que nos conocimos, no hemos cambiado una palabra seria sobre cosas serias.

HELMER

¿Querías que te estuviese confiando constantemente cuidados en los que tú no me podías ayudar?

NORA

No hablo de cuidados. Pero lo que yo digo es que nunca hemos hablado en serio de nada.

HELMER

Pero querida Nora, ¿es tan necesario eso para ti?

NORA

Esa es la cosa. No me has entendido nunca. Se me ha tratado muy injustamente, Torvald. Mi padre, primero, y tú, después.

HELMER

¡Cómo! ¿Nosotros dos..., nosotros, las dos personas que te hemos querido por sobre todo en el mundo?...

NORA

(*Sacudiendo la cabeza.*) No me habéis querido nunca. Os complacíais en estar enamorados de mí.

HELMER

Pero ¿qué palabras son esas, Nora?

NORA

¿Es que no es así, Torvald? Cuando vivía con papá, papá me comunicaba todas sus opiniones, y yo tenía las mismas opiniones que él. Si alguna vez eran distintas, me las callaba, pues opiniones propias... no le hubiesen sido muy agradables. Me llamaba muñeca y jugaba conmigo del mismo modo que yo a mi vez jugaba con mis muñecas. Luego me vine a tu casa...

HELMER

¿Son esas expresiones para designar nuestro matrimonio?...

NORA

(*Sin hacer caso.*) Quiero decir que pasé de las manos de mi padre a las tuyas. Lo dispusiste todo a tu gusto; y así, yo tuve el mismo gusto que tú, o hice como que lo tenía; en realidad, no sé..., creo que un poco de ambas cosas: unas veces lo uno, otras lo otro. Cuando ahora pienso sobre ello, me parece que vivía como un pobre..., sólo de la mano a la boca. Vivía luciendo mis habilidades para ti, Torvald. Pero tú querías que así fuese. Tú y papá habéis pecado gravemente contra mí. Vuestra es la culpa de que se haya hecho nada de mí.

HELMER

¡Qué poco razonable y qué ingrata eres, Nora!
¿No has sido dichosa aquí?

NORA

No, nunca. Creía serlo, pero no lo he sido nunca.

HELMER

¿No has sido feliz? ¿No has...?

NORA

No era feliz; no estaba más que alegre; y tú eras siempre muy bueno conmigo. Pero nuestro matrimonio no ha sido nada más que un juego. En casa, papá me trataba como a una muñeca pequeña. Aquí se me trata como a una muñeca grande. Y los niños eran también mis muñecas. Yo me ponía muy contenta cuando jugabas conmigo, del mismo modo que los niños se ponían contentos cuando yo jugaba con ellos. Eso era nuestro matrimonio, Torvald.

HELMER

Hay algo de verdad en lo que dices, aunque sea muy exagerado y exaltado. Pero de ahora en adelante será otra cosa. El tiempo del juego ha pasado; ahora viene el de la educación.

NORA

¿Qué educación? ¿La mía o la de los niños?

HELMER

Así la tuya como la de los niños, querida Nora.

NORA

Torvald, tú no eres apropiado para educarme como tu verdadera esposa.

HELMER

¿Tienes valor para decir eso?

NORA

Y yo..., ¿es que estoy yo preparada para educar a los niños?

HELMER

¡Nora!...

NORA

¿No decías tú mismo hace un momento que no te atrevías a confiarme esa misión?

HELMER

En el calor de la excitación. ¿Cómo puedes tomarlo en serio?

NORA

No; tenías razón completa. No estoy preparada para esa tarea. Primero tengo que hacer otra. Tengo que tratar de educarme a mí misma. Pero tú no puedes ayudarme en eso. Tengo que encargarme de ello yo sola. Y por eso te abandono.

HELMER

(Dando un salto.) ¿Qué dices?

NORA

Necesito verme sola para darme cuenta de mí misma y del mundo. Por eso no puedo continuar viviendo contigo.

HELMER

¡Nora!... ¡Nora!...

NORA

Me voy ahora mismo de tu casa. Cristina me acogerá por esta noche.

HELMER

¿Estás loca?... ¡Eso no puedo permitirlo! ¡Te lo prohíbo!

NORA

De aquí en adelante, de nada servirá que me prohibas algo. Llevaré conmigo lo que es mío. De ti no quiero nada, ni ahora ni después.

HELMER

¿Qué desatino dices?

NORA

Mañana me voy a mi casa, es decir, a mi ciudad. Allí espero que me será más fácil ganarme la vida, de un modo o de otro.

HELMER

¡Oh, cómo se ve que estás deslumbrada y que no tienes experiencia!

NORA

Tengo que ver de procurarme experiencia, Torvald.

HELMER

¡Abandonar tu casa, tu marido y tus hijos!... ¿Y no piensas en lo que va a decir la gente?

NORA

Eso no me puede interesar. Lo único que sé es que es necesario.

HELMER

¡Pero es indignante! ¿Así puedes abandonar tus deberes más sagrados?

NORA

¿Cuáles crees tú que son mis deberes más sagrados?

HELMER

¡Y necesitas que te lo diga!... ¿No son los deberes para con tu marido y tus hijos?

NORA

Tengo otros deberes tan sagrados.

HELMER

No es posible. ¿Cuáles son?

NORA

Los deberes para conmigo misma.

HELMER

Ante todo, eres esposa y madre.

NORA

Ya no lo creo. Creo que, ante todo, soy una persona humana..., exactamente como tú..., o al menos voy a tratar de serlo. Ya sé que la mayoría de los hombres te dan la razón, Torvald, y que en los libros están escritas cosas semejantes. Pero yo no puedo conformarme con lo que dice la mayoría de los hombres y con lo que está escrito en los libros. Tengo que reflexionar por mí misma sobre las cosas y tratar de comprenderlas con claridad.

HELMER

¿Es que no comprendes claramente tu posición en la familia? ¿No tienes una dirección infalible para esas cuestiones? ¿No tienes la religión?

NORA

¡Oh, Torvald, no sé lo que es religión!

HELMER

¿Qué dices?

NORA

No sé más que lo que dijo el pastor Jacobi cuando me confirmaron: dijo que religión era esto y lo de más allá. Cuando salga de aquí y me encuentre a solas conmigo, quiero examinar también esa cuestión. Quiero ver si es verdad lo que decía el pastor Jacobi, o mejor dicho, si es verdad para mí.

HELMER

¡Eso es inaudito en boca de una mujer joven! Pero ya que la religión no pueda conducirte por el buen camino, al menos quiero remover tu conciencia. Porque supongo que tendrás un sentimiento moral. O..., contéstame..., ¿es que acaso no lo tienes?

NORA

Torvald, lo mejor será que no te conteste. Si no lo sé. No veo las cosas con claridad. Sólo sé que en muchas cosas tengo una opinión distinta de la tuya. Ahora oigo que las leyes no son como yo pensaba, y no me cabe en la cabeza que esas leyes puedan ser buenas. ¿Cómo es posible que una mujer no tenga derecho a evitar un disgusto a su padre moribundo o a salvar a su marido? No puedo creerlo.

HÉLMER

Hablas como una niña. No comprendes la sociedad en que vives.

NORA

No la comprendo, no. Pero ahora quiero conocerla. Tengo que convencerme de quién tiene razón: la sociedad o yo.

HELMER

Nora, estás enferma, tienes fiebre; casi creo que tu cabeza no está bien.

NORA

Nunca lo he visto todo tan claro como esta noche.

HELMER

¿Y abandonas así, fríamente, a tu marido y a tus hijos?

NORA

Sí, así lo hago.

HELMER

Entonces no hay más que una explicación posible.

NORA

¿Cuál?

HELMER

Que has dejado de quererme.

NORA

Eso es verdad.

HELMER

¡Nora!... ¡Y lo dices así!

NORA

Me duele mucho, Torvald, porque has sido siempre muy bueno conmigo. Pero nada puedo hacer. Ya no te quiero.

HELMER

(Dominándose con trabajo.) ¿Estás también convencida claramente de eso?

NORA

Sí, completamente. Por eso es por lo que no quiero seguir aquí.

HELMER

¿Y puedes decirme por qué he perdido tu cariño?

NORA

Sí, puedo decírtelo. Lo perdiste esta noche, cuando vi que lo maravilloso no llegaba, porque entonces comprendí que no eras el hombre que yo creía.

HELMER

Explicate; no te entiendo.

NORA

He esperado ocho años con paciencia porque..., ¡Dios mío!, comprendía que lo maravilloso no es cosa de todos los días. Entonces vino sobre mí esa desdicha, y yo estaba firmemente convencida de que lo maravilloso iba a llegar. Cuando la carta de Krogstad estaba ahí afuera..., ni un momento pensé que las amenazas de ese hombre pudieran amedrentarte. Estaba firmemente convencida de que le dirías: «Publí-

quelo usted a todos los vientos.» Y cuando lo hubiese hecho...

HELMER

¿Qué entonces? Después que yo hubiera expuesto a mi mujer a la deshonra y la vergüenza...

NORA

Cuando lo hubiese hecho, creía con convicción firme que tú te presentarías ante el mundo, lo tomarías sobre tí y dirías: «¡Yo soy el culpable!»

HELMER

¡Nora!...

NORA

¿Crees que nunca hubiera aceptado yo un sacrificio semejante? No, claro que no. Pero ¿qué valor tendrían mis afirmaciones frente a las tuyas? Eso era lo maravilloso que yo esperaba con temor y ansiedad. Y para impedirlo quería poner fin a mi vida.

HELMER

Trabajaría por tí día y noche. Arrostraría cuidados y miseria. ¡Pero nadie sacrifica su honor a la que ama!

NORA

¡Millones de mujeres lo han hecho!

HELMER

¡Oh, hablas y piensas como una niña!

NORA

Es posible. Pero tú no hablas y piensas como el hombre a quien yo pudiera unirte. Cuando

había pasado tu espanto, tu espanto por lo que a ti te amenazaba, no por lo que venía sobre mí, y cuando ya no había nada que temer, para ti fué como si nada hubiese ocurrido. Yo seguía siendo, como antes, tu alondra, tu muñeca, a la que conducirías todavía con más cuidado en lo futuro al verla tan débil y tan delicada. Torvald, en ese momento comprendí claramente que había vivido ocho años con un extraño y que había tenido tres hijos... ¡Oh, no puedo soportar esa idea! ¡Podía destrozarme, deshacerme en pedazos!

HELMER

(Tristemente.) ¡Ya veo que se ha abierto un abismo entre nosotros!... Nora, ¿no podríamos cruzarlo?

NORA

Tal como soy ahora, no soy una mujer para ti.

HELMER

Yo tengo fuerza para hacerme otro.

NORA

Es posible..., cuando te encuentres sin la muñeca.

HELMER

¡Separarme!... ¡Separarme de tí! ¡No, Nora, no puedo soportar ese pensamiento!

NORA

(Yendo a la habitación de la izquierda.) Pues es necesario que así sea. *(Vuelve con su abrigo y con una bolsa de viaje, que coloca sobre la silla que está al lado de la mesa.)*

HELMER

¡Nora, Nora, ahora no! Espera hasta mañana.

NORA

(*Poniéndose el abrigo.*) No puedo pasar la noche en casa de un extraño.

HELMER

¿Pero no podemos seguir viviendo aquí como hermanos?

NORA

(*Poniéndose el sombrero.*) Ya sabes que no duraría mucho. (*Echándose el chal por encima.*) Adiós, Torvald. A los niños no quiero verlos. Ya sé que quedan en mejores manos que las mías. Tal como soy ahora no puedo servirles de nada.

HELMER

¿Pero más tarde, Nora, más tarde...?

NORA

¿Cómo voy a saberlo? Si no sé lo que será de mí.

HELMER

Pero tú eres mi mujer, no sólo ahora, sino también...

NORA

Escucha, Torvald. He oído decir que cuando una mujer abandona la casa de su marido, como yo lo hago ahora, la ley dispensa al marido de todos los deberes para ella. De todos modos, yo quiero que te consideres sin deber alguno para conmigo. No debes sentirte atado por nada, lo

mismo que yo. Los dos debemos tener completa libertad. Aquí te devuelvo tu anillo. Dame el mío.

¿También eso? HELMER

También eso. NORA

Aquí lo tienes. HELMER

NORA

Bien. Ahora acabó todo. Aquí tienes las llaves. Las muchachas saben cómo está todo..., mejor que yo. Mañana, cuando me haya marchado, vendrá Cristina a recoger las cosas mías para enviármelas después.

HELMER

¡Todo se acabó! Nora, ¿no pensarás nunca en mí?

NORA

Claro que tendré que pensar a menudo en ti, y en los niños, y en esta casa...

HELMER

¿Podré escribirte, Nora?

NORA

No, nunca; eso no.

HELMER

Pero ¿podré enviarte algo...

NORA

Nada; nada.

HELMER

... ayudarte cuando te veas en necesidad?

NORA

He dicho que no; no acepto nada de extraños.

HELMER

Nora..., ¿no podré nunca ser algo más que un extraño para ti?

NORA

(Cogiendo la bolsa de viaje.) ¡Oh, Torvald, para eso tenía que ocurrir lo maravilloso!

HELMER

Dime en qué consiste lo maravilloso.

NORA

Tendríamos que cambiar ambos, tú como yo, de tal modo que... Torvald, yo no creo en lo maravilloso.

HELMER

Pero yo sí creo. ¡Dime lo que es! ¿Cambiarnos de tal modo que...?

NORA

Que la vida en común entre nosotros dos pudiera ser un matrimonio. Adiós. *(Se va por el foro.)*

HELMER

(Se deja caer sobre una silla al lado de la puerta y esconde la cara entre las manos.) ¡Nora! ¡Nora!
(Mira a su alrededor y se levanta.) ¡Todo vacío! Ya se ha ido. *(Se levanta en él una esperanza.)* ¡Lo maravilloso...! *(Se oye que abajo se cierra con estrépito una puerta.)*

FIN

ÍNDICE

	<u>Páginas.</u>
<i>Rosmersholm</i> (drama en cuatro actos).....	5
<i>El pato silvestre</i> (drama en cinco actos).....	167
<i>Casa de muñecas</i> (drama en tres actos).....	377

LUCRECIO: <i>De la naturaleza de las cosas</i>	1
MARCIAL y FEDRO: <i>Epigramas y fábulas</i>	3
OVIDIO: <i>Las Heroidas</i>	1
— <i>Las Metamorfosis</i>	2
— <i>Poemas y elegías</i>	3
PLINIO EL JOVEN y CORNELIO NEPOTE: <i>Panegírico de Trajano y Cartas. — Vidas de varones ilustres</i>	2
QUINTILLIANO: <i>Instituciones oratorias</i>	2
QUINTO CURCIO: <i>Vida de Alejandro</i>	2
SALUSTIO: <i>Conjuración de Catilina. — Guerra de Jugurta</i>	1
SAN AGUSTÍN: <i>La ciudad de Dios</i>	4
SÉNECA: <i>Tratados filosóficos</i>	2
— <i>Epístolas morales</i>	1
SUETONIO: <i>Vidas de los doce Césares</i>	1
TÁCITO: <i>Los Anales</i>	2
— <i>Las Historias</i>	1
TERENCIO: <i>Las seis comedias</i>	1
TERTULLIANO: <i>Apología contra los gentiles</i>	1
TITO LIVIO: <i>Décadas de la Historia romana</i>	7
VARIOS: <i>Escritores de la Historia Augusta</i>	3
VIRGILIO: <i>La Eneida</i>	2
— <i>Las Eglógas y Geórgicas</i>	1

CLÁSICOS ESPAÑOLES

ALCALÁ GALIANO: <i>Recuerdos de un anciano</i>	1
CALDERÓN: <i>Teatro selecto</i>	4
CERVANTES: <i>Novelas ejemplares y Viaje del Pornaso</i>	2
— <i>Don Quijote de la Mancha</i> , con el comentario de Clemencín..	8
— <i>Teatro completo</i>	3
COLÓN: <i>Relaciones y cartas</i>	1
DUQUE DE RIVAS: <i>Sublevarción de Nápoles</i>	1
FERNANDO DE ROJAS: <i>La Celestina</i>	1
HURTADO DE MENDOZA: <i>Obras en prosa</i>	1
MELO: <i>Guerra de Cataluña</i>	1
QUEVEDO: <i>Obras satíricas y festivas</i>	1
— <i>Obras políticas e históricas</i>	2
— <i>Política de Dios</i>	1
QUINTANA: <i>Vidas de españoles célebres</i>	2
VARIOS: <i>Antología de poetas líricos castellanos</i> , ordenada por Menéndez y Peláyo con estudios críticos del mismo.....	14

CLÁSICOS INGLESES

ANTOLOGÍA DE LÍRICOS INGLESES Y ANGLOAMERICANOS.....	7
MACAULAY: <i>Estudios literarios</i>	1
— <i>Estudios históricos</i>	1
— <i>Estudios políticos</i>	1
— <i>Estudios biográficos</i>	1
— <i>Estudios críticos</i>	1
— <i>Estudios de política y literatura</i>	1
— <i>Discursos parlamentarios</i>	1
— <i>Vidas de políticos ingleses</i>	1
— <i>Historia de la Revolución de Inglaterra</i>	4
— <i>Historia del reinado de Guillermo III</i>	6
MILTON: <i>El Paraíso perdido</i>	2

CLÁSICOS ITALIANOS

TOMOS

BENVENUTO CELLINI: <i>Su vida, escrita por él mismo</i>	2
GUICCIARDINI: <i>Historia de Italia</i>	6
MAQUIAVELO: <i>Obras históricas</i>	2
— <i>Obras políticas</i>	2
MANZONI: <i>Los Novios</i>	1
— <i>La Moral católica</i>	1
— <i>Tragedias, poesías y obras varias</i>	2
TASSO: <i>La Jerusalem libertada</i>	2

CLÁSICOS ALEMANES

GOETHE: <i>Viaje a Italia</i>	2
— <i>Teatro selecto</i>	2
HEINE: <i>Poemas y fantasías</i>	1
— <i>Cuadros de viaje</i>	3
HUMBOLDT: <i>Colón y el descubrimiento de América</i>	2
SCHILLER: <i>Teatro completo</i>	3
— <i>Poesías líricas</i>	2

CLÁSICOS FRANCESES

BOSSUET: <i>Oraciones fúnebres</i>	1
LAMARTINE: <i>Civilizadores y conquistadores</i>	2
MÉRIMÉE: <i>Colomba y otros cuentos</i>	1
REGNARD: <i>Obras escogidas</i>	3

CLÁSICOS PORTUGUESES

CAMOËNS: <i>Los Lusitadas</i>	1
— <i>Poesías selectas</i>	1

SÁNSCRITO

<i>Libro de las Leyes de Manu</i>	1
<i>Panchatantra, traducido por Alemany</i>	1

LITERATURA NORUEGA

IBSEN: <i>Dramas</i>	3
----------------------------	---



1001293535

BIBLIOTECA

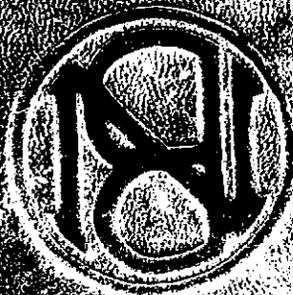
CLASICA

255

IBSEN

DRAMAS

IV



1856